
LUCES BLANCAS
LAUREN KATE
AUTORA BEST SELLER #1 DE LA SAGA
OSCUROS

LUCES BLANCAS

LUCES BLANCAS

LAUREN KATE

Traducción de Nora Aparicio Alfaro

UMBRIEL

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *White Lights*
Editor original: Hachette Book Group
Traducción: Nora Aparicio Alfaro

1.ª edición: septiembre 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2026 *by* Lauren Kate
Derechos de traducción gestionados por Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All Rights Reserved
© de la traducción 2026 *by* Nora Aparicio Alfaro
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 979-13-88181-02-3

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Dedicado a Laura Rennert

«Tales sucesos son raros en el tiempo, mas frecuentes allí en la eternidad».

—Lord Byron, *Caín*

Prólogo

Lo que menos le apetece hoy a Rafe es que una joven guapísima lo apunte con una cámara de vídeo. Aunque en realidad no lo está apuntando *a él*. Está capturando la escena: el muelle abarrotado, el centelleo del sol en el océano, las gaviotas sobrevolando la playa de Ventura como si imitasen a unos ángeles.

Los ángeles imitando a humanos, que pasean por el muelle…

Si alguien se dispusiera a escribir un libro sobre las debilidades de Rafe, esta mujer podría aparecer perfectamente en la portada, además de en todas y cada una de las páginas. Y sí, en este mundo va a haber gente que te atraiga a patadas, y Rafe es un hombre bastante apañado… Sin embargo, el brillo que desprende ella es inusual. Casi hasta le duele mirarla, pero Rafe es incapaz de apartar la vista.

Está ajustando el encuadre como si le fuera la vida en ello. Rafe la observa echar un vistazo por el visor y deslizar el trípode arriba y abajo con unos dedos esbeltos. Le gusta el pintaúñas agrietado que lleva, lo que, en su opinión, es indicio de una mente compleja. Rafe podría perderse en ese pelo oscuro y alborotado por culpa del viento, suelto y hasta la cintura. Las curvas de sus hombros le recuerdan a la costa siciliana. ¿Y esa expresión tan seria? En otra situación, a Rafe le encantaría borrársela de esa cara tan bonita con la boca…

Qué pena.

Ha quedado con Sam y llega tarde. Lo siente en las entrañas, no necesita un reloj. Incluso después de todos estos años, sigue estremeciéndose cuando tiene que reunirse con su mentor. A Sam no le hace gracia que lo hagan esperar.

Rafe atraviesa el muelle en dirección al puesto de mariscos frente al mar donde Sam dijo que quedasen. Al acercarse a la mujer, Rafe aprieta la mandíbula y le sonríe con la mirada. ¿Hay algo más natural que posar para una cámara?

Pero justo cuando está a punto de pasar a su lado, justo cuando está a punto de hacerle un hueco en el museo de monumentos de su mente, la mujer despega la vista de la cámara y la clava en él.

Rafe frena en seco y una oleada de calidez fluye por su cuerpo. Mierda, ha pasado tiempo desde la última vez.

Pero ahí está la química. Repentina. Esperanzadora.

Y completamente imposible.

La mujer parece tan aturdida como Rafe. Vuelve a mirar por el visor. Desde ahí no puede verlo, ya que la tecnología humana no puede captar ni rastro de él.

Ella frunce el ceño con incredulidad. A Rafe empieza a palpitarle con fuerza el corazón. No obstante, para cuando la mujer levanta la vista otra vez, él ya ha desaparecido.

—Oye —espeta una voz.

Ni de broma se está dirigiendo a él. Es imposible que lo haya visto. Los mortales no pueden ver a los de su especie. Y por un buen motivo.

No, lo que él ha confundido con contacto visual, química, solo ha sido una mera ilusión.

Rafe se obliga a no mirar atrás. Baja las escaleras podridas de madera contrachapada a toda velocidad y cruza las puertas batientes del restaurante. Para cuando se sienta en el reservado de madera frente a Sam, se ha quedado sin aliento. Y entonces, ver a su viejo amigo manda al bombón del muelle a lo más recóndito de la mente de Rafe.

—Ya era hora —dice Sam sin levantar la vista de la servilleta en la que garabatea algo con un bolígrafo—. Estaba empezando a pensar que tenías otro plan mejor.

Sam lleva unos vaqueros, una camiseta negra rasgada y una gorra de béisbol gris bien calada sobre los rizos marrón rojizo. Está igual que siempre, pero al mismo tiempo completamente distinto. Se ha producido un cambio invisible.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Rafe.

—Quería que fueses el primero en saberlo —declara Sam con los brazos abiertos—. Estoy harto.

Un abismo aterrador se abre dentro de Rafe. Responde con cautela.

—¿A qué te refieres con eso?

—Lo sabes perfectamente —contesta Sam conforme retoma el boceto—. Soy libre.

Rafe nunca ha visto mentir a Sam, pero sabe que lo que le está diciendo es una locura. Si fuera cierto, aunque es imposible que lo sea, lo cambiaría todo.

—¿No me vas a preguntar cómo sigue la cosa? —continúa Sam.

Rafe echa un vistazo por el restaurante y ve al resto de los comensales zampándose platos de pescado con patatas, completamente ajenos al acontecimiento tan gordo que está pasando delante de sus narices. Uno que repercutirá en todo destino terrestre.

¿Qué se sentirá al parecerse a ellos y ser tan inconsciente del cosmos, de su fragilidad tan espantosa?

—De acuerdo —responde Rafe con voz temblorosa—. ¿Y ahora qué?

—Eso ya no es cosa mía. Juega bien tus cartas y entonces podría ser tuya.

Una oleada repentina de ansia, de esperanza, se alza en su interior. ¿Recordará este momento? ¿Por fin le están dando la oportunidad de redimirse?

—¿Me la estás… ofreciendo?

La Pluma Escarlata. La única pluma roja que Sam ha llevado en las alas durante los últimos seis milenios. El tótem capaz de ascender a un ángel a serafín y de otorgarle la capacidad exclusiva de dominar la muerte.

¿Dónde está ahora? ¿No estará Sam a punto de…?

—Rafael. —Sam frunce el ceño—. Sabes que no puedo hacerlo. —La compasión con la que lo dice hace que a Rafe se le revuelvan las tripas—. Tienes que ganártela. Mierda, tal y como está la situación, puede que tengas que *apoderarte* de ella. Con las dos manos. —Baja la vista hacia la servilleta y mira el boceto—. Los demás también querrán hacerse con ella, claro está.

—¿Lo sabe alguien más? —Rafe aprieta los puños.

—Eres el primero en enterarte. Como mínimo, te lo debo.

—No lo entiendo. ¿Tienes los días contados?

—No seas tan dramático, tengo toda la vida por delante.

—Pero, Samael, *¿por qué?*

Sam se recuesta en el reservado y sonríe.

—Te lo mostraré.

Se acerca una camarera. Si tuviese que adivinar su edad, Rafe diría que tiene treinta y siete y dos tercios; es una mujer guapa, tiene ojeras y masca un chicle con un ligero aroma a uva. Cuando se pone delante de Sam como si fuese un cliente más, Rafe se pone nervioso. Puede *verlo*.

El imbécil no está mintiendo.

—¿Qué te pongo, cielo?

Cielo. Se está dirigiendo a *él*. A Samael, al Ángel de la Muerte.

Exángel de la Muerte.

El amigo más antiguo de Rafe, su mentor, se ha vuelto mortal. Ha renunciado a todo sin lugar a dudas. Rafe no consigue dar crédito.

Sam le echa una miradita a Rafe que dice «Atento», y después ladea la cabeza hacia la camarera.

—El cielo debe andar corto de ángeles si tú estás aquí abajo.

—Por Dios —gruñe la camarera—. A nadie le apetecía oír eso.

Sam se endereza con una seriedad que horroriza a Rafe.

—Déjame volver a intentarlo…

—No, por favor —contesta la camarera, tratándolo como a cualquier otro donnadie que intenta ligar con ella—. ¿Quieres algo? ¿Un café?

—Un café —responde Sam con alegría—. Ponle otro a mi amigo.

La camarera echa un vistazo al reservado en dirección a Rafe, pero no a él. El vacío que le transmite su mirada desenfocada le recuerda a la mujer del muelle. A cómo parecía haberlo visto. A lo que eso le había hecho sentir.

Se deshace de ese recuerdo para centrarse en Sam, en las noticias y en sus devastadoras consecuencias. Tiene que aprovechar esta oportunidad. Tiene que hacerse con ella. Esta vez, no puede cagarla.

«Puede que tengas que apoderarte de ella», ha dicho Sam. Sam, que parece alegrarse de haber quedado como un tonto delante de una camarera. Si se tratase de cualquier otra persona, a Rafe le daría igual, pero es Sam.

—A ver, explícamelo —dice Rafe—. ¿Has… dimitido para poder coquetear con las camareras?

—Pobre Rafe. —Sam niega con la cabeza—. Nadie más puede hacer que algo tan profundo y trascendental suene tan increíblemente banal.

—Es solo que tampoco es que falte sexo en…

—No es por el sexo.

Rafe se queda perplejo.

—Es amor, imbécil. Lo que quiero es *amor.*

—Nadie renuncia a lo que tenías por amor —resopla Rafe.

Sam se pone a dibujar sin decir nada.

—Bien. ¿Y dónde piensas encontrar ese… amor?

—Puede que en la bibliotecaria que acabo de conocer —contesta Sam—. Entré a buscar una antología del teatro de Byron. Salí de allí con Adah. Es increíble. Tiene una ternura imposible de describir.

—¿Y aun así has intentado ligarte a la camarera?

—Todas las mujeres mortales albergan una chispa de lo divino en su interior. Y, cuando la pruebas, genera adicción.

—Pues yo creo que lo único que has hecho ha sido sustituir un objeto de devoción por otro —afirma Rafe, consciente de la blasfemia que contienen sus palabras.

—Y yo te digo que es un cambio a mejor —responde Sam mientras sonríe con valentía.

—¿Desde cuándo? —consigue preguntar Rafe.

—Desde hace tres noches. Y ha bastado para cambiarlo todo. Deberías escuchar la risa de Adah, Rafe. Suena igual que un ruiseñor. Nos pasamos la noche en vela, hablando y haciendo el amor al amanecer bajo el limonero de su jardín. ¡Me está enseñando a surfear! Empiezo a pensar que quizá algún día me vea siendo padre…

—¿Llevas *tres noches* fuera? Eso equivale a cuatrocientas cincuenta mil almas…

—Sé sumar. Solo que ya no necesito hacerlo.

—¿Por qué no lo he notado? ¿Por qué no lo he sabido?

—Ya lo sabes. Te lo estoy contando.

—¿Tres noches y nadie se ha enterado? —susurra Rafe. Es inconcebible. De repente, le arranca la servilleta de debajo del bolígrafo con impaciencia—. ¿Qué estás dibujando?

—A ella. —Sam señala por la ventana a la mujer de la cámara.

Rafe siente un fuerte arrebato de celos. Observa el retrato en la servilleta, las líneas descuidadas que acaba de crear su mentor. No tenía ni idea de que Sam supiese dibujar, pero ha conseguido captar algo fundamental sobre ella que hace que Rafe quiera robarle la servilleta para quedarse mirándola durante siglos.

—¿Por qué la estás dibujando?

—Para tener una referencia a futuro —contesta Sam—. Tiene talento. Le vendría bien un mentor. Además, tal vez ya va siendo hora de devolver el favor y echarle una mano a una cineasta en ciernes que necesita un empujón.

Rafe agarra el borde de la mesa. Hacía unos instantes, se había convencido de que la mujer de la cámara no era más que una mujer guapa. Ahora, su proximidad y su existencia le parecen una

amenaza.

¿De verdad lo ha visto ahí fuera, en el muelle? No.

—Ya sabes lo que quiero —suelta Rafe—. Llevo deseándolo desde hace mucho. Y, de pronto, vas y me dices que está a mi alcance. Lo que menos necesito ahora son jueguecitos.

—Están las cosas que decimos y pensamos que queremos. Y luego están las que deseamos en realidad —declara Sam—. Si de verdad quieres esto, Rafe, entonces necesitas a un aprendiz.

—Trabajo contigo.

—*Trabajabas* —replica Sam—. Ha llegado el día de la graduación. Es hora de que el pupilo se convierta en mentor.

—No —contesta Rafe—. Trabajaré solo.

—¿Sabes? Podemos *aprender* de ellos —dice Sam tras recuperar la servilleta para seguir con el dibujo—. Llevas demasiado tiempo en las alturas. Alejado de la esencia de las cosas.

—¿Ahora te has vuelto un experto? ¿Pasas tres noches con una bibliotecaria y ya lo sabes todo?

—He oído que, cuando mueres, tu vida pasa delante de tus ojos —continúa Sam, con la mirada perdida más allá de Rafe—. Quiero que lo que vea sea bueno. Algo bonito, ¿sabes?

—Dime qué debo hacer —responde Rafe.

Sam le echa una mirada familiar, teñida de un poder antiguo y absoluto.

—Guárdame el secreto todo lo que puedas. Mientras tanto, busca ventajas. —Señala a la mujer del muelle con la cabeza—. Ella podría ser una.

—No es una *ventaja*.

—Cuando el maestro está listo, el alumno aparece. O algo por el

estilo. —Sam se encoge de hombros de forma despreocupada.

—Aquí tienes tu café, guapo —dice la camarera mientras deja una taza humeante delante de Sam—. Y otro para tu amigo. Espero que aparezca antes de que se le enfríe.

1

Si a Desdemona Rae le estuvieran apuntando a la cabeza con una pistola y le dijesen que nombrase a su peor enemigo, ella diría que se trata de la freidora del Dairy Barn del tío Bob, situado a las afueras de Death Valley, en California.

A Dez le dan miedo pocas cosas, pero la freidora se ha ganado un huequito de desprecio en su corazón. Hace veinte años, la marcó antes de que cualquier otra persona pudiese disfrutar de ese honor. La primera vez que recuerda haber sentido dolor fue a los cuatro, cuando intentaba impedir que su madre, por aquel entonces embarazada del hermano pequeño de Dez, tirase la sartén chisporroteante de camino al contenedor.

Ahora, Dez siempre lleva la muñeca izquierda tapada. No se fía de la freidora, pero tampoco puede quitarle la vista de encima. Cuando está trabajando en el turno de noche en el Dairy Barn, deja la limpieza para el final.

Se dirige al armario, saca la fregona y arrastra el cubo hasta el centro del restaurante. A Dez no le importa encargarse de cerrar en su espantoso trabajo. Es evidente que se le da mal, pero disfruta un poco de las horas de tranquilidad, cuando las puertas están cerradas y se queda a solas. Al final, espera con ganas escuchar el roce contemplativo de la fregona prehistórica por el linóleo.

El tío Bob le manda un vídeo de sus zapatos ortopédicos que

producen ese espantoso *ñiiiii ñiiiii* cada vez que abre el restaurante y descubre un pegote de la noche anterior, algo que pasa siempre.

Dependiendo de su estado de ánimo, friega mal, repone el congelador de forma caótica y, cuando le toca limpiar ese infierno postapocalíptico que tienen por baño en esta institución que es el restaurante familiar, Dez cierra los ojos, apunta al inodoro, echa un chorro de limpiador, tira de la cadena con el pie y cruza los dedos para que salga bien.

Sabe que es la peor empleada que jamás haya trabajado en el Dairy Barn. Siendo generosos, se podría decir que Dez es así de negada porque siempre tiene la cabeza en otra parte, porque está destinada a hacer otras cosas. No tiene por qué ser a la grandeza, aunque la aceptaría con gusto. Simplemente… a algo más que esto. A un billete para largarse de esta ciudad polvorienta.

Y, aunque el destino sea una farsa, como a veces teme, aunque todavía le quede tiempo para poder pirarse a otro sitio, el tío Bob no puede despedirla; de hacerlo, la madre de Dez le daría una buena tunda.

El salario es de vergüenza, pero lo necesita. Cuando acabe este turno, Dez tendrá suficiente efectivo en la tarjeta de débito como para pagar la tasa de cien dólares para mandar una solicitud al Instituto Estadounidense de Cine de Los Ángeles. A Dez le gustan las pelis y quiere dedicar su vida a ellas, porque en el cine no se desperdicia ni un instante. Al menos, no en una buena película. Todo tiene un significado. La suma de todos los fotogramas, encuadres, primeros planos y fundidos, de cada canción y cada frase del guion, forma parte de algo más grande que sus elementos por separado.

En la vida real, Dez no suele entender el motivo de que suceda una

cosa en vez de otra. Pero en sus películas, es ella quien decide. Puede cumplir con la promesa metafórica que hace el primer plano con el último. Además, a ella no le hace falta un final feliz. Las desgracias parecen seguirla, así que se adapta. Lo que necesita es un final que tenga significado, uno fuerte y que deje huella. Y, como su vida no va a tener uno así, entonces lo crea en sus películas.

Deja caer un montón de bandejas marrones de plástico al fregadero para pasarles agua. Piensa en su último corto, que rodó hace un par de semanas en el muelle de Ventura. El que va a enviar adjunto a la solicitud para la escuela de cine. *Destellos* está guardado en el disco duro de su Chromebook, sobre el sofá del garaje de su madre donde suele trabajar. Lo visualiza viajando por el laberinto de internet hasta llegar a un comité de profesores en Los Ángeles. Dez lo grabó en un día mágico en el que ella y su amigo Silas juntaron dinero para gasolina, condujeron cuatro horas y media hasta la playa y luego hicieron la puesta en escena, escogieron al reparto y grabaron la secuencia entera en los últimos rayos del atardecer veraniego; es un buen corto, y Dez lo sabe. Es ese tipo de cosas que ves conteniendo la respiración.

Piensa en Asher por milésima vez. El desconocido de Ventura que eligieron como coprotagonista del corto con Dez. Para cuando acabó el día, aunque la verdad es que ocurrió desde el primer momento, Asher era cualquier cosa menos un desconocido. Dez lleva sin hablar con él desde entonces, pero se ha pasado un billón de horas examinando sus facciones, sus gestos y esa esencia indescriptible propia de Asher al editar el corto.

Lleva desde ese día empecinada en terminar *Destellos* y en mandar la solicitud para volver a hablarle. O para preguntarse qué quiere

decir que él aún no le haya escrito.

Dez sabe justo lo que diría si se molestase en mandarle un mensaje. Y, esta noche, cuando pulse el botón para enviar la solicitud, quién sabe…

Oye, ¿te acuerdas de eso que hicimos? Lo he terminado.

Aquel día sucedió algo entre Asher y Dez; algo radiante, bonito y real. Todo empezó en el aparcamiento, cuando Silas le dio un golpe a Dez en el brazo para que mirase al *skatepark* junto a la playa. Para que viese a la criatura que hacía giros sin camiseta y parecía levitar por la rampa en forma de «U». Dez clavó la vista en él. Después, sintió por dentro la calidez de una corazonada.

Es él.

Después de hacer una serie de trucos imposibles en el aire, el patinador regresó a la atmósfera terrestre y Dez fue derechita hasta él.

—Estoy haciendo una película —espetó a la vez que ojeaba el brillo de la fina capa de sudor que le recorría la clavícula y la forma en la que el pelo rubio le tapaba parcialmente los ojos. Su reflejo en las gafas de sol con efecto espejo del chico parecía diminuto en comparación con el hombre tan alto que tenía delante—. Eres perfecto, así que quiero que aparezcas en ella.

—Están los artistas del coqueteo —dijo a medida que observaba las pecas, las chanclas, los mitones, el vestido corto y negro y el pelo oscuro de Dez, tan largo que casi le rozaba el dobladillo de la falda —. Y luego los profesionales.

—¿Eso es un sí?

Se apartó el pelo de la cara y Dez vio que tenía los ojos de color avellana claro, y le recordaron a los dátiles dulces y templados por el

sol que daba la palmera junto a la ventana de su cocina. Dez se los comía a puñados; nunca tenía suficiente.

El patinador se rozó el labio inferior con los dientes mientras lo sopesaba.

—No me gusta vivir con remordimientos.

—¿Eso es un *sí*? —repitió Dez. A pesar de la impaciencia, sonreía.

—No pienso ser ese tipo que echa la vista atrás y piensa: «¿Por qué dejé escapar a esa desconocida tan encantadora y atrevida?».

—Solo para que lo sepas —interpuso Silas, que estaba al lado de Dez—. No tenemos ni la más mínima idea de lo que estamos haciendo.

—Calla, Silas —replicó Dez—. Sí que la tenemos.

—Apuesto a que sabéis lo suficiente —contestó el patinador, y les dedicó una sonrisa a Silas y a Dez. Sin enseñar los dientes, solo con unos labios suaves y de un rosa muy claro. Esa sonrisa le resultó familiar… No como si ya se conocieran de antes, sino como si fuesen a hacerlo a partir de entonces. Como si Dez estuviese editando ese momento desde el futuro, señalando el inicio de la música, el lugar donde comenzó todo.

Acordaron las condiciones de su compromiso como actor. Un día de trabajo, sin remuneración, pero con cervezas gratis al terminar, si los bares seguían abiertos, y que su nombre figurase en los créditos como Asher Ibrahim.

Asher Ibrahim. Tenía veintisiete, tres años más que Dez, y era de Ventura. Llevaba patinando en esa pista desde que empezó a andar. A Dez le encantó cómo sonaba su nombre; parecía como si viniese de la otra punta del mundo, o incluso de un sitio aún más lejano, uno que hasta entonces Dez no podía imaginar.

Trabajar con Asher, rodar con él aquella tarde, fue la mejor experiencia de su vida. Era una muestra de cómo quería que fuese su futuro, sin importar lo que le deparara.

—Al —suelta una voz familiar, amortiguada por la puerta de cristal del Dairy Barn.

Dez levanta la vista del fregadero y la dirige hacia el sonido. Sabe quién es antes de verlo. Su hermano. Nadie más la llama así salvo Moses. Su apodo de la infancia es un diminutivo de «albatros», porque, cuando era pequeña, Dez salía disparada hacia el desierto que estaba detrás de su casa y pasaba allí tanto tiempo que su madre solía decir que temía que se hubiese escapado volando y hubiera cruzado el desierto y el océano Pacífico.

Mo da unos golpecitos en el cristal. Sonríe.

—Lárgate —contesta ella—. Está cerrado.

Dez siempre se lleva comida a casa para Moses y para su madre al salir del trabajo. Tiene la bolsa de hoy preparada en el calentador de alimentos. Aros de cebolla para su madre y la penosa ensalada de acompañamiento en otra bolsa sobre el mostrador. Su madre es la única clienta del Dairy Barn a la que le gusta ese producto del menú que el tío Bob tiene el valor de llamar «ensalada».

A Mo le van las hamburguesas con queso, extra de pepinillos, extra de beicon y sin salsa. Se las come de pie en la cocina después de pasarse la noche de fiesta. A veces, si Dez sigue trabajando en el portátil y si Moses no parece estar borracho como una cuba en la planta de arriba, sube desde el garaje para pasar el rato con él y charlar como solían hacer antes. Llevan tiempo sin hacerlo.

—Venga, déjame entrar —responde, aporreando la puerta.

—Si lo hago —contesta Dez—, te toca limpiar el baño.

—Vale, limpiaré esa mierda.

Dez espera que la mande a la mierda o que, al menos, le pida una comisión. Pero no lo hace, sino que se limita a esperar en la puerta y va cambiando el peso de una pierna a otra como si tuviese que mear. O como si estuviese preocupado por algo. ¿Qué ha hecho esta vez? Dez ya está haciendo una lista mental…

—Date prisa, que hace un calor de mil demonios —se queja Mo.

—De acuerdo —contesta Dez—, no te bajes los pantalones todavía. —Se seca las manos y va al armario de suministros a buscar las llaves.

De pequeños, el adorable era Mo. Aunque tuviesen rasgos prácticamente idénticos, como el pelo de color ónix, la piel clara y pecosa, las narices pequeñas y rectas y los ojos azul claro, a su hermano le sientan de otra forma. Tiene cinco años menos, pero ese encanto perduró hasta mucho después que el de Dez hubiese desaparecido. Mo puede hablar hasta con las piedras y sabe exactamente lo que tiene que decir para que le presten atención y se lo pasen bien, da igual si se trata de un crío en un cajón de arena o un timador en el hipódromo. Le cae bien a todo el mundo, mientras que la mayoría de las personas apenas tolera a Dez. Su madre la describe como un enigma. Hasta Silas dice que, con el tiempo, te acaba cayendo bien.

Y por eso fue tan sorprendente cuando Asher lo soltó así sin más, de golpe la noche en la que se conocieron. Cuando terminaron de rodar e iban por su segunda Sierra Nevada, se acercó cuando Dez estaba escogiendo la canción «Drunken Angel» de Lucinda Williams en la máquina de discos y le susurró:

—Por ahora, todo lo que he visto de ti me gusta, Desdemona Rae.

¿Qué más tienes?

Todavía se pone a temblar al recordar el aliento de Asher contra su cuello.

Cuando Silas y Dez se fueron de Ventura a las dos de la madrugada con el tiempo justo para que Silas la dejase en el Dairy Barn para abrir el restaurante, Asher no le mandó ningún mensaje y ella a él tampoco; se metió de lleno en el trabajo. Se dijo a sí misma que no iba a pensar en la conexión que compartían, que no podía permitírselo, hasta que mandase su solicitud al Instituto Estadounidense de Cine.

Ahora, al dirigirse hacia la puerta de entrada del Dairy Barn, Dez hace tintinear las llaves.

Mo esboza una sonrisa y Dez no puede evitar devolvérsela, porque, aunque solo vayan a limpiar inodoros y a apilar vasos de poliestireno, prefiere hacerlo con su hermano antes que con cualquier otra persona.

—Hola, Mo —saluda al abrir la puerta—. ¿A qué viene tanto drama?

Antes de que su hermano pueda entrar, Mo rodea a Dez con los brazos y la abraza como si se estuviese ahogando, como si ella fuese un bote salvavidas. No es la primera vez que se ha desplomado sobre ella de esta forma en los últimos meses, así que Dez sabe que tiene que usar la puerta como punto de apoyo para poder levantar el peso descomunal de su hermano pequeño. Mo le saca a Dez veinte centímetros, veinte kilos y ha heredado las tendencias alcohólicas de su padre.

Un sollozo se le propaga por el cuerpo y llega hasta ella. Le parte el corazón. Ay, Mo. A pesar de que sueña con largarse de Death

Valley, también sabe que su sitio siempre estará aquí. Con su hermano. Con su madre. Hasta con su tío.

—¿Qué ha pasado? —pregunta ella.

—Lo siento, Dez…

—Oye… —susurra contra el pecho de su hermano—. Tranquilo. Estoy aquí.

—Tuve que hacerlo.

—¿El qué?

Unas botas desconocidas aparecen en la acera y, antes de que Dez pueda entender lo que está ocurriendo, un hombre con una sudadera con capucha negra y una balaclava con una calavera los aparta a ella y a Moses de un empujón.

2

—¡Mo! —grita Dez a la vez que sujeta a su hermano colocado y tambaleante en el umbral e intenta que reaccione cuando el hombre enmascarado pasa por encima de la fregona de Dez y se desliza por el suelo mojado hacia la cocina. A la caja registradora.

No obstante, Mo no hace amago de moverse. Dez se percata de que la agarra por la cintura con más fuerza para inmovilizarla.

«Tuve que hacerlo», dijo Mo cuando le abrió la puerta.

Su hermano la ha engañado. La ha traicionado. Le están robando.

—Mo —repite, esta vez en voz más baja, aunque empieza a aporrearle el pecho con los puños a modo de queja—. ¿Cómo has podido?

—Dez, por favor. —La sujeta con más fuerza, hasta hacerle daño—. Solo será un segundo.

Ni hablar. Dez se retuerce, patalea y le empuja la cabeza a Mo con la mejilla con fuerza. Al estar drogado es más flexible, menos consciente y más difícil de dominar.

Pese a la rabia, no puede evitar sentir una pena que le resulta familiar; es el mismo tipo de dolor que lleva sintiendo por Mo con frecuencia desde hace poco.

¿Y su madre y su tío Bob? Se van a quedar superdecepcionados.

—¿Merece la pena? —pregunta a la vez que intenta darle un

codazo en la tráquea—. ¿Solo por un poco de droga?

—No lo entiendes —responde él, aferrándose a sus hombros con ambas manos y dándole la vuelta con rapidez para ponérsela de espaldas contra el pecho. Mo dobla la cintura y la envuelve con el cuerpo.

—Lo que entiendo es que eres un mierda de proporciones épicas —gruñe Dez al sentir una presión enorme en las costillas cuando los dos se caen de rodillas al suelo húmedo.

—Abre la caja registradora, porfa, Dez —contesta Mo.

—Ni de puta broma. —Ha perdido de vista al hombre con la máscara de calavera. Tiene que llegar hasta la caja para detenerlo.

—Se lo debo —suelta Mo—. No puedo pagarle.

—Bueno, pues yo tampoco.

De pequeños, solían jugar a las peleas en la alfombra del salón cuando su madre no estaba en casa. Para cuando Mo cumplió los diez y ella los quince, se había vuelto más grande y fuerte que su hermana. Pero Dez siempre había tenido más espíritu competitivo. Solía entornar los ojos y fingir que Mo era cualquiera de los niños del colegio que habían sido crueles con ella. Entonces, era capaz de dejarlo clavado contra el suelo en menos de diez segundos.

Lo peor de esta noche es que Dez no tiene que fingir que Mo es otra persona para que le den ganas de soltarle una paliza.

Se retuerce debajo de él y se separa lo suficiente como para levantar la Doctor Martens y soltarle una patada en la entrepierna.

Mo se dobla sobre sí mismo y se aleja de ella mientras tose con fuerza. Dez intenta reprimir el impulso de mirarlo. No puede permitirse compadecerse de él ahora mismo. ¿Debería sujetar a su hermano, llevarlo a rastras hasta su coche y alejarlo de este lío hasta

que se le pase el efecto de las drogas? ¿Llamar a la policía para que se ocupen del hombre de la máscara?

No, para cuando llegue, él ya estará lejos. Además, este establecimiento es de su familia, es su forma de ganarse el pan. Las ganas de pelea arden con fuerza en su interior. Se levanta en un abrir y cerrar de ojos y se impulsa con las manos para saltar el mostrador. Aterriza junto a la caja con la adrenalina fluyéndole por las venas, al lado del hombre de la máscara.

Se ha apoderado de una espátula resistente para la parrilla y está usándola como palanca para abrir la caja registradora del Pleistoceno. Dez todavía no ha contado los recibos, pero juraría que hay casi trescientos dólares ahí dentro. Trescientos dólares que pertenecen a su familia, y este imbécil no va a ponerles las zarpas encima.

Hoy tiene las patadas en la entrepierna a dos por uno, así que decide asestarle dos. Le sujeta los hombros desde atrás, mucho más estrechos que los de Mo. El cuerpo de un desconocido. Es débil, y piensa que puede con él.

Dez entorna los ojos. Prepara el pie y *¡zas!* Le acierta en las pelotas. Sabe que le ha dado.

Pero el desconocido no se dobla ni emite ningún ruido de asfixia como Mo. Deja escapar un gemido suave y casi sensual y, entonces, la mira a los ojos desde donde se le ha resbalado la sudadera.

Unos ojos oscuros como la tinta, como un calamar varado en la orilla. Brillan con una luz que parece indicar que está en busca de algo más que dinero.

¿Sangre?

El hombre se queda más tiempo pasmado del que es lógico y,

cuando abre los ojos de nuevo, le asesta un puñetazo en el estómago con una fuerza que Dez no había previsto. Retrocede dando tumbos y se choca contra el calentador, que aún mantiene la puta hamburguesa de su hermano a una temperatura óptima. La bombilla del calentador le quema la mejilla y suelta un gruñido. El dolor es estimulante. Se abalanza sobre el delincuente como una boxeadora saliendo de su esquina.

El hombre se ha recolocado la capucha para que Dez ya no pueda verle los ojos. Le rodea el cuello con las manos. Él se retuerce para zafarse, pero ella lo estrangula con todas sus fuerzas. Le clava las uñas en los tendones de la garganta.

El ladrón intenta darle un codazo y le asesta un golpe en las costillas, en los riñones y en los senos. Aun así, Dez disfruta del dolor porque va ganando. En cualquier momento, él tendrá que respirar. Trastabillará hacia delante y lo único que tendrá que hacer ella es no soltarlo y ver cómo la luz se le desvanece de los ojos.

No obstante, está tardando tanto en ahogarlo que Dez empieza a notar un dolor punzante desde las puntas de los dedos hasta el tríceps. El hombre ni siquiera está intentando apartarle las manos del cuello. Momento de probar otra cosa y cambiar de estrategia.

Ha conseguido abrir la caja registradora. Dez ve las filas ordenadas de dinero. Se acuerda del billete de cien dólares que un turista del condado de Orange ha utilizado para pagar una Coca-Cola Zero esa tarde, algo que la ha sacado de sus casillas.

Está sujetando el dinero. Y Dez tiene que detenerlo. Desde atrás, le sube las manos por la cara, por la máscara, enfadada, tanteando. Hasta que sus uñas se topan con los ojos del hombre. Aprieta lo más fuerte que puede.

En la película sobre la vida de Dez, este momento tiene sentido, está relacionado con otra parte más avanzada de la historia, delinea el contorno de un tema desolador. Dez echa un vistazo a la cámara de vigilancia del techo, que lleva sin funcionar desde que el tío Bob la instaló el día de la apertura. Nadie la está grabando, así que siente que lo que está haciendo es algo salvaje y psicótico. No puede parar. Presiona con más fuerza y nota que algo en la cara del matón cede, seguido de una humedad fibrosa. No tiene ni la más remota idea de cómo acabará esta escena.

Algo se afloja en el lado izquierdo de la cara del hombre.

¿Es… su ojo?

Dez casi vomita, pero se aguanta. El hombre enmascarado aúlla como un lobo herido y después se queda inmóvil. Es rarísimo, aunque también es lo único que le hace falta a Dez. Igual que cuando metió la mano en el triturador de basura para pescar el único anillo caro de su madre, Dez mete los dedos en la cuenca del matón y tira.

Dez grita. El hombre grita. Y después lo tiene en la mano. Un globo ocular, que la mira sin verla. En un lado, un iris negro, y en otro, el nervio óptico que cuelga.

—Dez, ¿qué estás haciendo?

Levanta la vista y ve a su hermano a cuatro patas respirando con fuerza, aún recuperándose de la patada en la ingle.

—¡No te levantes, Mo! —chilla con la voz desbocada y furiosa.

Vuelve a centrarse de golpe en el hombre tuerto. Se tapa el agujero sangrante que Dez le ha dejado en la cara con una mano. Con la otra, levanta una pistola rara y antigua y apunta a la cabeza de Dez. El arma tiene un cartucho circular encima del cañón largo, igual que una ametralladora.

Se le viene un recuerdo a la cabeza. El de Asher en el aparcamiento del antro de Ventura en el que se quedaron hasta que el dueño los echó. Estaba sentada en el asiento del copiloto del coche de Silas con la ventana bajada y el brazo sacado. Asher le dio la mano desde el bordillo, lo suficientemente bajo como para que Silas no pudiese verlo. Le sostuvo la mirada mientras le daba un apretón en la palma con el pulgar. Dez sabía que era un mensaje que no podía pronunciar en voz alta. También sabía lo que significaba; no del todo, aunque sí la esencia del mensaje.

Pum. Pum, pum. Pum.

Le hizo un gesto con la cabeza a Asher y sus dedos se separaron cuando el coche empezó a alejarse. En ese momento lo deseaba, habría removido cielo y tierra para acostarse con él, quitarse la ropa y desperdigarla por ahí y descubrir la sensación exacta de tener la piel de Asher contra la suya, pero también…

Lo que Dez recuerda ahora, a punta de pistola, es otra sensación que le transmitió ese momento: la de que con eso *bastaba*.

Aunque no volviese a verlo nunca, lo que los dos habían compartido aquel día había bastado para que fuese a tenerle cariño, y quizá también a la inversa, durante el resto de su vida.

De no haber ocurrido ese momento, puede que Dez viese las cosas de otra forma, estando a las puertas de la muerte. En su lugar, esa sensación de que *bastaba* se le viene a la cabeza con mucha serenidad.

Pero entonces, baja la vista hacia el globo ocular y cambia de opinión. Ha llegado muy lejos en esa espantosa pelea. Tiene que servir de algo. No va a dejar ganar a ese friki tuerto.

Se dirige hacia la freidora. El delincuente la observa, sigue sus movimientos con esa pistola tan rara, pero no dispara. Dez se

apodera de la cesta rápidamente como la profesional que es y la saca de la freidora. Solo han pasado treinta minutos desde que la ha apagado. El aceite seguirá más o menos a trescientos grados.

Es lo más letal de esta cocina y, al final, puede que acabe siendo su aliado.

—¿Dez? —pregunta la voz de Moses.

Sin embargo, Dez es incapaz de detenerse. Tiene que proteger a su hermano, al igual que a sí misma. Dan igual las decisiones estúpidas o desalmadas que tomen cualquiera de los dos; Dez quiere a Mo, y él a ella. A fin de cuentas, están en el mismo bando.

Gira y le lanza el recipiente de aceite hirviendo al hombre tuerto.

Y entonces oye gritar a su hermano.

El sonido es insondable e interminable y, cuando Dez por fin aúna la valentía para ver lo que ha hecho, se topa justo con lo que temía, aunque es muchísimo peor. *Mo.*

El humo del aceite se eleva desde su cuerpo y, cuando se disipa, Dez evalúa el aspecto de las quemaduras. Se queda completamente inmóvil a medida que se esfuerza por digerir la situación.

Moses ha saltado delante del ladrón.

Moses se ha interpuesto entre la bala y Dez.

La bala que no llegó a dispararse.

Como Dez se ha adelantado, le ha tirado una cuba de aceite hirviendo al chico que más quiere en el mundo.

El dolor que está sintiendo es un sufrimiento punzante y abrasador que a Dez le resulta demasiado familiar. Todavía puede sentirlo en sus pesadillas a pesar de que ocurrió cuando tenía cuatro años. La quemadura de tercer grado que sufrió había tardado seis meses y dos injertos de piel en «sanar». En realidad, nunca sanó del todo. Y

se le extendía por cinco centímetros de la muñeca.

No por toda la cara y el cuello.

Moses está de rodillas y produce unos ruidos inhumanos. Le chisporrotea la piel de la cara y del cuello. Emite un sonido húmedo y balbuceante como si le costase respirar. Dez no le reconoce la cara, inflamada y con manchas, de un color ardiente casi púrpura, con la piel desprendiéndosele de algunas zonas igual que se deshacen los papeles bajo la lluvia.

Dez no puede moverse. No puede apartar la vista. No puede vomitar la bilis que tiene en la garganta. No puede acercarse a él. Ni siquiera puede sacarse el móvil del bolsillo del delantal para pedir ayuda. Quiere disculparse, pero es incapaz de pronunciar las palabras. Siente cómo todo se funde a negro. Nunca, jamás se perdonará a sí misma.

Mo levanta el brazo hacia el hombre en busca de ayuda.

—¿Me estoy muriendo? —susurra con una voz espantosa.

Dez ve cómo se le cierran los ojos.

Quiere retroceder en el tiempo, que vuelva a ser la una de la mañana y los dos estén en la cocina de casa, con Mo borracho pero feliz, devorando la hamburguesa con queso y beicon mientras ella picotea los gránulos de café instantáneo de su madre y él le cuenta todas las cosas estúpidas y graciosas que han hecho él y sus amigos esa noche.

El que jadea en busca de aire con la garganta destrozada por las quemaduras no es Mo. Es imposible que esta cosa desfigurada sea su hermano.

—Mo. —Se escucha decir por fin.

El desconocido está sujetando a su hermano sin dejar de apuntarle

a ella. La aparta de un empujón, sale de la cocina y se dirige hacia la salida con Mo. Dez tiene las rodillas clavadas en el sitio. Las llaves siguen en la puerta.

—Necesita ayuda —dice Dez. Siente que las palabras están recubiertas de agujas en su garganta.

El hombre está apuntándole al ojo izquierdo con la pistola. Ella todavía sostiene el suyo en la mano. Clava la vista en el agujero nauseabundo y supurante que le ha dejado en la cara. Se percata de que, hasta ahora, el hombre no ha pronunciado ni una sola palabra.

Dez mira a Mo, pero él está de espaldas, apoyando todo su peso en el hombre, con los antebrazos levantados para taparse la cara. Mueve los pies con torpeza y le bailan los tobillos como si el suelo bajo sus pies estuviese lleno de grasa.

El delincuente abre la puerta de una patada. Fuera hacen casi cuarenta grados e, incluso a esa distancia, Dez percibe la ráfaga abrasadora. Le fallan las fuerzas al escuchar el aullido de dolor que suelta Mo cuando siente el aire de fuera. Dez lo siente de la cabeza a los pies.

Ya no puede ver a su hermano. La adrenalina se apodera de ella. Echa a correr tras ellos y sale del restaurante hacia el calor de la noche.

3

Unos neumáticos chirrían en el aparcamiento como unos búhos reales al salir volando del infierno. Cuando el Nissan Sentra abollado de Dez sale a toda velocidad del aparcamiento, se da cuenta de que el hombre está escapando en *su* coche, con *su* hermano.

Dez echa a correr.

—¡Detente! —grita mientras persigue al coche; corre con ganas, más rápido que nunca. No siente el cuerpo, no le queman los pulmones ni le tiran los músculos. Solo es consciente de lo que le ha hecho a su hermano. De que necesita remediarlo.

La noche es polvorienta, calurosa e iluminada por la luz de la luna llena. El coche está ganando terreno. Ni siquiera al verlo entrar en la ruta 89, medio kilómetro más atrás, se plantea que no va a alcanzarlo. Fracasar es impensable. Conoce historias de gente a la que la adrenalina ha convertido en algo sobrehumano cuando su familia estaba en peligro.

Corre a toda velocidad hasta la intersección y luego entra volando a la carretera del condado. Da otros cincuenta pasos frenéticos antes de detenerse en seco y estrellarse contra el silencio sepulcral de la carretera. No lo entiende. Han pasado menos de dos minutos desde que ha visto el coche que le han robado girar hacia la derecha. La próxima intersección está a varios kilómetros. Aun así, no ve las

luces traseras; no hay ni rastro de su coche.

Nada, salvo una carretera vacía.

Dez se gira. Tampoco hay nada detrás. Han desaparecido. Su hermano ha desaparecido.

Echa la cabeza hacia atrás y grita hasta no poder más. Se agacha y mete la cabeza entre las rodillas. Está hecha polvo. Ojalá pudiese desplomarse ahí en medio de la carretera y dormir durante mil años.

Piensa en su madre, que hasta las diez no sale de trabajar en la residencia de ancianos. Dez tiene que llamarla, pero siente que está paralizada. Su madre deja el móvil en la taquilla, así que tendrán que pasarle con ella, lo que la aterrorizará y la hará recorrer un montón de pasillos largos a toda prisa para descolgar el teléfono del mostrador principal. Dez sabe que su madre se habrá tratado de convencer a sí misma de que las noticias no son tan malas como teme. Luego, si acaso Dez tiene voz para hablar, tendrá que contarle a su madre lo ocurrido, lo que hizo. Y, por una vez, la verdad será mucho peor de lo que la mente inquieta de su madre se habrá podido imaginar: que Dez ha quemado a Mo casi hasta matarlo y ahora no tiene ni idea de dónde está.

—¿Te encuentras bien?

La voz aparece de la nada, como si la misma noche se lo estuviese preguntando. Cuando Dez se da la vuelta para encontrarse frente a un hombre con una chaqueta de cuero negra subido en una moto, retrocede de un salto, conmocionada.

—¿De dónde has salido? —pregunta Dez.

—Es una larga historia —contesta él.

—Un coche se ha ido por ahí. —Señala—. Tengo que alcanzarlo.

—¿Alguien te ha hecho daño? —El motorista parece estar

escudriñándole el rostro, aunque está demasiado oscuro como para cerciorarse—. ¿O ha sido *al revés*?

Su diversión fría le da ganas de dejarlo retorciéndose y después robarle la moto, pero está demasiado lejos. Además, tampoco sabe conducir una moto.

—Mi hermano está herido. —Las palabras son afiladas como cuchillos.

El motorista señala el asiento con la cabeza.

—Móntate.

A estas alturas, ya se le ha acostumbrado la vista a la penumbra del faro de la moto. El hombre parece más o menos un par de años mayor que ella. Todavía a principios de la treintena. Por culpa de lo que está pasando, de lo que acaba de hacerle a Mo, del globo ocular nauseabundo que lleva en el bolsillo, la deslumbrante piel aceitunada del chico y su afeitado perfecto en esa mandíbula angulosa de modelo le parecen insultantes. Esos pómulos. Unos ojos azul cobalto solamente medio tono más oscuros que los suyos. Pelo castaño oscuro, revuelto como si acabase de despertarse. Luego sonríe y, por supuesto, ha ido a un ortodoncista de los buenos.

Que se joda.

Aunque también… Cuanto más lo mira, más se lo plantea. ¿Se han visto antes? Le resulta familiar de una forma esencial. No lo conoce, pero lo ha visto en alguna parte.

Lo mira a los ojos e intenta ubicarlo. En estos últimos momentos han estado pasando tantas cosas malas a tanta velocidad que era incapaz de seguir el ritmo. Ahora, siente como si el tiempo se hubiese ralentizado. Casi podría jurar que ha mirado a este hombre a los ojos, igual que ahora, en otro momento.

Pero ¿dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? Lo tiene en la punta de la lengua.

El motorista le tiende una servilleta.

—Sécate los ojos. Yo te llevo.

Dez la acepta y se seca la cara. Esa tranquilidad engreída la pone de los nervios. ¿Y qué le pasa a su chaqueta? Parece viejísima, como si la hubiesen hecho antes de que inventasen las motos. Unas calaveras de hierro fundido la miran fijamente desde las solapas de la prenda.

Sabe que pensar en las pintas de la chaqueta de este desconocido es superinútil cuando su hermano se está alejando cada vez más con cada segundo que pasa. Sin embargo, tampoco le va a servir de nada que la asesinen de camino a buscar a Mo y, por ahora, no consigue descifrar cuáles son las intenciones de este hombre.

En el depósito negro para la gasolina, la palabra cromada «Aqueronte» brilla a la luz de la luna.

En circunstancias normales, ni siquiera se le pasaría por la cabeza subirse a la moto de un desconocido. Pero parece que, a partir de ahora, ninguna circunstancia volverá a ser normal.

—¿Nos hemos visto en alguna otra parte? —pregunta.

—¿En un sueño?

Una radio de policía cobra vida con un chisporroteo en el chasis de la moto.

—Tenemos un once ochenta y tres en la comarcal 89, kilómetro sesenta y siete… un Nissan Sentra rojo… se ha caído en una zanja.

—Es mi hermano —contesta Dez—. ¿Eres un poli?

En ese momento, no sabría decir si eso es bueno o malo. La ayudaría a llegar hasta Mo, pero también tendría que enfrentarse a sus últimos actos. Y al lío en el que se metería.

—Ni de broma —contesta el motorista—. Pero por suerte para ti, puedo aparentarlo.

—¿Entonces por qué tienes una radio de policía? —Dez frunce el ceño.

—Ya sabes lo que dicen: echa un ojo a tus amigos de vez en cuando. Pero nunca dejes de vigilar a tus enemigos.

Se oyen unas sirenas a lo lejos.

Ya vienen.

—Esta vez te has metido en un buen lío, ¿a que sí, Dez? —pregunta el motorista.

—¿Cómo sabes mi…? —Se queda boquiabierta.

—Mira, me dirijo al sur. Y voy con un poco de prisa. Estoy seguro de que la poli puede llevarte hasta tu hermano. O…

—¿Qué?

Se acerca a ella y Dez ve grandes reservas de confianza en esos oscuros ojos azules.

—O podría llevarte muy lejos de todo esto.

Dez siente una atracción al quedarse absorta en su mirada. Como si tuviese que subirse a la moto e ir adondequiera que la lleve ese desconocido. Como si incluso fuese a disfrutarlo.

Es una locura. Aparta la mirada y vuelve la cabeza hacia donde se fue su hermano. El trauma que ha sufrido esta noche la ha puesto nerviosa. Tiene que ir hacia Mo, no irse en dirección contraria con un desconocido que hace que le salten todas las alarmas. No importan las consecuencias a las que tenga que enfrentarse.

—Me arriesgaré —contesta ella al mismo tiempo que se aleja de la moto y del motorista.

—Siento oír eso —dice él—. Me estaba dando la sensación de que

somos el tipo de problema que le agrada al otro.

—Lo dudo.

—Lo llevamos en la mirada —afirma. Se la sostiene durante un instante antes de levantar la vista al cielo—. Tú y yo venimos de ahí arriba.

Antes de que Dez pueda rebatírselo, da una patada a la moto, que arranca con un rugido, y luego pasa junto al coche de policía que se acerca a una velocidad que a Dez le arrebata el aliento. Observa la moto desaparecer al igual que un sueño que no consigues recordar del todo cuando te despiertas.

Y lo más extraño de todo es que, cuando los polis se detienen frente a ella, es como si ni siquiera hubiesen visto pasar la moto.

—¿Está bien, señorita?

A medida que clava la vista en los dos policías que de repente tiene delante, Dez se da cuenta de que no está preparada para contarles lo sucedido de forma que no salpique a su hermano. Ni tampoco a ella. Necesita tiempo para pensar cómo darle la vuelta. Un tiempo del que no dispone.

—¿Qué hace aquí sola? —El policía al volante la mira con recelo.

Dez inspira e intenta serenar la voz.

—Ha habido un atraco en el Dairy Barn. Estaba trabajando en el turno de noche. Entró un hombre con una máscara de calavera negra…

—¿Ha llamado al 911? —pregunta.

—Yo… Él tenía una pistola. Ha raptado a mi hermano. Me ha robado el coche…

—De acuerdo —contesta el poli en el asiento del copiloto, un hombre mayor con una mirada más amable que la de su compañero

—. Vaya más despacio. Recapitulemos.

—Van en un Nissan Sentra rojo —insiste Dez, y ve a los polis intercambiar una mirada—. Por favor. Mi hermano está herido, necesita ir al hospital.

—¿Está diciendo que el hombre armado disparó a su hermano?

—No —contesta. Le falta el aire al escoger las palabras—. No. Hubo una pelea. Nosotros… yo… traté de detenerlo. Y mi hermano… —Deja la frase en el aire antes de ponerse a sollozar.

—Hay una ambulancia de camino al Sentra —responde el segundo policía—. Si su hermano está ahí dentro, recibirá asistencia médica. —Dez sabe que está haciendo de poli bueno, pero, aun así, necesita escuchar esas palabras.

—Gracias —contesta Dez.

—¿Puede describir al hombre armado? —pregunta el primer poli.

Dez cierra los ojos e intenta reflexionar. Nota un escalofrío al recordar la pelea y su mano sujetándole el ojo al hombre. Todavía lo lleva en el delantal. Mete una mano en el bolsillo como si quisiese ocultar el testimonio brillante y radiactivo de su culpabilidad. Se deshará de él en cuanto se quede a solas.

—Llevaba la cara tapada… Así que… —tartamudea—. Medía más o menos uno ochenta. De complexión media. No he llegado a verle la cara.

—¿Ni siquiera los ojos?

Dez se traga la bilis que le sube por la garganta.

—Los tenía negros —se obliga a responder.

—Así que, en definitiva, ¿un tipo cualquiera? —pregunta el policía detrás del volante—. ¿El típico de los retrato-robot?

—¿Qué? No. No me lo estoy inventando.

—¿Qué hacía su hermano en el restaurante cuando estaba cerrando?

—Me estaba echando una mano para salir antes.

—Qué agradable —comenta el segundo poli.

—¿Y más o menos cuánto dinero suele tener al cerrar? —pregunta el primero—. Antes de partirlo por la mitad.

—El establecimiento es de mi tío. Yo no haría algo así.

Todavía no ha mentido. No ha dicho que Mo tampoco lo haría. Además, no se ha inventado al hombre enmascarado. Está tratando de mantener la calma, pero ha sido una mala noche y este policía está empezando a sacarla de quicio.

—¿Por qué no nos acompaña? —pregunta el segundo policía.

—Tengo que encontrar a mi hermano…

—Difícilmente va a encontrarlo paseándose a oscuras por la carretera comarcal —afirma el primer policía.

—No está en un lío —responde el segundo policía—. Vamos a encontrar a su hermano.

—Quizá podamos arrojar luz a más detalles durante el trayecto —añade su compañero.

Dez sabe que estos tipos van a por ella, pero necesita dar con su hermano. Está agotada, asustada y no tiene alternativa. Este coche patrulla es su única esperanza.

Piensa en el motorista y se pregunta dónde estará. En realidad, no ha dicho su nombre…

El segundo poli abre la puerta trasera del coche patrulla.

—Cuidado con la cabeza —indica cuando Dez entra.

—Se fueron por ahí —dice, y señala por encima del hombro.

El coche patrulla hace un giro torpe y amplio de 180 grados antes

de que le dé tiempo a ponerse el cinturón. Se da un golpe en la cabeza contra la ventanilla y, cuando se frota la parte dolorida, se da cuenta de que todavía sostiene la servilleta que le ha dado el motorista.

Con la luz de la luna que se filtra por la ventanilla, ve algo garabateado en la parte delantera. Se le sube el corazón a la garganta.

Un dibujo del rostro de una mujer. Es un retrato inconfundible de Dez.

4

A las dos de la madrugada, Dez está sentada en la sala de espera del hospital y reza una plegaria silenciosa.

Cúrate, por favor. Cúrate.

A su alrededor hay otras familias sentadas, vestidas con batas y calzado poco apropiado, arrancadas de sus rutinas y arrojadas al pánico y la confusión, igual que Dez. Hay una tele de mediados de los noventa anclada al techo, puesta en el canal del tiempo, pero Dez tiene la vista clavada más allá, en una mancha enorme de café en forma de centauro de tres patas en el vinilo de la pared.

No tiene noticias de Mo, tan solo la frase vacía y tranquilizadora de que los médicos están «haciendo todo lo que pueden» que le ha dicho la recepcionista. Está sentada a solas, meneando las rodillas con nerviosismo, aplastada por el lodo negro de la culpa.

Escucha a su madre y a su tío susurrando al otro lado de la puerta automática. Están hablando de ella. Oye fragmentos por los que aún no puede preocuparse.

—Abogado… —dice su tío—. ¿Cuánto cuesta?

—¿El fiscal del distrito? —pregunta su madre con voz temblorosa.

Dez se lleva la mano al borde del globo ocular escondido en el bolsillo del delantal. Ha estado observando el contenedor de residuos orgánicos que hay en el pasillo, detrás de la recepcionista, a la espera de una oportunidad de deshacerse del ojo.

Aunque sabe que nunca podrá librarse de él. No del todo. De alguna forma, la perseguirá durante el resto de su vida.

Saca la servilleta que le dio el desconocido de la moto para secarse los ojos. Se queda mirando el dibujo y nota cómo se le abre un agujero en las entrañas. Es un retrato fiel, hasta en el patrón de las pecas, el puente de la nariz, el remolino de la línea del pelo. De alguna forma, es más preciso que una foto. Los trazos captan una esencia que Dez percibe cada vez que se mira al espejo. Muestran la voracidad y la convicción de su mirada, retratan lo que más teme: que jamás cumplirá sus sueños, que ni siquiera se merece tenerlos.

Cada vez que Dez llega a preguntarse cómo es posible que exista ese dibujo, el rechinar metálico de las puertas automáticas de la sala de espera la devuelve a lo que la rodea.

A su hermano. Al problema actual, más gordo que ninguno en el que se haya metido.

—¿Dez?

Su madre está de pie en la puerta de entrada. Dez se guarda la servilleta y busca el consuelo que suele hallar en la mirada de su madre. El problema es que no la reconoce; ha adoptado una expresión extraña por culpa del dolor y el miedo. Dez observó ese cambio apoderarse de ella en cuanto se sentaron en el recibidor del hospital la noche pasada y Dez le susurró su versión de lo ocurrido, aunque omitió que, mientras peleaba contra el hombre enmascarado, le había sacado el ojo. Dez había estado demasiado asqueada consigo misma como para contárselo a su madre.

También se dejó otra cosa. El intervalo con el desconocido de la moto antes de que apareciesen los polis.

En definitiva, le había contado lo que importaba sobre la situación

actual de Mo. Y había transformado a su madre en otra persona, una que Dez no reconocía y a la que no estaba segura de caerle demasiado bien.

—La policía quiere interrogarte.

Dez asiente.

—El tío Bob cree que no deberías hablar con ellos hasta que tengas un abogado.

—¿Creen que yo…?

—Sí —contesta su tío, que se coloca detrás de la madre de Dez. Se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros y frunce el ceño. Es su postura de cuando hay malas noticias, una versión más seria de la que pone cada vez que Dez comete un error que va a salirle caro al Dairy Barn—. La caja está vacía. Y no hay pruebas de que anoche hubiese nadie más. En la caja solo están tus huellas. Igual que en el asiento del conductor de tu coche.

—Es imposible —afirma Dez.

—Puede que cuando les lleguen los resultados de la prueba de ADN del laboratorio… —No obstante, su tío no suena optimista.

—No me estoy inventando nada. —Dez siente un arrebato de furia —. Había un hombre con una máscara y una pistola. ¿Cómo si no iba yo a…? —Cierra los ojos. No puede retroceder al momento en el que quemó a Mo—. Si no, ¿cómo acabó mi coche en una zanja?

—Creen que quien iba al volante eras tú —murmura su tío—. Creen que tuviste un accidente y huiste.

—¿Mamá? —Dez mira a su madre.

—Necesitas un abogado, Dez —contesta su madre, que baja la vista hacia las manos.

¿Es este el momento en el que Dez mete la mano en el delantal y

les enseña el ojo a su madre y su tío? Puede que sea la única prueba que demuestre su versión de los hechos, su verdad. Sin embargo, vacila. Su familia ya está bastante cabreada con ella, así que no consigue enseñarles lo que hizo anoche.

Al mirar por la ventana, Dez ve a los dos polis que la han traído al hospital. Se dirigen hacia las puertas automáticas, a la sala de espera. Vienen a buscarla.

Dez se levanta y pasa junto a su familia. Ve el cartel de una cafetería en el piso de arriba y sube las escaleras a toda velocidad. Está a punto de hiperventilar cuando irrumpe en la sala vacía y cavernosa.

La zona para sentarse está abierta, pero el bufé y las cajas están cerradas y no tienen luz. Dez se desploma en una silla dura y beis en un rincón oscuro. Apoya la cabeza contra la mesa de formica. Su vida ha cambiado por completo en muy poco tiempo. Hacía cinco horas, estaba fregando el suelo del restaurante y su mayor preocupación era mandar la solicitud a la escuela de cine antes de que se le pasase el plazo límite a las doce de la noche. Ahora, le parece una absurdez. Había estado planteándose mandarle un mensaje a Asher. Hace un siglo, cuando todavía le quedaban ambición y ganas de coquetear.

De algún modo, no cree que sea una absurdez hablar con Asher. En realidad, es casi necesario. Le vendría bien tener a alguien con quien hablar para despejarse.

No hace falta que le cuente lo de Mo ni lo de que, al lanzar el cubo de aceite, fue como si se hubiese adentrado en otra realidad. Puede simplemente fingir que acaba de mandar su solicitud a la Escuela Estadounidense de Cine. Puede fingir que, aunque sean las tantas de

la madrugada, quería que él fuese el primero en saberlo. Puede fingir que sigue siendo la cineasta que Asher conoció aquel día en la playa.

Hurga en su bolsillo para buscar el móvil, pero justo cuando está a punto de sacarlo, percibe el aroma a café aguado.

Dez levanta la vista y ve al motorista de la carretera comarcal.

Tiene un brillo nocturno travieso en la mirada al colocar dos vasos de café para llevar en la mesa y luego tirar una mezcla de bolsas de patatas, chocolatinas y paquetes de galletas frente a ella.

—¿De dónde has…? —empieza a decir.

—El servicio de comida caliente acaba a las once. Pero las máquinas expendedoras tienen juerga para toda la noche.

—Olvídate de la comida —contesta Dez—. ¿De dónde has salido? ¿Qué haces aquí?

—Bueno, Dez, lo cierto es que…

—¿Cómo sabes cómo me llamo? —inquiere, y se pone en pie de un salto para mirarlo a los ojos. El hombre le saca quince centímetros y parece hacerle gracia que Dez esté intentando plantarle cara. Mete la mano en el bolsillo para sacar la servilleta—. ¿Qué es esto?

Él le arrebata la servilleta y la observa con interés, como si la estuviese viendo por primera vez.

—Al parecer, un retrato de ti.

—¿Lo has dibujado tú?

—No.

—Y, aun así, has sido tú el que me lo ha dado antes. Y ahora me estás siguiendo. ¿Por qué?

—Me muero de ganas por contártelo. —Está sonriendo, pero su voz contiene un deje inconfundible de sarcasmo—. Aunque tal vez quieras que mantengamos esta conversación en un sitio más

alejado…

—No pienso irme contigo a ninguna parte.

—¿Estás segura?

En la otra punta de la sala, los dos polis de antes entran a la cafetería. Todavía no la han visto. Dez mira al hombre que tiene delante, que señala una puerta que reza «Azotea» con la cabeza.

Dez lidera la marcha y desaparece escaleras arriba. El motorista se hace con los cafés y la sigue. Cuando llegan al rellano y salen a la noche oscura y tranquila del tejado, Dez se vuelve hacia el hombre de la chaqueta de cuero.

—Respuestas.

—Preguntas. —Él esboza una sonrisa.

—No me pareces guapo.

—Discrepo.

—¿Te crees que lo eres?

—Creo que tú sí que lo piensas.

—Tampoco me pareces gracioso.

—Siento lo de tu hermano.

—¿Quién eres?

—Rafael de la Cruz, pero mis fans me llaman Rafe.

—¿Qué quieres de mí?

—Te traigo buenas nuevas —responde, y le da un sorbo al café.

—Te juro por Dios que como seas un proselitista…

—Te han admitido.

—¿Que me han qué? —Dez se queda pasmada.

—En la Aqueronte. —Hace una pausa para darle dramatismo—. No solo te han admitido. Te han concedido el paquete completo: alojamiento, pensión, las codiciadas prácticas de verano. Hasta han

hecho la vista gorda a que no tengas un grado de cuatro años. Y, como extra especial, también vas a recibir el desdén eterno de tus compañeros menos premiados. En fin, que está todo incluido. —Le da una palmadita en la mejilla—. Me estás mirando como si estuvieses a punto de decir que no lo entiendes.

—Es que no lo entiendo.

—Bueno, bien, aquí tienes una carta de admisión donde viene todo explicado. Así, los dos ahorramos tiempo. —Le tiende un sobre sellado con su nombre y dirección en la parte frontal. Tiene un blasón en la parte superior izquierda de un árbol partido por la mitad y una serpiente rodeando el tronco como si fuese una cuerda que lo sostiene. Al lado del blasón figura la palabra «Aqueronte», escrita con la misma tipografía florida grabada en la moto de Rafael. Nunca ha oído hablar de ese sitio.

—¿Qué es Aqueronte?

Rafe se queda mirándola.

—¿La escuela de cine? Nada más y nada menos que la más prestigiosa del mundo.

—Y una mierda —contesta ella—. Si no he mandado una solicitud.

—Nadie manda una solicitud a la Aqueronte, Desdemona. Te seleccionan. —Rafe se ríe.

—¿Cómo?

—Gracias a unos cazatalentos de primera que se encargan de reclutar a visionarios. Los nuestros han estado siguiéndote la pista en redes sociales; estoy obligado a decírtelo. Dios, detesto este trabajo. —Saca el móvil y echa una ojeada a la pantalla—. ¿Por dónde iba? Algo sobre una peli que grabaste titulada *Destellos…*

Dez levanta la vista de golpe para mirarlo a los ojos.

—Nadie la ha visto aún.

Además de en su disco duro, el único sitio donde se encuentra su película es en el enlace de Dropbox que compartió con Silas mientras estaba editándola.

—Nosotros sí —contesta Rafe con una confianza despreocupada—. Nuestros cazatalentos pueden acceder a cualquier nube.

—Pero eso es una violación enorme de…

—Dez, creemos que tienes un talento revolucionario. Un don inusual. —Enarca una ceja—. ¿Sigues teniendo ganas de discutir?

Dez traga saliva. No tiene sentido, ¿estará diciendo la verdad? ¿Un cazatalentos de cine ha visto su trabajo y cree que tiene talento?

—Eso pensaba —prosigue Rafe—. Lo que nos lleva a mi cameo de esta noche. —Se lleva la mano al pecho—. He venido a abrirte las puertas a la vida con la que siempre has soñado. Entiendo que no es el momento más oportuno… por la tragedia familiar y demás. Pero el próximo trimestre empieza mañana…

—¿Mañana? —A Dez se le revuelve el estómago—. Estaba solicitando plaza en cursos para el año que viene.

—¿Es esa tu respuesta? —pregunta Rafe tras lanzarle una mirada de lástima.

—¿Eres profesor? —dice ella.

—No, de ningún modo. —Se ríe—. ¿Has oído eso de que el que no sabe, enseña? —Se encoge de hombros de forma despreocupada—. Pues yo sí sé.

—Eres un alumno, pero ¿te dejan ocuparte de las admisiones?

—¿Qué puedo decir, Dez? A la gente le caigo bien.

—¿Sabías quién era cuando nos hemos encontrado antes en la carretera?

—Eso ha sido una coincidencia.

—No me lo trago.

—De acuerdo, sí. Iba de camino a buscarte. Nuestros cazatalentos me dijeron que trabajabas en el Dairy Barn. De todas formas, que nos cruzásemos durante el trayecto sí que fue pura casualidad.

—Entonces, ¿por qué no me lo has mencionado antes?

—¿Te refieres a cuando estabas…? —Se agacha para imitarla, mete la cabeza entre las rodillas y suspira—. Soy consciente de que, ahora mismo, estás a un paso de sufrir un ataque de nervios —continúa, irguiéndose—, pero no disponemos del privilegio del tiempo.

—Si es verdad, ¿por qué no me lo han comunicado con más antelación? Con una carta. Un correo. A través de algo razonable…

—Porque se acaba de quedar libre una plaza —contesta él.

—¿Por qué me diste esa servilleta?

—Era un augurio.

Por mucho que este pretencioso esté diciendo la verdad, por mucho que esta oferta tan ridícula sea cierta, es imposible que Dez empiece la escuela de posgrado ya. No puede ir a la Aqueronte ni a ninguna otra. Se dirige hacia la puerta y las escaleras—. No puedo mantener esta conversación. Tengo que conseguir un abogado…

—¿La policía ya ha presentado cargos? —pregunta a sus espaldas.

—No. —Dez se detiene.

—¿Te han pedido que no salgas de la ciudad?

Sí que lo habían hecho, en el coche de camino al hospital. Traga saliva.

—Sin una orden judicial, no pueden ejecutarlo —afirma Rafe—. Todavía no. La Aqueronte cuenta con asesoramiento jurídico excepcional. Han sacado a algunos alumnos de problemas que ni te

imaginas. Por supuesto, para beneficiarte de sus servicios tienes que estar matriculada.

—No puedo abandonar a mi familia —responde Dez, negando con la cabeza. No tiene ni idea de dónde está la Aqueronte, pero, si está fuera del hospital, entonces está demasiado lejos de Mo—. ¿Dónde decías que estaba la escuela?

—Está asentada en la cordillera Sawatch, cerca de la cumbre de las Montañas Rocosas. Lo más lejos posible de Death Valley. La gente lo considera bastante pintoresco.

Tiene que estar de broma. Todo esto es una broma de mal gusto. Aunque su hermano no estuviese en la UCI, ¿cómo iba a llegar hasta Colorado antes de mañana?

—Mi hermano… —empieza a decir mientras niega con la cabeza.

—¿Cómo se llama?

—Moses. Mo.

—¿No crees que Mo querría que aceptases? Cualquiera de tus seres queridos querría que aprovechases la oportunidad.

—Quizá el próximo semestre.

—El próximo semestre no habrá plazas disponibles —contesta Rafe con una risa—. Se cubrirá esta noche, antes de las doce. Si no vas a aceptarla, tengo que avisar a otras personas. La gente mataría por estar allí.

Se saca una tarjeta de la cartera y se la tiende.

—Estaré en este sitio a medianoche. Si te apuntas, nos vemos allí. Si no… —Echa un vistazo a su alrededor—. En fin, siempre nos quedará esta mugrienta azotea.

5

En la sala de espera del hospital, Dez lee la carta de admisión de la Aqueronte por centésima vez. Contiene las palabras que soñaba leer: «Tenemos el placer de comunicarle… matrícula completa… instalaciones de vanguardia… oportunidades sin parangón». Aunque eso la inquieta. Nunca ha escuchado hablar de la Aqueronte. No tiene ni idea de cómo han conseguido acceder a *Destellos*. Y las respuestas de Rafe parecían estar más pensadas para confundirla que para aclararle las cosas. Dez siempre ha querido destacar, incluso que la eligiesen por su trabajo, pero ahora que está sucediendo, se da cuenta de que le cuesta confiar.

Un nuevo deseo nace en su interior, algo que no había sentido hasta entonces: el impulso de desaparecer. Lo contrario de querer que se reconozca su arte. Desde que le ha hecho daño a Mo, lo único que quiere es huir.

Vuelve a cargar la página web de la Aqueronte en el móvil. La página de inicio sencilla solo muestra el blasón de la escuela, la palabra «Aqueronte» y nada más. No contiene datos sobre la fecha en la que se fundó o quién lo hizo. Echa un vistazo a Reddit y a la Wiki de la escuela de cine y no encuentra más que una mención a la Aqueronte, un enlace a un comentario de un misterioso blog de hace tres años en el que quien lo escribió afirma que lo escogieron, pero que no sabía si aceptar o no. Hay dos comentarios. Uno dice: «¡A por

todas!». El otro reza: «Huye».

Huye. El significado del blog es ambiguo, pero Dez se lo toma como una señal inconfundible. El corazón le tamborilea de la inquietud. *Huye, porque piensan que eres culpable. Huye, porque esta puede ser tu única oportunidad de hacerlo.*

Su madre ha vuelto a irse a hablar con la recepcionista, pero se ha dejado el bolso en la mesita de café. Dez sabe lo que contiene. Encuentra el bote de Xanax y desenrosca la tapa. Se toma una pastilla y, después de estudiar el diámetro del bote naranja, se le ocurre algo extraño. Vierte las pastillas en el bolso de su madre, se quita el delantal del Dairy Barn y palpa el ojo que lleva dentro. Todavía está viscoso y, de alguna forma, espantosamente *caliente*. Le da una arcada y apenas puede reprimir el recuerdo.

Odia el ojo. Pero también lo necesita; si no es hoy, entonces cuando tenga que demostrar su inocencia. El corazón le late con fuerza. Echa un vistazo por la sala y desliza el ojo en el bote de pastillas, que le queda como un guante. Se lo mete al bolsillo, tira el delantal a la papelera y cierra la cremallera del bolso justo cuando vuelve su madre, que se desploma en un asiento más alejado de Dez en lugar de en el que tiene al lado.

—¿Se sabe algo? —pregunta Dez tras notar el agradable efecto del Xanax. Se le relaja el pecho por primera vez, tras dar miles de respiraciones tensas.

—Sigue en cirugía. No me dicen más. No sé cuánto tiempo más puedo esperar.

Llevan casi veinticuatro horas en el hospital. A Dez le quedan menos de dos horas para llegar al plazo límite que le ha dado Rafe en la azotea, las doce, y sigue sin saber qué hacer.

—¿Puedo enseñarte una cosa? —pregunta Dez, y le pasa la carta de admisión de la Aqueronte a su madre.

Su madre le echa un vistazo rapidísimo con los ojos rojos; Dez sabe que apenas la está leyendo.

—Es tu sueño —responde su madre de forma distraída, y le devuelve la carta.

—Las clases empiezan mañana. —Dicho de otro modo: es imposible. Ni siquiera va a sacarle el tema de Rafe de la Cruz a su madre.

—Deberías ir.

—¿Qué? —Dez se queda anonadada.

—Deberías ir, Dez. —Su madre parece muy cansada, y ni siquiera la ha mirado una sola vez a los ojos—. Aquí ya estamos demasiado ocupados.

Dez se percata de que lo que en realidad quiere decir es que tienen demasiado como para tener que lidiar también con ella. Se le parte el corazón al darse cuenta de la distancia tan grande que ha conseguido poner entre su madre y ella.

Sabe que no puede esperar que su familia reaccione de otra forma. Pero, de un modo egoísta, quiere que alguien se alegre de la noticia, no que tan solo intenten librarse de ella. Piensa en llamar a Silas; seguro que a él le entusiasma, pero ¿cómo va a hacerlo sin contarle lo de Mo?

Al que de verdad tiene ganas de contárselo es a Mo. Pero la culpable de no poder hacerlo es ella misma.

Recuerda las palabras de Rafe en la azotea: Mo querría que aceptase. Parecía una afirmación atrevida; sin embargo, Dez recuerda cuando le enseñó la versión final de *Destellos* a su hermano.

Fue hace solo unos días, el sábado por la tarde. Le había arrebatado la almohada de la cabeza para despertarlo, se había tirado en la cama a su lado y le había dado al «Play». No le quitó la vista de encima durante todo el tiempo que duró el corto. Mo no puso ninguna expresión, pero hasta ella sabía que estaba impresionado. Cuando terminó y empezaron los créditos, cerró el portátil y se giró hacia ella. Parecía… ¿Estaba molesto?

—Dez, cuando se presente la oportunidad, sea cuando sea, no la dejes pasar. Por nada ni por nadie de aquí —afirmó.

Esta es la oportunidad. Llegó tarde al plazo de la Escuela Estadounidense de Cine, y Rafe le dejó bien claro que la Aqueronte no se lo volvería a ofrecer. ¿Mo querría que fuera, incluso ahora?

Se dice a sí misma que puede volver para visitarlo en cualquier momento. Que incluso podría volver este mismo fin de semana. Como no tiene que pagar la matrícula, por primera vez en su vida el dinero no va a ser una preocupación constante. Y, cuando la policía se pase para hacer más preguntas, tendrá a los abogados de la Aqueronte de su parte. Dez todavía no se lo ha contado a su familia; aunque, por lo que a ellos respecta, puede que sea la parte más importante.

Busca la dirección que le ha dado Rafe en internet. Es un hangar privado para aviones con una pista de aterrizaje que está a veinticuatro kilómetros de distancia. Verlo en el mapa hace que le entren mariposas en el estómago. Así es como se puede llegar a las Montañas Rocosas e incorporarse mañana a las clases. Quizá eso signifique que la oferta de Rafe iba en serio.

Echa un vistazo al pasillo largo e iluminado por unos fluorescentes del hospital, donde en algún lugar, al otro lado de estas paredes, de

los cirujanos y las máquinas salvavidas, yace su hermano, que está en un punto crítico.

¿Te parece bien, Mo?

Pero él no puede responderle que sí. Nadie puede hacerlo. Dez tendrá que decidirlo por sí misma.

Si va a tomar las riendas de su destino, tiene que hacerlo ya. Antes de medianoche.



Faltan cuarenta minutos para las doce y Dez está en un coche compartido de camino a la pista de aterrizaje. Ha tardado tanto en decidirse que apenas ha tenido tiempo para pasarse por casa a buscar sus cosas. Embute la ropa, un cepillo de dientes, su equipo de grabación y el portátil en una bolsa de viaje. Lleva sin darse una ducha y sin cambiarse desde la noche anterior.

Ya se pondrá otra muda en el avión. Si es que es real.

Al principio, la carretera que sale de la ciudad está vacía. No se ve nada, salvo los ojos de algún coyote de vez en cuando. Pero, al llegar a la señal de la autopista 50, donde el límite de velocidad sube a cien, Dez nota que tienen algo detrás: los faros de un coche siguiéndolos.

Se da la vuelta para confirmarlo. A unos noventa metros de distancia, un coche mantiene una distancia prudencial y constante.

El conductor de Dez, un hombre del desierto curtido de mediana edad con una barba descuidada, cruza la mirada con la suya en el retrovisor.

—¿Necesitas que lo pierda de vista?

¿Qué tendrá el desierto que tanto le gusta a la gente con tendencias delictivas?

—Sí —contesta Dez.

El conductor apaga los faros y todas las luces del interior del vehículo. Clava la vista en el retrovisor y observa el coche que tienen detrás.

Empieza a sonar la sirena y aparecen unas luces rojas parpadeantes en el otro coche, que ahora se acerca a una velocidad pasmosa.

—Agárrate —espeta el conductor, que da un volantazo hacia la izquierda y hace derrapar el coche para dar un giro de ciento ochenta grados con tanta rapidez que, por un instante, dos ruedas se pasan al carril contiguo.

El coche patrulla da un frenazo e irrumpe en el arcén hasta quedarse en diagonal, con el capó blanco sobresaliendo hacia el desierto.

—Estoy a punto de hacer una cosa… y conviene que te relajes —indica el conductor.

—*¿Cómo?*

—Relaja el cuello y los hombros todo lo que puedas. Ahora.

Dez se agarra los muslos con fuerza, respira hondo e intenta obedecer cuando el conductor acelera y utiliza el morro del coche para rozarle el borde del parachoques trasero al coche patrulla, que entra dando vueltas de lleno a la arena del desierto, hundiéndose lo bastante como para evitar que las ruedas tengan agarre.

Entonces, el conductor baja por la carretera oscura y desierta a ciento sesenta kilómetros por hora. Llegan a la dirección que les ha dado Rafe en menos de un minuto y se detienen junto a unas verjas de hierro.

—¿Estás bien? —pregunta el conductor—. Creo que ha

funcionado.

—Gracias —contesta ella tras asentir.

Conforme Dez baja la ventanilla, se escuchan unas sirenas a lo lejos.

Alarga el brazo para apretar el botón del interfono de la entrada. Antes de poder pulsarlo, la puerta se abre lo suficiente como para dejar pasar al coche.

Atraviesan el hangar, oscuro y vacío, bordeado de aviones para fumigar y modelos Cessna antiguos. El coche frena hasta detenerse cuando llegan al otro lado, a una pista de aterrizaje. A Dez le parece ver un *jet* de fuselaje estrecho en la pista, orientado hacia el oeste. Es negro como la obsidiana, del color de la noche, tan oscuro que apenas puede distinguirlo, pero presiente que es mejor que el resto de las naves del hangar, y puede que de este estado.

El conductor la mira como si se hubiesen equivocado de sitio.

—Está vacío. ¿Has apuntado mal la dirección?

Pero, cuando una luz se enciende en el interior del avión y la silueta de Rafe aparece en la puerta de embarque, Dez se echa la mochila y la bolsa de viaje al hombro y abre la puerta del coche.

—Gracias por el paseo —dice.

—¿Estás segura? —pregunta el conductor.

—No —contesta ella—. ¿Qué vas a hacer?

—Lo mismo que estaba haciendo antes —responde él—. Deambular.

—Buena suerte —le desea Dez.

—Lo mismo digo —dice el conductor.

Luego, el coche empieza a dar marcha atrás, a alejarse, y poco después desaparece. Dez se queda a solas con Rafe de la Cruz y la

decisión tan descabellada que acaba de tomar.

—Bienvenida —saluda Rafe al bajar por las escaleras del *jet*—. Estaba empezando a pensar que tenías otro plan mejor.

En lugar de la chaqueta de cuero, ahora lleva un traje ceñido hecho a medida, negro, de una lana prácticamente sin costuras, combinado con una camisa gris claro estilo Oxford y una corbata gris oscuro. Dez jamás pensó que los trajes de hombre eran reveladores, pero este deja poco a la imaginación.

O más bien al revés; da pie a imaginarse muchas cosas.

—Estás temblando —dice Rafe—. ¿Te da miedo volar?

—Solo necesito un minuto. —Dez deja las cosas en el suelo y respira hondo. Se retira el pelo detrás de las orejas, cierra los ojos y lo consulta con sus adentros. Con su hermano.

Quiere hacer esto. Pero no está segura.

—¿Te apetece decidirlo a cara o cruz? —pregunta Rafe mientras se apoya contra el pasamanos de la escalera.

Lo fulmina con la mirada, dispuesta a discutir, pero entonces ocurre algo extraño.

De pronto, un brillo dorado aparece de la nada y traza el contorno de su silueta. Es distinto de la luz que ilumina el interior del avión. Es como si Rafe llevase un foco que estuviese alumbrando hacia fuera. Lo que le da un aspecto de estar… En fin, las palabras que se le vienen a la cabeza son «Como un tren». Y ni siquiera es su tipo. Es demasiado guapo.

No es momento para guarradas, pero Dez tan solo puede quedarse mirándolo. Siente una calidez por dentro, como si se le estuviese expandiendo el corazón. Está ahí, esa luz, esa sensación, que luego se va desvaneciendo.

Y entonces desaparece.

Gracias a Dios.

Lo señala de forma acusatoria.

—¿Qué mierda acaba de pasar? ¿Qué era esa luz?

—¿Acaba de iluminarme una luz favorecedora?

—¿Qué has hecho? —exige saber—. *Para*.

—Yo no he hecho nada. Has sido *tú*. No me digas que es la primera vez que experimentas una ruptura.

—¿Cómo dices?

—Una ruptura. —Rafe pronuncia la palabra como si Dez fuese una cría—. Ni siquiera sabes de lo que te hablo, ¿a que no? Vaya pueblerina. Pasa constantemente. Al menos, a quienes tenemos un don natural.

—Explícate, Rafe —espeta ella con impaciencia.

—Piensa en cuando acaba un acto en una peli. ¿Sabes ese último instante entre el primer y el segundo acto, cuando el mundo acaba patas arriba?

—Conozco la estructura en tres actos.

—Bueno, pues tú acabas de hacer una ruptura hacia tu destino. Y, antes de que me pegues, no me refiero a que *yo* sea tu destino. Lo que digo es que, por algún motivo, tu intuición se ha despertado ahora porque este momento va a marcar un antes y un después en tu vida. Un punto crucial en el que entraste de forma inexorable a la siguiente línea temporal, y después del cual el mundo que conoces jamás volverá a ser igual.

—Lo que tú digas, pero eso *no* es lo que ha pasado —responde Dez, pero se da cuenta de que ha estado conteniendo el aliento, porque, de algún modo, siente *justamente* lo que Rafe acaba de

describir.

—Las pelis nos dan pistas con la música, las luces y los ángulos de cámara para que el público no se las pierda —afirma Rafe—. Pero en la vida no existen los efectos especiales, así que mucha gente ni siquiera se da cuenta de las rupturas. Pero los cineastas sí.

—Yo *soy* una cineasta.

—Entonces, súbete al *jet* y demuéstralo —dice a la vez que señala el avión.

Dez traga saliva. Qué invitación, y qué veinticuatro últimas horas más raras.

—Si esta noche acepto, entonces tengo que poder ir a visitar a mi hermano.

Rafe asiente.

—Cuando quieras.

Dez se queda descolocada, sorprendida por esa respuesta tan simple.

—¿En serio?

—Te sorprendería la cantidad de recursos que tenemos en la Aqueronte.

¿Significa eso que la escuela la traería volando hasta aquí? Es más de lo que esperaba.

—Gracias.

—Tu hermano y tú debéis de estar muy unidos. —Esa es la primera cosa que Rafe ha soltado que no suena como si la estuviese tentando a darle una paliza.

Nota una punzada en lo más hondo de la garganta.

—No puedo evitar quererlo. A veces pienso que ojalá no fuera así.

Rafe asiente y muestra un control sin precedentes para no hacer un

comentario imbécil.

Dez echa un vistazo por la pista de aterrizaje vacía y menea la cabeza con incredulidad. ¿De verdad se va a marchar ahora? ¿En busca de una vida mejor, más trascendental? Parece imposible. Como si no se lo mereciera después de lo que le hizo a Mo.

Piensa que ojalá él estuviese allí para indicarle qué hacer y ella pudiese ignorarlo, como en los viejos tiempos. Ese pensamiento hace que un dolor punzante le atraviese el pecho, y entonces escucha la voz de Mo.

Cuando se presente la oportunidad…

Le arden los ojos, pero no se echa a llorar. ¿Qué pasaría si Mo saliese delante de la cirugía, si sobreviviese, se curase y ella le contase esa historia y a lo que renunció solo para quedarse sentada junto a su camilla, a la espera de que la arrestasen? *Eso* sí que lo enfurecería.

—Volemos —dice, al tiempo que pasa junto a Rafe y sube las escaleras del *jet* de obsidiana.

6

En el interior del *jet*, oscuro y moderno, cuatro asientos de comandante negros flanquean un pasillo del mismo color. Hay una barra. El techo tiene unos paneles de cristal que dejan ver las estrellas. Y… no hay cabina. Solo una hilera de ventanillas hasta llegar al morro de un avión.

Dez ni siquiera ha podido acercarse a un *jet* privado, pero siempre había dado por sentado que también necesitaba pilotos. ¿Se trata de una artimaña en la que lo que quiera que se haya estado trayendo entre manos Rafe va a revelarse? ¿Solo ha sido una farsa para venderle algo? No se lo traga.

—Toma asiento —indica Rafe al cerrar la puerta hacia la pasarela.

Dez se sienta en la silla del rincón delantero y se desploma en un cuero tan mullido que no puede evitar soltar un suspiro. Una luz suave la ilumina desde arriba y, en una mesa negra de cristal que tiene delante, ve botellas de agua, dos copas de cristal y unos caramelos de colores en un tarro.

Nota que le vibra el móvil en el bolsillo y se apresura a sacarlo. A estas horas de la noche, solo puede ser su madre. Debe haber noticias de Mo.

Sin embargo, cuando Dez ve el nombre que aparece en pantalla, el corazón le da un vuelco.

¿Asher?

¿Qué hace llamándola tan tarde, en plena noche? Y así, de sopetón, justo el día en el que Dez había estado a punto de hablarle. Desliza el dedo para contestar, pero es una locura. No puede hablar con él ahora mismo. Se muerde el labio con unas ganas enormes de saber qué quiere, aunque teme lo incómoda que pueda ser la conversación teniendo a Rafe a metro y medio de distancia.

Rafe se sienta enfrente de Dez y le dedica una sonrisa deslumbrante e inesperada. Huele a algo de lo que no se había percatado la noche anterior, pero que en este momento le resulta familiar y le hace pensar en cuando se conocieron. ¿Petricor? El olor de la lluvia recién caída sobre la tierra. Un aroma de lo más inusual en Death Valley.

—¿Lista? —pregunta.

Dez levanta el dedo de la pantalla.

—¿Quién tripula la nave? —pregunta ella.

Ve que la llamada pasa al buzón de voz.

—No hace falta nadie —contesta Rafe, y hace girar la silla con el pie—. El sistema operativo del avión supera los límites de la capacidad humana.

Lo que acaba de decir resulta preocupante, pero Dez hace caso omiso a sus temores sobre la navegación aérea con IA porque ve que Asher le está dejando un mensaje. Podrá escucharlo en cuanto se quede a solas. Podrá llamarlo y contárselo… todo. Vuelve a meterse el móvil en el bolsillo y siente como si estuviese hecho de oro macizo.

—Ponte el cinturón —dice Rafe—. Un momento, no puedes.

Dez tantea la silla y no ve nada con lo que atarse.

—¿Y los cinturones?

—Calma —responde Rafe—. Será el viaje más tranquilo de tu vida, quitando la admisión directa a la Aqueronte. Eso me recuerda una cosa. —Rafe le tiende a Dez una pluma con el blasón de la escuela—. Necesito que firmes la oferta en la carta de admisión que te di.

Dez saca la carta de admisión y lee en la parte inferior: «Al firmar la oferta, acepto la generosidad de la Aqueronte con todos los requisitos que conlleva. Dichos requisitos serán determinados a su debido tiempo».

Debajo de la frase, hay un espacio para firmar y escribir la fecha. No tiene ni la más remota idea de dónde se está metiendo al aceptar, pero, a estas alturas, ¿acaso tiene más alternativas? Firma la oferta rápidamente, le coloca la carta a Rafe en la mano extendida y se agarra a los reposabrazos de cuero cosidos del asiento al notar que el avión cobra vida bajo sus pies y avanza por la pista de aterrizaje. Creía que tendría más tiempo para acomodarse, para pronunciar una plegaria. Levanta la pantalla de cuero negra de la ventanilla y escudriña la noche oscura. Apenas ve las alas del avión.

Rafe dobla las manos sobre el regazo.

—Pareces preocupada. Te contaré un secreto. Este avión, al que llamamos *Igi*, que es una palabra sumeria para referirse a «ojo», puede volverse completamente invisible.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque lo que hagamos o dejemos de hacer no les incumbe a los demás.

—¿Ni siquiera a los controladores aéreos?

—Especialmente a ellos —contesta Rafe—. Mira, es bastante simple. ¿Tu chofer creía que te estaba dejando en un hangar abandonado?

—Sí, eso parecía.

—Eso es justo lo que vería alguien normal y corriente. Pero tú sí que lo viste, ¿verdad, Dez? Es porque tú tienes el don de la visión.

Dez traga saliva a medida que mete la mano en el bolsillo del pantalón. El ojo sigue ahí. Ahora mismo, su vida tiene demasiados problemas.

—La invisibilidad del avión es un efecto especial que el equipo técnico de la Aqueronte descubrió cómo poner en práctica en el mundo real.

—Menuda absurdez.

—Está patentado. Es uno de los motivos por los que podemos permitirnos muchos de los lujos de los que dentro de poco disfrutarás en el campus.

A Dez le da un vuelco en el estómago cuando el avión despega de la pista y se eleva al cielo.

—Entonces, ¿el avión sabe a dónde nos dirigimos? ¿Así sin más? —pregunta.

—Sabe lo que yo le hago saber.

Dez clava la vista en Rafe; observa el movimiento de sus ojos y cómo parecen estar mirando un arco invisible en el cielo. Cuando levanta la mirada un poco hacia la izquierda, Dez echa un vistazo para ver cómo la ruta de vuelo dobla en la misma dirección al sobrevolar su vecindario a oscuras, que ahora está a trescientos metros de distancia.

—Mierda —masculla. Solo ha volado un par de veces, pero nunca en un avión como este.

—Tardarás un poco —afirma Rafe—, pero acabarás acostumbrándote a los servicios de la Aqueronte. Estamos muy bien

equipados.

—Quizá estáis intentando compensar otras carencias —contesta Dez a la vez que le sostiene la mirada. No la intimida. No demasiado.

—Quizá necesitas un trago. —Pasa la mano por un panel de cristal espejado que se desliza para dejar ver una barra de mármol negro repleta de botellas.

Dez alarga el brazo y saca una botella cualquiera. La etiqueta reza «Pappy Van Winkle».

—¿Está bueno?

—Servirá —contesta Rafe—. Ponme una. Llegaremos a la Aqueronte en veinte minutos.

Parece increíblemente rápido. Aunque, por otro lado, sucede lo mismo con la velocidad a la que pasa el terreno oscuro bajo sus pies y con la rapidez con la que está cambiando su mundo. Intenta calmarse diciéndose que, si ese *jet* puede llevarla hasta las Montañas Rocosas en veinte minutos, también puede llevarla de vuelta con su familia a la misma velocidad.

Sirve dos copas y le tiende una a Rafe. Al brindar, él la mira a los ojos.

—Por tu hermano.

A Dez se le eriza la piel de los brazos.

—Por Mo.

Beben. Es más suave que cualquier cosa que haya probado. Y le brinda esa calma que tanto necesita.

—¿Cuándo se fundó la Aqueronte? —le pregunta a Rafe. Lleva años investigando escuelas de cine, así que le parece raro no haberse topado nunca con la escuela a la que acaba de inscribirse.

—Hace años, aunque hemos renovado los edificios hace poco.

—El cine solo lleva existiendo unos cien años.

Rafe se queda mirándola.

—En realidad, Edison inventó el kinetoscopio en 1889.

—Lo sé —contesta Dez—. Y la primera película, *Monkeyshines*, se rodó en…

—1890 —la interrumpe Rafe—. ¿Estás intentando comprobar quién es más friki, Dez? Te dejaré ganar, aunque podemos jugar a cosas mucho más divertidas. Lo único que tienes que saber es que la Aqueronte es la primera y la única en su especie.

—La primera escuela de cine fue fundada en Moscú, en 1919 —replica Dez.

Rafe suelta una risita entre dientes.

—Digamos que hemos estado manteniendo un perfil bajo.

—¿Cuántos alumnos tenéis matriculados? —pregunta ella.

—Cien. Y el trimestre pasado se graduaron otros cincuenta. Así que en tu clase también seréis cincuenta.

—¿Y a los demás también los juntáis y los hacéis viajar de noche en un avión privado?

—Dudo que nadie se lo esté pasando tan bien como tú. —Rafe le dedica una sonrisa.

Dez se lleva las rodillas al pecho. Cuando se pone a juguetear con un agujero de los pantalones de vestir granates del Dairy Barn, se da cuenta de algo preocupante.

—Mis cosas —dice con un grito ahogado—. Me las he dejado en la pista…

—Tranquila.

—¡No tengo nada más que ponerme!

—Si no te he recordado que recogieses tus cosas es por un motivo —responde Rafe—. La Aqueronte no es como las demás. Ya lo verás.

—No me apetece llevar el uniforme del trabajo en mi primer día de clase.

—A mí tampoco.

—Mi portátil…

—Era una chatarra, Dez.

Tiene razón. Pero era *su* chatarra.

—Todos mis archivos están ahí.

—Lo sé —contesta él de forma condescendiente—. No sabes trabajar sin él. De todas formas, los portátiles no están permitidos en la Aqueronte. Son para idiotas.

—¿Y con qué se supone que voy a trabajar?

—Cuando veas tu equipamiento nuevo, te olvidarás de la existencia de los portátiles. —Rafe se ríe—. Además, cada byte de esa porquería de ordenador ya está subido a la base de datos de la Aqueronte.

—¿Cómo es posible?

—Porque tenemos unos cazatalentos de primera.

A estas alturas, su portátil está a cientos de kilómetros de distancia. Nunca más volverá a verlo. No le queda más remedio que tomarse otra copa e intentar confiar en Rafe.

—Necesito saber algo más.

—¿Te estás preguntando por qué te hemos elegido?

—Bueno, sí.

Parece como si quisiese burlarse, pero entonces dice:

—¿Tú qué crees?

—Si te digo la verdad, no estoy segura. —Baja la vista y echa un

vistazo a la tierra borrosa de más abajo. Dez sabe que están volando a más velocidad de la que debería un avión. Y aun así no nota movimientos bruscos o turbulencias.

—Cuando te pones manos a la obra —dice Rafe—, cuando estás inmersa en una de tus películas, ¿no te da la sensación de que ves cosas que los demás no perciben?

—Supongo que sí —responde ella tras asentir.

—¿Y no quieres enseñarle todo esto al resto del mundo? —Señala no solo hacia la ventanilla y el mundo que hay más abajo, sino también al cielo y después a ellos dos—. Tu forma única de ver las cosas.

Le pica la curiosidad. Hasta ahora, nunca lo ha expresado con palabras, pero sabe que ve las cosas de otro modo. Justo por eso no llegó a encajar del todo en el colegio, cuando era adolescente, en una cultura donde lo normal estaba a la orden del día. Además, es lo que la impulsa a crear películas, a representar la vida tal y como la ve, a hacer de su visión algo tangible.

A cerrar la brecha entre ella y el mundo.

Pero seguro que habrá cientos, miles de cineastas con un porfolio igual de bueno que el suyo. ¿Por qué los cazatalentos de la Aqueronte la han elegido a ella?

Rafe levanta el brazo y toca el cristal espejado que tiene encima. Una pantalla cobra vida frente a los ojos de Dez. Un instante después, comienza a reproducirse su película, *Destellos*.

Empieza con Dez en un muelle atestado y soleado en Ventura, persiguiendo a Asher entre la multitud. Dez observa los hombros, la forma de andar y el perfil precioso del chico. Cuando por fin lo alcanza, le da unos toquecitos en el hombro. Él se gira para mirarla…

y su cara es un espejo en el que Dez se ve reflejada.

Solo dura tres minutos, pero, cuando termina, Dez se siente aturdida y expuesta. No puede evitar preguntarse qué opinará Rafe de su trabajo.

—Vas a tener que dejar el síndrome del impostor a la entrada —dice Rafe— o no sobrevivirás en la Aqueronte.

—¿Y si no puedo?

—Creo que el Dairy Barn no se va a ir a ninguna parte.

En ese momento, Dez decide que da igual lo que suceda en la Aqueronte. Se las apañará. Se convertirá en cineasta.

—¿A qué viene lo del espejo en la cara del hombre al final? —pregunta Rafe.

—Lo hice por instinto. Pero supongo que lo que quise decir era… que a veces las cosas que perseguimos son aquellas que no logramos encontrar en nuestro interior.

Rafe la mira. El tira y afloja de su relación se queda atascado en un tirón cuando sus miradas se cruzan. Un rato después, Dez se obliga a apartarla. Da un trago a su bebida.

—¿Es tu novio?

—Es un desconocido al que le ofrecí el papel en la calle —contesta Dez, pero está pensando en su teléfono de oro macizo, en el mensaje que le ha dejado Asher en el contestador hace un rato—. No he vuelto a verlo.

Cuando mira otra vez a Rafe, él tiene los ojos entornados. Le da la sensación de que el *jet* está bajando, aunque de manera muy uniforme.

—Excepto cuando estabas editando la peli, ¿verdad? —pregunta —. Te habrás hartado de verlo.

—He memorizado su cara, su voz y sus gestos, pero en realidad no lo *conozco*.

—Qué curioso —responde Rafe, y se sostienen la mirada el tiempo suficiente como para que a Dez se le sonrojen las mejillas.

Fuera, un relámpago ilumina el cielo y una sacudida repentina hace traquetear el avión, que desciende en picado. Dez grita, pero el terror desaparece tan rápido como llegó. El avión se estabiliza y prosigue su vuelo uniforme.

Dez, que se estaba sujetando los reposabrazos como si le fuese la vida en ello, afloja el agarre, extrañada por la expresión impasible de Rafe.

—¿Qué ha sido eso?

—El *barbelo*. Otro de los efectos especiales de la Aqueronte.

—¿Otra palabra antigua sumeria? —pregunta, intentando que su voz suene tan despreocupada como la de Rafe, pero pensando que ojalá se le relajase el corazón.

—Es una palabra gnóstica que significa «límite divino». Acabamos de atravesarlo. Lo cual quiere decir que… ya hemos llegado.

Dez se asoma por la ventanilla y echa un vistazo. Ve unas montañas nevadas a la luz de la luna. Cumbres escarpadas de una altura impresionante. Jamás ha visto algo tan hermoso. Y entonces, como si estuviese tallado en mitad de la cima más alta, aparece un castillo.

Un castillo en el cielo.

—Al edificio principal lo llamamos Goliat —explica Rafe—. En esas torres góticas está el alojamiento para los estudiantes. El ala larga del centro es el repositorio. Ahí es donde trabajamos nosotros.

Dez estruja la cara contra el cristal e intenta empaparse de todo.

Goliat. Las torres. El repositorio.

—¿Ves el césped que está detrás de Goliat? —Rafe señala la extensión triangular iluminada por la luz de la luna—. Es nuestra versión de un patio cuadrangular, pero nosotros lo llamamos «patio triangular». Más adelante están las aulas y el comedor. Y delante de él…

Delante del castillo se extiende un laberinto inmenso de setos.

—¿Qué es?

—Nuestro laberinto lo diseñó un paisajista de renombre… Aunque su nombre es imposible de pronunciar.

A Dez le parece ver el movimiento de una sombra en el laberinto. Será un estudiante de grado borracho que ha salido a dar un paseo. Señala la sombra.

—¿Hay alguien ahí?

—Espero que no —contesta Rafe—. He oído que algunos alumnos de primero se adentraron en el laberinto y jamás volvieron a salir.

—Eres insufrible, ¿lo sabes?

—Creo que la palabra que estás buscando es «irresistible».

También lo es. Y lo sabe. Es desesperante.

—No vayas a enamorarte de mí.

—No te preocupes.

—Porque ya tengo un pie fuera de la Aqueronte.

—¿Y qué plan tienes? ¿Vas a ir a por el doctorado en Narcisismo?

Se ríe y baja la barbilla y, al hacerlo, el *jet* desciende hacia la montaña. Casi al compás del movimiento de sus ojos.

—Bienvenida a tu nuevo patio de recreo, Desdemona —dice—. Y al escenario donde te corromperás aún más. Bienvenida a la Aqueronte.

7

El *jet* aterriza en un claro alejado del castillo en el cielo. Como está confusa, al principio Dez no ve nada salvo un claro repleto de píceas altas. Después, entre los arbustos cubiertos de nieve, vislumbra el contorno de un chalé en forma de «A».

—¿Qué es? —le pregunta a Rafe.

—Tu parada.

La cabaña tiene un aspecto acogedor, casi cautivador; el humo sale haciendo remolinos de una chimenea de leña y la luz emana de las ventanas cubiertas de escarcha. Dez se imagina tumbada en el interior, con los ojos cerrados en busca de un atisbo de paz.

—Creía que habías dicho que el alojamiento para los estudiantes estaba en las torres que hemos visto ahí atrás. —Señala hacia las montañas.

—Así es.

El whisky, el corazón destrozado y el haberse pasado la noche en vela la han dejado hecha polvo. Es la una de la mañana y, si quiere estar activa, necesita descansar antes de que empiecen las clases mañana.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí arriba? ¿De quién es esta casa?

—Es el Villains —contesta Rafe—. El peor tugurio del campus. —Niega con la cabeza—. En realidad, es el único. Vamos a brindar para celebrar tu llegada.

—Gracias, pero estoy a punto de desplomarme…

—No era una pregunta —espeta Rafe con un tono que no había escuchado hasta ahora; una autoridad que la hace levantar la vista y mirar a las profundidades de sus ojos azules. Por un momento, se queda clavada en el sitio por culpa de ese hombre que no le pregunta, sino que le dice lo que tiene que hacer. Es consciente de que, en realidad, ella no está a su cargo, de que puede acostarse cuando le dé la real gana, porque eso a él no le concierne. Sin embargo, su voz, esa mirada carismática de doble filo, le transmite una chispa de calor en el interior. La atrae como un imán y le da ganas de obedecerle.

—Yo…

—Los demás ya están dentro —murmura, y después sonríe como si estuviese leyéndole la mente. Como si supiera que Dez quiere ceder—. Más vale que vengas a conocerlos.

—Que te den —responde Dez, que ya se está levantando del asiento y se dirige al aseo en la parte delantera del *jet*.

Si va a conocer al resto de los estudiantes de cine esta noche, al menos necesita peinarse. Lleva tiempo sin mirarse al espejo y teme lo que pueda ver.

Cierra la puerta, enciende la luz en la sala minúscula y convierte sus miedos en realidad.

En el reflejo parece… mayor, más pálida, afligida. Tiene sentido; no obstante, consigue que no le haga ilusión conocer a la gente con la que va a pasar el próximo par de años. Le avergüenza haberse pasado tanto tiempo con Rafe con esas pintas tan desastrosas. Se pellizca las mejillas y se muerde los labios para devolverse un poco de color. Usa el meñique para separarse la raya del pelo y después se

lo recoge en una coleta baja. Se mira a los ojos y apenas se reconoce.

¿Venir hasta aquí ha sido una locura? ¿O el resto de su vida está a punto de comenzar?

Rafe llama a la puerta con los nudillos.

—Vamos. Todo el mundo está demasiado borracho como para que le importe el uniforme del Dairy Barn.

Mierda. Dez ni siquiera se había fijado en la maldita ropa. El delantal ha desaparecido, pero sigue llevando la camisa y los pantalones de trabajo. Todavía guarda un globo ocular en el bote de pastillas de su madre. Intenta «recolocarse» la horripilante camisa estilo Oxford de cuatro formas distintas: abrochada, sin abrochar, se la mete por los pantalones y se la anuda, antes de tirar la toalla y aceptar que nada de lo que haga supondrá una diferencia, que va hecha un desastre y que, si la gente de ese bar todavía no está tan borracha como para burlarse de ella, Dez tendrá que adelantarlos y alcanzar un estado de embriaguez en el que, al menos, no le importe.

Echa una ojeada al móvil. Sigue sin tener cobertura.

—Vas bien —dice Rafe con impaciencia al abrir la puerta. Pero ocurre algo más; lo descubre mirándola. Clava la vista en su cuello, que ahora lo lleva descubierto al haberse recogido el pelo. Le mira los labios, enrojecidos e hinchados por habérselos mordido.

—Una copa y ya —advierte Dez.

Rafe sonríe como si supiese algo que ella desconoce, lo cual es cierto, ya que ella no tiene ni la más remota idea de dónde se está metiendo.

Al salir del *jet*, Dez planta las Dr. Martens sobre treinta centímetros de nieve recién caída. *Nieve*. Casi se le escapa una risa. Es la primera vez que la pisa. Solo la ha visto de lejos, espolvoreada sobre la cima

del mirador Dante's View en invierno. Se agacha, levanta un puñado y contiene la respiración al notar la sensación. La sostiene en la mano y se maravilla con los cristales centelleantes.

Está muy lejos de casa.

—¿Es tu primera vez? —pregunta Rafe.

Dez suelta la nieve y se incorpora. No piensa decirle a Rafe lo significativo que es este momento para ella. El hecho de que no supiera que el frío pudiese quemarle la piel. Se seca la mano en los pantalones.

—Andando.

Hay una quietud que Dez no ha escuchado nunca, una serenidad amortiguada por la nieve a medida que avanzan penosamente entre los ventisqueros profundos de camino al bar. Una luna llena inusualmente brillante les alumbra el camino. Al acercarse al chalé, el viento les lleva los ruidos de una fiesta, el rasgueo de un bajo, carcajadas, gritos estridentes. Se siente intimidada de antemano, aunque a estas alturas también tiene un frío inhumano, así que se muere por entrar. Maldice los puñeteros calcetines tobilleros que se ha puesto cuando unos trozos de hielo se le cuelan en las botas y les envían unas oleadas gélidas a los dedos de los pies. Mira a Rafe con los ojos entornados, molesta porque parece no estar pasando frío con esa chaqueta de traje tan fina. Para cuando abre la puerta trasera del bar y le hace un gesto a Dez para que entre, necesita tomarse ese trago para que dejen de castañetearle los dientes.

Se abraza el pecho con fuerza y lo sigue a través de una cocina desierta y un pasillo estrecho con baños y despensas hasta llegar por fin al abismo oscuro del bar.

El calor y el caos de una fiesta desenfrenada la envuelven y la

arrastran con un zumbido cinético. En unos altavoces desperdigados por la sala suena «Sympathy for the Devil» a todo volumen. La iluminación es tenue, pero la energía es tan claramente hedonista que parece como si todo brillara. Es como si alguien hubiese apretado el botón de avance rápido en la escena. La gente se estampa contra ella y una sensación abrumante se apodera de sus sentidos. Un hombre con un abrigo de piel le roza los brazos desnudos. Es muy suave. ¿De qué estará hecho? ¿De conejo? Inhala un perfume extraño, embriagador, de una dulzura que prácticamente puede saborear, como si algo floreciese en las profundidades del bosque. Cruza la mirada con una mujer con hombreras y un corte de pelo a lo Joan Jett de una belleza despampanante. Tiene una elegancia tan exótica que, por un instante, Dez ni siquiera es capaz de moverse.

No sabe qué había estado esperando: un antro con olor a cerveza, artistas entonados jugando al billar… Sin embargo, lo que contiene este bar está a un nivel de rapidez, brillo y desenfreno que apenas puede asimilar. El resto de los parroquianos, sus compañeros cineastas, se enroscan en reservados de cuero verde oscuro semejantes al interior de unas lámparas de lava y coquetean en blancos sofás bajos dispersos frente a una chimenea encendida. Dez se aferra al brazo de Rafe; no quiere separarse del ínfimo atisbo de familiaridad que representa.

—¿Algún problema? —grita por encima del hombro.

—No es lo que esperaba —chilla ella.

—Sí, las cosas no se calman hasta que avanza el trimestre. —Le echa una miradita de diversión, de superioridad—. Vamos a por una copa.

Se acercan a la barra enorme y ovalada en mitad de la sala. Está tan

concurrida que Dez ni siquiera llega a ver a ningún camarero entre la multitud de gente increíblemente guapa, escandalosa y risueña que se agacha para pedir.

Despega la vista de la barra y la clava en una mesa de comedor que está delante, a la que una mujer con tacones de aguja y un vestido negro y corto de lentejuelas se sube con ayuda de una silla. Se pasa el vestido por la cabeza con un brillo en la mirada y lo lanza hacia atrás hasta quedarse en un tanga negro de encaje delante de todo el mundo.

La música cambia y suena «No Ordinary Love», de Sade, y la mujer empieza a bailar de una forma lenta e hipnotizante sobre la mesa. Unos aros de diamantes brillan en sus impresionantes tetas conforme se contonea. Se come con la mirada a todo el que la mira.

Y de pronto, se fija en Dez.

Ella se queda de piedra cuando la estríper cruza la mesa en su dirección, se agacha y la sujeta por las solapas del uniforme.

—¿Un bailecito? —susurra la mujer, y todo el mundo alrededor de Dez aporrea la mesa y se pone a vitorear.

—Estoy bien —contesta Dez tras aclararse la garganta.

—Pues no lo creo —le responde ella al oído, y un escalofrío le baja por la columna—. No seas tímida. Puedo enseñarte a hacerlo. —De cerca, los diamantes que lleva en los pezones le recuerdan a la nieve que sostuvo en las manos.

Dez traga aire y le echa un vistazo a Rafe, que la observa con una ceja levantada.

—No, gracias —responde a la vez que le aparta las uñas moradas, largas y puntiagudas, a la mujer de su camisa. Se aleja, un tanto aturdida. No tiene dinero para pagarle a esta mujer sus servicios, y

tampoco le apetece que la primera impresión causada a sus compañeros sea recibiendo un baile con el uniforme del Dairy Barn puesto.

Dez ha salido de fiesta un montón de veces, pero la verdad es que nunca se ha desmelenado. Así no. No de la misma forma que Mo, al que le salía solo. A Dez, la vida siempre le había parecido algo demasiado precario como para dejarse llevar por completo. No es que no quiera ponerse hasta el culo como la gente del bar. Es solo que nunca pensó en que pudiese permitirse ese lujo. Y menos esta noche. No cuando solo faltan ocho horas antes de la mejor oportunidad para su futuro que le han dado nunca.

Ve a Rafe hacer cola en la barra. Se está partiendo de risa, y es evidente que a su costa.

—¿La Aqueronte ha contratado a una estríper para celebrar la vuelta a las clases? —le pregunta—. Pues sí que están tirando la casa por la ventana.

Rafe señala a la mujer de la mesa con la cabeza, que ahora está agarrada a la lámpara de araña e hipnotiza con las caderas a alguien mucho más interesante que Dez.

—Nadie la ha contratado —responde Rafe—. Esmeralda es cineasta. Hace lo que le da la gana. —Observa a Dez—. Como la mayoría de nosotros.

—¿Y lo que le apetece es… desnudarse? —pregunta Dez—. ¿Delante de sus compañeros?

—¿Te molesta?

—Yo no… —Dez no consigue explicarlo. No sabe si esta mujer le impresiona o la perturba, pero, a medida que Rafe le sostiene la mirada y Esmeralda se contonea en los límites de su visión, Dez es

incapaz de negar que se ha excitado. No obstante, su excitación no es pura y simple, casi nunca lo es. Esa sensación le transmite vergüenza, como si sentir algo así fuese algo inapropiado en ese momento y en ese lugar. Y eso le pone un poco más.

—Y pensar que en el baño del avión estabas preocupada por si los demás iban a juzgarte —dice Rafe cuando ella se queda callada.

—Yo no estoy juzgando —trata de insistir Dez. Pero ¿es cierto?

—De acuerdo, pero tú nunca podrías subirte ahí arriba y hacer lo mismo —comenta Rafe mientras señala hacia Esmeralda con la cabeza, que está rodeando a un hombre con las piernas mientras él se ríe—. ¿O vas a demostrarme que me equivoco?

Dez lo mira con los ojos entornados. Es megacondescendiente e increíblemente atractivo. Su forma de dirigirse a ella y la manera en la que Esmeralda la ha elegido de entre todo el bar le resulta humillante. Ya no quiere estar allí. En realidad, nunca ha querido.

—¿Cómo llego a la residencia?

—Prometiste que te tomarías una copa.

—He sobrestimado cuánto rato puedo pasar contigo sin que me den ganas de romper algo.

A Rafe se le abren los ojos de par en par y le brillan un poco.

—Tu residencia, las torres, está bajando por la montaña. —Señala hacia la puerta de entrada del bar—. No puedes perderte.

—Y estoy en…

—La habitación 321. Me da pena que te vayas, aunque lo más seguro es que no te vea marcharte con esos pantalones que llevas puestos.

—Lo que tú digas. Gracias por el viaje. —Lo aparta de un empujón, pasa junto a la mesa de Esmeralda y sale por la puerta de

entrada a un porche helado y vacío. Gruñe por culpa del frío, pero al menos tiene las mejillas ardiendo por culpa de la vergüenza. Busca un camino, un sendero o al menos una señal que le indique cómo llegar al centro del campus.

Habitación 321. Una cama donde pueda cerrar los ojos y tratar de recomponerse antes de mañana.

Sin embargo, no hay ningún camino, solo un amplio manto de nieve. Dez ni siquiera ve huellas que llevan al bar. Clava la vista en la blancura en penumbra, atónita, hasta que un chirrido atrae su atención hacia el otro extremo del porche. Se acerca y distingue un telesilla viejo y destartalado.

Funciona. Chirría y cruje conforme los asientos metálicos dan la vuelta a la torre de metal a una velocidad aterradora. El telesilla parece conducir a la parte baja de la montaña, donde deben de estar las torres. Pero Dez nunca se ha montado en un telesilla, y no tiene ni idea de cómo subirse. Al acercarse a la plataforma en la que cree que tiene que colocarse para montar, se topa con un despeñadero muy escarpado del que no llega a ver el fondo.

Se marea por culpa del vértigo y retrocede tambaleándose hasta la entrada del bar, sin abrigo, temblando y con una capa de nieve derritiéndose rápidamente encima. Unas lágrimas de frustración hacen que le escuezan los ojos. Está agotada. Perdida. Helada. No está vestida para afrontar este tiempo ni un segundo más. Saca el móvil. Sigue sin haber cobertura. Va de un lado a otro del porche, cabreada con todo, pero sobre todo consigo misma.

—¿Qué estoy haciendo? —masculla mientras se sacude la nieve de los zapatos—. ¿Qué mierda me pasa?

—¿Te… importaría… cerrar… el pico? —jadea una voz femenina

desde un rincón oscuro del porche.

Dez se da la vuelta, asustada. No se había dado cuenta de que estaba hablando en voz alta.

—¿Es a mí?

Entorna los ojos hacia la oscuridad, donde apenas puede distinguir dos siluetas moviéndose. Apoyadas contra la barandilla como si estuviesen… Vaya, están teniendo sexo.

—Sí, tú, la del uniforme del Burger King —continúa la mujer, todavía sin aliento—. Estás distrayendo a Felipe y, cuando se distrae, noto cómo se le baja la verga. ¿Crees que eso me gusta, Burger King?

—Asumo que no —responde Dez—. Y el uniforme es del Dairy Barn, no del Burger King.

—¿Qué tal si asumes que tienes que largarte del porche? —pregunta la mujer—. Mierda, me ha faltado *poquísimo*. No es culpa tuya, cielo.

Dez escucha un ruido parecido al de un azote; entonces, la voz de la mujer se transforma en una silueta. Es seductora, algo más joven que Dez, bajita, de piel oscura y lleva una coleta rubia de pelo teñido. Una fachada de riqueza se entrevé a través del *balayage*, las cejas con *microblading* y la fila de aros de pavé que le recorren las orejas. Avanza un paso hacia Dez mientras tira de un vestido de terciopelo rojo para bajárselo por las esbeltas caderas.

Detrás de ella, los musculosos hombros de un modelo latinoamericano ondean cuando se abrocha los pantalones. Mira a Dez de arriba abajo.

—¿A qué huele? —pregunta, y arruga el rostro apuesto.

—A grasas trans y a desesperación —contesta la mujer del vestido de terciopelo rojo—. Al Dairy Barn.

—No pretendía interrumpir —afirma Dez—. Estoy buscando…

—¿El primer bus de vuelta a casa? Buena idea. —La mujer se enciende un cigarrillo—. ¿Cómo te llamas?

—Dez. Desdemona Rae. Acabo de llegar y…

—Mierda. —La mujer cierra los ojos. Da una buena calada y mantiene el humo en los pulmones durante un rato increíblemente largo. Parece que está intentando no volverse loca.

—¿Qué pasa? —pregunta Dez.

—¿Eres consciente de que no causas una buena primera impresión? Ahora, entra y déjanos en paz.

—Solo quiero bajar a…

—Si vas a quedarte aquí parloteando —dice el hombre, y da un paso hacia ella—, al menos únete. —Le tiende una mano grande y carnosa, como si Dez quisiera acercarse más y sumarse a la pareja.

Así que se lo toma como una invitación para irse y apoya la mano en la puerta de entrada del bar. Al final, resulta que sí necesita una copa. Cuando termine, obligará a Rafe a que le diga cómo bajar al campus y se mantendrá bien lejos de esos dos.

Abre la puerta del bar y cae directa en brazos de Rafe.

—Aquí está. —Asiente, cierra la puerta detrás de ella y le da un apretón en la cintura. Los cinco últimos minutos han sido tan eternos y vergonzosos que, cuando Rafe le tiende un vaso de tubo hasta arriba de un mejunje verde claro, casi se echa a llorar—. Aquí tienes tu copa —dice, y después se vuelve hacia una mujer con una sudadera gris y un par de trenzas de color rubio rojizo que sobresalen de un casco de esquí negro—. Y aquí está la estudiante nueva más sosa que he podido encontrar. Una que no te va a escandalizar tanto.

—Eres un imbécil —contesta Dez.

—¿Cómo decías que te llamabas, cielo? —pregunta Rafe, pasando de ella.

—Alice Quinn —responde la chica en voz tan baja que Rafe y ella tienen que agacharse para oírla.

—Dez, Alice. Alice, Dez —suelta Rafe al mismo tiempo que ella le da un trago a la copa—. Bueno, pues ahora que nos lo hemos quitado de encima, voy a buscar a alguien que me dé menos ganas de suicidarme. Si me disculpáis.

Se desliza hasta la mesa de comedor donde Esmeralda suelta un gritito y lo rodea con los brazos y las piernas.

Dez no puede evitar observar cómo la muchedumbre lo absorbe. Parece estar en su salsa con esos compañeros tan guapos, sobre todo con la mujer prácticamente desnuda que lo abraza. Dez siente una oleada de envidia. No sabe a cuál de los dos se debe; si a Esmeralda, que rodea a Rafe con unas extremidades largas y aceitosas, o a Rafe, a quien se le da tan fácil vivir y disfrutar.

Dez bebe, aturdida. Se bebe el cóctel extraño de un trago, sin darse cuenta hasta el último sorbo de que es la bebida más rara que ha probado en su vida, fresca y brillante como la salvia y los rayos del sol, y de lo más embriagadora.

Para cuando quiere darse la vuelta hacia Alice y encogerse de hombros como para decir «Que se jodan esos imbéciles», la cabeza le da vueltas… Es placentero, pero, aun así, ¿debería haber ido más despacio?

¿O deberían ir Alice y ella a pedirse otra copa? Puede que lo segundo.

Echa un vistazo a la barra. ¿Cuándo ha sido la última vez que ha

comido algo? ¿Qué llevaba el cóctel que sabía tan bien?

—¿Llevo la misma pinta de ida que tú? —pregunta Alice sin tocar su vino.

—Pues sí. —Dez asiente, pero no tarda en parar de hacerlo; parece que hay dos Alices.

—¿Y qué deberíamos hacer al respecto? —pregunta Alice.

Dez le apoya la mano en el hombro y la dirige hacia la barra.

—Vamos a pedirnos otra.

8

Un estruendo como si alguien estuviese estampando un ariete contra una pared de hormigón saca a Dez de una pesadilla que estaba teniendo sobre Mo. Atontada, abre los ojos a una hora que le parece intempestiva. Es tan temprano que todavía no ha salido el sol. Le martillea la cabeza. ¿Dónde está?

Está en una habitación enorme, cálida y con paneles de madera. Está tumbada en un sofá de cuero blanco en forma de «L», delante de una chimenea en un rincón de la sala. A ambos lados de la chimenea, cuatro ventanas abatibles enmarcan un paisaje de montaña revestido de nieve.

La Aqueronte.

Lo último que recuerda es…

El bar de anoche. El Villains. Esmeralda meneándole los pezones de diamantes a Rafe en la cara. La trampa mortal del telesilla y la cita frustrada del porche. Alice Quinn. Ese cóctel. Y después de eso, nada.

Se arrebuja más en la manta de lana suave conforme un radiador escupe aire en la esquina. El olor a menta flota por el aire. El suelo está hasta arriba de varias docenas de alfombras antiguas turcas ornamentadas. Hay una mesita de café llena de libros. Y una cocina pequeña al fondo, en la esquina izquierda.

Dez está reventada, aturdida y… siente como si alguien le

estuviese pisoteando el corazón. Cierra los ojos otra vez; está muy lejos de casa. A estas horas, Mo ya debe de haber salido de la operación. ¿Su madre está con él? ¿Que Dez no esté allí le facilita las cosas a los demás?

De todas formas, ¿dónde está? Se incorpora, se frota los ojos y nota un tirón espantoso en el cuello. ¿Qué hora es? ¿Cuándo empiezan las clases? ¿Cómo ha podido permitir que pase esto? Saca el móvil, pero se ha quedado sin batería y se ha olvidado el cargador en Death Valley.

El martilleo constante que la ha despertado incrementa la velocidad y el volumen. Y, de repente, alguien se pone a chillar. Dez se levanta de un salto y echa un vistazo a la habitación vacía. Hay cuatro puertas cerradas y, detrás de una de ellas, alguien está herido. Puede que hasta se esté muriendo.

—¿Hola? —dice Dez mientras busca la puerta por la que sale el ruido. Los gritos se intensifican—. Mierda —masculla, porque ahora mismo está demasiado resacosa como para salvarle la vida a alguien. Pero no tiene alternativa. Irrumpe en la habitación.

Tarda un buen rato en percatarse de lo que está viendo. Y, para entonces, nota otra oleada de humillación y se pone como un tomate.

El cuerpo desnudo de una mujer cuelga de una especie de columpio translúcido y dorado, atado a una viga del techo. La forma en la que entrelaza las extremidades con la tela le recuerda al yoga aéreo, menos por la desnudez y los gritos. Está de espaldas a Dez, del revés, de modo que apoya los pies descalzos a la altura de la parte superior de los postes de la enorme cama con dosel. La patea de forma desenfrenada, lo que provoca que la cabecera de peltre se estampe contra la pared (el primer ruido que Dez ha escuchado

desde fuera) mientras otra mujer que solo lleva unos calzoncillos blancos y el pelo oscuro y largo cubriéndole los pechos da vueltas a su alrededor sujetando una fusta. En ese momento, la mujer de pelo oscuro cruza la mirada con Dez, entorna los ojos y coloca la boca entre las piernas extendidas de la criatura colgante.

Los gritos vuelven a comenzar.

No son gritos de muerte, sino de placer.

Los decibelios le perforan el cerebro resacoso a Dez. Cierra los ojos para no desmayarse.

Al final, los gritos cesan y se escucha un gruñido de frustración.

—Otra vez tú.

Para cuando Dez abre los ojos, la mujer del columpio que iba en busca de placer se ha girado hacia ella; es la misma que anoche estaba en el porche del Villains. Cruza las piernas y su cuerpo va dando vueltas por la tela dorada hasta que apoya los pies en el suelo. El columpio dorado se descuelga del techo y flota hasta caer sobre los hombros de la mujer como una bufanda fina y resplandeciente.

—Bueno —dice la mujer—, ¿te has despertado con ganas de pasarla bien?

—¿Qué ha pasado con Felipe? —pregunta Dez.

—Felipe sigue intentando que se le levante después de haberte conocido anoche.

La mujer señala la cama con el brazo. Dez echa un vistazo y ve al modelo de la noche pasada, recostado y desnudo sobre las sábanas moradas.

—Si me disculpáis —contesta Dez, e intenta escabullirse por la puerta.

—Vuelve. No seas tan mojigata. Ya va siendo hora de que nos

presentemos —espeta la mujer de la bufanda dorada mientras señala a sus dos compañeros de juegos con la cabeza—. Felipe, Kitty, esta es mi nueva compañera de habitación, la mundialmente famosa aguafiestas Desdemona.

¿Compañera de habitación?

—Yo no soy… —empieza a decir Dez.

—Uy, sí que lo eres —responde la mujer, que se acerca para ponerse delante de Dez—. Una aguafiestas de manual y, por desgracia, además eres mi compañera de habitación. —Suspira—. Me llamo Yael.

—Pensaba que había alguien herido. —Dez se restriega los ojos.

—¿En serio? —pregunta Yael con el ceño fruncido—. A ti nunca te han echado un polvo en condiciones, ¿verdad?

Dez clava la vista en la bufanda dorada y translúcida de Yael; en la vida se ha sentido más perdedora, lo cual, después de lo de anoche, debería haber sido difícil de superar. Se recuerda que Yael no la conoce en absoluto.

No es asunto de nadie que Dez se haya acostado con suficiente gente como para saber cómo pedirle que le hagan lo que le gusta. Aunque es cierto que nadie la ha hecho gritar como estaba haciendo Yael hace nada. Nadie la ha hecho patear el poste de una cama estando bocabajo.

—Os dejo a lo vuestro —responde Dez al salir de la habitación.

—Demasiado tarde, ya me he desatado. —Yael la sigue hasta la sala del sofá en la que se ha despertado—. Quiero conocerte más, Dez. Saber más sobre esa vida tan fascinante que tienes. ¿Cómo has acabado aquí, con nosotros?

Dez echa un vistazo por la sala; todavía no tiene muy claro qué

pasó anoche.

—No me refiero a en esta sala, porque está claro que no te acuerdas. Simon y yo tuvimos que traerte a cuestas por la torre después de montarte en el telesilla.

—¿Me subí al telesilla? —pregunta Dez, sin dar crédito—. ¿Quién es Simon?

—Tu otro compañero de habitación, además de tu contrincante —contesta Yael, y Dez nota lo mucho que disfruta de esa situación ambivalente. Seda y navaja, azúcar y especias—. Está en primero, como tú.

—Y tú estás en…

—Estoy en último curso.

—Entendido —contesta Dez. Es mentira—. ¿Hay algún año en el medio?

—Más bien una eternidad —suelta Yael sin entrar en detalles—. Mi familia también estudió aquí. Así que, en cierto modo, llevo aquí desde siempre. Por desgracia, en todas las *suites* hay una mezcla de alumnos de primero y de último curso.

Se abre la puerta de entrada y un hombre desgarbado y de pelo negro aproximadamente de la misma edad que Dez entra comiéndose un cruasán enorme que huele muy bien. Tiene el pelo recogido en un moño y una piel oscura perfecta, y su camisa holgada de cuadros grises desprende un fuerte aroma a pachuli. Lleva un violín a la espalda, como si fuese un músico ambulante.

—Simon —saluda Yael, y señala a Dez—. Mira quién ha amanecido.

Cuando Simon se da cuenta de que Yael no lleva ropa, abre los ojos de par en par y da un traspié.

—Bonita bufanda —suelta como si se estuviera atragantando.

—¿Te gusta? —susurra Yael mientras acaricia la tela.

Simon se esfuerza por apartar la vista y mira a Dez, la saluda con un movimiento de cabeza y luego sujeta el cruasán con la boca para tenderle la mano.

—Nos conocimos anoche, pero lo más seguro es que no lo recuerdes.

—Lo tengo un poco difuso —contesta Dez.

—Bueno, no te preocupes, ya me has contado toda tu vida.

—¿En serio?

Simon da otro ruidoso mordisco al cruasán.

—Tu madre es una santa, tienes un hermano pequeño que es granuja y un trabajo que no lleva a ninguna parte…

—¿Qué? —espeta Dez, a quien se le constriñe el pecho a medida que desliza la mano sobre el bulto del bote de pastillas que lleva en los pantalones.

—Te estoy tomando el pelo —responde Simon—. Estabas K.O.

—Pero lo que acabas de decir…

—Ha sido pura coincidencia. —Simon se encoge de hombros—. Quienquiera que te diese esa bebida es un imbécil.

En eso están de acuerdo.

Dez decide que a Moses le caería bien Simon. Puede que hasta Yael. Y sus dos compañeros de habitación adorarían a su hermano.

Dez señala el cruasán de Simon con la cabeza.

—¿Se puede desayunar en algún sitio?

—Se *podía* —dice Simon al meterse el último trozo en la boca—. Pero ya ha terminado. Además, el chef no estaba de buen humor; se suponía que te tocaba trabajar en el turno del desayuno.

—¿Que se suponía qué? —pregunta Dez.

—Aquí, los de primero tienen que ganarse sus privilegios —explica Yael. Se desploma en el sofá y menea la bufanda en el aire como si estuviese dirigiendo una orquesta silenciosa—. Da gracias a que no te han puesto en el equipo de mantenimiento.

—No lo sabía —afirma Dez al mismo tiempo que se frota las sienes, que le martillean—. Entonces, ¿estoy despedida?

—Puede. —Simon vuelve a encogerse de hombros—. Yo que tú me plantaría allí a primera hora de la mañana y adularía al chef.

—¿A qué hora se suponía que debía estar allí?

—A las seis.

—¿Y qué hora es ahora? —Dez echa un vistazo por la ventana, confusa.

—Son casi las nueve —responde Simon.

—Pero si todavía no ha amanecido.

—Ya. —Simon mira a Yael—. Aquí siempre es de noche.

—Venga, en serio… —dice Dez.

—En serio —contesta Yael—. Este trimestre, los de último curso están rodando muchas tomas nocturnas, así que hemos diseñado unos filtros especiales para que la escuela parezca estar siempre en penumbra.

—Cuéntale lo de la luna personalizable —añade Simon.

—¿Aquí *nunca* sale el sol? —pregunta Dez.

—Sí que sale —responde Yael—, solo que no lo vemos.

—Tiene pinta de que es algo que deberíais comentarles a vuestros alumnos potenciales —indica Dez.

—Está todo en los folletos que venían con la carta de admisión. Además del grupo de estudio y trabajo que se te ha asignado —

explica Simon—. ¿No te los has leído?

—¿Ni siquiera la parte que menciona el código de vestimenta? —pregunta Yael con frialdad—. Dice bien clarito que nada de *cosas horribles*.

Otra cosa más que tiene que agradecerle a Rafe. Solo le dio un folio enigmático y la hizo firmar en la línea de puntos y que se lo devolviese.

—¿Hay alguna tienda para estudiantes o algo así? —pregunta Dez —. Necesito ropa nueva y un cargador de móvil.

—¿Y si echas un vistazo a tu armario? —responde Simon—. En cuanto a lo del móvil, me temo que aquí no sirven de nada.

—No hay cobertura —corrobora Yael—. Ayer, Simon y yo tiramos el suyo por la ventana de la torre y lo vimos hacerse añicos.

—¿Has roto tu móvil a propósito? —pregunta Dez.

—Eso parece —afirma Simon—. Si te portas bien en primero, te dan un móvil encriptado. El *próximo* curso.

—Es broma, ¿verdad? —dice Dez.

—¿Lo dices por la encriptación?

—Yo no me fío —suelta Simon.

—Por supuesto, conspiranoico. —Yael se ríe de él—. Permíteme arrojar un poco de luz sobre el enorme complot: los ricos son los que manejan el mundo. Supéralo.

Dez intenta no hacerles caso. Recuerda lo que dijo Rafe la noche anterior sobre que, cuando viese la tecnología de la Aqueronte, se olvidaría de la existencia de los portátiles. Lo que no va a olvidar es que su móvil contiene el que puede ser el único mensaje de voz que va a recibir nunca de Asher Ibrahim, y ahora ni siquiera puede escucharlo.

—¿Y la gente cómo llama a su familia? —pregunta Dez.

Yael se la queda mirando.

—Necesito poder hablar con ellos… —prosigue.

—La Aqueronte es una experiencia inmersiva —explica Yael—. Dentro de unos días, estarás tan ensimismada con tus películas que el mundo exterior dejará de existir.

—No —contesta Dez—, para mí no.

Simon se coloca el violín hacia delante y toca el estribillo de «Hotel California».

Yael se parte de risa.

—Deja de asustarla, Simon. Apenas puede tenerse en pie. Ahí está tu cuarto, Dez. —Señala la puerta cerrada que tiene detrás—. Seguro que te mueres de ganas de darte una ducha.

Es verdad. Y tiene las mismas ganas que Yael de quedarse ahí charlando con ella.

—Oye, Dez —comenta Yael en voz baja cuando ya está prácticamente en la puerta—. Adivina con quién trabajé el verano pasado.

—Me rindo. —Dez no está de humor.

—Con *Samantha Cisneros*.

—¿En serio? —pregunta Dez, y da media vuelta. Samantha Cisneros forma parte de sus ídolos artísticos, y es la directora de varias de sus películas favoritas—. ¿Has conseguido hacer prácticas con Cisneros?

—La Aqueronte se encargó de conseguirlo. —Yael asiente desde el sofá—. Y justo antes de que falleciese. Solo digo que, aunque este sitio te haga pedazos, que lo hará, sigue mereciendo la pena.

Dez asiente y se encierra en su cuarto. Suelta un suspiro. Hasta

ahora, todas las veces que ha hablado con sus compañeros han ido mucho peor de lo que esperaba, aunque, al mismo tiempo, las instalaciones de la Aqueronte son bastante mejores de lo que imaginaba. Echa un vistazo a su nuevo cuarto, muda de incredulidad. Pasa la mano por el edredón blanco y suave de la cama con dosel que tiene delante. Una alfombra tejida y colorida bajo la cama da cohesión a la sala. Hay dos lámparas de cristal de colores en dos mesitas de noche y una estantería repleta de libros. El estante superior contiene una carpeta con su nombre. El paquete de orientación que debería haberse leído la noche anterior y que tendrá que dejar para más tarde, cuando se le pase el dolor de cabeza.

Abre la puerta del baño. Nunca ha tenido su propio cuarto de baño. Ahora tiene hasta una bañera con patas. Abre el armario y le sorprende verlo lleno de ropa profesional a medida. Comprueba una de las tallas y entiende que todo le va a quedar bien. ¿Todo eso es para que se lo ponga mientras está aquí, en la Aqueronte?

Se sienta en un almohadón de color salmón junto a un ventanal enorme y descorre las cortinas blancas para ver las vistas. Su cuarto da al este. Entre la nieve que cae con la fuerza de una ventisca, vislumbra el contorno de un patio en forma de triángulo. Es el patio triangular. Una arboleda enorme de pinos coronados de nieve se extiende más adelante. Y ahí fuera, en algún sitio a lo lejos, están su hermano y su madre. Dez cierra los ojos y apoya la palma contra el cristal.

Por primera vez desde hace mucho tiempo, dispone de la privacidad suficiente para respirar y soltarlo todo. Pero teme que, si abre esa puerta, nunca será capaz de cerrarla. Lo que necesita hacer en este momento es justo lo contrario. Condensar todo lo malo de su

vida y convertirlo en una mota infinitesimal en su interior. Juntar todo lo que ocurrió en el Dairy Barn, lo que le sucedió a Mo, lo de la policía, Rafe y esa bebida de anoche, Yael y lo de esta mañana y su puta bufanda dorada y convertirlo en algo pequeñísimo. Dejarlo apartado.

Alguien llama a la puerta.

—¿Todo bien ahí dentro? —pregunta Simon.

Dez siente la tentación de responder con sinceridad, pero las palabras mueren en su garganta.

—Oye —dice Simon al otro lado de la puerta—. Como no te has leído los…

—Como vuelvas a repetir la palabra «folletos»…

—Solo quería avisarte que la orientación empieza en quince minutos —responde Simon—. Te espero aquí fuera.

9

—No veo una mierda —se queja Simon mientras comparten el mapa de la carpeta de Dez para llegar a la orientación. Han salido del vestíbulo de la residencia y han bajado diez pisos de escaleras de caracol hasta llegar a la planta baja de las torres. Acaban de atravesar una puerta pesada de madera y han acabado en la entrada al patio triangular.

Dez va vestida con unos vaqueros, un lujoso jersey de cachemir blanco y una parca de color hueso con una capucha ribeteada de pelo; todas las prendas estaban dentro de su armario nuevo. Se siente como una impostora, pero al menos está a gusto bajo la nieve que cae con suavidad.

—Solo porque *puedan* hacer que sea de noche a perpetuidad —suelta a medida que ambos empiezan a cruzar penosamente el patio triangular— no significa que *deban* hacerlo. ¿Qué pasa con nuestros ritmos circadianos?

—Pero ¿anoche tú no estabas en la fiesta? —pregunta Simon—. Creo que el único ritmo que le importa a la gente es el de la velocidad a la que se la tiren. Con ganas.

—¿Tú también has escuchado a Yael esta mañana?

—Un par de veces hoy y otro anoche. Esta mañana casi me ha dado un infarto con lo de la bufanda.

—¿Cómo has acabado en la Aqueronte, Simon? —pregunta Dez,

esbozando una media sonrisa—. ¿De dónde eres?

—De una comunidad *cherokee* al noroeste de Oklahoma. Somos un pueblo pequeño, pero con una familia enorme —contesta, y luego atrapa un copo de nieve con la lengua—. ¿Sabes? Ya los echo de menos.

—Yo también añoro a mi familia —responde Dez con un suspiro—. Mi hermano está en el hospital.

—Mierda. ¿Y eso?

—Sufrió un accidente —explica Dez con la mirada clavada en las botas.

—¿Se recuperará?

—Eso espero.

—¿Y aun con todo has venido hasta aquí? —pregunta a la vez que le echa una mirada. Dez cree que Simon lo entiende. No del todo, pero sí parte.

—Supongo que parecía… —empieza a decir Dez.

—¿Una oportunidad única en la vida?

—Eso es. —Se levanta la capucha de la parca. Necesita cambiar de tema—. Bueno, ¿solicitaste plaza en otros cursos?

—En una docena por lo menos. No eché a ninguna otra escuela de cine. Me quedé atónito cuando recibí la carta de admisión.

Dez lo mira anonadada cuando llegan al extremo del patio y se quedan frente a un edificio oscuro y sin ventanas, hecho de piedra fría y gris.

—¿A qué más enviaste solicitud?

—A los Cuerpos de Paz —contesta mientras le sujeta la puerta a Dez—. A una iniciación de chamanes en Perú. A unas prácticas en una empresa emergente de ingeniería aeroespacial con un CEO que

estaba mal de la cabeza. A un puesto de promotor de música *underground* en Tokio. En resumen, siempre busco la mayor locura que hacer en cualquier momento.

Dez asiente conforme entran en el edificio, aunque la confunde que Simon pudiese haber estudiado tantas otras cosas y haber tomado tantas trayectorias vitales completamente distintas. Ella sería una cineasta en cualquier parte, incluso si no la hubiesen aceptado ni en una sola escuela. Hasta en el más allá.

Están de pie, en un recibidor iluminado por unas velas sobre unos candelabros de pared de hierro forjado. Hace un frío pesado, antiguo. Hay una puerta cerrada con un cartel en el que pone Auditorio, y desde el interior retumba una voz sonora y de barítono:

—En la Aqueronte hay dos clases de estudiantes. ¿Alguien me puede decir cuáles son?

—Llegamos tarde —dice Simon a la vez que se abre paso hacia la puerta—. Anoche, en el bar, uno de los de último curso me comentó que se supone que nunca hay que llegar tarde a una clase de Zarlengo.

—¿Quién es Zarlengo?

—Da Filmología —contesta Simon—. Por lo visto, a nadie le cae bien.

Para cuando él y Dez se cuelan en el auditorio, todos los pupitres de mármol parecen estar ocupados. El profesor, un hombre mayor de unos sesenta años, va de un lado a otro de una tarima en mitad de la enorme sala.

La cara de pocos amigos de Zarlengo parece respaldar su reputación. El traje negro combina con las pesadas cortinas de la

clase y el gorro de vaquero de terciopelo negro oculta todas sus facciones salvo una escasa barba gris.

Levanta la vista en dirección a Dez, justo cuando Simon reclama el último sitio libre.

—¿Le gustaría recibir una invitación especial para unirse a la orientación? —pregunta Zarlengo.

Dez está aterrada de que esas sean las primeras palabras que le dedica un profesor de la Aqueronte, pero antes de poder quejarse de que no quedan sitios libres, Zarlengo le pregunta:

—¿Qué tipo de estudiante es usted, señorita Rae?

Mierda, hasta se sabe su nombre. ¿Cómo es posible?

Todas las miradas del auditorio se clavan sobre Dez. Algunas las reconoce de haberlas visto en el bar, la noche pasada, antes de perder el conocimiento. La vergüenza le trepa por los hombros y se encoge con fuerza.

—En este momento —dice Dez—, soy una estudiante de la Aqueronte a la que le gustaría sentarse.

Se escuchan un puñado de risas avergonzadas en el auditorio.

—Creo que todos compartimos ese deseo —contesta Zarlengo.

Al no ver otra alternativa, Dez se sienta en el pasillo junto a Simon, que le dedica una mueca de compasión. Cuando soñaba con su primer día como estudiante de posgrado, se imaginaba como una heroína, no como el hazmerreír de la clase. Aunque puede que le venga bien estar tan espantosamente fuera de lugar y quedar mal una y otra vez, porque ese desorden constante evita que piense en Mo.

Saca su carpeta de orientación y la hojea en busca de la programación de hoy.

6:00 Turno de desayuno del Programa de Estudio y Trabajo, cocina del comedor Enoc.

Ya la ha cagado con esa.

9:00 Orientación para los alumnos de primero, auditorio del edificio Kohenet.

Aquí también está en proceso de cagarla.

12:00 Comida, comedor Enoc, mesa 16.

15:00 Ritual de emparejamiento, pista Diamante.

19:00 Cena, comedor Enoc, mesa 16.

21:00 Programación vespertina: presentación del repositorio, edificio Goliat.

No obstante, antes de tener tiempo para darle un codazo a Simon y enarcar las cejas por el ritual de emparejamiento, Zarlengo ruge desde la tarima.

—¿¡Alguien más!? —Clava la vista en el techo del auditorio, que lleva el blasón de la escuela—. ¿¡Quien sea!? ¿¡Que me diga las dos clases de estudiantes!? No es una pregunta trampa.

—Las dos clases de estudiantes son —contesta una mujer con el pelo largo y rojo desde la última fila— los que piensan con palabras y los que lo hacen a través de imágenes.

Zarlengo se detiene. Se queda un instante en silencio, y eso le proporciona a Dez una oportunidad para respirar.

Palabras e imágenes. Nunca se había planteado clasificar sus pensamientos de esa forma. A bote pronto, no tiene muy claro en cuál encaja ella.

—En esta institución, hay dos caminos —explica Zarlengo con dos dedos levantados—. Quienes piensan con palabras son nuestros

escribas. Esos estudiantes optan por la vía de la escritura de guiones.

Dez observa a los estudiantes revolverse en sus asientos mientras se plantean si ese término los describe.

—Quienes piensan con imágenes —prosigue Zarlengo—, son nuestros *visionarios*. Esos estudiantes optan por la vía de la edición.

Dez hace eso y más en sus películas. Echa un vistazo por la sala a la vez que se pregunta cómo es posible que una persona se limite únicamente a ser una clase de artista. Sin embargo, da la sensación de que, en cuestión de un instante, todas las personas de la sala quedarán categorizadas en un tipo u otro de persona, de forma más o menos permanente.

—¿Y qué pasa con los directores? —pregunta alguien al principio de la sala—. A mí me gusta Scorsese y vine aquí para dedicarme a…

—No será necesario. —Zarlengo levanta la mano con una sonrisa fría—. La doctora Moriah es la directora de esta escuela. La única. Y lo que crea que haya venido a «dedicarse» no tiene importancia, usted no está al mando. La Aqueronte no es como otras instituciones. Disponemos de protocolos rigurosos para todo, desde vuestro plan de estudios hasta vuestra forma de comunicarse tanto dentro como fuera del campus.

Dez dobla los dedos alrededor de la carpeta y la pliega por la mitad al recordar lo que había dicho Yael sobre los móviles y el mundo exterior. Necesita poder comunicarse con su familia e ir a verla. Rafe le prometió que podría hacerlo.

—Acabáis de abandonar un mundo que depende por completo de ese tipo de «conexión» —continúa Zarlengo—. Estáis adentrándoos en uno que no depende en absoluto de ella. —Coloca una mano a cada lado del estrado y echa un vistazo por la sala.

»Aunque preferiría que abordaseis vuestros estudios con una mentalidad abierta de aprender por el mero hecho de aprender, sé que muchos de vosotros, si no todos, queréis saber qué os depara tras vuestro último año. ¿Cómo va a ayudaros la Aqueronte a conseguir un trabajo remunerado?

Dez se inclina hacia delante, a la espera de que siga hablando. Por eso está aquí… Para aprender, sí, pero también para prepararse de cara al futuro.

—Si os digo —empieza Zarlengo— que contamos con un porcentaje de éxito del *cien por ciento* a la hora de que nuestros graduados consigan trabajos remunerados, ¿vais a respirar y a limitaros a aprender y a cumplir con vuestros encargos? Porque es cierto. A todos os espera vuestro trabajo de ensueño.

Se escucha un suspiro colectivo en el auditorio. Zarlengo baja la voz.

—Dentro de poco, dejaréis de estar sentados en un aula. En vez de eso, aprenderéis a través de la práctica. Y *haréis* lo que os mandemos. A cada uno de vosotros se os ha asignado una de las dos categorías de cine, en función de vuestra predilección innata. No se atenderán las peticiones de cambios, ¿queda claro?

—Sí, doctor Zarlengo —responden los estudiantes alrededor de Dez.

—Ambos tipos de cineastas se topan con problemas —afirma Zarlengo al compás de sus pasos—. Los escribas lucharán contra los molestos susurros de las voces internas. Vuestro trabajo es acallarlas para poder conectar directamente con las voces de vuestros sujetos. Si no lo lográis, estáis fuera.

Alguien se ríe con nerviosismo. Zarlengo agacha la cabeza. Un

silencio perturbador inunda la sala.

—En cuanto a vosotros, visionarios, también estáis en riesgo. Quizá hayáis venido aquí creyendo que tenéis derecho a cualquier decisión estética que se os pase por el hipocampo. Sin embargo, en la Aqueronte *las películas no van sobre vosotros.*

En ese momento, su mirada recae sobre Dez. La actuación a lo John Wayne es ridícula, pero ¿por qué le está bajando un escalofrío por la espalda?

—¡Cerrad los ojos! —ordena Zarlengo a la clase.

Dez obedece.

—Si os pidiese que me hablaseis sobre vuestro *hogar* —prosigue—, sobre de dónde venís, ¿qué diríais?

Dez inspira despacio y se transporta allí. A Death Valley. A la casa que compartió con Moses y con su madre durante toda su vida, hasta ahora. Se marchó de repente, sin apenas prepararse, bajo una presión traumática.

Ver una representación tan nítida de su casa en su imaginación le resulta doloroso.

Está en la cocina estrecha, que huele a romero por las dos plantas del alféizar de la ventana. Está sentada en la encimera, con las piernas cruzadas, al lado del fregadero. Mete la mano en la lata de gránulos de café de su madre, sujeta un par entre los dedos y se los mete en la boca. Observa a Mo lamerse la grasa de una hamburguesa del dedo mientras imita a un amigo suyo que se ha caído de un trampolín en la fiesta a la que ha asistido esa noche.

Dez puede ver el reloj azul por encima del hombro de su hermano, en el que son casi las dos de la madrugada. Ve los platos que se supone que tenía que haber fregado Mo antes de salir, aunque no lo

ha hecho. Ve la labor de punto de cruz actual de su madre, que muestra otro árbol de Navidad, extendida sobre la silla que está bajo la lámpara buena. Está intentando terminarlo antes de las fiestas, aunque suele acabar convirtiéndose en un regalo de Pascua.

Es uno de esos momentos completamente ordinarios de la vida de Dez. Tan mundano que podría haber ocurrido cien veces. Pero, de pronto, Dez se da cuenta de que esa escena jamás volverá a repetirse porque…

Ve al hombre de la máscara, apartándola de un empujón para entrar al Dairy Barn.

Ve los vasos de poliestireno desperdigados por detrás del fregadero, luego de que ha saltado para abalanzarse sobre él.

Ve sus manos rodeándole la garganta al hombre y los hilos de la tela de la capucha que lleva.

Ve que tiene el globo ocular en la mano.

La freidora llena de aceite.

Mo, quemado. Desfigurado.

Metido en el coche como si fuera un cadáver.

El aturdimiento de esa noche al perseguirlo.

Ve a Rafe en la moto y recuerda lo que sintió en todo el cuerpo, como si ya lo hubiese conocido antes en otro sitio.

Lo ve todo, hasta la expresión en su mirada garabateada en la servilleta que le dio Rafe. Ve la azotea del hospital, la primera vez que él le habló de la Aqueronte. La cara de su madre al leer la carta de admisión. Los polis rodeando el hospital, buscándola. El *jet* de obsidiana alejándola de Death Valley, de sus alegrías y penas. Y la primera imagen de la Aqueronte, como un sueño. Como una película.

—Abrid los ojos —ordena Zarlengo.

Para cuando los abre, Dez está llorando. Se seca las lágrimas con rapidez y pestañea hasta ver con claridad.

El doctor Zarlengo se saca de la chaqueta un par de montones gruesos de sobres cerrados. Le tiende el primero a una mitad de la sala y el segundo a la otra.

—Imagino —comienza a decir—, que cada uno de vosotros sospecha qué clase de estudiante es. En qué tipo de vía es posible que estéis. Escriba o visionario. Estos sobres os la confirmarán. Abridlos.

Simon le pasa un sobre a Dez. En la inscripción, con una letra pequeña y precisa, pone: «Desdemona Rae». Dez desliza el pulgar por la solapa del sobre y saca la tarjeta blanca del interior.

En mitad de la cartulina gruesa y blanca hay una litografía de un ojo negro y detallado. Se queda mirándolo y siente como si este le devolviese la mirada.

El iris es casi tan oscuro como la pupila. Tiene un parecido inquietante con el globo ocular que guarda en el bolsillo. Siente una certeza cada vez mayor de que se trata de una acusación. De que todo el mundo en la Aqueronte sabe lo que hizo de camino hasta allí. Aún nota la densidad tirante del ojo. Le dan ganas de vomitar.

—¿Qué escondes? —pregunta Simon, que se inclina desde el pupitre para mirarla desde arriba.

Dez se sobresalta.

La tarjeta. Simon solo quiere saber qué le ha tocado. Le enseña la suya, que contiene las letras «ABC» con una caligrafía florida en el centro. Es un escriba.

Ella le enseña el ojo de su tarjeta.

Es una visionaria.

Lo que significa que, incluso en los momentos más oscuros, tendrá que apañárselas para descubrir cómo ver las cosas.

10

—Me muero de hambre —dice Simon cuando Zarlengo los libera de la orientación.

Dez anda a su lado a medida que los de primero entran por las amplias puertas de madera del comedor Enoc. Lleva sin comer desde que ha llegado a la Aqueronte; de hecho, no recuerda qué fue lo último que comió que no hubiese salido de una máquina expendedora de un hospital. De todas formas, le da cosa estar en el Enoc después de haberse perdido el turno del Programa de Estudio y Trabajo de esta mañana. Además, la desconcierta lo impresionante que es el edificio por dentro.

Dos robles altos se retuercen en medio de la sala y se elevan hacia el imponente techo con vigas. Las inusuales copas, cubiertas de lucecitas, arrojan un brillo romántico sobre los manteles blancos con cubertería brillante, porcelana delicada, velas parpadeantes y copas de cristal. De las paredes cuelgan unas pinturas cubistas y enormes. A Dez le parece ver un Picasso.

Entre los robles hay una mesa larga atestada de muchas de las caras bonitas e interesantes que Dez vio la noche pasada en el bar. En la cabecera, Rafe da vueltas a un par de palillos de jade y le susurra algo a Esmeralda.

No se percata de la presencia de Dez.

Necesita hablar con él. Sobre la falta de cobertura y sobre cuándo

podrá volver a casa para ver a Mo. Sobre por qué Rafe jamás mencionó el Programa de Estudio y Trabajo y sobre qué narices llevaba esa bebida. Pero, al estar sentado en esa mesa, rodeado por los ruidosos e inalcanzables estudiantes de último curso, Rafe parece estar en otro mundo.

—Primer plano de Dez —dice Simon a la vez que toma notas en un cuaderno—. Vemos el comedor a través de sus ojos: magnífico. Intimidante. ¿Logrará encajar? ¿Eso es un Picasso auténtico?

—Cortamos a la parte en la que se pone a comer —contesta Dez a la vez que le da la espalda a Rafe.

—¿Qué te parece la decoración? —pregunta Simon—. He oído que los de último curso la cambian antes de cada comida.

—¿Te refieres a los cuadros?

—A todo. Los árboles. La lámpara de araña. Todo está hecho de luces —responde Simon al atravesar el tronco de uno de los robles con la mano. Su piel adquiere el mismo tono y textura que la corteza.

—¿Cómo es posible? —pregunta Dez, y mira a su alrededor en busca de un proyector.

—Forma parte de su seminario sobre efectos especiales —comenta Simon—. Estoy en la mesa dieciséis, ¿y tú?

—Igual —contesta Dez tras consultar su carpeta de orientación. Dez se da cuenta de que en la mesa de Rafe quedan dos asientos libres, pero cuando Simon vuelve a pronunciar su nombre, lo ve haciéndole señas desde una mesa para dos apartada en el extremo de la sala. De todas formas, tampoco quería sentarse con Rafe. Lo único que quiere es comer.

Se sienta en la silla frente a la de Simon y levanta un menú escrito a mano del plato. En este momento, se comería casi cualquier cosa,

pero se da cuenta de que está analizando el menú en busca de una sola palabra que conozca. *Okonomiyaki*. *Burijiru*. *Omakase*. Ni idea.

—Tal vez pida uno de cada —dice Simon—. Ya que es gratis y no he tenido tiempo para desayunar mientras estaba en el turno de cocina.

—Pero si cuando nos hemos conocido te estabas comiendo un cruasán del tamaño de mi cabeza. —Le recuerda Dez.

—Era desayuno para llevar —contesta—, no una comida en condiciones, así que mi cuerpo ni se ha dado cuenta de que me estaba comiendo el… —Deja la frase en el aire y Dez sigue su mirada hasta la mujer que está de pie junto a su mesa—. Cruasán más delicioso del mundo —susurra Simon—. Esther. ¿Esther Townsend? Hola. Nos conocimos anoche en el bar. Estuvimos hablando sobre terror japonés. Me contaste que tu peli favorita era *Onibaba*.

Esther se queda mirando a Simon y enarca una ceja. Lleva el pelo rubio a la altura de los hombros recogido en una coleta, tiene los ojos color avellana, una cara bonita y sin maquillar y lleva un delantal negro atado a la cintura.

—¿Eres… Sydney? —pregunta ella.

—Sí —susurra él.

Simon está tan embelesado que ni siquiera recuerda su propio nombre, y es evidente que Esther solo ha venido a tomarles nota de la comida. Dez se pega una sonrisa a la cara y señala el menú.

—¿Qué nos recomiendas?

—¿Eres Desdemona Rae? —pregunta Esther.

—¿Cómo lo sabes…?

—Lo siento, pareces hambrienta, pero el doctor Lebevre me ha pedido que viniese a buscarte.

—¿Quién es el doctor Lebevre? —pregunta Dez.

—El chef —responde Simon.

—Mierda —espeta Dez.

—Al parecer, te has saltado el turno del desayuno —comenta Esther a la vez que le tiende un delantal negro de sobra—. Te toca estar en el de la comida. Conmigo.

A Dez le ruge el estómago a modo de protesta, pero por supuesto que le toca estar en el turno de la comida. Por supuesto que tomarse este respiro con Simon y comer algo rico era demasiado bonito para ser cierto. Por lo menos, no está despedida. Por ahora.

—¿Necesitáis otro par de manos? —pregunta Simon, levantándose al mismo tiempo que Dez—. Yo también me puedo enfundar otro delantal…

No obstante, Esther ya se dirige a toda velocidad hacia la cocina, con Dez apresurándose para seguirla mientras se ata el delantal a la cintura. Esta vez, cuando pasa junto a la mesa de Rafe, él levanta los ojos y echa tal mirada al delantal que a Dez le da la sensación de que puede atravesarlo con la mirada. Se mete las manos en los bolsillos y se aferra al bote de pastillas como si fuese una pelotita antiestrés.

—Al menos es una mejora respecto al del Dairy Barn —anuncia Rafe lo bastante alto como para que sus compañeros de mesa se olviden de las conversaciones tan fascinantes que están manteniendo y miren en su dirección.

—No molestes a quienes te preparan la comida —contesta Dez.

—Te reto a que me envenenes. —Rafe se ríe.

—Desdemona, ¿vienes o no? —pregunta Esther mientras le sujeta la puerta de la cocina.

Dez la sigue, haciendo oídos sordos a Rafe e intentando entrar a la

cocina con valentía, aunque el corazón ha empezado a latirle con fuerza.

El espacio está en calma, es amplio y brillante, y todo está al nivel de un restaurante de primera. Unos estantes plateados abastecidos con un arcoíris de lechugas, cítricos y tubérculos bordean una de las paredes largas de la cocina. Unos cubos con salsas almacenadas en botes, todos ellos etiquetados con cinta de carrocero azul, forman una pila en la isla central. No hay ningún chef enfadado a la vista.

Si hubiese llegado al turno de desayuno en el que se suponía que debía estar, lo más probable es que no estuviese enfadada por el puesto que le han asignado en el Programa de Estudio y Trabajo. A veces, la hora punta del Dairy Barn la hace entrar en una especie de modo zen, cuando mueve las manos con tanta rapidez que su mente es incapaz de seguirles el ritmo para tomarse un merecido descanso de pensar.

—¿Y el doctor Lebevre? —le pregunta Dez a Esther.

—Tú ponte a hacer cualquier cosa hasta que vuelva. No le gustan los holgazanes.

—De acuerdo. ¿Qué vamos a cocinar? —Se recoge el pelo y va al fregadero para lavarse las manos.

La puerta trasera de la cocina se abre y un hombre corpulento y de pelo oscuro con ropa de chef entra. Es agresivamente masculino, puede que vaya borracho y Dez se imagina que tiene unos treinta y cinco años. Lleva lo que parece ser la funda de un arco echada al hombro. Cuando la baja y la desenrolla en la encimera de metal, ve que está repleta de cuchillos.

—¿Eres Desdemona Rae? —pregunta sin levantar la vista del afilador, por el que pasa un cuchillo.

—Yo… Sí. Quería disculparme por…

—Cierra el pico —gruñe—. Hablarás cuando te lo pida. Soy el doctor Lebevre. Vengo de Cordes-sur-Ciel, donde mi abuela me enseñó a cocinar.

—Debe de haber hecho un buen trabajo.

—Cuando metía la pata en la cocina, me hacía una advertencia.

—Parece razonable —contesta Dez con nerviosismo.

—Si volvía a meterla, me clavaba un cuchillo en uno de los dedos.

—¿Cómo?

Lebevre le pone una de las manos a la altura de los ojos y Dez ve las cicatrices, los ángulos irregulares y unos muñones uniformes y extraños donde deberían estar las puntas de sus dedos.

—Te has saltado el turno del desayuno —le dice.

—Lo siento…

—Esa era tu advertencia —espeta el doctor Lebevre, y sigue afilando los cuchillos—. ¿Sabes cocinar?

—Sí, sé.

—¿Se te da mejor que a ella? —El doctor Lebevre señala a Esther con el cuchillo.

—Acabamos de conocernos —responde Dez.

—Es *omakase*. —El chef la mira fijo.

—¿Cómo dice? —le susurra Dez a Esther.

—¡Sushi! —exclama el chef como si Dez fuese imbécil.

—Limítate a hacer lo que te mande —indica Esther.

—¡Hay tres reglas! —vocifera Lebevre cuando se colocan a su lado —. Nada de parlotear. Nada de salsa de soja. Nada de descansos. Townsend, ocúpate del arroz: una cucharada sopera, en forma de lágrima. Rae, a emplatar. Obsérvame una vez y luego ponte manos a

la obra.

Dez observa y aprende. Lebevre toma el montoncito de arroz de Esther y le coloca una rodaja fina de pescado encima. Cuando le pasa el sushi emplatado a Dez, ella lo imita en función del color del pescado y, con unas pinzas, añade una lámina de chili, una hojita muy fina de *shiso* y tres puntitos de una salsa etiquetada como «yuzu».

Se pregunta a qué sabrán esos ingredientes.

Justo cuando comienza a hacerlo bien, el doctor Lebevre chilla:

—Rae, tráeme el *kinmedai* de la cámara frigorífica.

Dez echa un vistazo a Esther, que se encoge de hombros con los ojos como platos; a continuación, se dirige a la cámara frigorífica al fondo de la cocina. No tiene ni idea de qué es un *kinmedai* y no puede usar el móvil para buscarlo en internet. Sin embargo, cuando llega a la cámara frigorífica del tamaño de un dormitorio abarrotada de ingredientes que le resultan completamente ajenos, Dez agradece el momento de soledad.

Antes, cuando ha podido pasar un rato a solas en su cuarto, se ha planteado meter el bote de pastillas que contiene el ojo en un cajón, pero lo que necesita en realidad es un sitio frío que evite que se descomponga. Un lugar seguro en el que nadie vaya a encontrarlo. Se saca el bote del bolsillo y levanta la vista hacia los paquetes de papel llenos de harina del estante superior.

Tantea el estante inferior con la bota y luego el siguiente para ver si va a aguantar su peso.

La puerta se abre de par en par. En cuanto Dez se baja de un salto, el bote se le resbala de la mano y cae en la boca de un pez gigantesco que está sobre una bandeja que tiene al lado.

—Solo buscaba el… —Deja la frase en el aire cuando se da cuenta de que no se trata del doctor Lebevre. Es un hombre delgado en la veintena, con el pelo rubio rapado, de tez clara y bonita y ojos de distinto color: uno verdeazulado y otro negro.

—¿Todavía no te lo he preguntado? —dice.

—¿Qué cosa? —contesta Dez, y se interpone entre el hombre y el cadáver del pez que alberga su secreto.

—¡A qué clubs vas a apuntarte! —Con esa pose relajada, tiene que ser uno de último curso—. Para empezar, te recomiendo dos, salvo que seas una persona ambiciosa. —Se detiene y la mira de arriba abajo—. Pareces confusa. Me llamo Jetrel Connelly, pero puedes llamarme Jet. ¿Quizá mi reputación me precede?

Dez niega con la cabeza despacio.

—¡Soy el responsable del comité de bienvenida de la Aqueronte! Me encargo de que todo el mundo encuentre un sitio en nuestra comunidad. Así que… ¿Qué te gusta? ¿Hablas sumerio?

—No.

—¿Tocas el violín?

—En realidad, no.

Jet mira su tableta con el ceño fruncido.

—Hay algunas plazas disponibles en nuestro club de equidad social. Lo llamamos «Ojo por ojo».

Dez se tensa.

—¿Te apunto a ese? —pregunta Jet.

—Eh, yo no…

—Nos vendría bien tener nuevos puntos de vista en el club —afirma—. Nuestro cometido es explorar la ética en nuestro trabajo, cuestionarnos lo que importa…

Por un instante, cree que lo descubre echando un vistazo por encima de su hombro, hacia la boca helada del pez que contiene el bote de pastillas. Al ojo.

—Me apunto —contesta Dez.

—Fenomenal —responde él, anotándoselo—. ¿Y qué me dices de aprender sumerio? Ese club es increíble. Se acercan mucho al origen.

—Claro —dice Dez—. Oye, Jet, ¿no sabrás qué es un *kinmedai*?

Jet alarga el brazo por encima de su hombro y le da unas palmaditas al pez en la boca, con los dedos a tan solo unos milímetros del bote—. Supongo que estaréis preparando algo especial.

—¡Rae! —aúlla Lebevre, e irrumpe en la cámara. Aparta a Jet de un empujón y se apodera de la bandeja con el pez y el ojo de Dez que tiene detrás—. ¿Le tienes *cariño* a las puntas de tus dedos?

—Te apunto al Ojo por ojo —confirma Jet cuando Dez persigue a Lebevre a toda prisa.

—Doctor Lebevre —lo llama—. ¡Chef, espere! Antes de que…

Pero para cuando lo alcanza, él ya está en los fogones y echa el pez entero en una olla enorme de caldo hirviendo. Dez observa la boca del pez hundirse bajo la superficie.

Y entonces, el bote de pastillas sale a flote.

Ni se lo piensa. Sumerge los dedos en la sopa burbujeante. No siente el dolor hasta agarrar el bote. Después, chilla por el calor abrasador, extrae su horripilante tesoro y se coloca el bote bajo el brazo izquierdo.

—Pero ¿a ti qué demonios te pasa? —exige saber Lebevre. No obstante, está demasiado concentrado en lo que le ha hecho a su sopa como para percatarse de que está aferrándose al bote de

pastillas ardiendo que lleva debajo de la axila.

—Mi abuela también me dio un par de clases de cocina —afirma Dez, que jadea por el dolor punzante que siente en los dedos—. Me contó que el ingrediente secreto es el dolor.

Lebevre mira a Dez como si se estuviese planteando cuál de sus cuchillos sería el más adecuado para rebanarle las puntas de los dedos. Entonces, suelta una carcajada inesperada desde lo más hondo de su estómago, como si Dez supiera de lo que habla y no acabase de inventárselo.

Quizá esté borracho. Puede que, por una vez, Dez esté de suerte. Pero, sea por el motivo que sea, Lebevre mete la mano en la sopa.

—¡Abuelas! —Se parte de risa—. ¡Mierda, cómo quema!

Cuando saca la mano, Dez trastabilla hacia la puerta lateral de la cocina. Sale al exterior, junto a los contenedores, y hunde el puño en la nieve. Piensa en Mo, en lo mucho peores que son sus quemaduras, y soporta el dolor. Tiene el índice y el pulgar rojísimos, pero sanarán. Le tiemblan las manos al sacar el bote de pastillas. Se ha deformado un poco al sujetarlo bajo el agua hirviendo, pero todavía puede quitar la tapa y el ojo sigue conservando su pérfida integridad. Lo sostiene en la palma temblorosa y se queda mirando el iris, prácticamente negro. A continuación, llena el bote de hielo, mete el ojo, cierra la tapa y lo devuelve de nuevo a su bolsillo.

A partir de ahora, lo llevará encima. En todo momento. Hasta que lo necesite. Hasta el momento en el que el ojo suponga la diferencia entre el encarcelamiento y la libertad.

11

—¡Bienvenidos, feliz emparejamiento! ¡Bienvenidos, feliz emparejamiento! —Jet Connelly saluda a la fila de alumnos de primero con una sonrisa de azafato a medida que se suben al telesilla detrás del comedor al acabar de comer—. ¡Bienvenidos! —exclama cuando Simon y Dez avanzan con torpeza hasta el principio de la fila—. Parecéis desorientados.

Dez echa un vistazo a la silla de metal giratoria en la que se supone que tiene que poner el culo. Echa una ojeada al ángulo extraño de sus esquís y al logo de una «A» negra atravesada por el dibujo de una serpiente; el emo de último curso que estaba fuera de la tienda de esquí ha tenido que enseñarle a anclar las botas. Se mira el guante que le cubre los dedos que introdujo en el caldo hirviendo de Lebevre, embadurnados con bálsamo y vendados gracias al kit de primeros auxilios que encontró en la cocina. Mira la montaña descomunal, blanca e iluminada con luces led a la que está a punto de subir y después… ¿Qué? ¿Deberá bajarla esquiando?

¿Qué mierda?

—Yo vengo del desierto, no tengo ni la menor idea de lo que estoy haciendo —confiesa Dez cuando Jet le da el brazo y tira de ella hasta la plataforma. Por encima de ella, el rechinar del engranaje principal la pone nerviosa. Le da miedo el telesilla. Todo lo que concierne a esta aventura le parece terriblemente irresponsable.

—No te preocupes —responde Jet con un brillo en los ojos azul y negro—, los demás se han acostumbrado en un santiamén.

—Qué tranquilizador —masculla Simon a Dez conforme Jet se aleja y la silla se acerca por detrás, los levanta con rapidez de un golpe y hace que Dez suelte un gritito. Simon baja la barra de seguridad y ambos se elevan hacia la tarde oscura en dirección a una cima todavía oculta entre las nubes.

Los pinos se alejan bajo sus pies. Unas montañas plateadas se extienden hacia el este y el oeste. Las estrellas titilan por encima de sus cabezas. Y, por un momento, todo es sencilla e inesperadamente bonito.

Entonces, Dez recuerda que, en algún momento, va a tener que bajarse de esta cosa y ponerse a esquiar de verdad.

—¿Qué pasa cuando lleguemos a la cima? —pregunta a Simon—. ¿De qué va todo este ritual de emparejamiento?

—Mira a quién le interesan ahora los folletos —se burla Simon—. En el ritual se empareja a cada alumno de primero con uno de último curso. Por lo visto, es la tradición más antigua de la Aqueronte.

—¿Y qué se supone que hay que hacer con el alumno de último curso?

—Se convierte en nuestro mentor durante el resto del trimestre. Nos enseña de qué va la cosa, como un hermano mayor en una fraternidad. Preveo novatadas.

—¿Es cosa mía o la palabra «emparejamiento» hace que parezca algo sexual? —pregunta Dez cuando un copo de nieve enorme y húmedo le cae en medio de los ojos.

—Revolcarse con los novatos… —reflexiona Simon—. En ese caso, ¿a quién prefieres? Imagínate a Jet en el calor del momento. ¿Esos

ojos? Sería incapaz de echarlo de la cama.

—A cualquiera menos a Rafe —contesta Dez—. Si tengo que pasarme un trimestre entero bajo sus órdenes, ninguno de los dos saldrá con vida.

—Parece que te gusta —dice Simon.

Dez pone los ojos en blanco, pero se le viene a la mente una imagen de Rafe encima de ella en la cama. Igual, si no fuese tan engreído, le gustaría. Se aclara la garganta.

—¿Alguna vez has esquiado, Simon?

—Una vez fui a Breckenridge con la iglesia de mi exnovia.

—¿Es difícil?

—No realmente. Solo tienes que delegar la mayor parte del trabajo a la gravedad. —Señala la pista que está bajo sus esquís, suspendidos en el aire—. Hablando de eso…

Más abajo, seis estudiantes de último curso aparecen en la montaña vestidos con trajes de esquí rojos a juego. Todos llevan unas bufandas doradas como la que tenía puesta Yael en su suite. Esquían en formación triangular, mecen las caderas y suben y bajan los brazos al unísono. En las sillas que Dez tiene delante y detrás, los de primero gritan y los vitorean. Están demasiado lejos como para distinguir si Rafe es uno de los esquiadores.

Cuando están a mitad de camino de la cima, los acordes de piano de «Nightswimming», de R.E.M., inundan el ambiente y, pese a que es la primera vez que hacen algo así, Simon, Dez y todos los de primero que los rodean en el telesilla cambian la palabra con la que empieza la canción, «nightswimming», por «night-skiing». Cantan juntos y Dez se pregunta si eso forma o no parte del ritual, si los estudiantes cantan lo mismo todos los años.

Antes de que termine la canción, el telesilla los deja en la cima de una pista tan empinada que a Dez le parece que está invertida. Busca el brazo de Simon con el pecho apretado, pero Simon ha divisado a Esther y ha dejado tirada a Dez para irse a charlar con ella.

—Es imposible —murmura Dez para sí misma mientras se asoma al borde. El viento arranca la nieve de la montaña del mismo modo que las partituras de un pianista de un atril.

—En realidad —dice una voz detrás de ella—, hay una forma de hacerlo.

Cuando Dez da media vuelta y ve a Rafe en un traje de esquiar rojo ceñido, el imbécil va y le guiña el ojo.

—*Bajando* —susurra para que solo ella pueda oírlo.

Dez traga saliva, y no solo por miedo. A veces, la manera en la que habla Rafe, su voz, le enciende algo por dentro. Él también lleva una de esas bufandas doradas.

—¿Dónde está la pista para principiantes? —pregunta—. Esta se me queda demasiado grande.

—Voy a disfrutar de quitarte esa forma de pensar —asegura Rafe. La sujeta por los hombros y la gira hacia la pista espantosamente escarpada—. Esquiar es como volar. Lo único que tienes que hacer es… —Ahora, le agarra los brazos y se los abre como si fuesen alas —. Creer.

—Tengo que hablar contigo —contesta ella tras bajar los brazos.

—¿Es sobre lo de anoche? ¿A que te lo pasaste bomba?

Tratar con este imbécil le es imposible. Clava la vista en el cielo encapotado y en las nubes que brillan tapando la luna. Después, la baja hasta la pista, donde una línea blanca y larga aparece de pronto en la nieve. Dez la observa con los ojos como platos.

Mide dos metros y medio de largo, tiene un grosor de varios centímetros y *vibra* conforme sube y sube hacia la cima.

En dirección a Dez.

—¿Qué es eso? —pregunta a la vez que retrocede hacia Rafe.

—Alguien importante —responde él, y toda burla desaparece de su voz—. Ponte recta.

Dez obedece a medida que la línea blanca llega hasta la cima a una velocidad vertiginosa, luego se detiene y rueda hasta formar una bola, como la base de un muñeco de nieve. Está viva. Se despliega y la nieve desaparece para revelar…

A una cobra albina con la capucha estirada, cuya lengua parecida a una tira de fruta dulce se precipita hacia la multitud de estudiantes petrificados en la cima.

—Hola, doctora Moriah —saluda Rafe y, por un momento, Dez cree que se está dirigiendo hacia la serpiente.

Entonces, la cobra pasa reptando a su lado y se acerca a otro par de esquís. Dez la sigue hasta una mujer de mediana edad glacialmente guapa con el pelo blanco a la altura de los hombros, traje de esquiar blanco y los labios pintados de rojo que de repente está en la montaña detrás de ellos. La serpiente repta por el cuerpo de la mujer y se le enrosca en el cuello, pestañeando hacia Dez con la misma calidez que una cámara de vigilancia.

—La directora de la Aqueronte —le explica Rafe en un susurro—. La decana Moriah. Y Hannah, su cobra.

—Todavía no te han emparejado —declara la doctora Moriah, que atraviesa a Dez con un ceño fruncido.

Dez no tiene ni idea de lo que implica el emparejamiento, pero no le hace gracia la construcción pasiva que ha utilizado la directora.

Suena como si fuese algo que debería *pasarle* a Dez, lo quiera ella o no.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Tengo razón?

—Sí —contesta Dez—. T-todavía soy una artista en solitario.

—¡ENTONCES, LARGO! —brama Moriah a Rafe.

—Nos vemos al otro lado. —Le dedica una sonrisa amplia a Dez y luego se desliza hasta el borde antes de prácticamente saltar por la pendiente y desaparecer sin dejar rastro.

—¡Los de primero, poneos en fila! —grita la directora—. Por orden alfabético, en función del segundo nombre.

Es la orden más rara que Dez ha escuchado en su vida. Su segundo nombre es Ruth, pero no tiene ni la más remota idea del de los demás. Supongo que esa es la cuestión. Para organizarse, los de primero van a tener que conocerse mejor.

Empieza por Simon.

—¿El tuyo cuál es?

—Es *cherokee*, así que no te rías.

—No voy a hacerlo —responde ella.

—Mi nombre completo es Simon Indeciso Nelson.

—¿Indeciso? ¿Te lo pusieron al nacer?

—Ay, los blancos. —Simon suelta una risita y niega con la cabeza —. Mi segundo nombre es Joe.

Dez se ríe por primera vez desde que llegó a la Aqueronte, por primera vez desde que hizo daño a su hermano. Y, a su alrededor, a medida que la doctora Moriah los observa como un gato mirando una pecera, los alumnos de primero se presentan con los ojos brillantes, riéndose, ridículos con los esquís de la Aqueronte.

—¡Acelerad! —grita Moriah, y los estudiantes comienzan a hacer

una fila.

—Alguien me ha dicho que tu segundo nombre es Ruth —comenta un chico guapo de primero con acento británico—. Como el mío es Rowan, es decir, Paul Rowan Wilkes, creo que vamos seguidos.

—Creo que sí —responde Dez conforme se coloca detrás de él en la fila.

—He oído que eres una visionaria —comenta Paul Rowan Wilkes —. Yo soy escriba.

—¿Has podido ver el repositorio? —pregunta Dez—. Donde vamos a trabajar.

—Nadie lo ha visto por ahora. Hasta esta noche, nada. Pero el suspenso me está matando.

Dez asiente para darle la razón. Si al final el emparejamiento es solo esto, una mera forma coqueta de romper el hielo en una montaña a cuatro mil metros de altura con un frío de muerte, puede apañárselas. Sin embargo, la mirada de la aterradora mujer de la serpiente que los supervisa le indica que todavía se avecinan más cosas.

Moriah acecha a los estudiantes de primero dispuestos en fila como un sargento el primer día de entrenamiento básico.

—¿Cuánto puedes levantar en *press* de banca? —pregunta a Simon.

—¿Unos cien kilos? —contesta él; es evidente que no ha hecho *press* de banca en su vida.

Moriah lo mira entornando los ojos con incredulidad antes de pasar a otro estudiante de la fila.

—¿Suelen darte arcadas?

—¿Casi nunca? —contesta la mujer.

Moriah se detiene frente a Paul Rowan.

—¿Sueles ser la persona que deja o a la que dejan?

—Llevo en una relación a distancia con mi novia desde hace seis…

—Suficiente —lo interrumpe Moriah con un movimiento de mano. Clava la vista en Dez. Sus ojos son dos hendiduras cuando le pregunta—: ¿Toleras bien el dolor?

Dez traga saliva; aún le duele la mano quemada, y se pregunta qué tendrán que ver estas preguntas con que los emparejen con un mentor en la Aqueronte.

—A veces, creo que sí. Tampoco es que me apetezca ponerlo a prueba.

La directora enarca las cejas. La serpiente saca la lengua.

—Algunas cosas —dice Moriah— son inevitables. —Da una palmada con fuerza y la mitad de los estudiantes se sobresalta—. Dentro de unos instantes —indica mientras señala la parte baja de la montaña—, cada uno de vosotros esquiará hasta los alumnos de último curso que están al final de la pendiente. Uno de ellos os estará esperando. A partir de entonces, estaréis emparejados. Vuestros mentores os aconsejarán a medida que vayáis creando vuestras primeras películas y a lo largo de este primer y desafiante trimestre en la Aqueronte.

Unos susurros recorren la fila. «¿Y si no sabemos esquiar?». «¿Los emparejamientos son aleatorios?». «¿Llevarán un cartel con nuestro nombre?».

—Lo único que necesitáis saber —continúa la directora mientras escudriña al nervioso grupo con la mirada— es que ninguno os los merecéis.

Dez mira a la directora con los ojos entornados, impasible después de escuchar esas palabras desdeñosas, aunque nerviosa. ¿De qué va

todo esto?

—Todos ellos —afirma— son infinitamente más diestros, capaces e impresionantes que todos vosotros juntos. Así que os sugiero que mostréis gratitud.

—Disculpe, directora Moriah —pregunta Paul Rowan al lado de Dez—, ¿cómo se supone que sabremos qué mentor se nos ha asignado?

Moriah se lo queda mirando como si la pregunta fuese tan simple que la ha dejado sin palabras.

—Fiaos de vuestro instinto —acaba contestando—. Os guiará allá donde tengáis que ir.

—Entonces, son aleatorios —masculla alguien en la fila.

Las rachas de viento hacen que el pelo le azote la cara a Dez. Se pone a temblar por el frío y el miedo de lo que están a punto de obligarla a hacer. Seguro que se cae de culo y se parte algo antes de encontrar a ese mentor que no merece.

—¡Es bueno que tengáis miedo! —vocifera Moriah—. Por eso mismo estamos aquí arriba. El miedo es el camino al instinto. Tendréis que dejar la mente en blanco y prestar atención a vuestro cuerpo para encontrar a vuestro mentor.

Al menos está haciendo una cosa en condiciones: está aterrada.

Moriah da un paso atrás y habla por un micrófono blanco sin cables que se saca del traje de esquí.

—Ahora, ¡media vuelta y enfrentaos a la pista!

Los estudiantes se giran poco a poco para toparse con una nube gigantesca que ha aparecido mientras Moriah los estaba amenazando y que cubre la pista con una niebla oscura y gris. Donde antes el final de la pista era aterradoramente distante, ahora

está oscurecido por completo por una niebla cargada de nieve. Dez no puede ver tres metros por delante de ella.

Tendrán que suspenderlo, posponerlo hasta que se disipe la niebla.

—A mi señal, esquiad —indica Moriah—. Cuando encontréis a vuestros mentores, ellos os acompañarán a la presentación del repositorio de esta noche.

Por fin, el momento que Dez ha estado esperando. Está impaciente por ver dónde van a trabajar, pero antes tiene que superar este ritual extraño y peligroso.

—Una cosa más —advierte Moriah mientras recorre la fila de arriba abajo—. Cada mentor tiene su estilo de liderazgo. Algunos encajaréis. Otros no. Independientemente de eso, no habrá cambios. ¿Listos?

—Sí —contestan los de primero alrededor de Dez.

No, piensa ella al bajar la vista por la aterradora pendiente.

—Estudiantes de último curso —dice la doctora Moriah por el micrófono, y su voz se propaga por la montaña a través de los altavoces—, encended las antorchas.

De pronto, bajando por la pendiente, donde desaparece la montaña, decenas de llamas amarillas y distantes surgen entre la niebla. Al otro lado, en alguna parte, los de último curso los esperan con la vista hacia la cima, cada uno sosteniendo una antorcha ondeante.

—Ahora —suelta la doctora Moriah sin más.

Dez echa un vistazo a izquierda y derecha y pregunta a sus compañeros de primer curso qué hacer con la mirada.

—¡Ahora! —ruge Moriah—. ¡Volad hasta vuestro destino!

Una alumna de primero que está claro que sabe esquiar es la

primera en salir. Se empuja con la ayuda de los bastones y se adentra en la niebla con una humeante ráfaga de nieve. Otro grupito de esquiadores hábiles la sigue. Simon se empuja con indecisión y acaba cayendo de cara por la pendiente.

—Primera lección —dice la directora Moriah por el micrófono—. Si os vais a caer, hacedlo de forma segura, y en lo posible de culo.

Simon, muerto de la vergüenza, se esfuerza por enderezarse, se inclina a la izquierda, se precipita hacia la derecha y vuelve a caerse, esta vez bastante cerca del borde escarpado de la montaña.

—Segunda lección —prosigue—. Mantened el equilibrio.

—¡Simon! —grita Dez—. ¡Ten cuidado!

—¿Por qué sigues aquí? —le gruñe la directora a Dez.

Por un momento, cree que Moriah se refiere a la escuela en general, lo cual no es una mala pregunta. Pero cuando Dez echa un vistazo a su alrededor y ve que es la única de primero que todavía no ha intentado ponerse a esquiar, se da cuenta de lo que la directora quiere decir.

—Esta pista es demasiado difícil para principiantes —contesta.

—«El respeto al Señor conduce a la vida» —sisea la doctora Moriah, y la cobra blanca que le rodea el cuello se queda muy cerca de Dez—. Adelante.

—Nos vamos a matar… —se queja Dez.

Pero antes de poder terminar la frase, Moriah le da un empujón en mitad de la espalda que la hace aterrizar de cara en la nieve de más abajo. Lo que desde arriba parecía suave y mullido, Dez se percata en este momento de que es duro y gélido. Ni siquiera concibe cómo va a mantenerse en pie sobre los esquís, y mucho menos cómo podrá dominar sus movimientos u orientarse entre la niebla espesa.

Dos esquís blancos se detienen junto a la mejilla cubierta de hielo de Dez. Levanta la vista y ve a Moriah fulminándola con la mirada.

—Arriba.

—No puedo —contesta Dez.

La mujer pincha a Dez con uno de los bastones con fuerza.

—¡He dicho que arriba!

Dez intenta recobrar la compostura. Se pone de rodillas con un esfuerzo descomunal.

—Por el amor de Dios —espeta Moriah a la vez que tira de ella con brusquedad para levantarla. Después, se vuelve hacia Dez y le dice —: Agárrate a mí.

Como no le queda más remedio, Dez apoya las manos en los hombros de la doctora Moriah y levanta los dedos contra la piel escamosa de la cobra. Entonces, sin más dilación, la directora se empuja hacia delante.

Se mueve como si fuese Patrick Swayze reencarnado en un tren bala: es puro músculo, pura fuerza; sus caderas oscilan con rapidez de un lado a otro y levanta nieve con los esquís a su alrededor, hasta que entran juntas en la niebla espesa y, de pronto, Moriah se zafa de Dez, se inclina a un lado y desaparece.

Dez se precipita a toda velocidad, sola, entre una niebla tan densa que apenas ve los esquís. El miedo se apodera de ella. Se queda sin aliento. Va ganando velocidad y entonces, de alguna forma, por instinto, acerca las puntas de los esquís hasta formar una «V». Ahora los separa hasta volver a dejarlos en paralelo, dobla un poco las rodillas y se mete los bastones debajo de los brazos.

Pero ¿qué demonios? Dez está esquiando.

El mundo dentro de la nube es suave y tranquilo. El viento le azota

el pelo. Baja a toda velocidad y por fin sale por el otro lado de la nube a un cielo oscuro despejado y repleto de estrellas. Se llena los pulmones de aire.

La impresionan su destreza, la montaña y el cielo nocturno. Y está incluso más impresionada cuando, de pronto, los ve más abajo.

Todos los de primero, incluido Simon, hacen unos ochos elegantes en la nieve, emparejados con un mentor de último curso. Esquían por parejas, se balancean al unísono bajo una constelación de estrellas hechas de luces led. Han apagado las antorchas y las han guardado, sustituidas por una energía indescriptible entre mentor y pupilo.

Junta los esquís en una «V» para frenar y observar; le recuerda a una escuela de baile para adultos. Ve a Alice Quinn y a Yael deslizándose juntas poco a poco por la pendiente. Ve a Simon emparejado con Jet, dándose las manos enguantadas mientras sobrevuelan una rampa al unísono, hacen un giro en el aire y aterrizan sin esfuerzo.

Pero ¿dónde está…?

Está ahí. Apoyado contra un pino, solo detrás de una pareja que acaba de formarse.

Es Rafe.

Por supuesto.

Es el único que sigue sujetando la antorcha y la está mirando fijamente.

Sonríe y le indica con un dedo que se acerque. Pero ella ya está esquiando en su dirección, le sale solo, como si hubiese planeado desde el principio acabar justo delante de él.

¿Ha sido el azar? ¿Ha sido el instinto? ¿De verdad eran los dos

únicos cineastas que quedaban? Dez no sabe lo que le espera con Rafe, pero por el momento se permite que eso también la impresione.

—Enhorabuena por llevarte al mentor más guapo —suelta—. Ahora es cuando empieza la diversión de verdad.

12

Las botas de Dez crujen por la nieve a medida que vuelve andando con Rafe desde la telesilla tras el ritual de emparejamiento. Las estrellas titilantes que los rodean, la luna artificial flotando en un río de nubes falsas… Todo es precioso, aunque le resulta raro saber que un equipo de técnicos de cine lo ha creado para construir la realidad en la que viven los demás, día tras oscuro día.

Dez nunca ha visto la Aqueronte a la luz del día. Se pregunta si alguna vez lo hará. Por ahora, tan solo puede imaginarse el aspecto que tendrá la escuela sin los efectos especiales.

—No me creo que haya esquiado —suelta—. ¿Tú tuviste que saltar por una montaña cuando te emparejaron con tu mentor?

Rafe clava la mirada a lo lejos mientras anda.

—El ritual de emparejamiento va cambiando cada vez que se realiza.

—¿En serio? ¿Cómo fue el tuyo? —pregunta a la vez que echa un vistazo a los hombros musculosos de Rafe y a su nariz recta y se pregunta cómo será trabajar tan cerca de él durante todo el trimestre.

Suspira, levanta la vista al cielo y suelta vaho al respirar. Unos copos de nieve diminutos caen y se quedan atrapados en sus largas pestañas.

—Lo que no te mata…

Dez piensa en Mo y cierra los ojos.

—A menos que sea tu hermana —contesta.

—Tu hermano se pondrá bien.

—¿Cómo lo sabes? —Se siente culpable de que, durante media hora, con el subidón de adrenalina del ritual de emparejamiento, no la hayan asaltado los pensamientos sobre Mo.

—No lo sé, o al menos no con seguridad.

—Necesito verlo. Necesito hablar con él…

—Todo a su debido tiempo —responde Rafe—. Por ahora, tienes que mantener un perfil bajo.

¿Mantener un perfil bajo? Se está escondiendo, y no solo de la poli. Al no tener el móvil para comunicarse, Dez siente que también está evitando a su familia.

—Si vas a ser mi mentor, espero que tengas algo más sabio que ofrecerme que «Mantén un perfil bajo». —Rafe se vuelve hacia ella y le recorre las facciones con la vista, deteniéndose un instante en sus labios.

Dez aparta la mirada, cohibida al mismo tiempo que se pregunta si… ¿Rafe siente atracción por ella?

No, recuerda ver a Esmeralda coqueteando con él en el bar la noche pasada y hoy durante la comida. Por no hablar de que Rafe aprovecha cada oportunidad que tiene para burlarse de Dez, hacerla sentir que no encaja y que puede que nunca lo haga.

—¿Puedo preguntarte cómo nos han emparejado? —dice.

—Yo te escogí —contesta él sin más, con la mirada todavía clavada en ella.

Dez se sorprende. Le ha dado todos los motivos para pensar que la desprecia. ¿Qué le hace pensar entonces que van a formar un buen

equipo? ¿Y cuándo se supone que la escogió? ¿Antes o después de llegar a la escuela?

—¿El resto de los de último curso también ha reclutado a sus pupilos de primero de sus respectivas ciudades?

—Los demás recibieron una carta por correo.

—Entonces, ¿por qué hiciste todo el trayecto…?

—La mayor parte de las preguntas que estás haciendo son tonterías —responde Rafe cuando llegan al patio triangular y empiezan a atravesarlo en dirección al edificio imponente de ladrillo gris y estilo gótico falso que es Goliat—. Así que procura no formularlas. Te enseñaré a sobrevivir aquí. El resto depende de ti.

—¿Tu mentor era igual de inspirador que tú? —Dez pone los ojos en blanco.

Rafe se detiene y se gira para mirarla con una seriedad repentina.

—A mí no me hizo falta inspiración —contesta—. Tenía *ganas* de aprender. —Su voz, tan grave e intensa, provoca que un escalofrío más potente que el de cualquier frío le recorra el cuerpo.

¿Cree que Dez no tiene ganas de aprender solo por haberla conocido cuando había tocado fondo? ¿O porque su corazón sigue en el hospital, con Mo? ¿O es porque es una chica? ¿O se ha formado una opinión sobre ella al ver *Destellos*? ¿O es un narcisista inconsciente incapaz de percibir a cualquiera que no sea su propio reflejo? Da igual. Puede que nunca lo descubra. El caso es que Rafe la subestima, pero Dez está acostumbrada. Está acostumbrada a demostrar de lo que es capaz cuando hace falta.

Eso no explica por qué ha elegido trabajar con ella. A no ser que su criterio principal a la hora de escoger un pupilo fuese buscar a quien torturar.

Lo único que le importa a Dez es que Rafe se comporte como un mentor. Que deje esa pose condescendiente y le enseñe.

Sabe cosas que Dez necesita saber. Tiene habilidades que ella necesita tener. No está aquí para perder el tiempo en las montañas. Está aquí para crear arte relevante.

—Enséñame el repositorio —dice—. Enséñame dónde vamos a hacer las películas.

—Primero, admite que te alegras de que estemos juntos. —Se vuelve hacia ella, se acerca y baja la voz.

Dez contiene la respiración y le sostiene la mirada. Bajo el suave brillo de una farola, Dez no puede evitar su expresión, cálida e irracionalmente cercana. Rafe levanta su definida ceja izquierda.

Ella se aleja y procura que no la vea recuperarse después de tanto contacto visual. Jesús. Nunca había sentido atracción por alguien cruel, pero al parecer siempre hay una primera vez para todo.

Mañana controlará lo mucho que la excita este hombre. Mañana conseguirá mejorar en muchas cosas.

Un silbido estridente atraviesa el aire. Dez se sobresalta, mira de dónde viene, por el patio, y luego levanta la vista al cielo, donde algo más oscuro que la noche se precipita hacia el suelo.

—¿Qué es eso? —pregunta.

Un segundo después, se estampa contra la nieve con un sonido similar al de un avión al estrellarse contra una casa.

—Dios mío —jadea.

Estarán a unos treinta metros de lo que sea que haya llovido del cielo. El golpe le resuena en los oídos.

Da un par de pasos hacia él antes de que Rafe tire de ella para frenarla.

—No te acerques, Dez.

—¿Qué? —Clava la vista en él, incrédula—. ¿Por qué no? Podría haber alguien herido. —Sigue avanzando hacia lo que sea que se haya estrellado y arrastra a Rafe con ella.

—Por favor —suplica—, no tienes ni idea de lo que pasa.

—¿Y tú sí?

En ese momento, unos faros se encienden a lo lejos y un camión negro se adentra en el patio triangular. Dez ve a unos trabajadores uniformados salir de la cabina y apresurarse hacia algo que está en el suelo. Se le sube el corazón a la garganta y le cuesta respirar. *Hay* alguien herido.

—Suéltame —le dice a Rafe.

—Vuelve a las torres hasta que sepamos qué ha ocurrido. Hasta asegurarnos de que es seguro.

El sistema de altavoces externos que rodean el patio triangular crepita.

—Todos los alumnos de primero —declara la doctora Moriah en un mensaje pregrabado— deben volver de inmediato a su residencia.

Rafe echa un vistazo a Dez y se encoge de hombros como si eso respaldase su argumento.

—¿Por qué tú puedes quedarte? ¿Por qué ni siquiera pareces preocupado? —pregunta Dez. El ruido del golpe ha sido espantoso, escalofriante, pero Rafe parece estar más preocupado por que ella no se acerque a lo que sea que haya ocurrido que por el golpe en sí.

—Lo estoy. —Le sostiene la mirada—. Pero aquí no deberías ir corriendo hacia el peligro. No si puedes evitarlo.

—Rafe. ¿Sabes qué era ese sonido? —Dez traga saliva.

Él se acerca, le apoya la mano en el hombro y le susurra al oído con

una voz que, de algún modo, la calma.

—Vuelve a las torres, Dez. Iré a buscarte lo antes posible.

13

En lo alto de su torre, Dez presiona la frente contra la ventana fría de hierro forjado. Fuera está oscuro, pero todavía logra distinguir los faros en el patio triangular, los movimientos apresurados de los paramédicos cuando…

¿Están cargando a alguien en una camilla?

Apenas hay visibilidad. Ha comenzado a nevar de nuevo, con fuerza, y la ventisca oculta la escena sombría con nieve recién caída.

No es el mejor día para haber descubierto que piensa a través de imágenes, porque en este momento se abalanzan sobre Dez como un espantoso montaje rotativo grotesco y a gran escala.

Mo.

El hombre enmascarado de la pistola.

El ojo.

Y ahora también lo que quiera —quienquiera— que se haya estampado allí.

No quiere regresar a su *suite*, pero ¿a dónde va a ir si no?

Escucha a Simon tocar una canción de Beethoven con el violín. *Opus 132 en La menor*, uno de los pocos CDs que tenía su madre y que solía ponerles a Dez y Mo en el coche cuando se estaban peleando de pequeños.

Dez ha mantenido la compostura durante casi todo el día, hora tras hora humillante, pero ya no puede más. Gira el picaporte, ve

que la puerta no está cerrada y entra dando tumbos.

Solo ve los pies de Simon levantados contra el respaldo del sofá blanco.

—¿Qué tal el guapo de tu mentor? —pregunta mientras deja el violín.

—Simon…

Cuando Dez no consigue pronunciar nada más, Simon levanta la cabeza del sofá. Al verla, se pone en pie de un salto.

—Oye, ¿estás bien?

—No —susurra ella.

Simon la sujeta por el hombro y la guía hasta el sofá.

—Parece como si estuvieses a punto de desmayarte —dice.

Y eso hace, pero en el sofá.

—Eh… —Simon parece nervioso—. Esto requiere… ¿el qué? ¿Qué necesitamos? —Lo escucha dirigirse hacia la cocina minúscula y hablar consigo mismo a medida que rebusca entre los pocos aparadores que hay—. No tenemos comida, así que descartamos mis famosos nachos compasivos. Pero hay ginebra. ¿Te vale con eso, Dez?

Dez no puede contestar. Está pensando en lo que cayó del cielo. Simon vuelve y se sienta a su lado con dos vasos de chupito y una botella.

—También podríamos… —empieza a decir, negando con la cabeza —. Mi madre solía abofetearme cuando me quedaba así después de misa. A veces, ayuda.

—Ginebra —contesta ella contra el sofá.

Lo escucha servir los chupitos. Se incorpora y se obliga a mirar a su compañero de habitación a los ojos. Apenas se conocen.

—¿Simon? —Dez se sube las rodillas al pecho—. Ha pasado algo terriblemente espantoso.

—Me lo he imaginado por el anuncio terriblemente espantoso de los altavoces —responde, aunque con un tono menos confiado, menos sarcástico—. Además, Yael dice que van a cancelar la presentación al repositorio de esta noche. ¿Sabes de qué va todo esto?

—¿Dónde está Yael? —pregunta Dez. No le apetece volver a repetir la misma historia.

—Acaba de irse —contesta Simon.

La puerta del cuarto de Yael se abre de par en par y ella sale a la zona común mientras se pasa una mano por el moño alto para arreglárselo.

Su compañera de habitación echa una ojeada a la ginebra y chasquea la lengua.

—¿Habéis empezado sin mí, idiotas?

—Pero ¿tú no acababas de salir? —pregunta Simon a Yael a la vez que mira la puerta principal, confuso.

—Bueno, sí, pero ya estoy de vuelta. —Yael levanta un vaso de chupito, apura el contenido, se atraganta y se desploma en el sillón de cuero blanco que está delante de ellos.

—No te he oído entrar —afirma Simon—. Dez ha llegado hace nada… Así que, ¿cuándo has…?

—Seguro que estabas sacudiéndotela, pervertido. —Yael se encoge de hombros y pone una expresión irritada.

La vista de Simon va a parar a la puerta del cuarto de Yael, que está abierta. Dez sigue su mirada y una ráfaga de aire frío los alcanza. Se fija en las cortinas moradas y gruesas de Yael, que se

mecen con la brisa vespertina. ¿Quién se deja la ventana abierta en medio de una ventisca?

—No os preocupéis por eso —contesta Yael, dirigiéndose a ambos. Se inclina hacia delante en el sillón y junta las manos—. Chicos, tengo que daros una noticia seria.

—Yo también —dice Dez mientras se incorpora.

—Yo primera —la interrumpe Yael—. Dez, necesito que te centres. Es importante. —Sirve otro chupito de ginebra—. Hoy hemos perdido a un alma en pena.

Dez se queda mirando a Yael. Es imposible que su compañera de habitación esté hablando de lo que acaba de escuchar ahí fuera…

—No es el primer caso de suicidio en la Aqueronte —anuncia Yael de forma sombría—. Es un sitio estresante y algunas personas no pueden soportarlo.

—¿Quién era? —pregunta Simon.

—Un exalumno —contesta Yael al mismo tiempo que le echa un vistazo a Dez—. Al parecer, ha saltado desde el tejado del Enoc.

—¿Por eso os han pedido a los de último que os reunieseis? —dice Simon.

—¿A qué te refieres? —pregunta Dez.

—Yael ha recibido una nota de voz —explica Simon—: «Que todos los alumnos de último curso acudan inmediatamente a la guarida secreta», o algo así.

—Gracias, Simon, ya me ocupo yo. —Yael recorre el borde del vaso de chupito con el dedo—. Como conocíamos al difunto, la directora Moriah ha convocado a los de último curso para darnos la noticia. Nos ha pedido que no compartiésemos la información con los de primer año, ya que la facultad tiene pensado contároslo mañana,

pero yo soy partidaria de la transparencia. Además, he pensado que querríais saberlo.

—No —contesta Dez con una claridad absoluta.

—No… ¿qué? —pregunta Yael con las cejas levantadas.

—Yo estaba fuera. Estaba en el patio triangular con Rafe. Escuchamos un ruido. Como si algo cayese de las nubes. No sonaba a alguien tirándose desde un tejado.

—¿Alguna vez has escuchado a alguien tirarse desde un tejado, Dez? —pregunta Yael.

—¿Cómo se llamaba? —Dez le sostiene la mirada a Yael.

—Charles Costella —responde ella después de tragar saliva—. No lo habéis conocido. También era de último curso, pero, por desgracia, desistió a finales del último trimestre. Supusimos que se había ido con el resto de las menciones honoríficas. Por eso me entristece tanto imaginármelo merodeando por aquí hasta ahora, a la espera de que llegue el primer día de clase para manifestar su postura. Debió de estar pasándolo fatal.

—Parece mentira —dice Dez.

—Pues claro —contesta Yael—. Un chico joven, uno de los nuestros, está muerto.

—¿Viste el cadáver? —pregunta Dez.

—Fue la doctora Moriah la que nos lo contó. —Yael se yergue.

Dez piensa en la mujer de labios rojos y mirada venenosa y en la serpiente que lleva enroscada al cuello.

—Entonces, la directora miente.

Yael la mira con los ojos entornados.

—Voy a hacerte el favor de no contarle a nadie lo que acabas de decir.

—Tómate un trago, Dez —sugiere Simon a la vez que le pasa un vaso de chupito. Hace un suave movimiento con la mano derecha—. O también podemos probar lo de la bofetada.

—¿Quién bebe ginebra a temperatura ambiente, Simon? —pregunta Yael, molesta, mientras se dirige hacia la cocina—. Voy a por hielo.

Cuando se aleja lo suficiente, Simon le gesticula a Dez:

—¿Qué piensas?

—Están encubriendo algo —murmura Dez—. Y tengo que averiguar qué.

—Dez —susurra él con amabilidad, aunque preocupado, igual que hacía ella al hablar con Mo—. Creo que hay formas mejores de aprovechar el tiempo que pelearte con la superaterradora dirección de la Aqueronte. Como, por ejemplo, asentarte en el despiadado programa de posgrado en el que acabas de entrar.

—Quiero hablar con Rafe.

Yael regresa al salón con una cubitera llena de hielo y una bandeja de guarniciones para hacer unos martinis. Simon se mete una aceituna en la boca.

—Para tu información, Rafe opina lo mismo que la directora y que yo —afirma Yael—. Los dos estuvimos en la reunión. —Agita la coctelera plateada y luego se sirve el licor en un vaso—. Va a ser duro defender algo a capa y espada sin apoyo, Desdemona.

Llaman a la puerta y Simon echa un vistazo por la mirilla.

—¿Dez? —La llama. Lo escucha ponerse a tocar «The Imperial March» de *La guerra de las galaxias* con el violín. La canción de Darth Vader.

Dez lo mira. *¿Qué?*

—Tienes visita —anuncia Simon, y luego abre la puerta para dejar pasar a Rafe.

14

Dez se levanta de un salto del sofá y se dispone a abrir la puerta de su cuarto. No creía que jamás fuese a ocurrirle, pero Rafe es la única persona a la que quiere ver en este momento.

—Rafe. ¿Qué demonios está pasando…?

Deja la frase en el aire cuando se da cuenta de que ha estado… ¿llorando? Tiene la cara sonrojada y parece hecho polvo, aunque da la sensación de que está esforzándose para que no se le note. Agarra el marco de la puerta como si necesitase un punto de apoyo. Cuando la mira a los ojos, los tiene húmedos. El azul cobalto de sus iris es tan intenso que tiene que recordarse a sí misma respirar.

—¿Podemos hablar? —pregunta él en voz baja. Clava la vista detrás de ella, en la zona común donde Yael y Simon están sentados en primera fila en el sofá—. ¿A solas?

Dez le sujeta la manga de la camisa blanca a Rafe y nota el calor que le sale del antebrazo a través de la tela fina.

—Vamos. —Lo guía hasta su cuarto.

—¿Llevas condones, Rafe? —grita Yael detrás de ellos en cuanto Dez cierra la puerta del dormitorio.

Dentro, Rafe se coloca frente a la ventana y se pasa la mano por el pelo oscuro. Dez se queda junto a la cama y mide la distancia que los separa en base a los segundos que tardaría en recortarla. Andando,

tres. Si se rinde a la atracción magnética que siente ahora que están a solas, uno.

Se obliga a quedarse donde está, a una distancia segura.

—Era amigo mío.

—¿Quién? —pregunta Dez con la cabeza ladeada, confusa.

—Charles.

—*¿Charles?*

¿Rafe también está metido en esto? ¿Y quiere que Dez se trague que él y Charles eran amigos?

—Lo siento —contesta, aunque ¿qué quiere que le diga?—. Oye, Yael me ha contado lo que os dijo Moriah a los de último curso. Entiendo que haya una versión oficial, pero, con sinceridad, los dos estuvimos *allí*, Rafe. Ambos *oímos*…

—Nunca pensé que él acabaría así. —Se gira hacia ella con una vulnerabilidad aparentemente sincera que la pilla desprevenida. Lo dice en serio. O al menos lo parece.

—Rafe, no me mientas.

—Al ser tu mentor, tengo prohibido mentirte. Es una tradición que instauró mi propio mentor. Para bien o para mal, no puedo incumplirla —afirma, cerrando los ojos.

Dez no sabe qué pensar al respecto. ¿Y si la cosa ocurrió tal y como dicen? Ella lo vio de lejos y además estaba oscuro. Y sí, el ruido fue como algo sacado de una pesadilla, pero puede que sea así como suene alguien precipitándose hacia la muerte. ¿Qué sabrá Dez?

Está muy cansada. Agotada emocionalmente. Desde que Mo apareció en el Dairy Barn, su sentido de la realidad se ha ido desgastando cada vez más. Dez siente que está a punto de hacerse añicos.

Y aquí está este hombre tan guapo, haciéndose añicos frente a ella.

—¿Cómo era Charles? —pregunta.

—Lo que más quería era formar parte de las cosas —empieza a decir Rafe, despacio.

El chico habla como si nunca hubiese existido mentir. Como si de verdad estuviese sufriendo, en carne viva, conmocionado.

Un instante después, ella está de pie a su lado.

—Oye. —Le apoya una mano en el hombro. Vuelve a sentir su calor, como de costumbre, más intenso de lo que esperaba—. Lo siento.

Rafe le mira la mano, que más bien está en su pecho. Sus músculos están tensos bajo los dedos de Dez; tiene esa clase de cuerpo al que sería muy divertido agarrarse. La mira. A ella se le sonrojan las mejillas. ¿Debería apartar la mano? ¿Lleva demasiado tiempo ahí?

Entonces, él le apoya la mano sobre la suya y le rodea los dedos con suavidad. Siente una oleada de algo y desea…

Lo desea a él, a pesar de todo.

Rafe entreabre los labios y Dez clava la vista en su labio inferior mientras se pregunta qué ocurrirá a continuación y cómo han llegado hasta ahí. Cómo van a volver al momento en el que no tenían las manos entrelazadas sobre su pecho.

Algo burbujea dentro de Dez. Desde que llegó, algunas veces ha sentido que los brazos de Rafe eran la única solución a una ecuación imposible, y entonces se da cuenta de que se imagina cómo sería que la abrazase, con y sin ropa. Acostarse con Rafe puede que sea lo único que le permita dejar de pensar en su vida. Olvidar que está huyendo de la policía durante un rato. Centrarse solamente en los músculos de Rafe…

Vuelve a imaginarse qué sentiría si tuviese su pecho desnudo moviéndose encima de ella en la cama. Recorrerle la espalda de arriba abajo con las uñas.

—¿Dez? —Rafe da un paso hacia ella; están tan solo a treinta centímetros de la cama. Dez contiene la respiración, lo mira a los ojos y, entonces, la atracción palpita entre ambos.

Mierda, él siente lo mismo.

Esto no va a acabar bien.

—No dejo de plantearme cómo podría haber actuado de otra forma —dice Rafe—. ¿Qué podría haber hecho para evitarlo? —Se recorre el bíceps de arriba abajo con la mano. Puede que sea un tic nervioso. Uno que le resalta los músculos torneados de los brazos—. De todas formas, no puedo retroceder en el tiempo —prosigue—. Solo puedo limitarme a mirar hacia delante, ¿sabes? Porque ahí fuera me necesitan en otros sitios.

Sus miradas se encuentran, y Dez se sorprende cuando los ojos de Rafe reflejan una tortura que le resulta familiar. Cuanto más los mira, más calidez siente. Y más le cree. Ese razonamiento tiene algunos agujeros, sí. Los movimientos son confusos y el sonido… Aunque tampoco es que sea experta en acústica. Si algo se le da bien, es reconocer un momento cinemático.

Y este es uno de ellos. En la vida real. Es el primer plano de la película, en el que el público observa a dos personas forjar un vínculo eterno gracias a ese sufrimiento que trasciende la razón.

Lo ve estirar el brazo hasta su mano. El roce más suave de Rafe basta para producirle un cosquilleo. En ese momento, nota algo pesado en la palma. Le está dando algo.

Un móvil.

—¿Y esto?

—Es un móvil. Pulsas las teclas para marcar el número de alguien y, a veces, contestan.

—Creía que no se fiaban de que los de primero tuvieran una tecnología tan revolucionaria en su poder —contesta Dez tras darle un codazo.

—Y así es. —Rafe le coloca el dedo contra los labios en señal de silencio—. Quédatelo esta noche y no se lo cuentes a nadie.

—¿Por qué?

—Porque sé que en tu hogar hay gente preocupada por ti.

Dez traga saliva y se guarda el móvil en el bolsillo. Quiere agradecérselo, pero las palabras se le quedan atascadas en la garganta. Es muy amable por su parte, inesperado, y lo ha hecho sin que ella se lo pida. Una lágrima se desliza por la mejilla de Dez.

—Vaya —murmura Rafe a la vez que se acerca y alarga la mano.

Le seca la lágrima cuidadosamente con el pulgar. Dez contiene la respiración, inclina la cabeza hacia él y se le vuelven a llenar los ojos de lágrimas. Que Rafe le recorra la cara con la mirada, como si supiese descifrar todas sus emociones, le resulta insoportable. Gira la cabeza y aleja el cuerpo.

—Estoy bien —responde a la vez que se seca los ojos y respira.

—No tienes por qué estarlo.

—Por favor, vuelve a comportarte como un imbécil —contesta, de espaldas a él—. Eso sí que sé cómo gestionarlo.

—¿Y qué es lo que no sabes gestionar? —susurra Rafe.

Se vuelve para mirarlo a la cara y ahí está él, con el cuerpo tan cerca del suyo que sus pechos se tocan al inspirar. Si Dez se acerca un poco más, si deja que su cuerpo tome las riendas, por fin podrá

dejar de pensar.

Se quedan mirándose. Huele a petricor. A nieve. Dez apenas puede respirar.

—Para —dice Rafe—. Deja de hacer eso con el labio.

—¿El qué? —Se lleva la mano a los labios, avergonzada.

—Ese temblor. Para.

—No estamos rodando una escena, Rafe —contesta ella, y pone una mueca—. No puedes darme indicaciones sobre mi forma de llorar.

—No es por preferencia estética. Es por supervivencia.

—¿Cómo? —Dez cruza los brazos sobre el pecho y clava los codos en sus abdominales tersos.

—Tus labios me están volviendo loco, así que te juro que como sigas obligándome a mirarlos…

—¿Qué les pasa a mis labios?

—Son demasiado bonitos, mierda —contesta, pronunciando cada sílaba.

Dez abre la boca y después la cierra. Lo ve seguir los movimientos como si estuviese hambriento y ella fuera su festín favorito. A Rafe se le escapa un gemido suave de frustración que le envía un golpe de calor directo a las entrañas.

No le ha dejado otra opción. Lo agarra por la camisa y tira de él hacia sí para posar los labios molestos contra los suyos. Le sienta bien.

Y a ella también. Porque la forma en la que Rafe le devuelve el beso con la boca cálida, firme y flexible a la vez que le mordisquea el labio inferior con los dientes y le hunde las manos en el pelo y luego en el cuello, transforma la estructura celular de Dez.

Le da un beso apasionado, que sabe lo que quiere. Aplica la presión apropiada, le coloca el calor de su lengua justo donde a ella le gusta y en la dosis ideal, y sus rostros encajan a la perfección cuando ella levanta la cabeza y gime.

¿Quién besa así? ¿Cómo es posible que a alguien se le pueda dar tan bien?

Rafe la tiene hechizada, la ha puesto en una especie de trance eufórico, así que tarda unos buenos treinta segundos en formularse la pregunta que de verdad importa: ¿qué demonios hace besando a su mentor?

Se aleja sin apartar las manos del pecho de Rafe mientras lo fulmina con la mirada y jadea en busca de aire. Está enfadadísima por haberse excitado tanto. Y entonces ve la misma acusación, la misma furia y deseo reflejada en sus ojos.

Qué interesante.

—Qué más da, mierda. —suelta Rafe jadeando, y vuelve a acercarse a Dez para besarla apasionadamente una y otra y otra vez. Sus labios son embriagadores y sus manos, apoyadas con firmeza en la espalda de Dez, posesivas de una forma decadente y electrizante.

Así que al final van a hacerlo. Más vale que lo disfrute.

Dez le desliza las manos a Rafe por el pecho, le sujeta los hombros con fuerza y pega el cuerpo contra el suyo. Rafe le rasga el cuello de la camisa blanca abotonada y se le saltan los botones para dejarle los senos al descubierto.

—No te has puesto sujetador —dice con un entusiasmo evidente conforme inclina la cabeza para llevarse el cuerpo de Dez a la boca. Le chupa el pezón con fuerza. Dez suelta un grito de dolor y de placer mientras le tira del pelo hasta que él hace lo mismo. Le rodea

la cintura con una pierna, complacida cuando él la levanta en brazos con destreza para encajar su ardor contra el de ella y… Madre mía, la tiene enorme y como una piedra.

—¿Has estado pensando en mi boca? —le vacila ella mientras él le rodea la aureola con la lengua.

—Constantemente.

—¿Qué es lo que te tortura de mi inocente boca? —jadea a la vez que frota las caderas contra las de él con un roce desesperante y desbocado.

—En mi imaginación es de todo menos inocente —contesta él con la respiración entrecortada—. Se mete en toda clase de líos.

—Voy a necesitar que me des ejemplos. —Baja la pierna para volver al suelo solo para subirse encima de él desde la cama. Tira de él hacia sí; tiene que estar tumbada con este hombre, con esos músculos y esa boca.

—En mi imaginación, tu forma de chupármela es un pecado —jadea él con voz cálida.

—Vamos a comprobarlo. —Dez aparta el edredón y se sienta sobre las sábanas con la mano en la cinturilla de los pantalones de Rafe como si lo que esconden le perteneciera, como si supiese lo mucho que le va a gustar. Hasta ahora, el deseo nunca la había vuelto tan atrevida.

Se lame los labios, dispuesta a enseñarle lo que sabe.

Solo consigue desatarle el primer botón y entrever el pelo oscuro que le baja desde el ombligo y que se muere por besar, antes de que Rafe dé un paso atrás y ponga distancia entre sus cuerpos.

—Espera —dice.

Dez se ha quedado tan falta de aliento que cree haberse

confundido. Vuelve a tirar de él.

—Vamos.

—No puedo hacerlo.

Levanta la vista, desconcertada, y percibe la distancia repentina reflejada en su mirada.

—¿Cómo dices…?

—Debería irme —contesta él, alargando la mano para abrocharse de nuevo los pantalones.

—¿Qué dices? ¿Qué ha pasado?

—Algo que *no debería* haber pasado.

Le duelen sus palabras; es como si alguien le hubiera metido un puñetazo en el estómago.

—¿¿Es broma??

—Oye, tengo tantas ganas de tumbarte en esta cama y de tener sexo contigo hasta perder el sentido que me duele el cuerpo. Pero…

—Pero ¿qué? —Dez se tapa los senos con la camisa desgarrada—. ¿Tan comprometido estás con esa clase tan rara de sadomasoquismo?

—Simplemente no puedo.

Dez se desploma en la cama. ¿Qué le hacía pensar que Rafe iba a dejarse de jueguecitos mentales aleatorios y se iba a comportar de otra forma? Sigue excitada, lo desea tanto… Y ahora, además, está que echa humo.

—¿Nos vemos mañana? —pregunta Rafe desde la puerta.

—¿Puedo confiar en que volverás a ser un imbécil?

—Hay bastantes probabilidades —contesta él tras asentir, y tiene el puto descaro de sonreírle—. Pero antes de eso, pienso correrme varias veces imaginándome ese gemidito que has soltado cuando te

he chupado las tetas.

—Lárgate.

—Se supone que eso era sexi, no una excusa para que me odies más.

—Si quieres que deje de odiarte, empieza por arrancarme el resto de la camisa y empotrarme contra esa pared. —La señala.

—¿En serio? ¿Contra esa? —Observa la pared que está junto a la ventana como si estuviera planeándolo e imaginándose los ángulos.

Dez le tira un cojín.

—Buenas noches, Dez. —Siente sonreír al muy imbécil cuando lo esquiva—. Buenas noches, puntería catastrófica de Dez. Buenas noches, boca sucia de Dez. Buenas noches, culazo de Dez.

—Cuidado con la puerta al salir, no vaya a ser que te parta la verga.

Rafe desaparece en un abrir y cerrar de ojos y Dez se queda a solas en su cuarto. Suelta un gruñido de frustración y se mete la mano en la ropa interior. Apoya los dedos en el clítoris y los mueve en círculos, despacio, mientras recuerda los labios de Rafe contra los suyos. En la vida la habían besado así. No se cree que la haya puesto así de húmeda para luego marcharse.

Lo odia.

Aun así, no tarda en correrse al imaginárselo pensando en ella más tarde en su cama.

Entonces, cuando se levanta para cepillarse los dientes, agotada, la ve.

Una piel de serpiente blanca y larga entre las sábanas.

Sigue caliente, como si el reptil acabase de mudarla.

15

—¿Dez? —susurra su madre por el móvil a la mañana siguiente—. ¿Eres tú de verdad?

—Mamá —suspira ella desde la cama, y cierra los ojos, aliviada—. ¿Qué tal está Mo?

—No me digas dónde estás.

Dez abre los ojos.

—Pero si ya lo sabes.

Escucha a su madre sollozar en voz baja.

—Intenté llamarte, pero tu móvil me manda directamente al buzón.

—Lo sé. Lo siento. Es que esta escuela…

—No existe, ¿verdad?

—¿Qué? —Dez da un respingo y se incorpora. Se le eriza la piel de los brazos—. ¿Por qué lo dices?

—Nadie la conoce, Dez. No aparece en internet, ni tampoco en ningún mapa. La carta que me enseñaste… No pasa nada si la falsificaste.

—¡Mamá! —Se le contrae el pecho—. ¿Por qué iba a…? Jamás haría algo así. Estoy aquí. Estoy en…

—Lo mejor es que no lo sepa. Fingir que esta conversación no ha ocurrido. Estabas asustada. Lo entiendo. Siendo la única sospechosa…

—*No.* —Una oleada de rojo le inunda la vista a medida que intenta pronunciar las palabras—. ¿Todavía no lo han encontrado? Un hombre trató de atracarnos, intentó matarme. Me robó el coche y secuestró a Mo.

—Sé lo que dijiste.

—Pero es *cierto*.

—No hay pruebas, Dez.

Pero sí que las hay. El ojo que le arrancó al hombre.

Su voz suena distante cuando dice:

—Volveré a casa. Lo contaré todo. Lo solucionaré.

—Ni se te ocurra —replica su madre, de pronto con aspereza—. Tu hermano sigue en la UCI. Tengo que quedarme con él, sin distracciones, no estar de aquí para allá intentando sacarte de la cárcel.

—¡Mamá!

—No vuelvas a llamarme, por favor. Si de verdad te importa esta familia, Desdemona, *quédate donde estás*.

Su madre cuelga.

Deja caer el móvil, atónita. No sabe qué le preocupa más: que su madre crea que se ha inventado la Aqueronte, que no quiera que Dez vuelva a casa o que ni siquiera le haya comunicado el pronóstico de Mo.

O que la policía todavía no haya encontrado pruebas del atracador que prendió fuego al mundo de Mo y de Dez.

Dez no falsificó la carta de admisión a la Aqueronte y tampoco se inventó al atracador. Echa un vistazo al móvil de Rafe sobre la cama y recuerda lo desesperada que había estado el día anterior por volver a tener cobertura. Piensa en el mensaje que le dejó Asher en el

contestador cuando se marchaba de la ciudad. No puede usarlo, no puede devolverle la llamada. De todas formas, ¿qué iba a decirle a estas alturas? La conversación que había querido que mantuviesen pertenece a otra versión de Dez. Ella ya no sigue siendo la misma persona.

Echa de menos a Silas. Ojalá hubiese memorizado su número para llamarlo ahora que tiene un móvil. Lo más seguro es que le haya mandado una decena de mensajes desde que se le quedó el móvil sin batería y que esté preocupado por ella. La semana que viene empezará el posgrado en enfermería y Dez no pudo desearle buena suerte ni contarle lo de la Aqueronte. Ni siquiera pudo despedirse.

¿Silas se habrá enterado de lo que le ocurrió a su hermano? ¿Qué pensaría si descubriese que las quemaduras de Mo son culpa suya?

Estira el brazo en busca del bote de pastillas, dentro de los pantalones que anoche tiró al lado de la cama. Vierte la nieve derretida en el lavabo y saca el ojo. Lo coloca en la mesita de noche y observa el iris negro como la tinta.

Pensaba que el ojo ya habría encogido, se habría descompuesto o habría cambiado, pero el hielo ha debido de conservarlo. El nervio óptico viscoso parece estar intacto. Y la expresión del iris es tan vivaz como aquella noche. Vengativa, pérfida y oscura como la noche. Si el dueño del ojo no le hubiese dado motivos para hacerlo, ella jamás habría herido a su hermano. No piensa dejar que ese matón tuerto la mantenga alejada de sus seres queridos.

No por mucho tiempo.



—Anoche sufrimos una tragedia —declara la doctora Moriah a los

alumnos de primero que están en el auditorio Kohenet unas horas después.

Cuando Dez y Simon se cuelan en el auditorio, otra vez tarde porque acaban de terminar su turno en el desayuno, Moriah está sobre la tarima y la cobra blanca le rodea la cintura como un cinturón con estampado de serpiente.

Dez se acuerda de la piel que se encontró en la cama anoche, después de que Rafe se fuese. ¿Qué significaba? ¿Cómo es posible que una serpiente se haya colado en su cuarto? ¿La directora los estaba vigilando? ¿Pretendía mandarle un mensaje a Dez? ¿Qué quería decir?

Dez no sabe a quién acudir para preguntárselo. Todavía no confía en nadie en la Aqueronte. No cuando se trata de algo tan extraño.

Al lado de la doctora, Zarlengo sigue con el mismo estilo de enterrador del antiguo Oeste. Hoy los acompaña un tercer miembro del profesorado, un hombre que Dez todavía no ha conocido. Está en la setentena, es enjuto y lleva un traje de tres piezas con estampado de pata de gallo, un bigote blanco a lo Dalí y una mirada inquisitiva tras unas gafas redondas.

La observa a medida que Simon y ella toman asiento. Dez se siente curiosamente formal con los pantalones de traje negros de la Aqueronte, cuya etiqueta indica que es 100 % lana de vicuña, y con la camisa blanca abotonada a medida. Puede que parezca una estudiante de cine de una escuela sofisticada, pero no es así como se siente. Por lo menos, hoy hay un pupitre libre.

Cuando se sienta, se percata de que hay un sobre encima de la mesa. Lleva su nombre, como si alguien hubiese sabido de antemano que iba a sentarse ahí. Se lo enseña a Simon. Él le muestra otro en el

que pone su nombre donde se ha sentado.

Dez se queda mirando el sobre y deja de prestar atención a Moriah a medida que repasa la historia que les contó Yael anoche.

Sigue habiendo algo que no encaja, pero se siente impotente como para cuestionarlo, sobre todo cuando esa versión proviene de la directora de la Aqueronte. Sigue dolida por la conversación con su madre, tensa por lo que pasó con Rafe anoche en su dormitorio. Y, para colmo, ha soñado con eso. No puede dejar de reproducirlo una y otra vez con todo lujo de detalles en su mente.

Le avergüenza reconocer, incluso para sus adentros, que el beso de Rafe fue la mejor experiencia sexual que ha tenido nunca. Que los labios de él contra los suyos le provocaron mucho más placer del que le había transmitido el cuerpo entero de cualquier otro hombre.

Se imagina qué más podría hacerla sentir Rafe.

¿Qué le hizo cambiar de opinión así de golpe? Al recordar la escena, Dez no consigue dar con una explicación.

En algún momento tendrá que verlo. Y va a ser una mierda. Porque ella quiere que lo ocurrido en su cuarto se repita. Mientras que a él le faltó tiempo para salir corriendo.

—Pesares aparte —prosigue Moriah, encogiéndose de hombros mientras la cobra saca la lengua—, hoy es un gran día. Hemos reprogramado la presentación del repositorio a esta mañana. Pronto empezaréis vuestro primer encargo. Pero, antes de eso, el doctor Zarlengo os asignará un género y os concederá los permisos de seguridad…

—A vuestra mente. —Le corrige el desconocido de la tarima a Moriah, y Dez se inclina hacia delante, curiosa por saber a qué se refieren.

—Perdón, se le concederán permisos de seguridad a vuestra mente —contesta Moriah—, cortesía del doctor Ezekiel. —Recorre la sala con la mirada—. Vuestros mentores os acompañarán durante el transcurso de las actividades de hoy y supervisarán la adaptación a los objetivos del repositorio. Me muero de ganas por echarle un vistazo al trabajo que comenzaréis dentro de poco.

Y con eso, Moriah, la serpiente y el doctor Ezekiel salen del auditorio, dejándolos con Zarlengo, que grita:

—¡Respecto al género! Dentro de los sobres, veréis el género de vuestro primer encargo. Saberlo os ayudará a decidir la estructura de la película que vais a rodar. El género determina las expectativas; el tipo de experiencia de la que vamos a disfrutar al interactuar con una película como cineastas y como espectadores —explica—. Abrid los sobres.

Dez abre el suyo y saca la tarjeta blanca donde aparece escrita la palabra «Drama» con letras grandes escritas a mano.

Le enseña la tarjeta a Simon y él le muestra la suya: «Comedia».

En la fila de enfrente, Dez echa un vistazo a la tarjeta de Alice Quinn, la pupila de Yael, cuando saca «Terror».

Alice suelta un grito ahogado, devuelve la tarjeta al sobre y se lo mete en la agenda. Dez observa a Alice, que parece encajar incluso menos que ella. Se pregunta qué pensará de que la hayan emparejado con Yael.

—¡Cada género tiene sus recursos! —grita Zarlengo, y se pone a soltarles una perorata—. Vuestro cometido es ajustar la experiencia del espectador en función del género que os haya tocado. Los que vayáis a trabajar con la tragedia, arrancadle el corazón al espectador. Horror, haced que se pase la noche en vela, muerto de miedo.

Comedia, engañadlo, hacedle pensar que se puede enmendar el mundo. Y drama, tenéis que mostrarle al espectador los suficientes matices como para que crea que su vida tiene significado. O mejor aún, que ellos tienen las riendas de su destino.

Dez y Simon intercambian una mirada.

—Pero no lo están —prosigue Zarlengo en un tono grave y escalofriante—. Nunca lo están. Somos *nosotros* quienes se encargan de cómo van a recordar la historia. Qué responsabilidad tan gloriosa.

—¿Se ha vuelto loco? —pregunta Simon por lo bajo.

Aunque, en cierto modo, Dez cree que tiene sentido. Están en los albores de su trayectoria, en una encrucijada donde su alma creativa está en juego. Y algunos, o quizá solo Dez, también están arriesgando el alma de forma literal. Ha echado a perder el resto de su vida. Aquí no puede ocurrir lo mismo.

—Más tarde, en el repositorio —explica Zarlengo—, se os asignará un sujeto para vuestra primera película. Por cada sujeto, habrá un escriba y un visionario. Escribas, empezaréis investigando a quien se os haya asignado; escucharéis su voz gracias a los archivos del repositorio hasta que la oigáis con más nitidez que vuestros propios pensamientos. Escribiréis un guion que después compartiréis con el visionario correspondiente, pero es posible que diste de los guiones que conocéis. Son guiones mentales, que reflejan el mundo interior de vuestro sujeto explicado de la forma más clara que se os ocurra.

Simon y Dez intercambian miradas, y Dez siente que él está igual de perdido que ella.

—¡Visionarios! —chilla Zarlengo—. Servíos de los guiones que os den vuestros escribas para combinar el mundo interior de vuestros sujetos con el mundo exterior visual de las escenas. Y, antes de que

empecéis a planear vuestra querida primera escena o el tono de la composición, debéis hallar *la cicatriz*.

—¿Ha dicho «cicatriz»? —pregunta Paul Rowan desde la fila delantera mientras garabatea unos apuntes frenéticamente—. ¿O matriz?

—Para un artista, vienen a ser lo mismo —responde Zarlengo—. El arte nace de una cicatriz. Buscad la parte más cruda y vulnerable de vuestro sujeto. Metedle el dedo en la llaga. Y después, poneos manos a la obra.

Dez reflexiona. En una ocasión, leyó que todo niño carga con el dolor de la vida que sus padres no vivieron. No le gusta darle vueltas al tema, lo cual le indica que tiene potencial.

Sus padres se casaron cuando eran demasiado jóvenes y solo porque Dez ya estaba de camino, por lo que estaban condenados desde el principio. En los primeros recuerdos de Dez, su padre era cruel y siempre estaba molesto, y su madre era un cascarón. Una vida no vivida. Dez piensa en la cicatriz de la muñeca que se hizo al intentar proteger a su madre de la freidora del Dairy Barn cuando tenía cuatro años. Fue la primera vez que sintió dolor de verdad, en la que aprendió que su instinto de ayudar a sus seres queridos podía acabar teniendo consecuencias catastróficas. Que de todos modos los demás estaban mejor si ni siquiera se molestaba en intentarlo. Volvió a descubrirlo con Mo.

Puede que por eso desde siempre haya soñado con escapar de su hogar. Porque, en cierto modo, teme que les vaya mejor sin ella. Porque puede que, si está lejos, pueda empezar una historia, una vida distinta. La misma de la que su madre no pudo disfrutar al quedarse embarazada de Dez.

Ya lo ha hecho, ahora está muy lejos, aunque no es como pensaba. Se siente sola y los echa de menos.

Piensa en Moses, en su herida. Además de la herida evidente que le causó Dez, él alberga otra en su interior, al igual que ella. Los dos crecieron en la misma casa, con los mismos padres y circunstancias; no obstante, mientras ella proyectó su dolor hacia el mundo y lo vertió en su arte, Mo se lo guardó dentro. Y después se dio a las drogas.

Dez está dándole vueltas a todo: al peso con el que cargan todas las familias, a las circunstancias desgarradoras en las que está, a lo *dramático* que es todo y a lo que podría hacer al respecto, cuando Zarlengo da por terminada la clase.

—Salid, reflexionad, sentid e inspiraos —se despide Zarlengo—. Dentro de poco os fundiréis en un solo ser con vuestro sujeto.

El resto de los estudiantes va saliendo del aula, pero Dez se queda rezagada y le dice a Simon que ya se verán más tarde. Ve que Zarlengo está a solas.

—¿Doctor Zarlengo?

—Señorita Rae.

—Quería hacerle una pregunta sobre los encargos.

—Los recibirá en el repositorio. Su mentor se encargará de resolver sus dudas.

—Pero he tenido una idea sobre la película que quiero hacer.

Zarlengo cuadra los hombros para ponerse delante de ella y le lanza una mirada fulminante.

—¿Dónde cree que está exactamente, señorita Rae?

—Sé dónde estoy y sé lo que quiero hacer.

El doctor esboza una sonrisa forzada, afilada como un cuchillo.

Hurga en su maletín, saca un libro de la biblioteca y se lo tiende a Dez.

Dez echa una ojeada al título: *La genialidad del sistema*.

—Léalo —indica Zarlengo—. Explica que, si uno trabaja en cine, las cosas nunca son como quiere.

—Doctor Zarlengo, mi hermano…

—¿Qué pasa con su *hermano*? —se ríe—. ¿Qué le hace pensar que él me importa lo más mínimo? No quiero volver a oír hablar de su hermano. Ni de su madre. Ni, ya que estamos, de su maldito tío.

—Pero…

—Escuche, señorita Rae, no hay discusión que valga. Usted hará las películas que le mande. ¿Le queda claro?

—No, no me queda claro. —Dez niega con la cabeza.

—Parece un problema personal —responde Zarlengo mientras recoge sus papeles y se dirige hacia la puerta—. Soluciónelo antes de entrar al repositorio.

16

—Menuda forma de seducir a Zarlengo —suelta una voz sarcástica detrás de ella.

Para cuando Dez se da la vuelta y ve a Rafe en el umbral del auditorio vacío con las manos en los bolsillos, una mirada que oculta los secretos de la noche anterior y la cabeza ladeada como si ella fuese la que hubiese salido corriendo, le arde el pecho.

—¿Qué tipo de escuela de cine no permite que la gente escoja sus propios proyectos? —pregunta conforme se acerca a él y entra al vestíbulo del edificio. A través de la ventana, unos tornados de nieve asolan el patio.

—El tipo de programa que te prepara para el mundo real —contesta Rafe mientras le sujeta la puerta y mira el libro que lleva bajo el brazo—. Es todo un clásico, por cierto.

—Lo que tú digas; no pienso leerlo.

—Buen plan: entras en una escuela de renombre, te peleas con los profesores y te niegas a hacer los deberes.

—Solo me los ha puesto porque me he peleado con él.

—Quizá sea una señal —dice Rafe cuando se detienen en el vestíbulo del edificio.

—Tu móvil —suelta Dez, lanzándoselo en vez de darle las gracias.

Rafe lo atrapa al vuelo sin mirar.

—¿Sabes algo de tu familia? ¿Se ha enfriado la situación o la poli sigue rondando por ahí?

—Eres un imbécil —responde Dez, y sale a la borrasca oscura y gélida.

—No soy solo eso —afirma él, acompasándose a su ritmo conforme se protegen del viento y regresan al imponente edificio del Goliat—. Recuerda que mi verga es lo que más te gusta de mí.

—Tampoco es que la haya visto —contesta Dez, incapaz de morderse la lengua.

Rafe se ríe, deja de andar y se pone delante de Dez. Se inclina hacia delante, le enreda los dedos en el pelo y le da un tirón que le arranca un grito ahogado.

—Eres una salida, ¿a que sí? —le susurra al oído.

Dez contiene la respiración. Mierda, ha vuelto a humedecerse.

—Fue una tontería —miente—. Solo pasó una vez. No volverá a ocurrir.

Ojalá se equivoque.

—Claro que sí —contesta él con el aliento pegado a su cuello, inundando el aire con su atracción—. Por hoy, intenta no quitarte la ropa.

—Y tú intenta no arrancármela.

La taladra con la mirada.

—Las cosas van a ponerse más intensas.

—¿Te refieres a la escuela o a tu forma de mirarme?

—A ambas. Así que más te vale decidir si puedes soportarlo.

—Sí que puedo, quizá hasta duro más que tú.

Una sonrisa como un rayo de sol repentino le da un aspecto de protagonista guapísimo. Es demasiado guapo. Es incluso más sexi

cuando se pone siniestro y autoritario.

—Demuéstramelo.

Llegan a las columnas recubiertas de hielo del pórtico del Goliat y Dez se adentra en la luz tenue del escueto refugio mientras se sacude la nieve de las botas. El pasillo de piedra está iluminado por la luz de unas velas y enmoquetado con unas alfombras turcas, bordeadas por bancos de madera y un extremo oscuro a cada lado.

A estas alturas, Dez sabe que al otro lado del muro interior se encuentra el repositorio, aunque su contenido sigue siendo un misterio.

—¿A que no sabes con quién trabajé el verano pasado? —pregunta Rafe mientras se limpia la nieve de los hombros.

—Me rindo.

—Martin Pynch.

Dez lo observa. Quitando lo de dárselas de conocer a gente importante, es impresionante. Dez ha estudiado todas las pelis de Pynch. Coincide con, básicamente, el resto de mortales en que es uno de los mejores directores de esta época. Entiende que Pynch haya podido inspirar a Rafe e incluso que él pudiese impresionar al cineasta. Pero esa forma de expresarlo… Le recuerda a lo que dijo Yael ayer sobre Samantha Cisneros. Qué raro que los dos hayan usado casi las mismas palabras.

Recuerda el documental de homenaje a Pynch que vio el año pasado después de que el director falleciese.

—Entonces tuviste que trabajar con él justo antes de que muriese —dice.

—Así es —corrobora Rafe.

—¿Hay algún motivo por el que la Aqueronte conecte a

estudiantes con cineastas tan mayores? —pregunta.

—Es porque tienen una perspectiva más profunda.

Se acuerda de que Rafe le contó que el paquete incluía unas prácticas en verano.

—Entonces, si quiero trabajar con un director en concreto…

—Solo tienes que seguir aquí —termina Rafe—. No te resultará fácil.

—¿Por qué?

—Porque pienso ponerte las cosas difíciles —contesta a la vez que se muerde el labio inferior.

Esas palabras confirman la sospecha de que la escogió no porque crea que tiene talento, sino porque quiere a alguien a quien tirarse. De acuerdo, tendrá cuidado, piensa conforme él le recorre las facciones con la mirada hasta detenerse en sus labios.

Ella hace lo mismo por instinto. Lo desea. No puede evitarlo. Sin embargo, antes de poder darse cuenta, Rafe echa a andar por el pasillo y desaparece a medida que la luz va menguando.

—¿A dónde vas? —lo llama.

—A por tus credenciales para acceder al repositorio. Sígueme.

Recorren unos cuantos pasos a oscuras y luego unos pocos más hasta que pasan tanto tiempo andando en el pasillo sin luz que Dez pierde la noción del tiempo, del espacio e incluso de sí misma. Por fin, los pasos de Rafe se detienen.

Dez se estampa de cara contra el hueco de sus omóplatos. El choque de los cuerpos desencadena una serie de explosiones en su interior. El calor de la piel de Rafe a través de la ropa. El aroma a petricor se apodera de sus sentidos, como si se le hubiese metido por dentro.

Rafe le apoya una mano en la espalda y aprieta un lugar recóndito del muro. La piedra retrocede y una luz se abre paso desde el otro lado. Dez se asoma al interior y ve una sala pequeña que le recuerda a la taquilla de una estación de tren. Rafe le hace una señal para que entre…

Esther sale de la sala con Felipe, su mentor, el juguetito sexual de Yael. Está frotándose los ojos como si hubiese estado llorando. Dez alarga la mano hacia su brazo.

—¿Estás bien, Esther?

Felipe la interrumpe, levantando una mano.

—No la toques. Todavía lo tiene reciente.

—¿El qué? —pregunta Dez.

—Creía que ya habíamos acabado con todos los de primero —dice una voz desde el interior. Dez levanta la vista para ver al doctor Ezekiel tras una mampara de cristal al otro extremo de la habitación —. ¿Me has traído a otra?

—Se llama Desdemona Rae —contesta Rafe.

—Ah, sí. La última de los de primero. —El doctor Ezekiel abre una puerta en la mampara de cristal y la cruza para colocarse enfrente de ella.

Dez saliva conforme él la evalúa con la mirada.

La oficina del doctor está abarrotada de estanterías que contienen objetos extraños: mecheros Bunsen viejos, espejos rotos, alas de pájaro y de mariposa preservadas en resina y un estuche de cristal con jeringuillas antiguas. Dez se pregunta si forman parte del atrezo para las películas que rodarán este trimestre.

El doctor Ezekiel se acerca a una vitrina de madera de metro y medio de alto y medio metro de ancho.

—¿Preparada?

—¿Aquí es donde se conceden los permisos a nuestra mente? —pregunta.

—Pareces asustada. No duele —contesta el doctor tras esbozar una sonrisa.

—Es que Dez es delicada —replica Rafe.

Dez le lanza una mirada asesina. ¿Cómo que delicada?

—Estoy lista —le dice al doctor Ezekiel. Sea lo que sea, podrá soportarlo si Rafe está presente.

—Acércate —indica el doctor Ezekiel, llevándola hasta una pirámide de metal pequeña sobre la vitrina. Pero, en lugar de acabar en una cúspide afilada, la parte superior tiene un panel de cristal plano parecido a unas gafas. Se da cuenta de que tiene que echar un vistazo a la vitrina a través de ellas.

—¿Qué es? —pregunta.

—El primer proyector cinematográfico —responde el doctor Ezekiel—. El prototipo del kinetoscopio que perteneció a Thomas Edison, allá por 1891.

—Imposible —contesta Dez mientras le echa una mirada a Rafe—. ¿Y cómo muestra las imágenes? Parece estar diseñado para que solo pueda usarlo una persona a la vez.

—Cualquier cosa tiene un punto de partida —afirma el doctor Ezekiel.

Dez se inclina sobre la vitrina poco a poco y apoya la cara contra el visor antiguo. Solo ve un color blanco borroso, sin nada más.

—Recuerda que lo más importante es que mantengas los ojos abiertos. Si los cierras, no vas a poder acceder —explica el doctor Ezekiel.

Durante un instante, no pasa nada. Y entonces…

Un páramo inmenso ocupa su vista; se parece al de Death Valley. Es la escena de una película. A Dez la sueltan ahí de sopetón mientras la cámara va recorriendo el paisaje silvestre y accidentado. Poco después, algo moviéndose frenéticamente en la lejanía cobra nitidez. Es la espalda descubierta y musculada de un hombre. Está corriendo. Dez escucha sus jadeos. Es tan real que siente el miedo del hombre.

Una peli bien hecha.

Entonces, la imagen deja de centrarse en él y se aleja hacia lo que lo persigue. Hacia lo que parece… una pared translúcida y brillante. Tiene una majestuosidad extraña y que, de algún modo, le resulta familiar.

—¡No cierres los ojos! —le recuerda el doctor Ezekiel, y Dez se esfuerza por obedecer. Clava la vista en el dispositivo y ve que, al otro lado de la pared translúcida, el paisaje es completamente distinto. Más exuberante y verde que el que atraviesa a toda velocidad. Posee un huerto silvestre de miles de árboles y el aire cobra vida con el canto de los pájaros. Dez cree oler madreselva y jazmín, como si estuviese ahí presente. La pared la atrae, prácticamente la llama. Contiene la respiración y quiere que el hombre dé media vuelta. Es evidente que está corriendo hacia donde no es.

—¡Ya casi está! —exclama el doctor Ezekiel con una voz tensa e imperiosa—. ¡Mantén los ojos abiertos!

Dez siente el pinchazo de las lágrimas cuando una luz cegadora más brillante que nada de lo que haya visto centellea en las gafas diminutas. Algo empieza a arder prácticamente en la base de la

pared. El calor es tan intenso que le abrasa los ojos. Y, sin embargo, no pestañea. Tras las llamas, ve a una persona blandirlas con lo que parece una espada descomunal de diamante. La cámara va pasando del portador de la espada al fuego y después al hombre que huye de ambos, cada vez más alejado en el plano.

A Dez le sube un sollozo repentino por el pecho.

—Puedes cerrar los ojos —indica el doctor.

No quiere obedecer, no está dispuesta a perderse ni un solo fotograma de esa película tan extraña e interesante, pero le duelen los ojos y, al final, se da por vencida. Se le cierran los párpados durante una fracción de segundo.

Al abrirlos de nuevo, la imagen que tenía delante se ha desvanecido. En la lente solo queda el color blanco borroso.

Se siente… triste, agotada. No tiene sentido, pero quienquiera que haya rodado esa película posee un talento excepcional y Dez quiere descubrir más.

Pero ha desaparecido.

—Acceso concedido —dice el doctor Ezekiel cuando Dez aparta la cara del kinetoscopio.

Está de vuelta en la sala y pestañea rápidamente para acostumbrarse. Un Rafe borroso aplaude de forma sarcástica.

Dez se seca los ojos y se limpia algo pegajoso lleno de hebras que le recuerda a…

—¿Son telarañas? —Intenta quitarse esa cosa de la cara a manotazos.

—Son algo de lo más normal e inofensivo —responde el doctor, que le tiende a Dez un espejo pequeño y le señala una parte de la cara donde todavía se le ha quedado un hilillo—. Las escenas que

has visto son muy antiguas.

—Pues parecían bastante actuales —afirma Dez.

—¿Qué has visto? —pregunta Rafe.

—Una pared de cristal —murmura—. Una especie de huerto. Había un hombre… corriendo.

Ezekiel y Rafe intercambian una mirada.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Por qué os miráis así?

—Lo que se ve en el kinetoscopio es personal —contesta Ezekiel—. No hace falta que se lo cuentes a nadie.

—¿Cómo funciona? —pregunta Dez.

—Las imágenes fuertes amplían las aberturas internas para que podamos ver más que con los ojos. Lo que acabas de ver ha sido gracias a tu visión mental —explica el doctor—.

Dez conoce el concepto de «visión mental», aunque siempre creyó que se refería a la imaginación, a un mundo interior de sueños y fantasías que no está conectado con lo que se puede ver a través de los ojos.

—Gracias a la visión mental, podemos ver la verdad —indica el doctor Ezekiel.

Dez asiente. Así es como le gustaría que el público viese sus películas: con una abertura interna amplia hacia la verdad.

—¿Por eso me he sentido tan…?

—¿Involucrada con la película? —pregunta el doctor—. Sí. No es fácil acceder a la visión mental, pero si las imágenes adecuadas inundan el alma de belleza, dolor, deseo o cualquier otro punto de vista verdadero, me permiten capturar su impronta, que después empleo para crear una llave que te permite acceder a las instalaciones de la Aqueronte.

—Entonces, ¿acaba de escanear mi visión mental?

—Así es —contesta el doctor.

—¿Hemos terminado ya, Zeke? —interviene Rafe.

—Ya puede acceder al campus. —El doctor Ezekiel observa a Dez a través de las gafas que lleva en la punta de la nariz—. Ten cuidado ahí fuera, Desdemona. Pero, lo más importante, sé valiente.

17

Al salir del despacho del doctor Ezekiel, Rafe y Dez se detienen frente a una puerta metálica en mitad del pasillo de piedra del Goliat.

—Adelante —insta Rafe—. Abre el repositorio.

—Creía que el doctor Ezekiel iba a darme una llave.

—Y te la ha dado —contesta Rafe a la vez que le da unos toquecitos en el lateral de la cara a Dez, cerca del ojo izquierdo.

En cuanto entiende que puede acceder con la vista, más concretamente, con su visión mental, se acerca a la puerta, aunque no sabe muy bien qué hacer.

—Y yo que pensaba que las mujeres tenían intuición —suspira Rafe.

—Pues yo creía que los mentores servían de algo.

—Acércate más. Céntrate. *Visualízate* dentro.

Dez abre bien los ojos y luego los entrecierra, molesta. Separa más los pies y adopta una pose de acción.

Se siente como una estúpida. Y la impaciencia de Rafe solo sirve para empeorarlo. Trata de imaginarse la sala que está al otro lado de la puerta, pero no tiene ni idea de cómo es.

—Puede que mi visión mental se haya quedado ciega —dice Dez.

—Bien, aprovéchala —contesta él.

Dez piensa en la experiencia por la que acaba de pasar con el

doctor Ezekiel y el kinetoscopio, en la pared translúcida y en los árboles impresionantes, en el fuego y en el hombre que blandía la espada de diamante. En cómo ha estado a punto de quedarse ciega al apartar la cabeza del visor.

Piensa en el hombre con la pistola del Dairy Barn, en cuando le arrancó el ojo y lo dejó medio ciego. Piensa en el espantoso sonido que escuchó la noche pasada en el patio triangular, cuando no pudo discernir con claridad lo que le sucedió al exestudiante Charles Costella.

«Sé valiente», dijo el doctor Ezekiel.

Aprieta los dientes, se obliga a meter aire en los pulmones y vislumbra un destello de su hermano riéndose, en paz. La puerta sale disparada hacia arriba como si hubiese desaparecido y revela un espacio gigantesco en el interior.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué acabo de hacer? —pregunta Dez.

—Te has centrado en una imagen lo bastante poderosa como para abrir el repositorio.

—¿Cómo es posible abrir una puerta con una imagen mental?

—Todo lo que Zeke programa está diseñado para que los cineastas estén lo más cerca posible de un estado artístico puro —contesta Rafe sin rodeos—. Así, nunca nos desviamos mucho de nuestro don y la creatividad fluye sin descanso.

—¿Tengo que pensar en la misma imagen cada vez que quiera entrar?

Rafe niega con la cabeza.

—La mayoría de las imágenes sirven, aunque las mejores son las que consideras más preciadas. —Señala el borde de piedra desde donde se ha retraído la puerta circular—. Ten cuidado.

Dez entra y, al levantar la vista, se tapa la boca con la mano. El techo en forma de cúpula debe de estar a sesenta metros de distancia. Y, en el centro, un árbol de cristales de colores extiende sus nudosas ramas en todas direcciones.

La sala es gigantesca, tan grande como las dunas de Mesquite en Death Valley, y está enmarcada por azulejos blancos y negros y paredes plateadas brillantes. Hay un silencio sepulcral y huele al aroma metálico y cálido de un portátil sobrecalentándose, aunque puede que también a incienso. Unos candelabros de pared hechos de cristal dan la luz justa para ver.

La sala carece de muebles, de libros o de tecnología; solo hay un grupo de estudiantes a lo lejos, en el centro.

—Llegamos tarde —suelta Rafe mientras se dirige hacia la multitud.

Sus pasos resuenan por los azulejos y captan la atención de la doctora Moriah, que encabeza el grupo. Los observa acercarse a medida que le acaricia la parte situada entre los ojos a la serpiente. Los estudiantes están dispuestos en fila: los pupilos al lado de los mentores, de espaldas a Rafe y Dez, con los grupos separados por una distancia de unos cuatro metros entre sí. Dez ve un hueco en mitad de la fila y sigue a Rafe para rellenarlo.

—Me alegro de que hayáis decidido uniros —dice Moriah.

—El acceso de Desdemona ha sido… inusual —responde Rafe, lo que provoca que todos los estudiantes se giren para mirarla.

Las palabras de Rafe hacen que se pregunte si ha habido algún problema con su acceso o con lo que vio en el kinetoscopio. Si esto también es culpa suya, al igual que todo lo demás.

—Empecemos —dice Moriah—. Os doy la bienvenida al

repositorio. Esta sala constituye el archivo que os ayudará a crear vuestras películas. Contiene… todo cuanto importa. Dentro de poco, bajarán vuestros objetivos y vuestros mentores os enseñarán a utilizarlos. Los objetivos sustituirán a cualquier equipo de grabación con el que hayáis estado trabajando hasta la fecha. No necesitaréis nada más para crear las películas.

—¿Qué tipo de programa…? —pregunta Paul Rowan desde la fila delantera.

—Vuestros mentores os aclararán todo lo que tengáis que saber —contesta Moriah—. Para lo demás, convendría que tuvieseis fe ciega. Hoy es uno de octubre. Tendréis que entregar vuestros encargos a mediados del trimestre, antes de las vacaciones, en un mes. Yo que vosotros, no perdería el tiempo.

Se oye un zumbido grave y armonizado desde arriba y, cuando Dez levanta la vista, parece que el techo está cediendo poco a poco. No, ve un grupo de cubos grandes y negros desprendiéndose de las ramas del árbol de cristal. Decenas de ellos caen al unísono y se dirigen a toda velocidad hacia la cabeza de los estudiantes, al igual que unos suministros llegando en paracaídas a un pueblo asediado. Simon suelta un chillido. Dez escucha a Alice pronunciar una plegaria en voz baja.

Se queda inmóvil, mirando hacia arriba entre expectante y temerosa hasta que, cuando el cubo está a medio metro de estampársele contra la cabeza, el aparato frena de golpe, rodeado por un cable largo y negro.

—Ese es tu objetivo —dice Rafe—. Sujétalo.

Dez echa un vistazo a su alrededor y ve al resto de los pupilos recibir la misma indicación. Cerca, Felipe, el mentor de Esther, se

pega bastante a la chica y le rodea el cuerpo con el brazo desde atrás para ayudarla a acercarse el objetivo. Al otro lado de Dez, Yael le indica a Alice Quinn con voz ronca al oído:

—Tócalo solo cuando te dé permiso para hacerlo, ¿queda claro?

—Olvídate de ellos —susurra Rafe—. Aquí solo estamos tú y yo, ¿de acuerdo?

Dez asiente, estira los brazos, se acerca el cubo y lo ladea para colocárselo a la altura de los ojos, igual que si fuese la pantalla de un portátil.

—¿Cómo funciona?

—Inclínate —indica Rafe—. Tiene que escanearte los ojos para asegurarse de que eres tú.

Dez acerca la cara a la pantalla…

Y la cobra de Moriah se abalanza sobre ella con la boca abierta, repleta de colmillos, y los ojos enormes como unas naranjas.

Dez retrocede y entonces ve a algunos alumnos de primero chillar y hacer lo mismo. De algún modo, la cobra albina está enroscada en el cable de todos los objetivos. Alice Quinn está de cuclillas en el suelo y Yael le da una patada para que se levante.

—¿Qué ocurre? —pregunta Dez.

—Quédate quieta —responde Rafe—. Confía en el proceso.

De pronto, las cobras se esfuman de forma juguetona. Otro efecto especial. Y el objetivo de Dez comienza a curvarse como si fuese una pantalla de IMAX personal, hasta rodearles la cara a Rafe y a ella. Poco a poco y de manera uniforme, la pantalla se extiende en vertical en ambas direcciones, cae hasta el suelo como una cortina y luego se eleva para formar una cúpula de unos dos metros y medio de diámetro y unos cuantos metros más de altura.

Entonces, la pantalla pasa del negro al gris claro e ilumina el espacio y el rostro de ambos.

—Ya no estás en Death Valley, ¿eh? —suelta Rafe.

—Es… —Dez echa un vistazo a su alrededor; se ha quedado sin palabras.

—¿Caro?

—Sí, aunque más bien iba a decir…

—¿Sexi?

Lo mira, está muy cerca de ella, y entonces se acuerda de cuando anoche se le saltó un botón de la camisa después de que Rafe se la desgarrase sin pensar.

¿Quién iba a decir que arrancarse la ropa podía no llevar a ningún lado?

—Y además está insonorizada —afirma él a la vez que le da unos golpecitos suaves al muro con pantalla que tiene detrás.

Es como si le estuviese leyendo la mente sucia. Pero, como la noche pasada había acabado de forma tan vergonzosa, Dez no piensa permitir que la humillen aún más. No cuando por fin está a punto de empezar a crear películas.

—Estoy acostumbrada a mi Canon Rebel renovada y al Adobe Premiere —dice Dez—. No sé cómo voy a…

—Algo me dice que no vas a tardar en entenderlo —contesta Rafe —. Este objetivo es tuyo hasta que acabe el trimestre. Es autónomo y se puede personalizar por completo; está diseñado para ser lo más intuitivo posible para cada cineasta. Tiene un seguimiento de retina muy sensible que te ayudará a manejar la pantalla.

—¿Te refieres a que puedo controlarla con la vista?

—Eso es —responde él—. Cada mañana, nada más entrar al

repositorio, tienes que venir aquí y expandir el objetivo tal y como acabas de hacer.

—¿La serpiente estará aquí cada vez que…?

—No, eso solo era un meme de bienvenida —asegura Rafe—. La serpiente simboliza el conocimiento y el cambio. Y este objetivo va a cambiarte. —La mira y analiza algo que ella no logra descifrar—. Trabajarás al lado del resto de los alumnos de primero, pero no los verás, y ellos a ti tampoco. La única persona que puede acceder a este objetivo y a este aparato eres tú.

Hay muchas cosas que sigue sin entender, pero saber que ese aparato le *pertenece* le transmite una pequeña y dulce sensación de propiedad. Antes tenía que compartir su antiguo espacio de trabajo —el garaje de su madre— con un coche, dos gatos ariscos, la lavadora que siempre estaba en funcionamiento y la máquina para entrenar de segunda mano de Mo. Nunca había tenido un buen equipamiento. Nunca había tenido un espacio propio en el que trabajar.

—Como tu mentor este primer trimestre —dice Rafe—, se me ha encomendado la tarea de supervisar tus primeras películas.

—¿Los de último curso también tienen un objetivo personal en alguna parte?

—Están en otra ala —responde—. Sé que el espacio te va a parecer muy justo al principio, pero dentro de poco ni lo notarás. Estira los brazos todo lo que puedas. Haz un giro.

Dez obedece e imita los movimientos de Rafe, y se da cuenta de que puede darse la vuelta hacia cualquier dirección sin llegar a tocar la pantalla o a Rafe.

—Conviene que plantes bien los pies en esta plataforma —explica

él conforme señala la plataforma de aproximadamente metro y medio de ancho que tienen debajo, que brilla de forma sutil. En las cuatro caras hay un espacio de unos treinta centímetros entre la plataforma y la base de la cúpula donde cambia el color del azulejo; en lugar de blanco, es negro y tiene unos puntitos dorados que le recuerdan a las estrellas.

—Cuando estés dentro del objetivo —prosigue Rafe—, no te hará falta andar. Si algo te llama la atención y quieres usarlo, limítate a concentrarte y vendrá hasta ti.

—No lo entiendo.

—Sigue repitiéndolo y acabará por convertirse en tu lema —afirma —. Cada objetivo funciona con una especie de programa llamado *dur*, que en sumerio significa «totalidad».

—¿Acabas de decir *dur*?

—Suena bastante gracioso hasta que lo usas.

—¿A qué viene tanto sumerio? —pregunta Dez.

—Los sumerios son el origen de toda la civilización —explica Rafe —. Algunas personas creen que las matriarcas bíblicas, Sara, Raquel y Rebeca, eran en realidad sacerdotisas sumerias.

—Tiene sentido que no solo fuesen madres y esposas —dice Dez—. Pero ¿qué tiene eso que ver con la filmología?

—El cine es relativamente nuevo —contesta Rafe—; sin embargo, está en tradiciones antiquísimas. Cuanto más sepas sobre su origen, mejor será tu trabajo. Además, el *dur* nos permite acceder a la *totalidad*, al *todo*, a la experiencia de la humanidad completa. Está todo ahí dentro. —Da unos golpecitos a la pantalla.

—¿Te refieres a… todas las películas que se hayan creado jamás? —pregunta Dez.

—Piensa a lo grande, ¿quieres? —contesta.

—¿Y la cámara? ¿Dónde rodamos?

—Los visionarios no necesitan rodar. Tu cometido es cribar.

¿Cribar? No.

—Creía que estábamos aquí para hacer películas —afirma Dez.

—Como eres alumna de primero, dispones de material más que suficiente en la conciencia colectiva. ¿Sabes que ya no quedan más historias por contar? El truco está en la estructura. Atenta. —Señala la pantalla y, de repente, un fotograma la ocupa por completo; una foto en blanco y negro y a tamaño real de una anciana elegante que mira a la nada con el ceño fruncido.

Dez observa la imagen y después mira a Rafe, confusa.

—¿Qué es?

Rafe toca la pantalla para ampliar el pie de foto diminuto de la imagen.

—Se llama Lexa O'Rourke. Es una de las mejores poetas estadounidenses vivas. —Se vuelve hacia Dez—. Tu primer encargo.

—¿Por qué tengo que hacer una película sobre esta persona?

—Eres una artista incipiente, y ella una experta consumada.

—No tengo ni idea de quién es. No quiero hacerlo.

—Un cineasta de verdad puede abordar cualquier tema —afirma Rafe.

—Yo no necesito que me digan qué hacer.

—Todo el mundo necesita un encargo. Así es como se aprende. Por eso mismo funciona nuestro sistema. Para cuando termine la semana, recibirás el guion que le hayan asignado escribir a uno de los escribas de primero sobre O'Rourke, su vida y sus poemas. Así tendrás unas pautas que seguir para ponerte manos a la obra.

—Yo no quiero *tener* unas pautas que seguir. Sé qué peli quiero hacer…

Rafe junta las palmas, divertido.

—No me puedo creer que hayamos llegado tan lejos sin haberte preguntado todo sobre tus pasiones artísticas. Cuéntamelas, anda, y profundiza todo lo que puedas.

—Quiero hacer una peli sobre mi hermano —dice Dez.

—No va a ser.

—*Sí* que va a ser.

—No lo recomiendo.

—¿Por qué no? —pregunta ella conforme la ira bulle en su interior.

—Porque estás aquí para saciar una necesidad, igual que todos los de primero. ¿Los encargos son equitativos? No. Aun así, ¿todos ellos son urgentes? —Rafe asiente—. Permíteme enseñarte una cosa.

El fogonazo de un relámpago se apodera de la pantalla, tan real que Dez se sobresalta. Lo observa golpear a una mujer que había estado corriendo por un campo hacia un niño. El niño grita con los brazos estirados a medida que la mujer se prende en llamas.

Se retuerce. Electrocutada.

La escena pasa a otra toma de la misma mujer en Urgencias, quemada y a las puertas de la muerte. Dez se sujeta el vientre.

Entonces, la toma acelera…

Y Dez emprende un viaje donde presencia la recuperación del cuerpo de la mujer; la ve aprendiendo a andar otra vez y luego a correr.

Pasan a otra escena, en el mismo campo. El niño es un par de años mayor. Ahora, el cielo está despejado, pero el resto sigue siendo prácticamente igual. Ambos corren mirándose a los ojos para

establecer una conexión.

La mujer levanta al niño en brazos y le da vueltas en el aire.

Es muy real; mucho más que cualquier otra cosa que haya visto en una película.

Cuando la pantalla se funde en negro, Dez se queda maravillada. Le da envidia. Entonces, se gira hacia Rafe.

—¿Quién lo ha hecho?

—Yo —afirma él—. En un encargo, igual que el que te han asignado a ti sobre O'Rourke. Yo no tenía ni la más remota idea de quién era Ida Governs cuando me asignaron hacer una peli sobre ella, pero este fue el resultado.

—Es muy buena.

—Venga, puedes decir que es una genialidad.

—Es increíble, Rafe. Aun así, sigo pensando lo mismo.

Rafe se frota la mandíbula con impaciencia. La imagen de la poeta en blanco y negro regresa al objetivo de Dez.

—Hay algo que no estás teniendo en cuenta —dice Rafe—. Nuestro trabajo se basa en la colaboración. Necesitas que un escriba redacte el guion. Y aquí a nadie más le importa tu hermano.

—No me hace falta que nadie escriba el guion. Puedo hacerlo por mi cuenta —afirma Dez con la vista clavada en la desconocida mientras desea que desaparezca. Lo que más quiere ahora mismo es ver a su hermano. No ha venido desde tan lejos para hacer esto.

De pronto, nota una sensación de quemazón en los ojos que después le atraviesa el cerebro. Grita como si se le estuviese retorciendo la mente. A su alrededor, la pantalla chisporrotea con la energía estática y luego una imagen distinta la ocupa.

No, no es una imagen. Es un vídeo. Una película.

Primer plano de unos latidos en un monitor cardíaco, una línea verde ondulante. A continuación, la cámara se aleja para mostrar la habitación de un hospital. Un paciente yace en una camilla con la cara y el cuello tapados con unas vendas gruesas. Tiene unos huecos en los ojos y unos tubos que le salen de la nariz y de la boca. Dez lo observa y se pregunta qué es lo que ve, a quién. No se trata de la mujer de la película de Rafe, el escenario es distinto.

El monitor cardíaco muestra una línea plana.

Un torrente de médicos y enfermeras entra en la habitación empujando un desfibrilador y colocándole unas palas en el pecho al paciente.

—¡Despejado! —grita alguien, y el paciente se sacude con la corriente.

Dez clava la vista en la mano del paciente. Lleva un gato egipcio tatuado.

El mismo que había pagado después de llevar a su hermano a que se lo hiciese el otoño pasado.

Dez va dando tumbos hasta la pantalla y la toca.

—¿Moses? —susurra.

18

—¿Qué has hecho? —exige saber Rafe.

—No lo sé —contesta Dez con un grito ahogado—. Solo quería verlo.

Rafe se coloca delante de ella y alarga los brazos hacia la pantalla como si intentase quitar la escena con sus propias manos.

Pero Dez no puede soportarlo. Se los sujeta.

—Por favor. No hagas que desaparezca. —Tira de él hacia atrás hasta que cede. Clava la vista en la imagen que la rodea, tan nítida que da la sensación de que está en esa sala con Mo.

El corazón le late con fuerza.

Puede girar la cabeza y ver todos los ángulos: los cactus al amanecer a través de las persianas entrecerradas, el envoltorio de un caramelo que se le ha caído del bolsillo a un médico aterrado, una pizarra con caras que representan distintos grados de dolor.

¿Seguro que es Mo? Dez apenas puede discernir lo que está viendo y no consigue entender cómo o por qué ha pasado.

Entonces, sucede algo extraño en pantalla. Es como si la cámara dejase de centrarse en la UCI. Dez ve los destellos de un pasillo y unos médicos y enfermeras recorrerlo a toda prisa. Es una experiencia tan inmersiva que se le revuelve el estómago. Ve dos puertas batientes y enormes de metal…

Y, al otro lado, la expresión horrorizada de su madre.

Con un movimiento de la mano, Rafe lo hace desaparecer y ambos se quedan a unos centímetros del otro, jadeando bajo la luz tenue y gris.

—Ese era mi hermano —declara Dez de forma atropellada—. En el hospital.

—Sí.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —pregunta. En la pantalla, su madre llevaba la misma ropa que cuando ingresaron a Mo. ¿Su hermano murió justo después de que Dez pusiese rumbo a la Aqueronte? ¿Acabó entrando en el coma en el que está ahora?

Rafe se pasa una mano por el pelo oscuro y denso; parece haberse quedado sin palabras.

—Se supone que no debías ver eso —dice—. Ni siquiera deberías haber podido acceder.

—Bueno, pues lo he visto. —Dez se toca las sienes al recordar el dolor punzante que sintió justo antes de que Mo apareciese en pantalla—. Necesito que me cuentes qué está pasando.

—Nuestro equipamiento tiene la capacidad de trabajar con los cineastas por telepatía —explica Rafe—, para que tú puedas controlarlo con tu visión mental. Pero todavía no sabes cómo hacerlo. Es algo que se tarda meses en aprender, a veces incluso años. Y, aun así, no sé cómo…

—Me importa una mierda el plan de estudios, Rafe.

—Creo que tus emociones han anulado el repositorio. —Traga saliva—. Jamás he visto algo así. No tiene por qué ser malo. —Se rasca la cabeza mientras reflexiona—. Quizá tenga que ver con tu visión. Me pregunto qué más puedes ver.

—Rafe, ¿cómo es posible que la Aqueronte haya conseguido esa

grabación sobre mi hermano? ¿Es real?

—Lo es —contesta, mirándola a los ojos—. Si una imagen o una escena aparece en el objetivo en cualquier momento, se guarda en el repositorio.

—¿Quién la rodó?

—La Aqueronte tiene una amplia red de…

—¿Qué significa eso? ¿Le habéis pagado a una enfermera para atarse una GoPro a la cabeza? —Dez está a punto de echarse a llorar. Está muy confundida, y lo que ha visto parece una crueldad.

Entonces, se da cuenta de algo espantoso.

—¿Rafe? Antes de subirnos al avión, en Death Valley, cuando dije que no vendría a menos que pudiese ver a mi hermano cuando quisiese…

Rafe se la queda mirando. Asiente.

—¿Te referías a esto?

—Dez… —suspira Rafe.

—Contesta.

—Puede que sea lo más cerca que vayas a estar de verlo.

—No. No. Me dijiste…

—Dez, con la carga de trabajo que hay aquí no puedes tomarte un fin de semana libre. No vas a poder mantener el ritmo. —Le apoya una mano en el hombro, y Dez se odia por querer abrazarlo. La ha engañado—. Todos tenéis hasta el uno de noviembre para terminar vuestra primera película —dice—. No es fácil. Y si no lo consigues, ya está, se acabó. Estás fuera y te quedas sola. No podremos protegerte.

—La Aqueronte no iba a llevarme a visitar a Mo —dice Dez.

—¿De verdad crees que es eso lo que quiere tu familia? —pregunta

Rafe, atravesándole el corazón espinoso a Dez con la verdad.

Siempre ha estado retenida aquí. Si no era por Rafe o por la escuela, entonces por lo que hizo aquella noche en el Dairy Barn. No se merece volver a casa.

—Quiero reunirme con los abogados. ¿O eso también era mentira? —Sorbe por la nariz.

—Nada de eso es mentira. Puedes reunirte con nuestros asesores legales cuando quieras.

—Lo que estáis haciendo no es ético —afirma Dez al mismo tiempo que señala donde antes había estado Mo con la mano—. Eso debería ser personal.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —contesta Rafe—. Y, puesto que estás interesada en la ética del cine, deberías apuntarte al club de ética de Jet. La primera vez que leí *La república* de Platón, quise tatuármela. Por desgracia, no vivimos en una época donde prime la ética.

—Qué casualidad —replica Dez—. Estoy segura de que ninguna figura autoritaria ha dicho justo eso.

—De todos modos, ¿no te alegras de ver a Mo, aunque solo sea un momento? —pregunta Rafe.

Una lágrima le baja por la mejilla. Sí que se ha alegrado.

—Vamos, Dez —continúa Rafe en voz baja—. Véndemelo.

—¿Que te venda qué? —masculla a la vez que se seca los ojos.

—Quieres grabar una peli sobre tu hermano —dice—. ¿Lo que acabas de hacer, acceder a esa grabación con la mente sin que te lo hayan enseñado? Has captado mi atención. Veamos si puedes mantenerla.

Dez no necesita pensárselo demasiado. La idea está justo ahí, a la

espera frente a ella, casi la tiene. Antes de expandir el objetivo, se había imaginado rodando escenas con gente que se pareciese a su hermano. Ahora, se pregunta qué más se puede hacer.

—¿Qué más contiene el repositorio?

—Ya te lo he dicho…

—No me respondas «Todo».

—*Todo.*

—Necesito que seas más concreto.

—Compruébalo —indica Rafe, y señala la pantalla con la cabeza.

Dez se vuelve hacia ella. Durante un buen rato, no ve nada salvo gris. Piensa en Mo. No en el hospital, sino en el transcurso de su vida, en el chico al que conoce desde siempre. Un momento después, percibe una luz tenue y naranja en la parte derecha de la pantalla, que se va intensificando cada vez más.

—No está mal —dice Rafe—. Ahora, relájate. Sumérgete en la corriente de tus emociones. Deja que fluyan.

Dez clava la vista en la forma brillante, que se va expandiendo y cobra nitidez en tres dimensiones. Parece un Rolodex viejo, pero en vertical. La parte central tiene un punto negro y, alrededor, algo parecido a unas tarjetas va rotando poco a poco a un ritmo constante. Se va haciendo más grande a medida que se acerca, hasta que esas cosas que parecían las tarjetas del archivador rotatorio adquieren el tamaño de unos pósteres de película. Cada uno contiene una imagen colorida, y Dez no tarda en darse cuenta de que están en movimiento y cambian. Se fija en que una de ellas contiene el inconfundible rostro de su hermano justo antes de que desaparezca frente a ella.

—Son… —empieza a decir.

—Escenas —termina Rafe—. Son escenas de la vida de tu hermano. A esto lo llamamos «línea vital».

—¿Qué? —susurra Dez. Quiere que el tarjetero rotatorio vaya más despacio para centrarse en una imagen. Dez no tiene ni idea de lo que está ocurriendo. Nada tiene sentido. Aunque podría formular cientos de preguntas y Rafe seguiría sin poder explicarle lo que está sintiendo en ese momento. Siente un amor tan profundo hacia su hermano y tiene tantas ganas de verlo (no como una momia en un hospital, sino como el chico amable, extrovertido, inteligente y afortunado que ha sido desde siempre), está tan absorbida por lo que ve en la pantalla, que ni siquiera necesita una explicación. Lo único que quiere es esto.

Cada tarjeta rotatoria que se muestra en el objetivo contiene una parte de la vida de Mo. Estira la mano para tocarle la cara a los seis, a los trece, a los once, a los nueve, a los dos años. Ve cientos de camisetas, cortes de pelo, tiritas, sonrisas sin dientes de leche. Deja de mover los dedos. El anhelo se apodera de su corazón.

—¿Cómo hago que dejen de girar? —pregunta—. ¿Cómo puedo ver una imagen?

Rafe se adelanta y toca una de las escenas. Las tarjetas se detienen. La escena que ha seleccionado se aleja del resto y se coloca en primer plano para que Dez pueda verla.

—Cuando tengas más soltura —indica Rafe—, podrás extraer las escenas con la mente.

Y entonces, con un silbido que Dez nota en la boca del estómago, Moses ocupa la cúpula entera.

Dez se da cuenta de que no aparece el rostro de su hermano, sino su punto de vista. Es como si estuviese viendo a través de sus ojos

mientras corta el césped al atardecer en el Hotel Oasis, el sitio en el que estuvo trabajando el verano pasado. No solo escucha el quejido del cortacésped de cerca, sino también, por raro que parezca, el disco de T. Rex reproduciéndose a todo trapo en los auriculares inalámbricos de Mo como si fuese la banda sonora de la escena. ¿Tanto se aburría su hermano como para grabarse en el trabajo? Su criterio cinematográfico a la vez que maneja el cortacésped la sorprende. Dez echa un vistazo al atardecer y escucha el crujido de la grava a medida que un coche sale del aparcamiento. Por un instante, cree que puede oler el aroma a césped recién cortado.

—Permíteme enseñarte lo que puedes hacer con la selección mental —dice Rafe.

Rafe extrae otra escena del conjunto sin moverse, solo con la mirada. En esta se ve un campo de fútbol verde y vacío. Conforme va deslizándose para ocupar toda la cúpula, Dez lo recuerda de golpe: Mo solía tener partidos en ese campo cuando tenía cinco años. Aunque lo cierto es que pasó más tiempo tumbado, haciendo ángeles de hierba, que jugando al fútbol. Dez recuerda estar sentada en las gradas y el intenso dulzor de los zumos que su madre llevaba en una neverita. Recuerda el equipamiento morado y áspero que Mo odiaba ponerse.

¿De quién es la cámara que está viendo? Da la sensación de que pertenece al iPhone de algún padre de un compañero de equipo. De todas formas, ¿qué pintan estas imágenes en el repositorio? ¿La gente da su consentimiento para compartir sus recuerdos con sitios como la Aqueronte al aceptar los términos de servicio de Apple sin querer?

La imagen cambia y apunta hacia las nubes blancas y mullidas.

Dez siente la calidez del sol sobre los hombros. Y entonces escucha la voz de su madre gritar: «¡Levántate! ¡Te van a pisotear!».

Dez clava la vista en las nubes que sobrevuelan el campo de fútbol de Mo, que se amontonan y recolocan. Por mucho que una madre involucrada les hubiese mandado el vídeo, ¿por qué iba alguien a grabar el cielo desde ese ángulo, como si estuviese tumbado en el césped junto a Mo?

—¿De dónde ha salido este vídeo? —pregunta Dez.

—De una madre involucrada —contesta Rafe, pensativo—. Son las infravaloradas heroínas del mundo de las películas.

—¿Por qué las escenas están archivadas de forma tan minuciosa?

—La IA ayuda con parte del trabajo. —Rafe se encoge de hombros.

—Pero ¿cómo…?

—Veo que te estás preguntando una serie de cosas que son una molestia. Por ejemplo: ¿Qué clase de idiota renuncia a la privacidad digital de sus hijos gratis? No te comas la cabeza pensando en de dónde lo hemos sacado. Céntrate en cómo *aprovecharlo*.

Dez quiere saber más de dónde vienen todas esas escenas, cómo han acabado en el repositorio de la Aqueronte y para qué están ahí. Aun así, sabe a qué se refiere Rafe. Ella misma quiere aprovechar todo lo que ha visto en el repositorio para ponerlo en la película sobre su hermano.

—¿Estás empeñada en hacer esta película? —pregunta Rafe.

—Sí —suspira ella.

—Si sigues adelante, Dez —continúa él—, no tendrás a un escriba que te ayude con el guion.

—No pasa nada. Puedo hacerlo por mi cuenta.

—Hazlo solo porque no puedes *renunciar a ello*. De todas formas,

seguirás teniendo que crear la peli sobre O'Rourke, y eso implica el doble de trabajo.

—No pasa nada. Me da igual.

—Lo dices porque no tienes ni idea de lo difícil que va a ser.

—Me las apañaré.

—Voy a arrepentirme de esto —afirma Rafe.

—Puedo hacerlo, Rafe. Lo necesito.

Él asiente.

—No le cuentes a nadie que estás trabajando en una película sobre tu hermano.

—¿Por qué?

—Porque el resto de tus compañeros sí que van a ceñirse a los encargos que se les ha asignado y, cuando alguien descubra que solo lo estás utilizando como tapadera para hacer «el que quieres en realidad», no voy a poder protegerte.

Rafe echa un vistazo a sus labios y Dez se acuerda de la noche pasada.

—De acuerdo —responde ella—. Pero ¿puedes hacerme un favor?

—¿Cuál?

—Si sigo adelante con el otro encargo, cuando termine esta peli, ¿me ayudas a mandársela a mi hermano para que pueda verla? Para que sepa que no lo abandoné sin más.

Rafe reflexiona durante un instante y después asiente.

—Me aseguraré de que tu hermano la vea.

—Gracias —susurra Dez—. Sé que lo más probable es que me consideres una boba o una sensiblera. Que creas que estoy perdiendo el tiempo…

—En realidad, no —contesta él, y Dez siente que se le aligera el

pecho. Entonces, Rafe carraspea y aparta la mirada—. Intento pensar en ti lo menos posible.

Adiós a la cercanía, pero no al calentón de la noche pasada. No tiene ni idea de qué es lo que quiere Rafe. Un momento parece estar apoyándola y al siguiente la humilla. Lo único que sabe es que es incapaz de confiar en él, igual que tampoco puede llevárselo a la cama.

Y anoche descubrió que no es mucho.

19

En los próximos días, Dez se despierta a oscuras, prepara el desayuno con Simon y el doctor Lebevre, soporta las clases de Zarlengo y dedica el resto de su tiempo y sus fuerzas al repositorio. No se acostumbra a la noche eterna de la Aqueronte, a ver escenas privadas de la vida de Mo o a la amenaza de la boca de Rafe cerniéndose cada mañana sobre ella cuando la honra con su presencia.

Lo cierto es que pierde una cantidad de tiempo perversa y placentera en correrse imaginándose a Rafe excitado y vibrando en su interior.

Aunque también aprende a utilizar su objetivo.

Para cuando llega su segundo viernes en la Aqueronte, aprende a aislar los vídeos de la línea vital de Mo que quiere utilizar. Aprende a deslizar una escena desde el lateral derecho del objetivo con las puntas de los dedos. Descubre que, si se gira por completo, puede arrastrar una escena hasta la parte izquierda del objetivo, desde donde puede editarla e insertarla en el borrador compuesto por el resto de los cortes que forman la película. A veces, trabaja de forma cronológica; otras, lo hace por tema, aunque siempre se guía por el instinto, y el objetivo sabe adaptarse a su estado de ánimo en cualquier momento.

De las nueve a las doce de la mañana, Dez se dedica a trabajar el

encargo sobre Lexa O'Rourke. Todos los días, cuando llegan páginas nuevas del guion del escriba con el que tiene que trabajar, Paul Rowan, Dez se queda sorprendida y maravillada por lo bien que su compañero entiende el mundo interior de la poeta.

Por ejemplo:

> Después de todas esas noches y de tantas cervezas con mis compañeros escuchándolos echar flores a su trabajo, da la sensación de que de verdad creen que pueden llegar a ser Lord Byron o John Donne. ¿Acaso para ser un hombre hace falta imaginarte que eres otro completamente distinto, tu hombre favorito, tu ídolo? ¿Adorarlo con tanto fervor que empiezas a pensar que te has convertido en él?
>
> ¿Qué mujer dispone del tiempo, espacio o interés como para albergar esa clase de fantasías egocéntricas? Cuando escribo, no pretendo disfrazarme de un genio solitario que falleció hace ya tiempo, sino comulgar con la vida en su totalidad, sentir el dolor hermoso y tembloroso de todo corazón que late en este momento al compás del mío.
>
> En fin, mientras siga aquí y ellos sean jóvenes, inexpertos y apuestos, más vale que me vaya a casa con el más poético…

Dez se ríe con algunas de las páginas que le manda Paul Rowan, aunque con otras se le parte el corazón. Se apoya en el guion para cribar escenas del repositorio que reflejan a la mujer que está en proceso de conocer. Entrelaza las experiencias formativas de la vida de Lexa O'Rourke: un beso bajo la lluvia en Vassar, la garrapata que le transmitió la enfermedad de Lyme…

Después de una pausa rápida para comer, Dez se pasa el resto del

día centrada en Mo.

El tiempo vuela cuando está trabajando en la peli sobre su hermano. Dez cree que solo lleva unos instantes trabajando en el objetivo solo para plegar la pantalla y darse cuenta de que ya no queda nadie más en el repositorio y de que ha vuelto a perderse la cena. Al principio, desaparecer así la aliviaba. Pero ahora Dez siente la presión del plazo que fijó Moriah cerniéndose sobre ella, el uno de noviembre. A pesar de haber dejado de recibir páginas de Paul Rowan, lo que indica que ha pasado al siguiente encargo, Dez sigue sin saber cómo terminar la película sobre O'Rourke.

Avanza aún más despacio con la peli sobre su hermano. Al no contar con un escriba que le dé unas páginas de guion que seguir, tiene más libertad para adaptar la película como le plazca. Además, el archivo sobre Mo es muy amplio. Nunca ha querido que algo saliese tan bien.

Después de pasar una semana en el repositorio, se le viene un título a la mente. Titula la película sobre Mo *Lazarus*, inspirada por un poema de Lexa O'Rourke. Lo ha sacado de su verso favorito: «Una enfermedad que no deriva en muerte, sino que se sobrepone a ella». Dez está orgullosa de lo que está creando. Se muere de ganas por compartirlo con Mo.

Echa de menos a su hermano. Y a su madre. Aunque, tras esa escena tan espantosa del hospital, Dez no haya podido acceder a más vídeos de la línea vital de Mo, tiene que creer que sigue vivo y se está recuperando, que su madre y los médicos están cuidando bien de él, que una parte de su hermano siente la presencia de Dez, que observa su vida.

Se sienta con él. Llora con él. Reza por él. Y, después, vuelve a

ponerse manos a la obra.



—¿Te apetece tomar algo? ¿Un agua con gas? ¿Un té azul? —El abogado principal de la Aqueronte, Donegal, es imponente. Viste un traje de raya diplomática ceñido que le envuelve la desgarbada figura, apoyada contra el borde de su elegante escritorio *vintage* de madera.

Dez está sentada en una silla escandinava tapizada. Si le ofrecen una bebida sofisticada, por lo general la rechaza, tenga o no sed.

No obstante, haberse pasado toda la semana trabajando en el repositorio le da otra clase de confianza.

—Un matcha, por favor —dice—. Si tiene.

Donegal sonríe, echa el brazo hacia atrás y pulsa un botón.

—Olivia, tráele un matcha a la señorita Rae.

Todos los cuadros de las paredes de Donegal retratan a gente recibiendo una puñalada por la espalda: con cuchillos, tijeras, espadas, plumas estilográficas. Chistes de abogados.

—He leído tu expediente —afirma Donegal de forma despreocupada, como si estuviese describiendo una novela que está de moda—. Hay muchas piezas sueltas.

—Bueno, algo que no lo está es mi hermano —contesta Dez—. Por eso quiero ir a verlo.

—Gracias, Olivia —dice Donegal cuando su asistente entra con el té—. El problema de regresar a Death Valley es que te arrestarán nada más poner un pie allí.

—Eso es cosa mía. Puedo apañármelas —responde Dez.

—Es posible —replica Donegal—. Pero la Aqueronte no puede

arriesgarse. —El abogado se levanta y da la vuelta al escritorio para colocarse delante de ella—. La Aqueronte se expondría a que la acusasen de ser cómplice de una fugitiva.

—¿No lo es ya de todos modos? —pregunta Dez.

—Cuando accediste a venir aquí, firmaste una carta de admisión por voluntad propia —le recuerda el abogado.

—¡La carta no decía nada sobre retenerme aquí! —exclama Dez—. De ser así, no la habría firmado. —Pero ¿qué *ponía* exactamente en la carta de admisión? Recuerda que era lo bastante escueto como para no sumarse a la ya larga lista de preocupaciones que tenía en aquel momento.

Aunque… ¿era lo bastante imprecisa como para que haya renunciado a algún derecho fundamental de ver a su familia sin pretenderlo? Se le revuelve el estómago.

—Solo estamos tratando de protegerte —afirma Donegal—. Y evitar que vayas a la cárcel.

—*Yo* no soy la delincuente —insiste Dez—. Un hombre armado con una pistola intentó…

—Se te está enfriando el té.

Dez mira la taza beis que sostiene entre las manos y el líquido verde y tenue del interior con el ceño fruncido. Parece cenagoso, oscuro, como un foso que rodea un castillo.

—No quemé a mi hermano a propósito —dice.

—He leído tu expediente —repite Donegal.

—¿Me cree? —pregunta Dez.

—Estoy de tu parte —responde Donegal—. Con eso basta. Y no es barato.

Dez se da cuenta de que nadie va a creerse lo del hombre

enmascarado a menos que lo demuestre.

—¿Ves series policíacas? —pregunta Donegal.

Ella niega con la cabeza.

—Bueno, pues en ellas se repite mucho la frase «Espera a que la situación se calme». Pues eso es justo lo que nos gustaría que hicieses.

—¿Y si nunca se calma? —pregunta Dez.

—Todo artista tiene secretos. Con el tiempo, desaparecen —afirma Donegal.

Dez sale de la oficina del abogado con rigidez. Cuando se subió al avión para venir a la Aqueronte, la promesa de contar con asesoramiento legal gratuito la tranquilizó. Sin embargo, durante los cinco minutos que ha pasado en la oficina de Donegal, el abogado le ha dicho más cosas para asustarla que para calmarla.

Y Dez no puede evitar preguntarse si ese era su objetivo desde un principio.



—Necesito que me eches una mano con algo —le dice Dez a Rafe a finales de la semana, cuando se aíslan en el interior del objetivo.

—Estoy a tu disposición.

Se da cuenta de que está cerca, capta el aroma a petricor. Evita caer en la trampa de mirarle los labios. A Rafe se le da demasiado bien fingir que no ha pasado nada entre ellos y, de alguna forma, conseguir que ella se avergüence de que ocurriese.

—Quiero incluir una escena en la peli sobre Mo, pero no consigo encontrarla.

—El archivo es enorme y solo llevas trabajando ocho días.

—Pero no encuentro todos los vídeos en los que debería aparecer mi padre —contesta Dez—. Se largó cuando Mo tenía seis años, y antes apenas estaba presente. —Se da la vuelta en el objetivo hasta quedar frente a un trozo de pantalla en el que está colocando todas las escenas donde salen su padre y su hermano.

—¿Qué escena falta? —pregunta Rafe.

—La de un partido de *hockey* en Las Vegas al que nos llevó papá. Yo tenía doce años y recuerdo que fue superespecial. Como si, de todas las cosas que podría haber estado haciendo mi padre aquel día, de verdad quisiera estar con nosotros. Condujo durante dos horas hasta una ciudad en la que no habíamos estado para ver un deporte del que no sabíamos nada. Más o menos hacia el final del partido, todo el mundo se levantó, pero Mo era demasiado pequeño para ver la pista, así que mi padre lo aupó y se lo puso sobre los hombros. A mi hermano le encantó. Se estaba desternillando. Y la cámara lo grabó. Lo reprodujeron en la pantalla del Jumbotron. Así que di por hecho que estaría en el repositorio, ¿sabes?

—Debería estarlo —confirma Rafe.

—Creo que es el único recuerdo feliz que Mo tiene con mi padre. Tengo que meterlo en la peli. Pero he buscado y rebuscado entre los archivos y no está.

—Por eso a los de primero no se les asignan encargos sobre sus conocidos —contesta Rafe—. Los recuerdos son subjetivos.

—Este, no.

—Quizá algo que creas que ocurrió de una forma concreta en realidad sea de otra muy distinta.

—Sé que es real —replica ella tras negar con la cabeza—. Yo estuve allí. Fue algo simple. Un mero destello de alegría en la vida de un

niño pequeño.

—Fue hace doce años, durante una niñez marcada por el trauma —afirma Rafe—. Pudiste ver a otro crío a hombros de su padre y deseaste que ojalá fuese Mo. Lo deseaste con tanto empeño que tus recuerdos…

—No me lo inventé.

—Si no está en el repositorio, entonces puede que lo hicieses.

—¿Por qué intentas confundirme? —pregunta Dez, molesta.

—Me preocupa lo mucho que pareces estar endulzando la película. ¿Recuerdos felices sobre un partido de *hockey* con el maltratador de tu padre? Venga, Dez. No pierdas el tiempo buscando una escena sentimental que puede que solo exista en tu cabeza. A Mo no le haces ningún favor capándole la vida.

—No estoy haciendo eso —masculla ella. Rafe tiene un don inusual para hacer que se ponga en la defensiva. Y que le entren ganas de apuñalarlo.

—Entonces, dime cuál es el concepto.

—¿Cómo? —pregunta Dez. No se ha estado planteando la película de ese modo. Solo sabe que la está haciendo por su hermano.

—Te asignaron el drama como género, ¿no? Los dramas lidian con conceptos —suspira, decepcionado.

—He intentado centrarme en la cicatriz de Mo. Zarlengo dice que todas ellas…

Rafe se pasa la mano por la cara como si lo estuviesen torturando.

—Lo de la cicatriz es solo para principiantes. Una cicatriz no es más que una premisa. La ambientación.

—El arte *es* la ambientación —contesta Dez.

Rafe se gira para mirarla con un brillo desafiante en los ojos de

color azul intenso.

—De acuerdo, Dez. ¿Cuál es tu cicatriz?

Dez da un respingo por la intensidad con la que lo dice. Se pasa el pulgar por la cicatriz de la muñeca.

—No sabría por dónde empezar. ¿Y la tuya?

—Mi mentor me abandonó.

—¿Aceptó un trabajo en la industria? —Dez recuerda a Zarlengo asegurándoles que les aguardaba su trabajo de ensueño.

—Nada más lejos de la realidad —responde Rafe con una expresión que destila una pérdida inconcebible.

A Dez se le enciende una bombilla.

—¿No estarías…? ¿Enamorado?

—Ojalá fuese tan fácil —contesta Rafe.

Dez se da la vuelta, celosa y avergonzada. ¿No es un cliché que un pupilo se enamore de su mentor?

—Oye, tengo muchas cosas que hacer —dice—, así que, si no vas a ayudarme a buscar la escena, entonces déjame ponerme a ello…

—No, prefiero quedarme para ver a papaíto en acción. —Rafe estira el brazo para tocar el espacio donde ha estado dejando las escenas con su padre. Arrastra una cualquiera al centro de la pantalla. Es la que menos habría querido enseñarle si él le hubiese dado a elegir.

En la pantalla, su padre se acerca poco a poco hasta Mo con unos pasos terribles y una toalla mojada bien agarrada en la mano. Es tarde y ha estado bebiendo; Dez casi puede oler la cerveza empapando el objetivo. Y Mo había cometido el error de olvidarse la toalla en el suelo del baño.

Dez contiene el aliento conforme la sombra de su padre le oscurece

el rostro a su hermano. Estaba viendo los Looney Tunes; era una escena sobre el Correcaminos. Dez sabe lo que está a punto de ocurrir. Lo recuerda. Pero todavía no está preparada.

—No —susurra al revivir el terror de ver a su padre levantar a Mo del sofá y sujetarlo con brusquedad por el brazo. Su hermano grita…

¿Y Dez?

Dez hace lo mismo que hizo cuando tenía diez años: irrumpe corriendo en el salón al escuchar los gritos de su hermano. Se abalanza hacia la persona que le está haciendo daño a Mo.

—Dez —dice Rafe—. Para…

Pero Dez es incapaz de frenar. Corre a toda velocidad hacia su padre hasta que…

El suelo desaparece bajo sus pies.

El estómago se le sube a la garganta.

Agita los brazos.

—*¡¡Dez!!*

Oye la voz de Rafe. ¿Cómo puede estar tan lejos? Si hace un segundo estaba a su lado…

Ahora escucha el eco de esa voz rebotando en la oscuridad.

La escena del salón ha desaparecido. Igual que los vídeos sobre su hermano. Y la ira ciega y devastadora de su padre. El mundo de Dez se ha vuelto completamente negro.

Nada. No ve nada.

Hasta que, al bajar la vista, ve parpadear varios puntos de luz. Se acercan de una forma que acaba por dejarle bien clara una cosa.

Está cayendo.

20

Un viento glacial le azota el pelo. Dez grita, pero la oscuridad se traga el sonido. Agita los brazos en busca de algo donde agarrarse mientras los puntos de luz blanca y pálida pasan a su lado a toda velocidad.

Los segundos parecen siglos. Sacude los pies. Se le sube el corazón a la garganta. Baja la vista, pero solo ve la nada, una nada inmensa y horripilante, conforme va cayendo y cayendo cada vez más deprisa.

En sus pesadillas, siempre está cayendo. Es su peor miedo. Ojalá fuese una de esas personas que pueden volar cuando sueñan. En vez de eso, está aquí, en esta pesadilla viviente, y siente como si fuese a seguir cayendo hasta el confín de los tiempos.

La desesperanza se apodera de ella. Piensa en su familia. ¿Volverá a verlos? ¿Alguna vez dejará de estar allí, cayendo?

Cierra los ojos y un recuerdo se le viene de golpe a la cabeza: Asher. El día en el que se conocieron. Una imagen de él sobre el monopatín, en el aire. Dez lleva intentando no pensar en él desde que llegó a la Aqueronte, porque puede que no vuelva a verlo. Porque ya tiene bastante con pensar en las cosas que ojalá no hubiese echado a perder. ¿Por qué piensa en él justo ahora?

Porque, cuando estaba bajando la rampa, parecía como si supiese volar.

Pero ella no puede volar. Lo único que puede hacer es…

De repente, algo la atrapa al vuelo. *Alguien*. Unos brazos fuertes la sujetan con calidez, de forma protectora. No consigue ver nada en la oscuridad, pero la velocidad con la que cae disminuye.

Los brazos la obligan a colocarse en posición fetal y a sujetarse la cabeza.

—¡Agárrate! —chilla Rafe, y entonces…

CLAC.

Se estampan contra una superficie dura de metal con una fuerza que hace que le vibren los huesos. Rafe rueda al compás del golpe, sin soltar a Dez. Por fin se detienen. Jadea en busca de aire. Le escuecen el hombro derecho y el mismo lado de la cara por el choque.

Se gira para mirarlo y trata de recuperar el aliento; están lo bastante cerca de uno de los puntos de luz como para verle la cara, tan cerca de la suya que casi se rozan.

—Rafe —jadea.

—¿Te encuentras bien?

—¿Dónde estamos? —Nota que a Rafe le martillea el corazón. Los dos jadean, y su respiración se mezcla en el aire gélido. Dez le coloca una mano en la mejilla para asegurarse de que el momento es real. Tiene la piel cálida y una barba incipiente. Su pulgar está a un milímetro de la boca de Rafe.

Poco a poco, a Dez se le va acostumbrando la vista al espacio cavernoso que los rodea. La sala es igual de larga y de ancha que el repositorio, aunque infinitamente más honda; está abarrotada de servidores gigantescos tan altos como rascacielos que se extienden más allá de donde alcanza la vista y emiten un zumbido sordo y unas motas parpadeantes de luz.

Dez baja la mirada y ve que están sentados sobre uno de los servidores, a bastante distancia del suelo.

—¿Qué es este sitio?

—Es nuestro centro de almacenamiento de datos. —Rafe echa una ojeada a su alrededor—. Forma parte del repositorio.

—¿Estos sitios no suelen estar fuera de las instalaciones?

Rafe la mira.

—No cuando la información que almacenas es demasiado confidencial como para confiársela a un tercero.

—¿Cómo hemos acabado aquí? —pregunta ella.

—No estoy seguro —responde Rafe—. Es la zona más vigilada del campus. Tiene varias capas de defensa. Y, a pesar de eso, te las has ingeniado para entrar.

—Yo solo intentaba…

—Debe de tener algo que ver con tu objetivo. Puede que el peso haya debilitado una parte del suelo y te hayas caído por el agujero…

—¿Un agujero? ¿Y tú te has lanzado detrás de mí?

—¿Qué esperabas? —Le lanza una mirada osada de arriba abajo—. Eres mi pupila.

El calor la inunda por dentro. Rafe alarga la mano y le traza un corte en el lateral de la cara con suavidad. Escuece.

—Salgamos de aquí, antes de que los dos acabemos heridos —dice. Señala el servidor que tienen al lado. Se alza quince metros por encima de ellos—. ¿Sabes escalar? —pregunta.

—Ni soñando —contesta ella a la vez que mira a su alrededor en busca de alternativas. Los únicos servidores que tienen cerca conducen abajo. Muy abajo. Una dirección que no le interesa volver a tomar jamás. Se asoma al borde y siente una oleada repentina de

vértigo—. ¿No puedes llamar a alguien y explicarle lo ocurrido? No ha sido a propósito…

—Has sido tú la que se ha metido en esto, Rae. Apáñatelas también para salir.

—No puedo escalar esa cosa…

—Entonces, más vale que te sujetes —dice Rafe, y se agacha.

—Dame un puto respiro.

—Escalé el Everest en menos de un día. Esto es fácil.

—¿Vas a dejar de regodearte en algún momento?

—Menos hablar y más poner los muslos donde toca.

—Está claro que no conoces la expresión. Para nada.

—De acuerdo, salta. —Se da una palmada en la parte trasera del hombro.

Le da la espalda y dobla las rodillas. Dez no se cree que de verdad vaya a hacer esto, pero no le hace gracia este lugar. Suspira y le rodea el cuello con los brazos.

—Rodéame con las piernas.

Cuando obedece, se queda sorprendida por lo bien que encajan sus cuerpos.

Inspira su aroma, siente el calor del cuello de Rafe contra la mejilla. Su mano fuerte bajo los muslos.

Rafe alarga los brazos, sujeta un borde de metal y empieza a escalar. Durante varios minutos, Dez lo observa en silencio mientras él asciende despacio y con tenacidad, se agarra a los huecos e interruptores y sube sin romper o toquetear el equipamiento. Se le flexionan y ondean los trapecios y respira de manera uniforme, audible, de una forma inevitablemente erótica. ¿Así es como suena en la cama? Dez se sujeta con fuerza, aunque nota que se relaja y que

su cuerpo confía en que, de alguna forma, él los sacará de allí.

Deja de preocuparse por si Rafe nota el calor que está irradiando contra la parte baja de su espalda. Quiere que lo note, que sepa cuánto lo desea. Poco a poco, baja las manos por el torso de Rafe y le palpa los músculos, con ganas de más.

Después de llevar escalando lo que parece una hora, ve el brillo de una plataforma gris azulada más arriba.

—¿Eso es…?

—El fondo del objetivo —contesta Rafe cuando el pecho de Dez está en paralelo con la plataforma—. Impúlsate como si estuvieses saliendo de una piscina.

Dez se sube a la plataforma sin poder evitar pensar en su culo. Cuando ya está arriba y a salvo, se derrumba resollando en la superficie plana y familiar. Ahora ve que acaba de salir de un agujero enorme en un rincón oscuro de la plataforma de su objetivo. Desde arriba, apenas puede verse, aunque es lo bastante ancho como para que se haya caído dentro.

Rafe se desploma en la plataforma a su lado y se pone de costado.

—¿Estás bien?

—No lo sé —admite—. Eso ha sido una puta locura.

—¿Quieres repetir? —Rafe esboza una sonrisa.

Dez se levanta. Toca la pantalla, ahora de un gris tenue y que no muestra a su hermano. Trata de recordar en qué se ha equivocado, de entender cómo ha pasado.

—¿Por qué no me advertiste que podía ocurrir algo así? —pregunta.

—No creía que fuese a hacer falta. Tienes un extraño don para que ocurran catástrofes inauditas. Avisaré a Zeke para que le eche un

vistazo al agujero y lo repare.

—¿Cómo me has atrapado? Iba muy rápido.

—En algún momento vas a tener que aceptar que soy un machote.

Dez retrocede hasta el momento justo antes de caerse. El vídeo de su padre. Mo chillando. Había estado intentando, sin ninguna clase de lógica, proteger a la versión de su hermano en pantalla de hace quince años. ¿Ese ha sido su error, olvidar que estaba haciendo una película?

—Parecía tan real…

—Lo sé.

—Y lo de ahí abajo parecía no tener fin —confiesa.

—Lo sé —repite Rafe.

Recuerda la advertencia de Zarlengo el primer día de clase, cuando dijo que, a veces, algunos visionarios se quedaban embelesados por sus propias visiones y caían en un pozo sin fondo. Dijo que, en ocasiones, era imposible salvarlos.

Hasta ahora, le había parecido una estupidez.

—La buena noticia es que no tienes que volver a entrar ahí —afirma Rafe a la vez que se acerca a ella, tan cerca que nota su pecho contra la espalda—. A menos que te guste tropezar dos veces con la misma piedra.

El aliento de Rafe le hace cosquillas en la oreja y un torrente se apodera de ella. Hablando de errores…

Esa puta boca.

Dez gime cuando le roza la piel y siente una avalancha de felicidad absoluta que borra el miedo que ha estado sintiendo durante la última hora. Es suficiente como para que una chica olvide que ha estado a punto de morir. Gira el cuello para que Rafe pueda acceder

al punto sensible que tiene en la nuca.

Justo. Ahí.

Le recorre la piel con los labios. Le besa el cuello y traza unos círculos lentos. Dez alarga los brazos para desabrocharse la camisa y bajársela por los hombros para que él pueda abarcar más con la boca: la parte superior de la espalda, las escápulas. Su mentor inspira y espira conforme le explora cuerpo y, de alguna forma, siempre coloca los labios donde más falta le hace. Casi le basta con su aliento para correrse.

—Rafe —dice, con voz ronca y grave.

—Me destruyes cada vez que pronuncias mi nombre.

—*Rafe*.

El sentimiento es mutuo. Dez se da la vuelta y le rodea el cuello con los brazos. Sus labios se unen.

Debería existir otra palabra que no sea «besar» para describir lo que ocurre a continuación. No se parece a nada de lo que Dez haya sentido o hecho hasta la fecha. La excita incluso más que la primera vez que lo besó. Porque lo que ambos están diciendo con los labios, con las manos, es que no pueden resistirse a la fuerza abrasadora que los une. Puede que se odien, que se saquen de sus casillas varias veces al día, pero entre los dos existe un anhelo innegable.

Cuando la tensión sexual es tan evidente, cualquier cosa parece íntima y nunca se está lo suficientemente cerca de la otra persona. Dez lo necesita, necesita el cuerpo firme, las manos enormes, el olor y la boca irresistible de Rafe.

Podrían pasarse así toda la noche, todo el año, toda la vida y, aun así, cree que jamás tendría suficiente.

Le recorre el pecho de arriba abajo suavemente con las uñas. Él le

agarra el trasero con las manos y lo aprieta como si estuviese reclamándolo como suyo. Cualquiera podría estar pasando junto al objetivo. ¿Se darán cuenta de lo que está ocurriendo ahí dentro? Le da igual. No puede parar. De hecho, ojalá lo noten. Pensar en alguien mirándola mientras se tira a Rafe ahí mismo la pone cada vez más húmeda. Se imagina a sí misma haciéndole una mamada mientras un montón de alumnos de último curso la observan y, sin darse cuenta, se arrodilla. Apoya una mano en su bulto duro y caliente por encima de los pantalones.

—Dez —gruñe él—. Espera.

Joder, otra vez no.

Rafe le agarra las manos, se las aparta y tira de ella para levantarla. Da un paso hacia atrás para poner una distancia fría entre ambos.

—No podemos hacerlo —dice sin aliento.

—Pues claro que podemos —contesta ella en un intento por sonar despreocupada, pero se siente como la cuerda de un violín a punto de estallar.

—Hazme caso, va en serio.

Dez suspira.

—¿Hay alguien más?

—No —contesta él con rapidez.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Tu religión te lo impide?

—No tienes ni idea de lo difícil que me resulta esto —dice con unos ojos más azules que nunca.

A Dez se le está agotando la paciencia. Es la segunda vez que la deja con ganas de más, lo que significa que ya va siendo hora de que le pague el orgasmo que le debe.

—Supongo que ya nos veremos —dice ella.

Intenta irse, pero él le agarra la mano, lo cual es frustrante, aunque a la vez le sienta bien el roce de su piel contra la de ella. Cierra los ojos.

—No lo entiendes —afirma Rafe.

—Podrías explicármelo.

—No quiero hacerte daño.

—¿En serio? —Dez se ríe—. No voy a enamorarme de ti. Ni siquiera *me gustas*. Solo *te deseo*. Como no he deseado a nadie hasta ahora.

—Yo siento lo mismo.

—¿A ti tampoco te gusto?

—Te deseo —dice con un gruñido grave y sexi—. Como no he deseado a nadie hasta ahora.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Hay… cosas que no sabes sobre mí.

—Eso apesta a mentira.

—Pero es cierto.

—De acuerdo, pues a mí se me da bien escuchar, sobre todo durante los preliminares. —No sabe por qué de pronto Rafe se lo está tomando todo tan en serio.

—Lo siento —contesta él tajantemente. Entonces pasa a su lado, retrae el objetivo y sale corriendo como si Dez tuviese la peste.

21

—¿Qué estamos haciendo, Simon? —pregunta Dez esa noche a medida que los dos suben penosamente la colina en un torbellino de nieve hacia el telesilla detrás del comedor—. Te dije que no pensaba volver a ese bar.

—Pero es viernes por la noche y el Villains es la única fiesta del campus. No puedes hacerle la cruz al único sitio donde se puede socializar para siempre. Además, Jet nos ha invitado. Ha dicho que todo el mundo estará allí.

—Jet te ha invitado *a ti.* —Lo corrige Dez. Su mentor, por otra parte, no ha mencionado ni una sola palabra sobre esta fiesta a la que está invitado todo el campus. No cuando la estuvo abrazando en el abismo que era el centro de almacenamiento de datos. Y tampoco cuando le besó la nuca en el objetivo.

Simon tira de los cordones de la parca, de modo que Dez solo le ve un radio de cinco centímetros alrededor de la nariz.

—Jez mencionó tu nombre explícitamente. Dijo que ayer te perdiste la primera reunión de Ojo por ojo.

—Estaba trabajando en mi peli.

—Bueno, pues esta noche no. Vas a emborracharte con tu compi de habitación favorito.

—No sabía que Yael iba a venir —suelta Dez, impasible.

Simon le da un golpe con el hombro.

—Rafe también estará allí.

—Ya lo tengo muy visto.

—Vaya. Explícame a qué viene ese tono.

—Es un poco intenso.

Todavía nota lo poco que le ha dado esta tarde en la humedad de su ropa interior. Otra vez tuvo que correrse dos veces por su cuenta después de que él saliese corriendo del objetivo.

Se pregunta si le dará miedo lo mucho que sube la temperatura cuando se besan. A ella es evidente que sí. Pero su forma de gestionarlo es tener más ansias de él. Mientras que la forma de Rafe de lidiar con ello es salir corriendo.

—Un momento. —Simon se detiene y le cierra el paso a Dez con la mano—. ¿Eso no es el telesilla?

No hay farolas, solo la luz de la luna menguante artificial, pero ya llevan caminando el tiempo suficiente como para que se les haya acostumbrado la vista.

—¿Y eso no es… un grupo de imbéciles colgándose de los cables? —Dez entorna los ojos para mirar por encima de las sillas, donde parece que un grupo de los de último curso se han subido al telesilla y se balancean del cable de metal.

—Ese es Jet —dice Simon con una fascinación evidente. Su mentor grita como loco, se balancea, se suelta y se agarra a cables aleatorios como un gimnasta suicida—. Olvida la fiesta. No pienso hacer eso —afirma.

—Solo porque tu mentor lo esté haciendo no significa que tú tengas que imitarlo —responde Dez mientras señala a un grupo de los de primero haciendo fila para montarse en el telesilla como la gente normal que no tiene ganas de tentar a la suerte. Levantan la

vista para mirar a los de último curso como si hubiesen perdido la cabeza.

Lo cual es cierto.

Hablando del tema, ¿dónde se ha metido Rafe? No lo ha visto en los cables, pero tampoco descartaría que no fuese a fardar como esos dementes.

Simon y ella se ponen a la cola detrás de Alice Quinn, Paul Rowan y otros alumnos de primero. Asienten con la cabeza a modo de saludo, pero todo el mundo parece nervioso, tenso por la posibilidad de que pronto vayan a soltarse.

Dez no está a gusto. ¿Cómo va a irse de bares cuando su hermano está en el hospital, luchando por sobrevivir? Además, la última vez que visitó el Villains, lo único que hizo fue quedar mal y desmayarse.

—No me dejes tirado, porfa —dice Simon—. Se te está poniendo cara de que estás a punto de pirarte y esta noche necesito una compinche.

—¿Por fin vas a ir a por todas con Esther?

—Tengo que intentarlo —corrobora—. Esto ya está empezando a ser ridículo.

—El curso acaba de empezar y Esther no va a irse a ninguna parte. De todas formas, me parece bien que quieras intentarlo. Tú ayúdame a no beber de más. No quiero que vuelva a pasar lo de la última vez.

—Mi buena señora, trato hecho.

—No le hables así a Esther.

—Prometerlo no puedo.

—Ni siquiera está bien.

—Váyase a paseo y acomode las posaderas en el telesilla.

Simon y Dez sueltan un gritito cuando la silla los levanta y los lleva hasta el chalé a lo lejos, en la cima de la montaña.

—El único garito que había en casa, en Oklahoma, estaba en el tráiler de mi primo. Solía comprar latas de Milwaukee's Best en el Food 4 Less y las vendía por el doble. Entonces, leí por internet cómo montar una máquina de *sous vide* y *voilá*, ahí es donde nació la Golden Eagle Moonshine.

—El último bar al que fui estaba en una ciudad costera llamada Ventura —cuenta Dez, balanceando las piernas y observando la nieve a lo lejos bajo sus pies—. Acababa de terminar de rodar el corto que me consiguió una plaza en la Aqueronte, así que me llevé al reparto y al resto del equipo a celebrarlo. A los dos únicos miembros.

Sonríe al recordarlo. Todavía se imagina a Asher en el bar, con las cervezas encima de la mesa, y el momento cuando alargó el brazo y le recorrió el dorso de la mano con el pulgar.

—Anda —contesta Simon—. Te gustaba uno de ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Juro que nunca te he visto poner esa cara. ¿Qué es, una sonrisa?

—Sí, me gustaba uno —admite—. Se llama Asher. Aunque lo más seguro es que no vuelva a verlo.

—Pues yo creo que sí —responde Simon.

Un ruido detrás de ellos la hace agacharse. Jet y sus compañeros de último curso atraviesan y se cuelgan del cable que pende por encima de sus cabezas. Simon y ella intercambian una mirada de perplejidad.

—¿Cómo pueden hacer eso? —pregunta Dez.

—Supongo que será cosa del alcohol —adivina Simon—. Le he

prestado a Jet mi petaca en la cena.

—¿Y si se caen?

—El noventa por ciento de esas cosas se basan en echarle huevos. Y creo que a Jet le sobran. —Señala al frente, donde el telesilla acaba y da la vuelta para bajar por la montaña—. Ay, mierda. Tenemos que bajarnos. ¿Recuerdas cómo…?

—No muy bien…

—En ese caso, moriremos —responde Simon, dándole un apretón en la mano a Dez mientras ella levanta la barra de seguridad y finge estar preparada. Plantan los pies en un trozo de hielo, se resbalan y bajan de culo una pendiente que de repente acaba en el porche donde Dez conoció a Yael—. Igualito que Bob Hope y Bing Crosby en *Ruta a Utopía* —suelta antes de subir las escaleras y abrir la puerta —. Por si no queda claro, yo soy Bob Hope.

Un estallido a cerveza rancia y a Chappell Roan sale del Villains cuando Dez entra al bar detrás de él.

Siente que la energía oscura y seductora del sitio la engulle una vez más. El bar está a reventar, repleto de estudiantes de último curso y de gente elegante riéndose, y todo el mundo bebe cócteles del color de las piedras preciosas en cristalería extravagante. Esta vez, no hay nadie bailando sin ropa sobre la mesa, pero, al mirar a su alrededor, Dez sigue teniendo la sensación inconfundible de que han irrumpido en una orgía.

—Eh, vaya —dice Simon tras pasar junto a un par de chicas de primero frotándose contra la puerta—. ¿Me alegro por ellas?

A la mierda su intención de mantenerse sobria. Solo existe una forma de participar en una bacanal.

—Tenemos que beber algo para ponernos a tono —dice al sortear a

otro cuarteto de estudiantes; las chicas llevan unos vestidos muy cortos de punto bien subidos conforme bailan. Divisa a Yael en un reservado; el emo de último curso que trabaja en la tienda de esquí le está chupando los dedos de los pies. Alice Quinn los acecha como si estuviese tomándole nota a Yael de una bebida elaborada.

La mirada de Dez se clava directamente en Rafe como si fuese un imán en medio de la sala. Está sentado en la barra al lado de Jet, con Esmeralda y Kitty en sus respectivos regazos. Rafe habla, se ríe y deleita a todos sus acompañantes mientras Esmeralda le mordisquea la oreja.

Un destello de calor la atraviesa, seguido por una rabia absoluta. La última vez que vio a Rafe estaba escondiendo una erección y saliendo a toda prisa de su objetivo. Tampoco es que le deba nada. Rafe le ha dejado bien claros sus límites. Aun así, Dez no puede reprimir la oleada de celos que siente cuando Esmeralda intenta llevárselo a un sitio más apartado. Él niega con la cabeza, de forma juguetona aunque contundente, pero eso la hace insistir más.

Dez piensa en cómo es posible que, hace unas horas, se haya arrodillado delante de Rafe en el repositorio mientras se imaginaba una escena de exhibicionismo parecida a esta. En su imaginación la gente la observaba venerar la verga de Rafe.

—Esto es una barra libre de sexo —dice Simon, preocupado—. Tengo que encontrar a Esther antes de que alguien se me adelante.

Dez le hace un gesto con la cabeza para que se vaya.

—Buena suerte —le desea justo cuando los ojos de Rafe se topan con los suyos.

Se queda petrificada. Él le guiña el ojo. Dez enarca una ceja y le sostiene la mirada durante el tiempo suficiente para que él sea el

primero en apartarla.

Se vuelve hacia Esmeralda, que sigue suplicándole en el regazo.

Dez le lee los labios: «De acuerdo, vámonos».

Y entonces, Rafe se levanta y deja que Esmeralda le sujete la corbata como si fuera una correa y tire de él para sacarlo por la puerta trasera del bar sin mirar a Dez.

Solo se le ocurre hacer una cosa. Beber.

Atraviesa la orgía hacia la barra. Le apetece tomarse algo fuerte y picante. De camino, alguien se choca con ella y la hace estrellarse contra Alice Quinn, cuya bandeja de bebidas cae al suelo y se rompe.

—Alice —dice Dez mientras se agacha para ayudarla—. Lo siento…

—Yael me va a matar —masculla Alice.

—Vamos a por más bebidas. No pasa nada.

—No. No puedo hacer nada en condiciones. Ni siquiera puedo terminar una película.

—Alice…

—¡Déjame en paz! —exclama Alice, al borde de las lágrimas—. Todo el mundo nos mira. Lo estás empeorando.

—De acuerdo —contesta Dez, que se pone de pie con culpabilidad y se aleja de Alice. Se gira hacia la barra y apoya las manos en la superficie de madera encerada para recobrar la compostura. Se pregunta a qué clase de presión estará sometiendo Yael a Alice en el repositorio. Si le hubiese contado que a ella también le faltaba mucho para terminar el primer encargo, ¿habría servido de algo?

—Hola, Desdemona —saluda la camarera como si se conociesen desde hace veinte años. ¿Se conocieron en la primera noche borrosa que pasó allí? Está segura de que se acordaría de ese pelo largo y

azul eléctrico y del fascinante tatuaje de un ruiseñor que la mujer lleva en el escote.

—¿Nos conocemos? —pregunta Dez.

—Oficialmente, no. Me llamo Eri. —La camarera sonríe y agacha la cabeza—. ¿Qué tal va la peli? Te asignaron a la poeta, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Trabajo en el único bar del campus —afirma Eri conforme vierte líquido de varias botellas en una coctelera—. Espero que salga bien.

—Gracias.

Eri añade hielo a la coctelera, la cierra y la agita.

—Y lo de tu hermano también.

Dez traga saliva; de repente se siente expuesta y sensible, aunque no sabe por qué. ¿Le contó lo de su hermano la primera noche que estuvo allí? Si no, ¿cómo puede haberse enterado?

Dez se percata del espejo que está detrás de Eri. Es grande, puede que de unos tres metros y medio de ancho por tres metros y medio de alto, con un marco de cristal decorado. Sin embargo, lo que le llama la atención es la superficie reflectante en sí. Parece antigua, inusualmente oscura y, en el reflejo, Dez puede verse a sí misma y al resto de los estudiantes que beben a su alrededor…

Pero no a la camarera con el pelo azul eléctrico.

Simplemente, no aparece reflejada.

Eri sonríe como si supiese lo que está pensando.

—¿Te da curiosidad el espejo?

—Parece …—dice Dez, y traga saliva en busca de una palabra—. Bastante inusual.

—Es mi tesoro. —Eri saca una copa alta de martini y vierte el líquido blanco glacial de la coctelera en el interior—. Adelante,

puedes hacer la pregunta.

—¿Eres…? —empieza a preguntar Dez. Se siente ridícula por las palabras que tiene en la punta de la lengua, pero allá va—. ¿Eres un fantasma? —susurra.

Eri le dedica una sonrisa triste a Dez y niega con la cabeza.

—Qué va, solo soy sobrenatural, cielo. —Desliza la bebida por la barra—. A esta invita la casa. Bueno, en realidad a todas, pero esta la he preparado específicamente para ti.

—Gracias. —Dez da un sorbo. Está deliciosa, intensa y caliente, y lleva un toque de vainilla y mandarina. Sabe deliciosa, le encanta. No sabría cómo volver a pedirla—. ¿Qué es?

—Tu bebida —contesta Eri—. Déjate caer más por aquí, ¿vale?

Yael se coloca a su lado contra la barra.

—¿Qué haces tú por aquí?

—Yo también me alegro de verte —responde Dez—. He venido con Simon. Jet lo invitó.

—Mierda, pues claro. ¿Dónde está?

—Ha ido a buscar a Esther. —Dez echa una ojeada por la barra hasta que lo ve, inclinándose de forma adorable hacia su amor platónico, gritándole algo al oído. Es evidente que no le ha dicho algo sexual, y eso que están en una sala llena de gente que casi que está a punto de empezar a darle en público, pero por lo menos Esther sonríe.

—Bueno, es hora de que los tres nos marchemos —espeta Yael, alejándola de la barra.

—¿Por qué? Si acabo de pedir…

—No preguntes. Ya me darás las gracias. Ve a por Simon —ordena Yael—. Dile que se haga el borracho. Nos vemos fuera en sesenta

segundos.

Desaparece antes de que Dez pueda protestar, así que se dirige hacia Simon. Sigue hablando con Esther, aunque Jet también se ha unido a la conversación. Le rodea el hombro con el brazo a Simon, como si fuesen viejos amigos. O puede que algo más.

—Hola, Esther —saluda Dez—. Simon, Jet.

Jet le tapa la oreja a Simon con la mano y le susurra algo que lo deja de piedra. Ninguno de los chicos parece percatarse de su presencia, pero Esther le dedica una sonrisa.

—¿Simon? —Dez le tira de la manga—. ¿Podemos hablar?

—¿Va todo bien? —pregunta Jet. Sonríe, pero lo dice con un tono extraño, casi posesivo. Le masajea el hombro a Simon con la mano.

—Claro —contesta Dez, y luego le susurra a Simon al oído—. Yael cree que deberíamos dar por terminada la noche.

—Pero… —Simon echa un vistazo a Esther y luego a Jet.

—Yo también me voy dentro de poco —dice Esther, que se pone de puntillas y le da un beso suave a Simon—. Me alegro de verte, Simon.

Jet casi ni espera a que Esther se dé la vuelta para chocarle los cinco a Simon.

—Hombre, más vale que la lleves a la cama. Y después quiero que me lo cuentes todo.

—Qué asco —suelta Dez.

Pero Simon se está riendo. Hasta que mira a Dez y deja de hacerlo.

—Perdón.

—Vámonos —murmura Dez para que solo él pueda oírla—. Yael dice que te hagas el borracho.

—¡Entendidísimo! —se parte Simon, y Dez intuye que no tendrá

que ponerle muchas ganas.

—Creía que te quedarías un poco más —le suelta Jet a Simon, prácticamente haciendo un mohín.

—Me está obligando a que me largue, amigo. Nos vemos mañana. —Simon rodea a Jet torpemente con un brazo.

El mentor clava la vista en Dez y abraza a Simon más tiempo de lo normal. Eso le hace pensar que quizá Rafe no es el único que está mandándole señales contradictorias a su pupilo. De repente, se alegra de largarse.

Guía a Simon fuera, hacia la nieve fría y limpia, hasta la plataforma de esquí donde Yael está dando golpecitos con los tacones de aguja.

—Daos prisa, perras.

—Ya vamos —dice Dez justo cuando Jet sale por la puerta batiente detrás de ellos.

—Oye, Yael —suelta—. ¿Y el *after*?

—Estos payasos no tienen aguante para las bebidas de Eri, Jet —responde Yael—. Es hora de que se vayan a la cama.

—Pero si la diversión está a punto de empezar —afirma Jet, echándole un vistazo a Simon—. Cuando nos soltamos de verdad, empezamos a hablar en sumerio.

—Suena bien. —Simon echa una ojeada a Dez—. ¿Deberíamos quedarnos?

Dez le da un puñetazo. No tiene ni idea de por qué Yael está tan asustada, pero su expresión y el comportamiento sutil de depredador que está mostrando Jet bastan para que quiera irse sin avisar, sin hacer preguntas.

—Ay. —Simon se encoge—. ¿A qué ha venido eso? ¡Si es la lengua

de la que se conservan los registros más antiguos *y además* está aislada! ¡No está relacionada lingüísticamente con ninguna otra!

—Venga, Yael —suplica Jet mientras baja las escaleras del porche con parsimonia—. Deja que se queden. Deja que jueguen a…

—En otro momento —responde ella.

Jet se agacha y le susurra algo al oído conforme mira de arriba abajo a Simon con los ojos azul y negro y luego a Dez.

—Aún no —sisea Yael, y lo aparta de un empujón.

Entonces, aparece Rafe y le coloca una mano en el hombro a Jet para obligarlo a retroceder. Rafe no dice nada cuando Jet y él regresan al bar, pero echa una mirada hacia atrás por encima del hombro con una expresión tan fulminante que a Dez se le quitan las ganas de seguirlos.

22

—Tu mentor es un idiota retorcido —afirma Yael, retocándose el pelo con la cámara del móvil cuando bajan los riscos escarpados de la montaña en el telesilla silencioso.

—Qué dices, pero si es un *lugal* —dice Simon a la vez que se inclina sobre el visor de la cámara de Yael como si estuviesen posando para hacerse un selfie—. Es una palabra en sumerio que significa «pez gordo» o «rey».

—Vosotros no lo conocéis tan bien como yo —contesta Yael, y aparta a Simon de un codazo—. Y ya basta con ese numerito. Solo era nuestra coartada para escaparnos de la fiesta.

—Creo que de verdad está borracho —responde Dez—. ¿Por qué nos has obligado a irnos?

—Porque ninguno de los dos estáis preparados para un *after* en la Aqueronte.

—¿Y? —pregunta Dez—. No es más que una orgía. Tampoco es para tanto.

Una parte de ella querría haberse quedado, para no quitarle el ojo, o puede que la mano, de encima a Rafe.

—Es más que eso —afirma Yael—. Es… imposible de explicar. Vosotros confiad en mí. Os he salvado el culo.

—No sabía que te importásemos —susurra Dez.

—Bueno, pues sí. Porque, si alguno de vosotros se mete en un lío esta noche, a mí también me salpica.

—¿Qué tiene eso que ver contigo?

—¿Tú también vas borracha?

Dez solo le había dado un par de sorbos al cóctel de Eri, pero sí que se siente más relajada, más ligera y, además, cree que nada de esto tiene sentido.

—¿Qué llevan esas bebidas?

—Es un secreto —responde Yael cuando el telesilla los vuelve a dejar en el sendero que lleva al comedor de la Aqueronte—. Pero creo que conozco el sitio perfecto para que os serenéis, novatos.

—¿La cocina? —sugiere Simon, esperanzado—. Hay sobras de pollo frito.

—Mejor —dice Yael, y los guía por el lado este del patio triangular, rodeando el Goliat. Dez solo sabe de una cosa que esté en la otra cara del Goliat. La sobrevoló de camino aquí la primera noche con Rafe.

—¿Nos estás llevando al laberinto? —pregunta.

—Así es —responde Yael—. De nada.

Se detienen en la entrada estrecha al jardín laberíntico. Los arbustos, iluminados por la luz de las estrellas, se extienden frente a ellos, el doble de altos que Simon. Ha dejado de nevar, pero hace más frío, y a Dez se le tensa el cuerpo con cautela.

—Será de lo más estimulante —murmura Yael—. ¿No es una preciosidad?

Desde arriba, el laberinto parecía precioso. Pero al verlo desde el suelo, algo no encaja. Dez no logra saber de qué se trata.

—El laberinto es la parte más antigua de la Aqueronte —explica Yael—. Para mí, es lo más parecido a estar en casa.

El viento hace crujir los arbustos. Un búho solitario ulula en las alturas. Dez clava la vista en las profundidades oscuras del laberinto y percibe una energía sombría e indescriptible emanar del interior.

—No tengáis miedo —dice Yael.

—Yo no tengo —anuncia Simon, y le suelta un codazo en el hombro a Dez.

—Pero si casi no te tienes en pie —contesta Dez—. Tú no cuentas.

—Quedaos conmigo y no os pasará nada —dice Yael por encima del hombro al entrar.

—Yael, ¿por qué no te has llevado a Alice cuando hemos salido del bar? —pregunta Dez mientras la sigue y evita que Simon se tropiece —. Es tu pupila. ¿No se supone que deberías cuidar…?

—A esa imbécil no va a pasarle nada —responde.

—¡Qué mala! —exclama Simon.

—Me encanta Alice —suelta Yael—. Claro. Solo que… no es del todo como esperaba.

—¿Y qué esperabas? —pregunta Dez.

—Creía que a estas alturas habríamos conseguido… estrechar lazos. Como Rafe y tú —declara—. O como Simon y Jet.

Simon y Dez intercambian miradas durante un instante. Después de lo de esta noche, siente curiosidad por saber qué dinámica se traerá su amigo con Jet, pero, si se lo pregunta, sabe que ellos le pedirán que explique la suya con Rafe, y no tiene ganas de hablar del tema.

—¿Por qué Alice iba a estar bien en la orgía de Eri, pero Simon y yo no? —pregunta Dez en su lugar.

—El mayor temor de un alumno de primero en una fiesta como esa debería ser su mentor —contesta Yael—. ¿No te fijaste en la mirada

de Jet? —Suspira—. Puede que *a ti* no te hubiese pasado nada. Dios sabe que Rafe no permitirá que te pase nada, al menos por ahora.

¿Por ahora?

—¿Qué significa eso? —responde Dez—. Y, solo para que lo sepas, Rafe tampoco es que sea el mentor perfecto.

—Estoy segura de que tienes razón. —Yael se ríe por la nariz—. Pero, al menos, no es Jet.

—Tenéis una idea muy equivocada de Jet —dice Simon, arrastrando las palabras—. Es una fuente de sabiduría. Tiene carisma para dar y regalar.

—Sí que es una fuente, pero de otra cosa. —Yael pone los ojos en blanco—. Ni siquiera es un escriba.

—¿Entonces por qué es mi mentor de guion? —pregunta Simon.

—Sufrió un accidente durante las vacaciones —responde Yael—. Antes de eso, era un visionario.

—¿Qué tipo de accidente? —pregunta Dez.

—Uno que le impidió seguir siendo un visionario —contesta Yael —. Por un momento, creímos que tendría que abandonar el programa, pero dieron con una solución.

—Lo único que sé es que antes de entrar aquí no podía escribir un guion, aunque me fuese la verga en ello —afirma Simon—. Pero con la ayuda de Jet ya he escrito dos…

—Un momento —suelta Dez—. ¿Has terminado *dos* guiones?

—Tampoco es para tanto —responde Simon.

Yael se vuelve hacia Dez, la señala y empieza a partirse de risa.

—Me contaron que eras lentita. Menos mal que Alice no es la única.

—Solo llevo aquí un par de semanas —dice Dez con las mejillas

como un tomate—. Lo acabaré antes de mediados del trimestre…

—Dentro de poco, Rafe impondrá disciplina —afirma Yael—. Y no de forma divertida. Si tú la cagas, entonces él también. Los de último curso cuyos pupilos no sacan películas adelante no se gradúan. A eso lo llamamos «pelis abandonadas».

Dez camina en silencio y reflexiona. No quiere darle más vueltas a la ventaja que deben sacarle los otros alumnos de primero. Le cuesta llegar al final del día. Acabará la peli sobre O'Rourke antes del plazo. ¿Y qué si tarda más en terminar la de Mo? No trabaja en *Lazarus* para aprobar la evaluación de mitad del trimestre. La está haciendo porque su hermano tiene que verla, para que sepa que Dez no lo abandonó. Para darle fuerzas para seguir luchando.

Dez necesita tiempo para pulirla.

Necesita encontrar la escena de Moses y de su padre en el partido de *hockey*.

—Hay cosas que no entiendo del repositorio —dice Dez. Yael se queda en silencio, a la espera de que continúe—. Me falta una escena que quiero usar…

—El repositorio contiene todo —contesta Yael con rapidez y firmeza.

—De acuerdo, pero no puedo encontrarla y, antes de que me digas que no la he buscado, sí que lo he hecho.

—Entonces, no existe.

—Sí que existe.

—Típico de los de primero —afirma Yael—. Vuestro trabajo no es crear un momento a partir de un deseo, sino dar sentido a lo que ya existe.

Se escucha un gemido largo y retumbante al otro lado del

laberinto, como si algo estuviese recobrando la conciencia en contra de su voluntad, y Dez frena en seco.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta.

—Ni idea. —Yael parece impasible.

A Dez le martillea el corazón conforme se acerca al ruido.

—Suena como si alguien estuviese herido.

—O como si se estuviese corriendo —dice Yael—. ¿Sigues sin saber distinguir la diferencia?

Dez piensa en el ambiente voraz de esa noche en el bar, en cómo todos los de último curso parecían estar disfrutando de un placer tan primario que rayaba en la violencia. Piensa en Jet masajeando a Simon y en Yael diciendo que el mayor temor de un estudiante de primero en una fiesta como esa debería ser su mentor.

Vuelve a escuchar el gemido, esta vez más alto. Femenino, desgarrador y más desesperado que el anterior. Aunque este proviene de otra zona del laberinto, alejada del último que ha escuchado Dez hace nada.

—¿Qué ocurre? —pregunta Simon.

—Deberíamos ver si alguien necesita ayuda —dice Dez, pero ni siquiera sabe de dónde sale el sonido. Echa un vistazo por la esquina de un arbusto y ve una sombra pesada y negra abrirse paso entre los matorrales.

—¿Quieres relajarte? —pregunta Yael, y tira de Dez hacia atrás—. La mayoría de las cosas no son asunto tuyo.

—Por eso te gusta este sitio —contesta Dez—, porque hay violencia y da miedo.

—Sí que me gusta el terror —afirma Yael.

—En la vida real no, gracias —dice Simon.

—Me gusta estar aquí porque… —empieza a decir Yael mientras se acerca a Dez—. ¿No os recuerda a nada?

—¿A *El resplandor*? —pregunta Simon.

Dez alarga la mano hacia una granada roja y oscura que crece de los arbustos. Toquetea un trozo de piel abierta, rebosante de fruto. No se había dado cuenta de que el laberinto estaba hecho de granados. Nunca ha visto la fruta crecer en la naturaleza. Está inusualmente cálida al tocarla.

—Parece que has encontrado una buena —dice Yael, arrancándola de la rama—. Eri hace un vino delicioso con ellas.

Vuelve a escucharse el grito estridente y femenino, esta vez seguido de un gruñido grave y gutural de satisfacción.

—Sexo y muerte, chicos —suelta Yael mientras se guarda la granada en el bolsillo—. Lo demás es mero entretenimiento.

23

El grito la hace despertarse de golpe de un sueño sobre su hermano. Se levanta de la cama de un salto y va corriendo hasta la ventana. Clava la vista en la oscuridad con el corazón desbocado.

Una nieve infinita. Es de madrugada y el campus está tranquilo.

Pero Dez no se ha imaginado ese grito.

Vuelve a escucharlo; es largo y escalofriante. Viene de la cara norte del campus.

La única ventana de su *suite* que está orientada en esa dirección es la del cuarto de Yael. Dez entra a toda prisa en el salón y llama a la puerta de su compañera.

No recibe respuesta.

Prueba a girar el pomo frenéticamente. Cuando se abre, Yael está asomada a la ventana, con el pelo recogido en un gorro blanco de seda y una bata negra del mismo material puesta.

—Anoche te dije que había alguien herido —dice Dez, que va corriendo a su lado.

—Esto es distinto —contesta Yael, impasible—. Esto acaba de ocurrir.

No tarda en ver el cuerpo tirado en el borde exterior del laberinto. Dez se tensa al imaginarse esa caída larga y solitaria, ese final aplastante.

—Tenemos que buscar ayuda —afirma Dez con la voz temblorosa —. ¿Has visto algo? ¿Qué ha pasado?

—Mierda —murmura Yael—. La trenza.

Dez vuelve a bajar la vista y hace una mueca al contemplar los ángulos antinaturales de las extremidades del cadáver. Tiene la cabeza enterrada en la nieve. Al final, se da cuenta de a qué se refiere Yael. Una trenza larga y oscura como una cola sobresale de un gorro de punto.

—Alice —susurra Yael.

—No —responde Dez. Fuera está oscuro, pero, a la luz de la luna, el pelo de esa persona es largo y oscuro, mientras que el de Alice es rubio rojizo y lo lleva a la altura de los hombros, siempre recogido en dos trenzas. Ahí fuera ha muerto otra persona, pero Dez está segura de que no es la pupila de Yael.

Le da la espalda a la ventana y ve a su compañera de habitación secarse una lágrima.

—¿Yael?

—Estoy bien. Debería haberlo sabido —dice, y se desploma en brazos de Dez.

—¿El qué?

Dez no sabe muy bien cómo actuar. Lleva a Yael a la cama. Hasta la fecha, su compañera no se había preocupado por Alice en lo más mínimo. Y ahora está sacando conclusiones extrañas. Solloza. Se sientan y Yael le apoya la cabeza en el regazo.

—Oye, Yael. No pasa nada. —Ahora es ella la que miente. Pues claro que pasa.

—He sido una mentora horrible.

—No sabemos si es Alice.

—*Yo* sí —responde Yael como si estuviese en trance mientras traza unos círculos con el dedo en la cama—. Estoy agotada, Dez. Estoy muy cansada de esta batalla.

—¿Qué batalla?

Simon aparece en el umbral de Yael, recién duchado. Las ve en la cama de la alumna de último curso en esa postura tan improbable. Enarca las cejas.

—¿Qué me he perdido? —pregunta.

Yael vuelve a echarse a llorar y Dez le señala la ventana con la mirada. Él se asoma y se queda petrificado.

Yael levanta la cabeza del regazo de Dez.

—¿Qué está pasando?

—Han llegado los de mantenimiento —dice Simon con la voz hueca—. Están tapando algo con una sábana blanca.

—Es Alice —contesta Yael.

A Simon se le desencaja el rostro.

—¿Qué?

—No ha podido aguantar la presión —responde ella—. Lo de Charles se repite.

—¡No lo sabemos! —exclama Dez.

De todas formas, alguien ha muerto ahí fuera. Y Dez se pregunta qué explicación les dará esta vez la directora de la Aqueronte.



—Da Vinci afirmaba que los ojos son el reflejo del alma —explica Zarlengo esa mañana en el auditorio—. ¿Y no es precisamente un retazo del alma lo que cada uno de vosotros está intentando capturar en sus películas?

Es como si no hubiera pasado nada. Como si hace dos horas el equipo de mantenimiento no hubiese retirado un cadáver de un seto.

Alice Quinn no ha aparecido, lo que la aterra, pero sigue sin creerse que esa trenza en la nieve le pertenezca. El resto de las personas del auditorio parecen tan acongojadas como Dez. Ni siquiera Paul Rowan se molesta en tomar apuntes.

¿Cómo es posible que Zarlengo permanezca tan impasible cuando dos personas del campus han perdido la vida durante las últimas semanas? Dez trata de recordar lo que dijo la dirección sobre Charles Costella: que no había seguido avanzando con el resto de su clase. Que no había llegado a último curso.

Y Alice solo estaba en primero. Ni siquiera había terminado su primera película. Dez tiembla. Se pregunta si la directora actuaría del mismo modo de ser Rafe quien apareciese muerto en la nieve. Algo le dice que no. Algo le dice que solo algunos estudiantes de la Aqueronte son prescindibles.

Se abre la puerta del auditorio y entra Moriah, recorriendo los pasillos como un espectro con la cobra alrededor del cuerpo.

Zarlengo aprieta un botón del mando que controla la presentación en PowerPoint para desvelar otra diapositiva. Es otro boceto de un ojo de Da Vinci. Dez observa la imagen. ¿No se da cuenta de que es una locura esperar que los alumnos se queden aquí sentados y asistan a clase después de lo sucedido?

Levanta la mano. Ya no puede soportarlo más.

—Responderé a las preguntas al final de la clase —declara Zarlengo.

—No es sobre la clase —contesta Dez.

Sus compañeros se giran para mirarla. Moriah acaricia la serpiente

con frialdad. El silencio sepulcral y la quietud se apoderan de la sala.

—De todos modos es conveniente que solicite una tutoría —sugiere Moriah.

Dez niega con la cabeza.

—¿Qué ha ocurrido esta mañana?

—Va a tener que ser más específica —responde Moriah.

—Muchos nos hemos despertado con la imagen de un cadáver al mirar por la ventana.

A su alrededor, otros estudiantes murmuran para darle la razón. Simon parece preocupado por ella.

—La señorita Quinn estaba sufriendo —contesta Moriah de forma impasible.

Unos gritos ahogados estallan por la sala.

Así que *afirman* que era Alice. Yael tenía razón. No obstante, Dez percibe la mentira como una nube sobre Moriah.

—Hicimos cuanto pudimos por ayudarla —afirma la directora—, pero en este momento os pedimos que respetéis la privacidad de la señorita Quinn hasta que nos pongamos en contacto con su familia para saber cómo proceder. Estamos dispuestos a ofrecer asistencia psicológica a quien la necesite…

Dez se levanta. Los intentos de Moriah por calmarlos resultan ofensivos. No piensa quedarse a escucharlos.

—Señorita Rae, la asistencia es obligatoria —le recuerda Moriah cuando abre la puerta y abandona la sala sin mirar atrás.

Al salir al patio triangular con los ojos ardiendo por culpa de las lágrimas, se choca contra Rafe.

Parece atormentado, como si llevase semanas sin dormir. Lo más probable es que sea resaca.

—No te preocupes —dice—. No ha sido culpa tuya.

—¿Por qué iba a serlo?

—La gente está comentando que Alice y tú tuvisteis una discusión anoche en el bar.

—Menuda ridiculez. Me choqué contra ella sin querer y se le cayeron las bebidas. Rafe, creo que quien ha muerto no es Alice…

—Y yo que pensaba que después de lo de tu hermano no querrías involucrarte en más drama homicida.

—Eres un imbécil. —Dez intenta apartarlo de un empujón, pero él la sujeta por el brazo y ese roce le provoca una descarga eléctrica.

—Eres peligrosa, ¿verdad, Dez? —La mira como si quisiese que se agachase y le suplicase más de lo que quiera que sea esto.

—Yo no he hecho nada.

—Ya te he sacado de un atolladero. No tengas miedo de confiar en mí.

Vuelven a escocerle los ojos, pero no piensa llorar delante de él.

—Se te da muy mal ser mentor, Rafe. —Lo fulmina con la mirada; necesita que la escuche—. Un día, eres cercano. Al siguiente, distante. Otro vas y me acusas… ¿De qué? ¿De haber cometido un asesinato? Nunca sé por dónde me vas a salir y estoy harta.

—De acuerdo, entonces tratemos de mantener las distancias, ¿te parece?

—Genial.

—Genial.

Pero no le suelta el brazo. Y, donde sus dedos le rozan la piel, siente una calidez tan intensa que le duele por dentro. No consigue apartarse.

—Suéltame, por favor —susurra, a pesar de que una parte de ella

quiere que la rodee con los brazos hasta que no quede espacio entre ambos. Una parte de ella quiere que le diga que las cosas no dan tanto miedo como parecen. Que todo saldrá bien.

—Estás temblando —dice, esta vez con más suavidad.

Le suelta el brazo. Dez se los lleva al pecho.

—Tengo miedo.

—¿De que el suicidio sea contagioso?

—En las dos últimas semanas, han muerto dos personas.

—Cada día mueren ciento cincuenta mil personas. No puedo dejar que una me quite el sueño.

—Creo que aquí nadie está a salvo. Me refiero a los de primero.

La mira con seriedad.

—Tú eres la que más segura está.

—¿Por qué?

—Porque yo cuido de ti —contesta—. Y no olvides que aquí estás más a salvo de lo que lo estarías nada más salir del campus.

—Puede que esté dispuesta a arriesgarme.

—¿A ir a la cárcel? —Parece divertido, casi como si la estuviese retando.

—Quizá prefiera esa cárcel a esta —contesta Dez, y se marcha.

24

Al día siguiente, celebran el funeral de Alice Quinn en el repositorio. Le devolvieron el cadáver a su familia para que la enterrasen en Minnesota; sin embargo, la asistencia al funeral de la Aqueronte es obligatoria. Alguien encargó un gran ramo de gerberas blancas. Y otra persona colocó un retrato a tamaño real de Alice en un caballete cerca de la entrada. Aun así, el funeral parece frío e impersonal.

La foto muestra a Alice esbozando una sonrisa poco entusiasta y vestida con un traje de esquí, en lo alto de la cima de la montaña; la sacaron el día en el que comenzaron las clases, justo antes del ritual de emparejamiento. Dez la recuerda aquel día, debatiéndose para encontrar su puesto en mitad de una oleada de nombres, igual que el resto. No se acuerda su segundo nombre y eso le provoca una culpabilidad gigantesca.

¿Por qué no intentó acercarse más a ella?

Se sienta al lado de Simon y de Esther, cansada, helada y conmocionada. Sigue viendo el cadáver sobre el seto del laberinto al cerrar los ojos. No le parece real, y tampoco aprueba que se estén despidiendo de ella de esta forma.

Yael se acerca a la plataforma, ataviada con un vestido y un velo negros.

—Como todos sabéis, estoy destrozada —declara con una voz rota

convincente—. Jamás olvidaré el día en el que me emparejaron con Alice y se convirtió en mi pupila. Puede que no siempre lo haya demostrado, pero creía en ella. —Se seca los ojos con la punta de un dedo negro enguantado—. Tenía ganas de…

Empieza a sollozar en silencio, y Dez se pregunta si entre Yael y Alice ocurrió algo de lo que no está al tanto.

La relación de mentoría entre Rafe y Dez alberga más de lo que saben los demás. ¿Con Yael y Alice era igual? ¿Y con Simon y Jet? ¿Y con el resto de los mentores y pupilos?

Se le revuelve el estómago al pensarlo. Es absurdo, está claro.

—Lo siento —solloza Yael a la vez que le apoya una mano en la mejilla a la fotografía—. Buen viaje, pequeña. Ojalá encuentres la paz que te faltó aquí.

Dez deja caer la cabeza. Le duele imaginarse a la familia de Alice enterándose de que ha muerto fuera, en la escuela. Piensa en Moses. Hoy ha estado acordándose de su familia más de lo habitual. Daría lo que fuera por estrechar entre los brazos a su hermano y a su madre ahora mismo y decirles que los quiere.

—Aunque ande en el valle de profunda oscuridad, no temeré ningún mal —recita el doctor Ezekiel al lado de Yael.

Dez siente que no puede respirar.

Al acabar el funeral, la recepción se le hace insoportable. Necesita que le dé el aire. Sale rápidamente del repositorio al campus vacío para intentar recobrar el aliento. Se abrocha el abrigo, se sube la capucha y echa a andar entre la nieve que cae sobre el patio triangular. Unas lágrimas se le deslizan por las mejillas cuando se imagina los últimos momentos de Alice. ¿Qué la impulsó a hacerlo? ¿Cómo se sintió al caer? ¿Toda su vida pasó por delante de sus ojos?

Y, si es así, ¿qué fue lo que vio?

Le gustaría retroceder en el tiempo y cambiar muchas cosas: ser más amable, más generosa y menos egocéntrica. ¿Habría cambiado eso el rumbo de la vida o de la muerte de Alice?

Dez escucha un ruido extraño que proviene de más arriba. Algo pasa zumbando en el viento.

Lo sigue con la mirada.

Y entonces ve una cosa… *una persona* precipitarse hacia el suelo.

Se le agitan las extremidades. El abrigo ondea con el viento.

No grita, pero…

A medida que el cuerpo se va acercando, Dez ve una boca ensangrentada, abierta por el terror.

Grita cuando el cuerpo se estampa en la nieve, bocarriba, a unos centímetros de ella.

Impacta con tanta fuerza que despide una niebla rosa y nauseabunda.

Dez se inclina hacia el horripilante cráter en la nieve, aterrada. El muerto tiene los ojos abiertos, pálidos y atormentados. Lleva el pelo enmarañado, y le oculta la cara aplastada y deformada. Su aspecto… no es el adecuado. No son solo las extremidades destrozadas o la mirada vacía, sino la piel hecha jirones, la manera en la que la lleva. Como si no le *encajase*.

Como si hiciera ya tiempo que hubiese muerto.

—No.

Se le sube la bilis a la garganta mientras trastabilla para alejarse del cadáver mutilado, tropieza y cae de rodillas en la nieve. Alza la vista al cielo, desde donde ha caído el cuerpo. No ha saltado desde ningún sitio. Es imposible. No hay torres lo bastante cerca como para que

haya podido hacerlo.

Entonces, ¿qué ha ocurrido?

Es como si el hombre hubiese caído *de la nada*.

¿Es real? ¿O es otro de esos efectos especiales retorcidos, diseñados para confundirla?

Charles Costella. Alice Quinn. ¿Hay algo que sea real?

Trata de levantarse, pero unos temblores se apoderan de su cuerpo.

Respira.

Sus pulmones hacen oídos sordos.

Se escuchan unos pasos en el patio triangular, detrás de ella. Sabe que es imposible ayudar al hombre, que ya no puede salvarlo. Además, tampoco quiere que quienquiera que esté de camino la encuentre y la interrogue. Se aleja del cadáver a trompicones, con las manos levantadas como para decir que no ha tenido nada que ver.

Varios hombres con trajes de protección química y unas máscaras antigás salen en fila desde el Goliat. El equipo de mantenimiento.

—Parece otro suicidio —comenta uno de ellos sin sorpresa o remordimiento.

Asqueada, observa a los hombres vestidos de negro, que apenas reparan en ella y siguen el protocolo de forma robótica.

Meten el cadáver en una bolsa. Acordonan la zona. Hacen como si no hubiera pasado nada.

Pero sí que ha pasado. Dez lo ha visto.

Y no ha sido un suicidio. Aunque tampoco sabe qué otra cosa ha podido ser.

25

—¿¡Qué es eso!? —chilla el doctor Lebevre en la cocina a la mañana siguiente.

Dez baja la vista hacia el cuenco de acero inoxidable con unos huevos a medio batir. ¿Y ahora qué? No ha pegado ojo en toda la noche, afligida por el recuerdo de ese cadáver que cayó desde el cielo.

—¿No íbamos a preparar tortilla española? —pregunta Dez al chef a la vez que se aferra al cuenco para que no le tiemblen las manos.

—Esto es una abominación. —Lebevre roza la superficie del cuenco con los dedos y luego coloca una punta cicatrizada y con manchas delante de Dez. Ve una mota blanca diminuta—. Cáscara de huevo —sentencia.

—Lo siento.

—Has metido la pata. Otra vez. —Lebevre le sujeta la muñeca con la mano manchada de huevo—. ¿De qué dedo te gustaría despedirte?

—De ninguno —contesta Dez, casi sin aliento—. Volveré a empezar. Seguiré la receta de su abuela a rajatabla. Sin cáscaras.

—Sin malditas cáscaras —le dice Lebevre a Dez y a Simon, y baja las manos antes de apoderarse de una botella de jerez y salir por la puerta trasera hecho un basilisco hacia la nieve.

Dez se tumba y apoya la mejilla contra la encimera para recobrar el

aliento.

—Esta vez, ha estado a punto de hacerlo —le dice a Simon mientras él le frota la espalda. Lebevre los amenaza día sí y día también, pero nunca le ha agarrado la mano así, nunca le ha mirado los dedos como si se muriese de ganas por hacer un *carpaccio* con ellos. Se yergue, tira los huevos por el fregadero y busca otro recipiente.

—Estoy planteándome largarme antes en las vacaciones de otoño —dice Simon—. En volver una temporada a Oklahoma. O para siempre.

Dez se lo queda mirando.

—Simon.

—Es culpa de este sitio —contesta él—. El chef quiere hacernos picadillo y…

Deja la frase en el aire; Dez sabe a lo que se refiere. En la Aqueronte hay cosas peores que Lebevre.

—Primero ese tal Charles —suelta—, y luego Alice. La *conocíamos*. Tengo los nervios… —Hace como que le explota la cabeza—. Jet no deja de decirme que solo queda una semana, pero no sé si puedo aguantar.

Asiente. Lo entiende. Además, él ni siquiera sabe lo del cadáver que vio anoche. Aquí pasa algo más oscuro que unos suicidios. Algo que ni siquiera empieza a entender. Algo peor que incluso sus pesadillas.

Y, por si fuera poco, si Simon vuelve a casa antes de que llegue la mitad del trimestre, no le permitirán regresar. Él es la barrera que mantiene a raya lo más irracional de este sitio. Es el único capaz de hacerla reír.

—¿Se lo has contado a Jet?

Simon niega con la cabeza.

—No quiero que lo sepa.

Dez se ha planteado dejar la Aqueronte mil veces, pero su mano siempre acaba topándose con el bote de pastillas que lleva en el bolsillo y que le recuerda lo que hizo. Aunque la semana próxima sean las vacaciones de otoño, Dez se quedará encerrada en su cuarto, oteando el cielo en busca de más pesadillas. No tiene ningún otro sitio a donde ir.

—Simon —dice. Tiene que contarle lo que ocurrió ayer después del funeral de Alice. Si los suicidios le han afectado tanto como a ella, entonces merece saberlo—. Ayer vi otro.

—¿Otro qué?

—Otro cadáver.

—¿Qué?

—Pero, esta vez, lo vi caer del cielo.

—Dez…

—Era un hombre. Mayor. Parecía hecho trizas. Pero lo más raro de todo es que cayó *de la nada* —cuenta Dez—. Lo vi aterrizar en medio del patio triangular. No había ningún edificio en los alrededores desde donde pudiese haber saltado. Además, creo que ya estaba muerto antes de caer.

—Eso es justo a lo que me refiero —responde Simon—. Creo que este sitio no es bueno para ninguno de los dos.

—Hazme caso, por favor. La escuela está encubriendo algo…

—Y quieres averiguar de qué se trata, ¿verdad?

Dez lo mira y siente un rayo de esperanza.

—¿Quieres echarme una mano?

—¡Estás loca! Lo que quiero es agendar una sesión de seis horas con mi terapeuta y darme un atracón de pelis de Kurosawa en la bañera —suspira Simon mientras la fulmina con la mirada—. Pero ahora tengo miedo de que, si me marcho antes de tiempo, acabes metiéndote en un lío aún más gordo por no estar presente.

—Tienes razón.

—Que te den —masculla, pero le da un golpecito en el hombro.

—No te vayas —suplica Dez—. Por lo menos quédate hasta las vacaciones. Una semana más y ya. Te necesito. —Dez le devuelve el golpe en el hombro y siguen así hasta que ella vierte los huevos batidos en las patatas de Simon y baja el fuego.

No es un abrazo del todo, pero es lo más cerca que han estado de dárselo.

—No se lo cuentes a nadie más —le pide Simon—. Ya están buscando razones para echarte.

A la semana siguiente, el 31 de octubre, Dez se salta la fiesta de Halloween en el Villains para trabajar en la película sobre O'Rourke. No descansará hasta que llegue al plazo. Deja a Simon y a Yael disfrazándose de demonio y de unicornio sexi respectivamente y baja al repositorio a hurtadillas.

Está vacío. El resto de los de primero ya debe de haber terminado el encargo. Seguro ya están subiendo la montaña medio desnudos, de camino al bar. Le da igual perderse la fiesta. En realidad, le gusta estar a solas. Abre el objetivo.

El doctor Ezekiel reparó la grieta de la plataforma la semana pasada, pero ayer volvió a salir; todavía no se lo ha contado a Rafe.

Parece hacerse más grande cada vez que la absorbe el trabajo. Se aleja de ella. Trata de centrarse en lo que tiene entre manos.

La película comienza en Egipto y muestra a Lexa de pequeña con un salacot, en un carrito que su padre empuja entre las pirámides. Se hace mayor de edad en el instituto donde trabajan sus padres, en Connecticut. Escribe y protagoniza una obra en la que hace de Sylvia Plath. Contrae la enfermedad de Lyme. Alcanza la fama internacional. La despiden de un trabajo prestigioso. Se casa con un ebanista y comediante que le prepara todas las comidas. Aprende a volar y estrella su avión en la costa de la Patagonia.

Dez se pasa la noche en vela, y trabaja a lo largo de la mañana y la tarde siguientes. Hace caso omiso a la inquietud de que se está dejando algo de la vida de la poeta, de que va a olvidar algo fundamental y no conseguirá hacerle justicia a O'Rourke. Se centra en las escenas a las que tiene acceso y, casi al anochecer, decide cuál será la última escena.

Muestra a O'Rourke de joven, atrapada en una ventisca espantosa, en el momento que Dez sabe que la inspiró para componer su primera antología de poemas.

Para cuando Dez escribe «La tormenta, vida y obra de Lexa O'Rourke; una película dirigida por Desdemona Rae y escrita por Paul Rowan Wilkes», se siente catatónica pero aliviada. No es su mejor trabajo. Aun así, se sostiene. Cumple con los requisitos, que es lo que suele buscar el público.

Quiere compartir la emoción de ese logro con alguien, celebrar que ha terminado su primer encargo justo antes del plazo previsto para que no la echen del programa. Pero sabe que todo el mundo estará durmiendo y que a nadie le impresionará que haya terminado algo

que los demás acabaron hace ya tiempo.

Quiere contárselo a una persona a la que vaya a importarle. Pero no se le ocurre nadie.

El subidón que suele sentir al terminar un proyecto se desvanece con rapidez. Dez lleva sin sentirse tan sola desde la noche que abandonó a su hermano en el hospital para venir a la Aqueronte.

Le duele el cuerpo del cansancio. Se le empaña la vista y le escuecen los ojos como si estuviese a punto de llorar.

La sensación retrocede y se le cuela en la parte trasera de los ojos, dentro de la cabeza. Caliente, como si algo se estuviese cocinando en su interior. Se agarra las sienes. El dolor incrementa. ¿Qué ocurre?

Recuerda haber experimentado esa misma sensación antes. La primera vez que utilizó el objetivo.

Se le nubla la vista, la pantalla muestra interferencias y entonces…

Un eje de luz que da vueltas ilumina los bordes del objetivo. Al principio, supone que se trata de Mo, la única línea vital que ha visto, además de la de O'Rourke. Y, aun así, las imágenes contienen algo distinto, algo que no le resulta familiar, incluso desde lejos.

Hace que se pregunte si lo ha encontrado, si ha conseguido dar con la parte que faltaba de la vida de su hermano.

Pero, al prestar más atención, se percata de que esta línea vital pertenece a otra persona.

—Madre mía.

Un Asher Ibrahim adolescente aparece en pantalla.

La línea vital va rotando con escenas de Asher de pequeño, de cuando era un bebé y cuando se convirtió en un hombre. Se le abren los ojos de par en par y clava la vista en la luz del sol reflejándose sobre los hombros del chico. En Asher bailando en una discoteca

oscura. En una caída mala con la tabla, en una clavícula rota. En un funeral, en el que está sentado en primera fila, apático. En un beso apasionado en el asiento trasero de un coche.

Se le pone la piel de gallina. Creía que nunca volvería a ver a Asher. Pero ahí está; mil versiones suyas dan vueltas frente a ella en el repositorio, espectacular y guapísimo, torpe y extraño.

¿Cómo ha accedido a la línea vital de Asher? En el mes que lleva en la Aqueronte, solo ha visto la línea vital de su hermano y la de O'Rourke; sin embargo, recuerda lo que ocurrió el primer día que usó el objetivo y lo que dijo Rafe sobre que sus emociones anularon el sistema, permitiéndole acceder a la línea vital de su hermano cuando se suponía que solo debía ver la de O'Rourke.

Aquel día, había estado demasiado abrumada para percatarse de lo que había hecho, pero ahora recuerda que Rafe parecía emocionado, incluso impresionado. Dijo que nunca había presenciado algo así.

Dez ya ni se pregunta por los entresijos del repositorio, sus restricciones secretas y el archivo inquietante. Se le disparan los músculos de la emoción a medida que ve la vida de Asher desplegarse ante sus ojos. Estira el brazo hacia las escenas rotatorias y escoge una al azar.

Solo se quedará un ratito.

Asher está subido al escenario de un auditorio con un traje de color hueso. Parece reciente. Lleva el mismo pelo y bronceado que cuando lo conoció, pero, de alguna forma, parece distinto al hombre que grabó en Ventura. Una pantalla grande detrás de él reza: «Doctor Asher Ibrahim, Laboratorios Edén, sobre la Fuente de la Eterna Juventud».

—¿Doctor? —susurra Dez, embobada.

Cuando estaba editando *Destellos*, pasó días estudiando los gestos de Asher. Se aprendió cada segundo de la película. Pero siempre había habido un límite, un tope sobre lo que podía llegar a ver. Por muy bien que conozca las seis horas que rodó sobre Asher aquel día, hay toda una vida de cosas que no ha visto. Que nunca soñó con llegar a ver. Hasta ahora.

Observa la piel tersa de Asher, sus ojos color avellana y los gestos seguros que hace con las manos. Está igual de atractivo que aquel día, a pesar de que esa versión de él sea completamente inesperada. Es profesional, autoritaria. En su cabeza, Dez había reducido la identidad de Asher al monopatín, así que todo esto es… nuevo.

—Gracias por venir —dice Asher cuando los aplausos cesan en la sala.

Le sorprende lo cómodo que parece frente a ese público, tan a gusto como si estuviese sobrevolando una rampa con la tabla. ¿Por qué nunca se había preguntado en qué trabajaba, a qué se dedicaba cuando no estaba en el *skatepark*? Puede que porque el hombre que conoció aquel día parecía rebosante de vida. Este destello sorprendente e intelectual le resulta prácticamente insoportable. Como si volviese a gustarle.

Recuerda lo que le dijo aquella noche en el bar.

«Por ahora, todo lo que he visto de ti me gusta, Desdemona Rae. ¿Qué más tienes?».

Es consciente de lo fácil que sería adentrarse en la vida de Asher y no salir nunca. Limitarse a observarlo vivir de forma maravillosa.

—Sospecho que el motivo por el que están hoy aquí tiene que ver con mis infames chistes sobre gerociencia —dice Asher—. Aunque a

veces me planteo si estas conferencias se parecerán un poco a Alcohólicos Anónimos. Aunque, claro está, nosotros somos adictos al metabolismo. Nos apasiona ese *metalcohol*…

Unas risitas dispersas y educadas resuenan por el auditorio. Dez se da cuenta de que ella también está sonriendo.

—No —prosigue Asher—. Están aquí porque les atrae la Fuente de la Eterna Juventud. —Va de un lado a otro del escenario, sin apenas echar un vistazo a los apuntes que lleva escritos en la mano—. En algún momento, todos escuchamos la llamada. Aunque yo no siempre quise estudiarla. De hecho, yo me colé por la puerta de atrás. Cuando era joven, era patinador profesional. Estaba en lo más alto de mi carrera. Entonces, a mi madre le diagnosticaron alzhéimer.

—Asher —dice Dez en el repositorio.

—Mi única forma de asimilarlo —continúa— fue estudiar la enfermedad que la aquejaba, investigar formas de mitigar el dolor, métodos para alargar el tiempo que me quedaba con ella. Al final, acabé en los Laboratorios Edén. —Hace una pausa y mira al público.

Dez contiene la respiración, nota que algo ha cambiado.

—Mi madre falleció hace un par de semanas —afirma, bajando la voz—. No pude salvarle la vida, pero tampoco puedo evitar preguntarme si la Fuente de la Eterna Juventud existe en realidad. —Alarga ambas manos como si estuviese tratando de tocar algo intangible—. ¿Qué aspecto tiene la inmortalidad? ¿Qué supondría para la vida en la tierra?

Dez desea estar en el auditorio para poder levantar la mano, que la vea y que mantengan una conversación. Pero, antes de que Asher pueda continuar, las interferencias ocupan la pantalla, que después se apaga.

—Un momento —suelta Dez mientras piensa que ojalá volviese a sentir la quemazón cerebral, que ojalá Asher volviese a aparecer en el objetivo. Tantea el sitio donde antes estaban las manos del chico. Pero han desaparecido. En primer lugar, no sabe cómo ha conseguido que apareciese en el objetivo y tampoco cómo hacer que vuelva. Siente como si algo se rompiese en su interior.

El objetivo se contrae y, al otro lado, aparece Rafe con una expresión preocupada en la mirada.

—¿Has acabado?

Dez se esfuerza por mantener la compostura. ¿Se ha enterado de lo que acaba de ver? No, pues claro que no. Y no puede dejar que se entere.

Es evidente que le está preguntando por la película sobre O'Rourke. El plazo de entrega. Es su mentor y ha venido para asegurarse de que ha terminado el encargo.

—Acabo de ponerle el título —contesta ella mientras recobra el aliento—. ¿Quieres verla?

—No me refiero a la de O'Rourke —responde Rafe—. Hablo de la de tu hermano.

—¿Qué pasa con la peli sobre mi hermano?

—Me pediste que se la llevara cuando la terminases —declara conforme le echa un vistazo al repositorio vacío y baja la voz—. Hoy tengo un hueco para hacerlo, pero tengo que irme ya. Es tu única oportunidad.

26

—¿De qué estás hablando? —exige saber Dez.

—Acabamos de llegar a la mitad del trimestre.

—Lo sé. Me he pasado la noche entera sin dormir para terminar la peli sobre O'Rourke. ¿Qué tiene que ver eso con Mo?

—Al llegar a la mitad del trimestre, todos los encargos del objetivo se envían al Departamento de Distribución —explica Rafe—. Lo demás, se borra. Lo vacían para hacer espacio de cara a los siguientes encargos.

—No me lo dijiste.

—Di por sentado que, a estas alturas, ya lo habrías terminado. —Rafe levanta las manos—. No soy yo quien pone las reglas, pero si quieres que tu hermano vea *Lazarus*, tiene que ser hoy. Puedo escaparme ahora mismo para asegurarme de que la vea.

—No está terminada —espeta Dez.

—Entonces, termínala. Puedo esperar unos minutos, pero no más.

—¿Solo unos minutos? No. —Se ríe con amargura—. No es suficiente.

Rafe le coloca una mano en el hombro. Ella levanta la cabeza para mirarlo. Por Dios, estaría genial olvidarse de todo esto, arrastrarlo a la cama y quitarle todas y cada una de las prendas que lleva, precipitarse hacia su piel.

—Dez, has creado algo precioso para darle ánimos a tu hermano —afirma él—. Él querría verlo.

—¿No podemos almacenarlo en algún sitio? —pregunta—. Puedo terminarlo durante los próximos días. Sé que sí. Pero no he dormido nada y…

Rafe niega con la cabeza.

—Es ahora o nunca.

Dez está agotada. Y lo que Rafe está contando, esa prisa repentina, no tiene ningún sentido.

—Pues entonces, nunca —contesta—, porque no pienso enseñarle a Mo esta película hasta que no esté terminada.

Rafe aprieta la mandíbula. Parece inquieto, casi asustado.

—No te muevas —acaba diciendo.

Va corriendo a la entrada del repositorio, desaparece por la entrada circular y vuelve unos instantes más tarde empujando lo que parece un carrito de bebidas pequeño. Conforme se va acercando, Dez atisba dos copas con alcohol y una jarra que contiene algo semejante al vino tinto traqueteando en la balda superior.

—¿No hay tiempo para terminar la peli sobre Mo, pero sí para echarse un trago? —pregunta Dez.

—A nadie se le concede más tiempo, pero puedes ralentizar el que te queda —responde Rafe.

—¿Has dicho «ralentizar»?

—Esto se llama Soma, cortesía de la mismísima Ereshkigal.

—¿Lo ha preparado Eri?

Rafe asiente.

—No suele prepararlo, pero he pensado que hoy te vendría bien.

—¿Qué es?

—Una bebida creada hace cinco mil años por las sacerdotisas sumerias. Te permite ganar tiempo. En realidad, *te concede atemporalidad*. Un momento atemporal para terminar tu peli atemporal.

Dez está acostumbrada a que las horas se le pasen volando en el repositorio, a que se esfumen como si fuesen meros instantes. Ha sucedido justo antes de que apareciese Rafe, cuando estaba absorta en la línea vital de Asher. Y él le está diciendo que esta bebida provoca lo contrario.

—¿Es broma?

—Es real, Dez. —Conforme sirve las bebidas y reparte el líquido de color vino entre las dos copas, el aroma a tomillo y a bayas maduras inunda el ambiente. Le coloca una copa en la mano.

—Es imposible que una bebida pueda ralentizar el tiempo —afirma ella.

—Willie Nelson y yo discrepamos —replica—. Expande el objetivo.

Dez los aísla en el espacio en el que ahora se siente a gusto con él, aunque la tensión no haya llegado a desaparecer, como si sus cuerpos estuviesen siempre a punto de tocarse y ninguno fuese a ser capaz de evitar lo que ocurrirá después.

—Tendremos que tomarnos otra cosa luego —indica Rafe, que vuelve hasta el carrito de las bebidas para revelar dos tazas de expreso y una jarra. Sirve el café, humeante e intenso, en las tazas—. Primero, nos tomamos el Soma —explica a la vez que señala la copa que está sosteniendo Dez—. Después, trabajamos en tu película. Durante todo el tiempo que quieras. Hasta que haga falta. Cuando terminemos, el expreso seguirá igual de caliente que ahora.

—Menuda bobada.

—Sé que resulta difícil de creer, pero te prometo que… —dice Rafe.

—¿Te apetece hacerlo más interesante? —pregunta Dez.

El chico sonríe.

—Si el primer sorbo de expreso no te quema la lengua —contesta —. Me tendrás a tu disposición durante toda la noche. Haré cualquier cosa que me pidas.

Traga saliva, planteándose las posibilidades, y nota que el calor se extiende rápidamente entre sus piernas.

—Y, si sigue caliente, ¿tendré que ser yo la que esté a tu disposición? —pregunta ella, casi sin aliento.

—No —contesta Rafe—, pero me dejarás elegir tu vestido.

—¿Qué vestido?

—El de la fiesta de esta noche. Cuando todos los de primero terminan el encargo, lo celebramos por todo lo alto.

—Trato hecho —accede—. Te toca.

—Lo sé. —Sonríe cuando los dos levantan las copas de Soma.

—Por Moses —dice Rafe.

—Por Mo.

Dez da un sorbo. Sabe espectacular. Como a moras recién recolectadas de un arbusto. Frío en la lengua, aunque posee unas notas cálidas de tomillo, jengibre y clavo, y deja un regusto amargo y potente al final. Lo apura sin darse cuenta y, cuando deja la copa, siente como si acabase de beberse una cerveza de un trago.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Rafe, mirándola a los ojos.

—Rara —contesta ella—. Pero también… —Se lleva la mano al corazón—. Despejada.

—Veamos qué tal se te da —dice Rafe.

Dez se planta frente a la pantalla y abre el borrador. Observa la

miniatura de la primera imagen a tamaño póster y la ve de otra forma. Como si llevase un mes fuera y la estuviese viendo con otros ojos.

Piensa en la escena que lleva semanas buscando. En cómo Rafe y Yael hicieron que se cuestionase si existía. En si de verdad su padre se había subido a Mo a hombros y la cara de su hermano se había iluminado triunfante porque lo quisiesen. O en si Dez se había inventado un recuerdo que en realidad jamás ocurrió por el dolor y la nostalgia. Como si hubiese creando una nube conteniendo las lágrimas.

—Nubes —suelta, más para sí misma que para Rafe. Recuerda a Mo en la escena del campo de fútbol. En ese momento, no parecía necesitar a su padre. Se había refugiado en el consuelo de las nubes.

—¿Qué pasa con ellas? —pregunta Rafe.

—Una vez, me dijiste que diese con el concepto de la peli. Creo que eso forma parte de lo que se me ha estado escapando. La imagen de apertura, la de cierre… han estado presentes durante toda la peli en las nubes. Aparecen en la mayoría de las escenas de Mo.

Nota que la mira.

—¿Y eso qué significa?

—He estado demasiado centrada en el dolor de Mo, en querer remediarlo. O en mitigarlo, en disminuirlo con cosas bonitas. Porque la cicatriz de Mo parece tan grande, tan profunda. Pero hay algo aún mayor. Lleva desde siempre levantando la vista al cielo en busca de un sentido. Si me centro más en las nubes, quizá eso le dé a la película la grandiosidad que le falta.

—He oído que, algunas veces, se pueden ver ángeles entre las nubes —interviene Rafe. Ella lo mira—. Puede que Mo lo sepa.

A Dez le gusta esa idea. Como está inspirada, su mente trabaja a toda pastilla. En muchas escenas de la línea vital de Mo, las nubes se convierten en un personaje. Vuelve a visualizar ese vídeo de Mo en el campo de fútbol con la vista levantada hacia las nubes como si ellas albergasen respuestas. A veces, parece perderse o encontrarse en ellas. Ahora, Dez sabe cómo desvelar más sobre su hermano a través de las nubes. Extrae una escena del primer día de colegio de Mo, donde un enorme cúmulo blanco se hincha tras el asta de una bandera. Ahora, un cielo aborregado sobre su casa, el día en el que vieron a su padre por última vez. Luego, unas nubes de tormenta que se extienden sobre Mo cuando robó una figura de acción en casa de un amigo, se la echó al bolsillo y volvió corriendo a la suya.

Aumenta la saturación de los colores de las nubes y amplifica su resonancia caleidoscópica a lo largo de la peli.

Va recorriendo la vida de Mo, su luminosidad. Es a la vez consciente e inconsciente del tiempo; siente como si no formase parte de él, como si se hubiese adentrado en el inmenso reino del arte. Al llegar a la última escena, se detiene para verla.

Dez aparece en la secuencia, sentada al lado de Mo sobre el capó de su coche, que está aparcado junto a las vías del tren aquel día que lo llevó a hacerse su primer tatuaje. Lleva la muñeca vendada.

Ocurrió en algún momento de septiembre. Los dos observan el atardecer; unos estratos rosas sobrevuelan lo alto del cielo. Se atisba algo de humo en el ambiente. Dez recuerda lo que sintió aquel día, solo una semana después de haber rodado *Destellos* y de haber conocido a Asher. Todavía tenía la esperanza de que la llamase o de reunir el valor necesario para ponerse en contacto con él. Sin embargo, esa esperanza ya se estaba torciendo, apagando y

resintiéndose en su corazón. Se le hace raro observar la escena y *no* ver ese dolor en su mirada, sino verla desde la perspectiva de Mo, que ni siquiera se había dado cuenta. Está guapa y le recuerda de forma autoritaria que se lave el tatuaje.

—Me lo he hecho por ti —dice Mo en la secuencia, y Dez se acuerda de cuando mantuvieron esa conversación, de que en ese momento no lo había entendido y tampoco se lo había tomado en serio.

—¿Te refieres al tatuaje?

Él asiente.

—Voy a echarte de menos.

—¿Cuándo?

—Cuando te vayas.

—No pienso irme a ninguna parte. —Se sintió molesta, porque quería irse, aunque no sabía cómo hacerlo. Ahora le dan ganas de llorar.

—Así seguirás aquí, conmigo —responde él, dándose unas palmaditas en la muñeca. Se recuesta contra el parabrisas y observa las nubes deshacerse como un caramelo masticable.

Dez sale del ensimismamiento.

—Solo voy a usar las nubes para el final. —Su voz suena tensa—. El resto de la escena no hace falta para la película.

—Hace falta.

—Se centra demasiado en mí. Sobre todo, como para ponerla de final.

—Retrocede un segundo —sugiere Rafe—. Amplía la imagen sobre tu cara, justo cuando te cuenta lo del tatuaje.

Dez obedece.

—Más —indica Rafe.

Acerca la imagen hasta ver el reflejo de las nubes y del atardecer en su mirada. Transmite tanta paz que le arrebata el aliento.

—Pareces feliz —dice Rafe.

Tiene razón.

—No lo cortes —le pide.

Así que le hace caso. Incluye la conversación entera en la película. Termina con un primer plano de las nubes reflejándose en su mirada para que la imagen de conclusión sea la misma que la de apertura con las nubes del atardecer. Como si se pudiese empezar la película en bucle nada más acabarla, como un uróboro.

Cuando se da cuenta de que la historia entera es un ciclo, un círculo, entiende que la película sobre su hermano está terminada.

27

Rafe se gira hacia el carrito que tienen detrás, en dirección a los dos expresos que ha servido antes.

—Tómate uno —indica.

Cuando Dez sujeta la taza en las manos, un *sssssh* le resuena en los oídos. Siente que, por un segundo, la están sacudiendo con fuerza, como si fuese una alfombra vieja. Después, la sensación desaparece con la misma rapidez con la que ha llegado. Se pone bien recta y se le asienta el estómago, pero tiene las extremidades aturdidas. Mira a Rafe.

—¿Qué ha sido eso?

—Te has reconciliado con el tiempo. Eri diseñó la fórmula para que fuese desapareciendo poco a poco a las veinticuatro horas. Aunque, si estás listo para regresar antes, lo único que tienes que hacer es asirlo.

—¿Asirlo?

—Eso es —responde Rafe—. Al tocar una cosa, como esa taza de expreso, se activa la reconciliación —explica—. El Soma desaparece de golpe y regresas al tiempo real. Funciona mejor si usas las dos manos. Ahora bebe.

Dez da un sorbo. Se quema la lengua. Puede que no entienda lo que está pasando, pero es real.

—Falta una cosa —dice Rafe a la vez que se saca una cajita de

cerillas del bolsillo con el blasón de la Aqueronte. Pasa una contra el raspador y un fogonazo blanco y puro se ilumina en la punta de la cerilla. Sigue el humo que sale de la llama con la mirada hasta un agujero del que nunca se había percatado en el eje oscuro que contiene su objetivo. Rafe deja que la cerilla se queme hasta que el fuego blanco le llega a los dedos y entonces la sacude.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Dez.

—He mandado tu película a nuestro Departamento de Distribución. La convertirán a un formato que pueda compartir con tu hermano.

—Pero si lo único que has hecho es encender una cerilla.

Rafe le tira la caja a Dez.

—Cada vez que termines una película, enciende una. El humo envía una señal —explica Rafe, señalando hacia arriba— y nuestro Departamento de Distribución se ocupa del resto. —Señala la pantalla—. Saca la peli sobre O'Rourke. También tenemos que mandarla.

Dez se coloca delante del objetivo y proyecta la película sobre Lexa O'Rourke delante de ella. Echa un vistazo a Rafe, que asiente mientras ella enciende una cerilla y deja que se queme hasta que la llama blanca le llega a los dedos.

—Sopla —indica él.

Dez sopla y observa el humo elevarse a la vez que se pregunta qué tipo de señal está mandando y a quién.

—Ahora, veamos qué vestido te vas a poner para esta noche —suelta Rafe.

—No tengo el cuerpo para salir de fiesta.

—Irás a la fiesta. Todo el mundo va a estar allí.

—¿Qué hora es?

—Las seis menos diez —contesta Rafe tras mirar su reloj.

Hace menos de quince minutos (de tiempo real), Dez había tirado la toalla con *Lazarus*. De algún modo, ha conseguido acabarla en cuestión de minutos. Y Rafe se la va a entregar a su hermano. Pensar en su hermano viéndola esa noche le transmite un consuelo inconmensurable. Ojalá también pudiese estar ahí presente.

—Enhorabuena, Dez —dice Rafe con una voz ronca que la hace detenerse y levantar la vista para mirarlo a los ojos.

Baja la mirada hambrienta hasta sus labios.

Dijeron que no volverían a hacer esto.

Antes, Dez no podía parar de pensar en Asher. Incluso ahora, una parte de ella quiere ver más de él. Pero Asher no está aquí. Ni siquiera lo ha besado, no tiene ni idea de si tendrán o no química en el plano físico. Está tan alejado de su vida que fantasear con él es un fin en sí mismo. Y no va a llegar a más.

Rafe, por otro lado, está bastante presente. Y la mira como si fuese plenamente consciente de la situación.

La química está por las nubes.

Da un paso adelante. Dez lo escucha respirar. Su aroma a lluvia recién caída le da ganas de recorrerle el cuello bronceado con la lengua. Pero esta vez, él es quien se acerca. Dez contiene la respiración, entusiasmada.

Rafe le quita la taza de las manos y la deja. Cuando se vuelve para mirarla, ve esa mirada peligrosa que tanto le gusta. Significa que está a punto de darle a su boca el uso para el que está pensada.

Le pasa las manos por el lateral de la cara para sujetarle el pelo. Le da un tirón que le arranca un gemido y le levanta la cara para que lo

mire a los ojos.

—Anhelo tu cuerpo a todas horas —dice con un gruñido voraz.

—Dijiste que no pensabas en mí salvo que pudieses evitarlo —se burla ella a medida que él se agacha y le recorre el cuello con la boca, haciéndola soltar unos jadeos rápidos y cálidos.

—Es verdad —contesta, rozándole los labios—. Simplemente no puedo evitar pensar en tu cuerpo a todas horas.

Dez sonríe mientras le recorre el hueco del cuello con los dedos.

—También dijiste que deberíamos mantener las distancias.

—Pero estamos de celebración —le susurra él contra la piel sensible detrás de la oreja.

Por Dios, necesita a este hombre. Ahora. Por completo. Y no hay nada que él pueda hacer para detenerla.

Por suerte, esta vez es Rafe quien la besa. Sus labios se deshacen contra los de ella con una intensidad que iguala a la suya. Tira de Dez para acercarla, la besa como si fuese a morir sin ella, como si la necesitase más que al respirar. Nota su bulto contra la cadera.

La levanta en brazos con un solo movimiento y le coloca las piernas rodeándole las caderas como si estuviese sentada a horcajadas sobre él. Le tiembla el sexo como si tuviese mente propia y se le hubiese ocurrido una idea de diez. Empieza a restregarse contra él poco a poco, a montarlo con ropa. Le pone las caderas contra el extremo duro de la verga y siente que está saciando un deseo de lo más placentero. Cuando Rafe le baja la camiseta y le hunde la cara entre las tetas, casi se corre. Se las chupa con la fuerza suficiente como para dejarle unos moratones. Es increíble, pero a la vez no basta.

Estas últimas semanas ha estado bajo muchísima presión, y ahora

por fin ha terminado algo. Algo bueno. Necesita conmemorarlo. Necesita liberar todo lo que lleva dentro.

—Te deseo —jadea—. Ahora mismo.

Rafe gime y arquea las caderas mientras le chupa el pezón.

—Aún no —susurra él.

—Te necesito —jadea, pero no puede evitar escuchar el eco de lo que le dijo Yael a Jet la otra noche fuera del Villains. Le gruñó algo al oído a su compañera y ella le contestó con mucho énfasis: «Aún no».

Pero en este momento, Dez no quiere pensar en Jet. Lo que quiere es correrse.

—¿Aún no? —repite a la vez que se restriega y empieza a jadear con más fuerza, chupándole el cuello—. ¿Entonces, pronto?

—Serás zorrita…

Escuchar cómo le dice esas guarradas la manda a la estratosfera y se zambulle en un mar de placer absoluto.

—Rafe, me voy a correr.

—Córrete para mí. Córrete más fuerte.

Así que obedece y cierra los ojos para adentrarse por completo en el abismo de placer. Dez tiembla y unas nuevas oleadas de éxtasis le calan hasta los huesos. Echa la cabeza hacia atrás y saborea hasta la última gota mientras él le besa los senos.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta por fin en voz baja y gutural.

—Vamos a seguir.

—Es imposible describir lo increíblemente húmeda que estás, ¿verdad?

—Si lo sabes, ¿por qué me haces esperar?

Le agarra el culo y se lo aprieta, luego sonríe y vuelve a besarla.

—Para que nadie salga herido.

Dez le muerde el labio inferior; todavía sigue un poco aturdida por el orgasmo. ¿Cómo puede hacer que se corra solo con el roce de sus labios?

—Ya te dije que no pienso enamorarme… —empieza a decir Dez.

—No me refiero a tus sentimientos, sino a que voy a echarte un polvazo tan alucinante que te destruirá.

—Jesús, Rafe. —No puede disimular lo excitada que la ha vuelto a poner—. Suena a que para acostumbrarse va a haber que practicar.

—Tienes razón.

—Entonces, ¿cuándo empezamos?

—Ya te avisaré —responde y, entonces, por desgracia, la deja en el suelo—. Tengo que irme. Y tú deberías descansar antes de lo de esta noche.

—¿Por qué siempre haces lo mismo? —Dez aprieta los dientes, frustrada.

—¿Y tú por qué siempre me lo permites?

—Estoy empezando a odiarte.

—Qué pena, porque tú estás empezando a caerme bien —contesta él—. Descansa, te hará falta para esta noche.

—Preferiría llevarte a la cama antes que ir a una estúpida gala.

—¿Y si te prometo que la espera merecerá la pena? —pregunta Rafe, y le planta un beso en cada uno de los ojos cerrados antes de dar media vuelta para marcharse.

28

Dez vuelve a su dormitorio, atontada y más caliente que un volcán. Necesita echarse una siesta para que se le pase el efecto del Soma y liberar la frustración sexual que le ha provocado Rafe por *cuarta* vez. Pero, al abrir la puerta, se sorprende cuando la reciben con aplausos.

—¡Por fin lo has conseguido! —exclama Yael.

¿Se refiere a la película o al orgasmo imprevisto que acaba de arrebatarle a Rafe de los pantalones? Está reventada. El Soma le recorre el cuerpo poco a poco.

—¿Cómo te has enterado?

—Todo el mundo lo sabe —contesta Simon, que saca el violín y arranca a tocar «Living Thing», de ELO—. ¡Acaban de anunciar a los premiados de la gala de mitad de trimestre! Van a homenajear a todos los de primero que hayan terminado su encargo.

—Eso he oído —afirma Dez.

—Y mañana podremos hacer los preparativos para volver a casa durante las vacaciones —prosigue Simon.

Dez le da un par de vueltas a la idea; no a su casa de verdad, sino a otra versión, en la que Mo no se quemó y ella no es sospechosa de haber perpetrado un robo a mano armada y algo peor. Una versión en la que puede pasar tres días en Death Valley, su madre se toma unas vacaciones, Silas se presenta sin avisar como de costumbre y

salen todos juntos a cenar. En la que ella y Mo se pasan la noche en vela viendo *Hermanos por pelotas* y charlando. En la que le enseña *Lazarus* en persona, en vez de delegar en Rafe para que se la entregue.

Se pregunta si de verdad va a cumplir con lo que le ha prometido. No sabe si siente agradecimiento o envidia de que Rafe pueda estar con Mo en este momento.

—Suena bien —le susurra a Simon—. Me muero de ganas.

—La fiesta empieza a las ocho, Dez —declara Yael a medida que echa un vistazo a la apariencia trasnochada de Dez. Se da cuenta de que su compañera cree que no va a tener tiempo suficiente para adecentarse.

—¿Qué tipo de fiesta es? —pregunta Dez. No tiene muchas ganas de otra ronda de libertinaje en el Villains, no después de la escapada nocturna al repositorio. No después de lo hechizada que se ha quedado cuando Rafe la ha hecho correrse. Le encantaría meterse en la cama y dormir un siglo.

—En parte es una celebración y en parte es una fiesta de iniciación —dice Yael—. Exponen vuestros trabajos y luego Moriah dice unas palabras.

—Llevo toda la noche sin dormir —se queja Dez—. Me bebí un Soma…

—Ni se te ocurra escaquearte —responde Yael, que luego se pone loca de contenta—. ¡De acuerdo! Tengo que echar una mano con los preparativos. Tienes el vestido en tu cuarto. ¡Y tú ponte el traje!

—¿Va en serio? —pregunta Dez.

—Jet me ha mandado uno —corrobora Simon.

—Nos vemos por la noche, novatos —se despide Yael por encima

del hombro mientras baja las escaleras a toda velocidad—. No lleguéis tarde.



Simon y Dez entran al repositorio a las ocho en punto. Va bien acicalado con ese traje a medida. El vestido que ha elegido Rafe para ella es precioso y sexi; es ceñido, de color negro y tiene la espalda al aire, detalles de encaje en el cuello y un dobladillo ondeante. Le sienta igual que las manos de Rafe: como un guante.

El repositorio se ha transformado, y el patio interior del centro está adornado con lucecitas y unos jarrones dorados gigantescos repletos de orquídeas blancas. Desde una cabina para DJ al fondo del repositorio suena «Fly Me to the Moon».

—¿Soy yo o esto huele a trampa? —le dice Dez a Simon cuando un camarero se acerca con una bandeja de copas de champán espumoso.

—Parece como si nos hubiésemos colado en la boda de un oligarca —contesta Simon a la vez que entrechocan las copas—, pero al menos hay alcohol.

Dez alarga el brazo en dirección a otro camarero que pasa con los *hors d'oeuvres*.

—Y caviar —añade con la boca llena.

—¿Y bien? ¿Qué tal el montaje final?

Dez es incapaz de reprimir una sonrisa. Está pensando en la película de Mo, no en la que le asignaron. Se siente orgullosa de ella.

—¿Tan buena es?

—Simon, ¿cuántos guiones llevas escritos este trimestre?

—Unos ciento cincuenta —responde él, meneando la cabeza.

Dez casi escupe el champán.

—Pero si la última vez que hablamos me dijiste que llevabas unos diez o veinte.

Simon se encoge de hombros.

—He estado en racha. Las cosas han avanzado rápido.

—¿Cómo lo conseguiste exactamente?

—Llevo todo el mes sentado a oscuras en mi objetivo, escuchando grabaciones de las vidas de mis sujetos.

—¿De verdad? ¿Cómo si fuese un diario? —pregunta Dez.

—Como un diario, pero en formato de audiolibro —responde Simon—. Crees que acabarás aburriéndote, pero es mentira. En fin, desde hace poco, digamos que he empezado a… abrirme, a dejarme llevar más por sus voces. Algo cambió. No sé de qué otro modo explicarlo.

Dez cree que entiende a lo que se refiere. Hoy le ha ocurrido algo parecido con las nubes en *Lazarus*, aunque a menor escala. Aún le queda mucho camino para alcanzar a Simon el resto del trimestre, pero todavía no quiere planteárselo.

Simon echa un vistazo más allá, hacia la pista de baile que se va llenando.

—Mi objetivo esta noche es darle a Esther algo con lo que masturbarse cuando vuelva a casa durante las vacaciones —dice, y Dez se ríe para sus adentros—. ¿Y el tuyo?

Su objetivo de este mes ha sido terminar *Lazarus* y hacérsela llegar a su hermano. Ahora que ya está hecho, se siente perdida. ¿*Debería* tener otro más allá de su trabajo?

Echa una ojeada a la sala. Con la ropa formal que les deja la piel al descubierto, reconoce las partes del cuerpo de algunos de los alumnos de último curso que ha visto hacerlo en público un par de

veces en el Villains. Por ahora, todo el mundo lleva los pantalones puestos, aunque por los pelos. Le da la sensación de que, después de un par de copas, las cosas se desmadrarán hasta tornarse perversas.

—Vamos a bailar —dice Simon con la vista clavada en la pista de baile, donde Dez ve a Esther bailar sola con ternura.

Deja que Simon la arrastre a la marea de cuerpos que bailan. La canción que está sonando en los altavoces a todo trapo es un remix de «I Don't Care», de Charli XCX e Icona Pop; antes de darse cuenta, se está apurando el resto del champán y dando saltos mientras rebota contra Simon, Esther y unos de último curso cuyos nombres no conoce. Cierra los ojos y deja que la música, el zumbido del champán y el dulce aroma de las orquídeas que están por todas partes le arrebaten la vergüenza, la inquietud y la frustración, hasta que ya no siente nada. Solo es una fiesta. Puede divertirse sin más.

Cuando acaba la canción y empieza a sonar «Never Tear Us Apart», de INXS, Dez abre los ojos, reacia a dejar de saltar. Descubre a Simon rodeándole la cintura a Esther de forma cuidadosa para un baile lento. Entonces, nota una mano en su propia cintura.

—Hola, Dez —saluda una voz grave.

Ella desliza los brazos alrededor de su cuello antes de ver a Rafe. El traje le sienta espectacular; la bufanda dorada se entrevé por debajo de la chaqueta. Sus cuerpos encajan con facilidad. Qué difícil le pone el resto de las cosas.

—¿Lo has hecho? ¿Le has dado mi peli a Mo?

—Se la he entregado, sí.

No creía que iba a estar de vuelta tan rápido. Se pregunta cómo habrá llegado hasta allí. ¿Ha ido volando en el mismo *jet* de obsidiana que la trajo hasta aquí?

—¿Cómo se encuentra?

—No te sé decir, pero me he asegurado de que la reciba. Lo más probable es que la esté viendo en estos momentos.

Dez cierra los ojos y suelta el aire. Su hermano por fin entenderá a dónde se fue y por qué se marchó.

—¿Bailas conmigo? —pregunta Rafe.

—Solo un baile —le advierte mientras le pincha el esternón con el índice.

—Aceptaré cualquier cosa.

—Sigo molesta contigo.

—Ay, Dez —contesta él, más triste de lo que esperaba. ¿Por qué? Solo le estaba tomando el pelo. Más o menos.

—Ya van *cuatro veces*, Rafe. Es absurdo.

La mira a los ojos y le aparta el pelo de la cara.

—Quiero que consigas lo que quieres.

Nunca lo ha visto tan serio. Le toca el lateral de la cara.

—Oye, ¿estás bien?

—Sí, claro.

Se pregunta si ocurre algo con Mo, pero, si hubiese malas noticias, Rafe se lo contaría. Antes de poder insistir, todas las paredes se iluminan con pantallas de varios proyectores.

La cámara inmensa se ha convertido en una sala de cine gigantesca; un objetivo lo bastante grande como para rodear a todo el alumnado.

—Atenta —murmura Rafe mientras le recorre la espalda de arriba abajo con los dedos—. Creo que te gustará.

Dos de las paredes altas del repositorio muestran páginas agrandadas de unos guiones y unas voces leen las frases en voz alta:

Me quiere…
La he cagado…
Es cáncer…
Me han admitido…
Nos hemos casado…
Ella me puso los cuernos…
Se acabó…
Me he enamorado…

A Dez se le eriza la piel de los labios. Son extractos de guiones, muestras de aquello en lo que han trabajado los escribas este trimestre. Son las voces que Simon y los demás han escuchado durante horas; se han abierto a ellas para después recrearlas.

A su alrededor, todos los estudiantes, hasta los demacrados de último curso, levantan la vista, ensimismados con el espectáculo a la vez que señalan fragmentos de guiones, se ríen con algunos o se avergüenzan y se emocionan con otros.

En mitad de la pista de baile, todavía en brazos de Rafe, Dez levanta la vista fascinada conforme las dos paredes restantes del repositorio comienzan a mostrar un montaje de escenas de varias películas. Todas ellas deben provenir de las películas que han creado los visionarios como Dez.

Escenas de bebés llegando al mundo. De niños aprendiendo a hacer un *plié* en la barra de *ballet*. Una mujer llorando en el hueco de una escalera. Un equipo de cincuenta adultos con la cara pintada perdiendo en un juego de tira y afloja. Un hombre mirándose al espejo para después cruzarse la cara con fuerza.

Bombas cayendo sobre edificios.

Manifestantes bloqueando las calles.

Un incendio que parece un tornado asolando un barrio.

Alguien soplando un diente de león al viento.

Las imágenes van ganando velocidad hasta el punto de convertirse prácticamente en un torbellino psicodélico a medida que la gente hace el amor en coches, camas, palcos de ópera y salas de la lavadora. Granizo, coches fúnebres, caballos. Familias sentadas a la mesa. Familias gritando y portazos. Familias que posan para echarse una foto en playas, montañas y monumentos.

Y entonces…

Dez se ve en pantalla. Sentada en el capó de su coche, el día en el que Moses se tatuó. Ocupa la mitad de la pantalla gigantesca que tiene delante. Es la última escena de *Lazarus*, la del cierre, que termina con las nubes reflejándose en su mirada.

—Es mi peli —le dice a Rafe con nerviosismo. Su peli *secreta*—. ¿Qué hace aquí?

—No pasa nada, Dez. Es preciosa.

Dez mantiene la vista clavada en sus ojos en la pantalla, que se van desvaneciendo.

—Lo echo de menos. —Traga saliva—. Ojalá pudiese verlo durante las vacaciones.

—¿Puedo darte un consejo? —contesta Rafe, despacio. Dez lo mira. Se le suavizan las esquinas de los ojos cuando le dice—: Vive el momento, el ahora. La noche es joven. Y el mañana ni siquiera existe.

Le roza los dedos a Rafe con los suyos, atrapada por el trance de su mirada. El deseo late en su interior y la canción termina demasiado rápido. Desde la cabina del DJ, Jet dice en el micro:

—Tomad asiento, juerguistas, ¡y dadle un buen aplauso a la

directora Moriah!

29

Un foco ilumina a la directora Moriah, que está sentada en mitad de la sala, en una mesa iluminada por candelabros altos de cristal. La multitud de la pista de baile se dispersa. Dez se separa de Rafe y se sienta en un hueco de una mesa alta con Simon y Esther. Han adoptado una formación silenciosa: los de primero a la derecha, los de último curso a la izquierda y la directora en el centro.

—Buenas noches, cineastas —saluda Moriah a la vez que acaricia a la cobra que le serpentea por el brazo. Lleva una capa de terciopelo negro por encima del vestido, con la capucha en la nuca. Tiene los labios y las uñas pintados de un rojo sangre brillante—. Como puede que algunos sepáis —declara, echando un vistazo a los de último curso— y el resto no tardará en descubrir —se gira hacia los de primero—, esta será una noche que jamás olvidaréis.

Dez echa un vistazo a Simon, cuya expresión inquieta refleja la suya. A su lado, hasta la normalmente tranquila Esther se está crujiendo los dedos uno a uno. Dez recorre la pista de baile con la mirada, donde Yael se atusa el pelo oscuro sin parar con las puntas de los dedos y Jet se sienta de brazos cruzados mientras sonríe.

¿Dónde está Rafe? Dez no consigue discernirlo entre las sombras al fondo de la sala.

Una corazonada le acelera el pulso. Intenta recordarse a sí misma

que están de celebración. Aunque es una fiesta de la Aqueronte, así que quién sabe lo que acecha a la vuelta de la esquina.

—¿Qué está ocurriendo? —le susurra a Simon.

—Yo no sé nada —contesta él.

—Siempre sabes *algo* —replica Dez.

—Esta noche, no.

—Cuando me estaba cambiando —murmura Esther tras inclinarse hacia ellos—, mi mentor me ha mandado una docena de rosas muertas con una tarjeta donde ponía: «Memento mori».

Dez traga saliva. Como si cualquiera fuese a necesitar un recordatorio después de lo que le sucedió a Alice Quinn.

—Ha sido una época difícil —afirma la directora Moriah conforme la serpiente repta por el micrófono—. Estamos llorando una gran pérdida.

—¡Atención, atención! —exclama Jet por la sala.

El foco abandona a la directora para iluminar el muro que tiene detrás, del que pende un retrato que Dez no ha visto nunca. Representa a un hombre guapísimo y joven, de pelo rizado castaño rojizo y ojos verdes intensos. Lee la placa dorada que está bajo el retrato:

Samael Sophus Abbadon

Unos aplausos se alzan desde el lado de los de último curso. Moriah los acalla con un movimiento de mano.

—La jubilación repentina del doctor Abbadon ha supuesto un gran cambio para todos nosotros —declara—. Hemos continuado con nuestras funciones cruciales sin dejar de lado nuestra integridad como institución. Es posible que los alumnos de primero os estéis

preguntando de qué va todo esto —prosigue Moriah—. De qué va *este sitio* en realidad. Sabéis que alberga secretos, pero no cuáles.

Dez se inclina hacia delante en el asiento.

—Esta noche —continúa la directora—, os habéis ganado el derecho a descubrir la verdad. —Apoya ambas manos en la mesa que tiene delante—. Así que aquí la tenéis: no estáis aquí para crear películas.

Dez se da la vuelta para mirar a Simon y a Esther. Observan a Moriah con los ojos como platos.

—Al menos, no en un sentido estricto —explica—. La Aqueronte no es una escuela de cine habitual. Lo que creáis aquí no se proyecta en cines de autor ni en festivales. En su lugar, estáis creando *las películas más importantes de la historia.*

A Dez le gustaría ver la expresión de Rafe en este momento. Pero o bien está oculto en las sombras o se ha largado de la fiesta antes de tiempo.

—Hacedme caso —dice la directora, que ahora tiene la vista clavada en Dez—. A pesar de estar explicándolo con claridad, resulta difícil de comprender. No es una exageración. Voy a repetirlo: cada uno de vosotros, ya seáis visionarios o escribas, sin importar el género que se os haya asignado, está creando *las películas más importantes de la historia*. Las llamamos «repasos vitales». —Hace una pausa y echa un vistazo por la sala hasta que todo el mundo está pendiente de sus palabras—. Su objetivo es el de distinguir a los vivos de los muertos.

Los de último curso aporrean las mesas. Dez oye unos murmullos de confusión a su alrededor, en el lado de los de primero. Ve a Simon susurrarle algo a Esther y la forma en la que se dan la mano. Se le

eriza la piel a medida que va dándole vueltas a las palabras de la directora en su cabeza.

¿Cómo se puede distinguir a los vivos de los muertos con una película?

Dez sabe que el arte nos hace sentirnos vivos, que una vida sin arte no es vida en absoluto. Pero si la afirmación de Moriah de que están creando las películas más importantes de la historia no es una exageración, ¿qué es *entonces*?

—Señor Mayhew —llama la doctora Moriah, y eso hace que Simon vuelva a prestar atención de golpe.

El foco lo ilumina mientras él se alisa la chaqueta del traje.

—¿Sí, directora Moriah?

—¿Alguna vez ha escuchado la frase «Ver pasar la vida delante de sus ojos» para referirse a la muerte?

—Sí —contesta Simon, tras asentir.

—¿Y usted, señorita Rae?

Dez se ha convertido en el centro de atención. Parpadea y echa un vistazo a su alrededor, pero el resplandor del foco que le ilumina la cara la ciega.

—Sí, la he oído.

—Muy bien —contesta Moriah cuando el foco vuelve a incidir sobre su mesa—. Sin embargo, ¿alguna vez os habéis planteado los entresijos de esa hazaña?

Dez *sí*. Le fascina la capacidad que tiene el cerebro humano a las puertas de la muerte para almacenar e hilar un final tan significativo.

Pero Moriah no la deja responder.

—Os lo voy a contar —declara la directora despacio, con claridad —. Cuando un cuerpo humano muere, el proceso se asemeja al del

sueño: los músculos de la mente se relajan, la sangre se enfría. La mente está más centrada de lo que lo ha estado desde su nacimiento. Eso convierte a los moribundos en el público perfecto, abierto y receptivo. En un momento dado, el alma comienza a resplandecer y sobrevuela el cuerpo… y, cuando las ondas cerebrales eléctricas se alzan por última vez, la vida pasa por delante de sus ojos. Eso es el repaso vital.

—¿Cómo…? —murmura Simon.

—Y esas películas no son producto de la mente humana moribunda, sino de un *cineasta* con mucho talento y formación —prosigue Moriah—. Ahí es donde entráis vosotros.

—¿Qué carajos? —susurra Esther.

—Los escribas de la Aqueronte redactan el guion que seguirá la película —dice la directora—; los visionarios de la Aqueronte recopilan y editan el montaje de escenas que verán al morir. Entonces, cuando llega la hora, el Departamento de Distribución de la Aqueronte envía la película a la corteza cerebral que está en proceso de morir. —Se da unos toquecitos en la parte trasera de la cabeza.

Dez se agarra con fuerza al lateral de la mesa, mareada. Es imposible que las palabras de la decana sean ciertas. Pero, de alguna forma, sabe que lo son.

—Estamos en *la esencia* de todo —declara Moriah—. Nos adentramos en la humanidad de una forma que quizá hasta ahora os resultase inconcebible. Al llegar aquí, cuando os unisteis a nosotros para ayudar a los muertos, y esta noche, cuando demos el próximo paso juntos, estaréis aliados con unos amigos poderosos. Y veréis que casi nada es imposible. —Hace una pausa y echa un vistazo a los

de primero con una sonrisa extraña—. Se admiten preguntas.

Una avalancha de objeciones se despierta en su interior. Dez nunca accedió a esto. Y los demás tampoco. Si algo de lo que afirma la directora es cierto, engañarlos para que se formasen en ese tipo de trabajo es siniestro, deshonesto.

—¿Por qué? —pregunta Dez en voz alta antes de darse cuenta de que va a hablar—. ¿Por qué no nos lo habéis contado hasta ahora?

—Para empezar, porque teníais que demostrar ser dignos de confianza a través de vuestro trabajo. Además, tampoco podríais haber gestionado la información antes —responde Moriah.

—¿Y si no podemos gestionarla ahora? —pregunta Simon.

—La responsabilidad nace de los sueños —contesta Moriah—. Nadie pide haber nacido princesa. Se os ha otorgado la grandeza. Siento no poder ponerme a tocar un violín diminuto.

—¿Qué propósito tienen los repasos vitales? —pregunta Paul Rowan.

—Fantástica pregunta —responde Moriah—. Los muertos no pueden seguir adelante sin ellos. Nuestras películas permiten que el alma transite hasta la muerte al dotar de significado las vidas de los muertos. Para alcanzar la plenitud, las almas requieren de un significado. No hay nada más profundo que pasar página.

—¿Y qué pasa cuando termina la película? —pregunta Esther.

—Cuando acaba, el alma humana entra en la luz blanca. —Echa un vistazo y contempla sus rostros un tanto satisfecha—. Sí, eso también es cierto. Un túnel de luz blanca aguarda a todas las almas mortales.

—¿Es el cielo? —pregunta uno de los de primero desde las sombras.

Moriah se detiene un instante, pero no contesta.

—Sin nuestras películas, los muertos ni siquiera pueden *hallar* la luz blanca —acaba diciendo.

Dez nota que se le entumecen las extremidades. Reflexiona sobre la frase que no deja de usar la directora. *Los muertos. Los muertos. Los muertos*. Siente un escalofrío que le cala hasta los huesos.

Se levanta, temblando.

—Siéntese, señorita Rae —le indica la directora.

Dez es incapaz de sentarse. Está disociando. Apenas se percata de que se está moviendo.

—Moses —susurra con voz ronca.

Siente que todas las miradas se clavan en ella: la de la directora y las de los de último curso. Por fin, ve a Rafe despegarse de las sombras; la mira a los ojos como si hubiese visto un fantasma. Nota que se le hace un nudo en el estómago.

—*Siéntese* —vocifera Moriah. La serpiente sisea—. En un primer momento, a todo el mundo le resulta perturbador. Pero la gente muere. Así son las cosas.

—No —murmura Dez. Se aferra al borde de la mesa. Siente un miedo por dentro que pesa una tonelada. No puede permitirse creerlo. Aunque en este sitio se hagan películas para los repasos vitales, aunque de algún modo las envíen mágicamente a las mentes de los moribundos, *su* peli es distinta. Su trabajo secreto. Solo estaba practicando.

Claro.

Es imposible que Mo esté… muerto.

Hacía unas semanas, quizá estuviese con un pie en la tumba por culpa de lo que le hizo. Pero ha estado en el hospital, recibiendo tratamiento. En algún momento, cuando la dejasen, Dez iría a

visitarlo.

—Vuestras películas son las que preservan la paz del mundo tal y como lo conocéis. —La voz de Moriah suena distante en sus oídos—. Al ayudar a los muertos a pasar página.

Escogió hacer una película sobre su hermano. Infringió las normas y se dedicó a hacer una película sobre la persona que más quiere en el mundo. Es imposible que, al crear *Lazarus*, Dez haya *matado* a Mo.

Rafe acaba de entregarle la película esta noche. Se lo habría contado…

Le tiemblan las rodillas. Mira a Rafe.

Él la está observando. Parece destrozado. Inspira, cierra los ojos.

Y luego asiente.

Se queda mirando a Rafe en la penumbra del repositorio a medida que el resplandor de una luz dorada rodea su silueta. Pestañea y se frota los ojos, pero el brillo solo se intensifica. Nadie más se gira para mirarlo; nadie parece darse cuenta de lo que ella está viendo. No tarda en darse cuenta de que ese brillo le resulta familiar. Ya lo había visto en otra ocasión, al subirse al *jet* en Death Valley.

«Tu primera ruptura», explicó Rafe. Cuando estaban sobre la pista de aterrizaje, le explicó que su intuición había despertado porque sabía que aquel momento marcaría un antes y un después en su vida, en su destino.

Y ahí tiene otro.

No, suplica, a pesar del choque de realidad. Hueco. Resonante. Absurdo. Esto no es ningún juego. De algún modo, lo que acaba de decir la directora es cierto.

—A algunos se os acaban de pasar los efectos de una dosis de Soma —declara Moriah con la vista clavada en ella.

Sabe que esa noche ha tomado Soma. Sabe que hizo la película sobre Mo. Lo ha sabido desde el principio.

—Saber que vuestros sujetos siguen cerca es un regalo. ¿Notáis cómo se adentran en la luz? Os están dando las gracias…

Escucha el rugido de la sangre en los oídos, que acalla la voz de la directora. Se aleja de su mesa dando un traspié y sale del repositorio lo más rápido posible.

30

Dez se desploma contra la pared nada más salir del repositorio. No siente nada. No ve nada. No escucha…

Unos pasos.

—*Lárgate* —ordena con una voz tan hueca, profunda y fría que no se reconoce.

Alguien se arrodilla delante de ella.

—Dez. —Es Rafe.

—No. —Levanta las manos para apartarlo—. No.

—Lo sé —contesta él con ternura.

Retrocede; le tiemblan los hombros al sollozar. No quiere verlo. Solo quiere estar con su hermano.

—Dez.

—Déjame en paz. —No puede respirar. Se asfixia al no poder meter aire en los pulmones. Ha habido un error. Lo que ha dicho la directora no puede ser real. Pero la luz que rodeaba a Rafe cuando asintió sí que lo era. Ha ocurrido una ruptura que la ha hecho entrar en otra fase de su vida. Esto está ocurriendo. Es real.

Tiembla de rabia, ciega de dolor. Siente que los muros de piedra fría se ciernen sobre ella.

Rafe le coloca una mano en el hombro. Pretende consolarla, pero Dez reacciona con una furia absoluta. No piensa dejarse consolar. Va a librarse de él y a darle un puñetazo en la cara; no obstante, cuando

levanta la vista, la mirada de Rafe la calma. Le da estabilidad. Y, por un segundo, el pánico se mitiga.

Parece… como si él pudiese encargarse de la situación. De ella. Como si comprendiese algo inefable, como si a él también lo hubiesen hecho añicos de esta forma.

—Respira hondo —dice.

Lo intenta. Da una respiración entrecortada, dolorosa, pero al menos ya no siente que las paredes vayan a aplastarla.

Se aferra a las manos de Rafe y le sostiene la mirada.

—*¿Cómo pasó?*

—Te lo explicaré todo. —Se sienta a su lado y le pasa un brazo por los hombros—. Pero primero, quizá lo mejor sea que llores.

Dez apenas puede moverse, pero se le hace fácil apoyarse en él. Hunde la cara en su camiseta y se deshace en lágrimas.

Llora por su hermano, por su madre, por ella misma. Llora por estar atrapada en esta escuela tan horrible, porque su vida se haya salido de los límites que comprende. Llora por el tiempo y el amor que ha perdido y por lo indefensa que se siente.

Rafe la abraza sin decir nada. Por fin vuelve a levantar la cabeza como si no le quedase nada dentro.

El chico le aparta el pelo de la cara con los dedos. Le levanta la barbilla, la mira a los ojos y se acerca tanto que sus rostros casi se tocan.

—¿Fui yo quien lo mató? —susurra.

—No. —Rafe niega con la cabeza—. Intentaste salvarlo.

—Quise convencerme de que estaba mejorando; así es como pude ir tirando día tras día. Soy una estúpida. Estaba convencida. —Se sorbe la nariz.

—Estabas convencida porque era cierto. Tuviste un presentimiento. Moses se *estaba* recuperando. Hasta ayer, que empeoró.

—¿Cómo lo sabes?

—Para ti, Dez, la vida y la muerte siguen siendo un gran misterio —murmura Rafe—. Pero que te quede claro: a Moses le importó que estuvieses con él al final.

Vuelve a echarse a llorar. Si se refiere a que su película estuvo ahí, reproduciéndose delante de Mo, no es lo mismo que haber estado en persona. Tendría que haber estado a su lado. Tendría que haber pasado el último mes con él, escuchando cada una de sus respiraciones. Y, aunque desde que entró en la Aqueronte se ha dedicado en cuerpo y alma a crear la película sobre su hermano, nada de eso importa. No cuenta. Lo dejó tirado cuando él la necesitaba.

—Sintió tu amor.

Dez hace una mueca.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé —replica él de forma tan autoritaria que Dez se lo queda mirando—. ¿Estás lista?

—¿Para qué?

—Tu hermano ha muerto a las 17:16 de esta tarde, unos instantes después de que terminases *Lazarus*. Los médicos esperaban darle el alta esta semana, pero anoche desarrolló sepsis, y se le propagó rápidamente por el cuerpo. Cuando encendí la cerilla en tu objetivo para mandar tu trabajo al Departamento de Distribución, él estaba dando su último aliento. —Rafe cierra los ojos—. Yo era el encargado de entregarle la película a tu hermano. Sé que te prometí que le haría

llegar la película, pero también formaba parte de mi trabajo.

—¿Cómo? ¿Cómo llegó a su mente?

—Algún día, te lo explicaré. Pero por ahora, entiende que las escenas ya estaban en lo más recóndito de su mente. Son recuerdos que forman parte de la vida de tu hermano. Si no se editan, abrumarían al cerebro humano. Tu película hizo que cobrasen sentido. Hiciste que su vida cobrase sentido.

—Dijiste que esas grabaciones provenían de cámaras de seguridad —dice ella a la vez que se seca una lágrima—, de supermamás, de la nube…

—Algunas, pero no todas. Desde el repositorio tuviste acceso a cualquier cosa para poder documentarte y cotejar. Pero las escenas que al final decidiste incluir en la película de Mo provenían de sus recuerdos. Al resto de los alumnos de primero hay que enseñarle a distinguir los recuerdos de las grabaciones hechas con un iPhone, pero tú aprendiste a hacerlo por tu cuenta. Por eso tu película tiene tanta fuerza, porque ves cosas que los demás no.

Cuando trata de imaginarse a Mo viendo la película antes de morir, se le parte el corazón de la pena. Se dobla y se abraza el cuerpo como si eso fuese lo único que la mantuviese intacta. Quiere que su hermano vuelva. Haría lo que fuera por rebobinar la vida de Mo y arreglarlo.

Se siente tan perdida, tan rota…

—Necesito verlo.

—Lo siento, Dez. Se ha ido.

Vuelve a sollozar y le aporrea el pecho a Rafe para apartarlo.

—¿Por qué no me llevaste contigo?

—Sabes que no podía —contesta él, afligido—. Es por tu

seguridad. Yo estuve con él en el hospital cuando tú no pudiste —afirma con una intensidad silenciosa que acalla a Dez—. Sé reconocer la paz cuando la veo. Tú se la otorgaste a tu hermano gracias a la película.

—Si no hubiese desafiado a Zarlengo, si no te hubiese suplicado que me dejases hacer la película…

—Mo habría muerto de todas formas —responde Rafe—. Y Lexa O'Rourke también. *Parece* que elegiste hacer la película de Mo, pero en realidad te la *asignaron*, directa o indirectamente.

—¿Quién? —exige saber Dez.

Rafe sonríe.

—Los que mandan tienen muchos nombres —dice Rafe—. Ahora mismo, lo que importa es que creen que tu futuro está aquí…

—Olvida mi futuro. Mi hermano está…

—Muerto. Sí. Era inevitable. —Rafe asiente—. Aunque no hubieses hecho la peli sobre Mo, esa tarea habría recaído en otra persona. —Le rodea la cara con la mano—. ¿No te alegras de haber sido tú?

Dez lo mira a los ojos; desconfía de la ternura que ve en ellos. Las cosas que necesita saber son demasiado grandes para gestionarlas estando tan dolida. Son demasiado grandes para preguntárselas a Rafe, una persona con la que no puede contar más que un par de segundos seguidos.

En cualquier momento, podría cambiar de opinión.

—Pregúntamelo —susurra como si le estuviese leyendo la mente.

Dez niega con la cabeza.

—Siempre que te acercas así, luego acabas alejándome… Esta noche no voy a poder soportarlo.

—Todo está relacionado, Dez. ¿No te das cuenta? La atracción que

sentimos el uno por el otro. Mi comportamiento. El motivo por el que me deseas tanto a pesar de que te saco de tus casillas. —Le toca la mejilla—. Quieres respuestas. Pero en lo más hondo de tu ser ya lo sabes.

—No sé nada.

—Sí que lo sabes —replica él—. Sabes lo que hacemos aquí en realidad. Lo que… somos. Piensa en todo lo que no encaja de este sitio.

Se le viene a la mente un destello del ritual de emparejamiento que celebraron durante su primer día allí, cuando algo parecía guiar sus esquís. O el momento en el que fueron al Villains y los de último curso se colgaron de los cables del telesilla, desafiando a la muerte. Ve a Eri, cuya imagen no se reflejaba en el espejo situado detrás de la barra. Y piensa en el cadáver que vio caer del cielo, en la forma en la que ya parecía estar muerto.

—¿Estamos muertos? —pregunta.

—No. —Rafe niega con la cabeza—. Pero…

—¿Hay un *pero*?

—Tampoco puedo afirmar que estemos vivos del todo. Al menos, no de la forma a la que estás acostumbrada.

Un miedo absoluto y desdichado se cierne sobre Dez como una sombra.

—¿Recuerdas el relámpago que atravesamos la primera noche en el vuelo de ida?

Dez asiente. Pues claro que lo recuerda. Se quedó aterrada cuando el relámpago impactó contra el avión.

—No era un relámpago —declara Rafe.

—¿Lo llamaste «barbelo»?

—El límite divino. Es un filtro que se superpone a la realidad, diseñado por el doctor Ezekiel. En cuanto lo atravesamos, nos adentramos en un reino oculto.

—¿Y de qué se oculta?

—Para empezar, de las autoridades. Pero, en general, de los ojos mortales.

—¿Y del sol? —adivina Dez—. ¿Por eso aquí siempre es de noche? ¿Por el *barbelo*?

—El sol es un daño colateral que viene con el resto de las protecciones que ofrece el *barbelo* —dice tras asentir.

—¿Frente a qué? —insiste Dez.

La mira y dice lo siguiente como si no tuviese importancia:

—A la muerte. Cuando estás dentro de los límites, el *barbelo* impide que los de primero mueran.

Dez le da un par de vueltas a la información. No cuadra.

—Pero Alice…

—Lo sé —responde Rafe a la vez que asiente como si se lo estuviese esperando—. Moriah os lo explicará dentro de poco.

—¿Y qué hay de ti? Has dicho que el *barbelo* protege a los de primero. ¿Por qué a los de último curso no?

—Porque a nosotros no nos hace falta.

—¿Y eso por qué?

Rafe traga saliva y abre la boca, pero tarda un instante en contestar.

—¿Rafe?

—Porque somos ángeles.

Levanta los brazos para taparse la cara antes de que Dez se la cruce.

—Imbécil —masculla, y comienza a levantarse. Ha vuelto a quedar

como una idiota por confiar en que fuese a decirle la verdad. Su hermano está muerto y para él todo es un chiste—. Me largo de aquí.

—Sé que el impulso de desconfiar es fuerte —susurra—. Pero ¿una parte de ti no sabe que es cierto?

Dez deja de andar y se da la vuelta.

—La primera vez que me viste —prosigue con una expresión extraña en la mirada—, fue en el muelle de Ventura, el día que rodaste *Destellos*.

—¿Qué? —pregunta, pero las palabras de Rafe rescatan un recuerdo. No sabe a qué se refiere… hasta que se da cuenta.

—Pasé por delante de ti cuando estabas preparando una toma —explica Rafe—. Y me *viste*. Se suponía que no debías verme. Debería haber sido invisible a tus ojos, igual que sucedió con el resto de los mortales de ese puerto. Como les pasa a todos los ángeles con los mortales fuera del *barbelo*. Pero tú me viste. Al principio, no me lo creí, pero después, la noche del accidente de Mo, cuando me crucé contigo en la carretera y me *hablaste*… No había forma de negarlo. —Le sonríe con tristeza—. Tienes la visión, Desdemona. Es un don muy inusual. Te ha traído hasta aquí.

—¿No todos los de primero pueden…?

—No. —Niega con la cabeza—. Ninguno puede ver lo mismo que tú. Los demás, Simon, Esther, Alice, solo pueden percibir a los ángeles dentro del *barbelo*.

—Rafe, esto no tiene ningún sentido.

—Entonces, vamos a rebobinar hasta el principio —dice—. Aquel día, cuando me viste en el muelle, ¿no pensaste que tenía algo distinto a cualquier otra persona que hubieses conocido?

Dez asiente, despacio. Sigue fulminándolo con la mirada, aunque

él la mira como si necesitara que lo escuchase, como si la necesitara y punto. Vuelve a sentarse poco a poco.

—Cuéntame la verdad. —Le pide.

—Me llamo Malach Rafael. Significa «curación divina».

Ella niega con la cabeza y las lágrimas vuelven a escocerle en los ojos.

—No te creo —susurra.

—¿Me dejas que te lo demuestre?

Rafe le tiende la mano. Lo mira. Él asiente. Se da cuenta de que tiene que darle la mano. Rafe entrelaza los dedos con los suyos.

Una corriente fuerte y repentina la atraviesa y la obliga a cerrar los ojos. Comienza en su mano, pero le recorre el cuerpo entero, desde el cuello hasta los pies, desde los codos hasta los ojos.

—Vaya —se le escapa. Se asemeja a la calidez, aunque no del todo. Dez es incapaz de describir lo que siente, porque nunca había experimentado algo así. La embarga una calma absoluta y extraordinaria. Le llega hasta las entrañas, más hondo de lo que nunca habría imaginado, y se adentra en todos los huecos rotos de su interior. Respira, pero no como de costumbre. Siente el pecho despejado, ligero, y el cuerpo dispuesto a abrazar una sensación de plenitud que se le propaga hasta el corazón roto. Es *precioso*.

Algo claramente divino.

Aparta la mano con brusquedad.

—¿Qué mierda ha sido eso? —jadea.

Rafe baja la vista hacia su mano.

—Es la curación.

—No me cures. Mi hermano está muerto. Se supone que tengo que estar abierta en canal. —Se le entrecorta la voz—. ¿Por qué no lo

curaste a él?

—Lo hice —responde en voz baja—. La noche del accidente. Justo cuando te dejé en la carretera. Sané cuanto pude… hasta donde me lo permitieron, Dez. Y por eso pudo llegar al hospital. Por eso ha sobrevivido todo este mes. Lo suficiente para que pudieses ser tú quien hiciese su película.

Recorre las preciosas facciones de Rafe con la vista. Siempre fueron de una perfección irritante, pero ahora adquieren algo más intenso, algo que antaño parecía inconcebible. Niega con la cabeza y lo asesina con la mirada.

—Sí que eres un ángel.

A Rafe se le extiende una sonrisa por el rostro.

—Entonces —murmura Dez—, ¿Dios existe? Dios es real.

A Dez la educaron para ser creyente, por supuesto, pero con el paso de los años hubo tantas veces en las que dudó de la existencia de Dios que empezaron a convertirse en una lista bien larga. Esta noche, al enfrentarse a la muerte de su hermano, creyó que sería el momento en el que renegaría de Dios para siempre. A fin de cuentas, ¿cómo iba a permitir él que ocurriese algo así?

Salvo que aquí está Rafe, invitándola a creer en algo milagroso.

—Conocí a ángeles que sabían quiénes eran ellos —afirma Rafe.

—*¿Ellos?* —susurra Dez. Una sensación emocionante de certeza, de exactitud, le recorre el cuerpo.

Rafe asiente.

—En el reino de los cielos, todo está emparejado. Ya lo verás.

—¿Y cómo son?

Rafe reflexiona.

—Hace tiempo que nadie trata con ellos. Algunos dicen que han

regresado a una época que existió antes que el propio tiempo.

—¿Y eso qué significa? ¿Por qué iba a largarse Dios?

—Puedo responder a muchas de tus preguntas. Pero algunas que se me escapan. —Inclina la cabeza hacia el repositorio—. ¿Podemos volver dentro? Moriah está a punto de explicar algo que creo que te gustaría escuchar.

Dez niega con la cabeza. No puede hacerlo.

—Si no te quedas hasta el final de la gala, no aprobarás los parciales, Dez. Es una de las reglas inamovibles de la Aqueronte.

—No puedo hacerlo.

—Nos quedaremos en las sombras. —La tranquiliza Rafe—. Nadie tiene por qué saber que estamos allí. —Vuelve a tenderle la mano.

—Nada de curarme otra vez —le advierte.

—Me abstendré de hacerlo.

Dez le mira la mano. Sigue sin dársela. Está tan agotada, tan increíblemente triste, que quiere aferrarse a algo real. Pero sabe que esto no lo es.

—¿Por qué te estás portando bien conmigo esta noche? ¿Es porque mi hermano ha muerto?

—Lo siento mucho.

—No voy a acostumbrarme —responde ella—. Hay muchas probabilidades de que mañana vuelvas a comportarte como un imbécil.

Rafe le recorre el rostro con una mirada penetrante y sombría.

—Pregúntame por qué no me he portado bien contigo hasta ahora.

Lo mira a los ojos.

—¿Por qué no te has portado bien conmigo hasta ahora?

—Porque… —Inspira—. Desde que te conocí, tuve claro que me

cambiarías. De un modo en el que *de verdad* quiero hacerlo. No obstante, también pude ver lo que te aguardaba. —Señala a su alrededor—. Sabía que tu hermano no tardaría en morir y que tú harías su película. Sabía que llegaría la noche en la que descubrirías la verdad. Sabía que te partiría el corazón. —Alarga la mano hacia ella y le acaricia el pelo—. Lo que no sé es si te quedarás ahora que sabes la verdad. Sé que es egoísta y lo siento, pero no podría soportar haberme acercado a ti y que decidas marcharte. Te habría venido bien tener un buen amigo durante estas últimas semanas. Quería serlo. Pero tenía miedo de perderte.

Dez no da crédito a lo que escucha. La enoja y, al mismo tiempo, tiene sentido.

—Sabías todo lo que iba a pasar, pero ¿no sabes si voy a irme o a quedarme?

Rafe niega con la cabeza.

—Es una incógnita. Porque la decisión depende de ti.

Dez clava la vista en sus ojos azul cobalto y recuerda la noche en la que se conocieron.

—Bueno, espero ya hayas acabado —dice.

—¿De qué?

Le da un empujoncito.

—De ser un imbécil.

—Creo que sí.

Dez le da la mano. Le da la mano a un ángel. El hecho de saber qué es, de sentir cómo el poder fluye a través de él… Un poder siempre ha estado ahí, uno al que por fin puede poner nombre.

Ángel.

—¿Es una tregua? —pregunta—. Entre tú y yo. ¿Estamos bien?

Rafe esboza una sonrisa amplia.

—Si decides quedarte —dice a medida que se dirigen al repositorio —, las cosas van a cambiar. A partir de mañana, estaremos en el mismo bando.

31

—Mo está muerto —se repite a sí misma en silencio al volver al repositorio, aturdida. Rafe y ella permanecen en las sombras. Él le pasa una copa de champán y se la bebe de un trago.

Mo está muerto. Las palabras le resuenan en los oídos y acallan la explicación de Moriah a los de primero. Todos parecen igual de sorprendidos que ella. Simon está llorando. Esther lo abraza. Paul Rowan parece estar a punto de vomitar.

Rafe se inclina hacia ella para explicárselo.

—Acaba de contarles lo de los ángeles.

Los ángeles. Dez agradece que Rafe se lo haya dicho en privado. Al menos, ha podido recibir el golpe.

Mo está muerto. Escudriña las mesas de los de último curso, los vestidos, los trajes negros y las bufandas doradas que siempre llevan puestas.

—Las bufandas —dice a la vez que le mete la mano a Rafe por la chaqueta para recorrerle la suya con los dedos.

Él da un respingo, pero no se aparta. Asiente.

—¿Para qué son?

—Para esconder nuestras espantosas vértebras.

Dez se lo queda mirando.

Él sonríe.

—El lugar de la espalda de donde nos salen las alas.

Alas.

Me cago en la puta. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

—Tienes alas —dice ella.

—Y bien *grandes* —contesta él en voz baja.

Señala a los demás, a la docena de bufandas en ese lado de la sala. La cabeza le da vueltas; está abrumada.

—Entonces, ¿todos ellos…?

Rafe asiente.

—Son ángeles. Todos los de último curso de la Aqueronte.

—¿Yael? —escupe. Entonces, se vuelve para mirarlo—. ¿Jet? *¿Felipe?*

—Ángel. Ángel. Ángel —confirma—. Tenemos varios rangos, linajes, afiliaciones, claro, pero todos los ángeles están al servicio del Ángel de la Muerte. Todos los que estamos en la Aqueronte. Somos las Luces Blancas.

Luces Blancas.

Dez no sabe qué pensar al respecto. Apenas puede tenerse en pie del dolor y la conmoción. Acaba de perder a la persona que más quiere en el mundo. Lo ha perdido por culpa de sus propios actos. ¿Y ahora esperan que acepte que su próximo jefe pueda ser el Ángel de la Muerte?

Creía que el tío Bob ya era malo.

Señala con la cabeza el retrato que pende por encima de Moriah. Samael Sophus Abbadon.

—¿Es ese?

Rafe suspira.

—*Era* ese.

—¿Murió?

—Renunció a la inmortalidad. —Rafe cierra los ojos—. Para convertirse en un humano.

—¿Los ángeles pueden hacer eso?

—Antes se consideraba impensable —murmura Rafe—. Pero la cosa cambió hace unos años. Empezó como algo aislado, cuando dos ángeles caídos que se enamoraron decidieron caer aún más bajo y aceptar la vida mortal. Querían un amor ardiente, conocer la pasión definitiva. La idea cuajó. Supongo que a Samael le llamó la atención.

—¿El Ángel de la Muerte se enamoró?

—No —responde Rafe—. Pero quiere hacerlo. O algo por el estilo. Y su dimisión ha dejado un vacío de poder. Por eso fundamos la Aqueronte.

—No eres un estudiante de verdad, ¿cierto? —pregunta Dez.

—No.

—Eso pensaba —contesta a la vez que le da un empujoncito y nota su cuerpo angelical contra las puntas de los dedos—. Aun así, no lo entiendo. ¿Qué pintan aquí los de primero? Me da la sensación de que no vais por la tierra reclutando mortales todos los otoños, ¿cierto?

—Tu clase es especial —afirma Rafe—. Por lo general, acudimos a un mortal cada par de milenios. Hace menos, pedimos ayuda a una mujer llamada Thecla. Pero desde que Samael dejó su puesto, hemos tenido que replantearnos nuestros métodos.

—¿*El cielo* se está replanteando sus métodos?

Se encoge de hombros.

—Hasta la eternidad evoluciona.

—¿Puedes llevarme hasta mi hermano?

—No funciona así.

—¿Y cómo funciona?

—Solo Dios sabe.

—¿Cuándo se fue Samael?

—Hace seis semanas.

—¿Fundasteis la Aqueronte *hace seis semanas*? —pregunta Dez que, al darse cuenta de que está en el repositorio concurrido, baja la voz y susurra—: ¡Si yo llevo aquí desde hace cuatro!

—Las cosas fueron muy rápido. La necesidad es la madre de la invención.

—¿Todo esto es nuevo? —Dez echa un vistazo a su alrededor, asombrada.

—El edificio, sí, pero está claro que nuestras tradiciones son mucho más antiguas. Los de último curso aquí presentes llevan haciendo repasos vitales desde hace miles de años. Y hemos traído a tu clase hasta aquí para enseñaros a hacerlos.

Le hace un gesto con la cabeza para que preste atención a lo que está diciendo la directora Moriah.

—Somos conscientes de que tenéis mucho que digerir —indica la directora a través del micrófono—. Pero tenéis algo que encaja con este trabajo. De lo contrario, no habríais llegado tan lejos. Esta noche, se os dará una opción: quedaos y seguid formándoos o marchaos definitivamente por la mañana. Si escogéis quedaros, trabajaréis más rápido. La muerte no espera a nadie, al igual que nadie espera a la muerte. Se os pedirá que hagáis mil quinientos repasos vitales para cuando termine el curso académico.

Unos murmullos se propagan por la sala. Es imposible. Dez echa un vistazo a Rafe, pero él no se lo devuelve.

—No obstante, a medida que subáis el ritmo, la calidad de vuestro trabajo también debe mejorar, porque las consecuencias de un trabajo deficiente son catastróficas.

Rafe le apoya una mano en la espalda.

—Tienes que escuchar esto.

—Una película mal hecha impide que un mortal pase página. No es convincente. En esos casos, los muertos pueden volver a la vida cuando el proceso ya lleva tiempo en marcha.

—¿Como en una experiencia cercana a la muerte? —pregunta Dez.

Moriah niega con la cabeza.

—Las ECM se producen lo suficientemente temprano como para resultar inofensivas —contesta Moriah—. Me refiero a un fenómeno al que se conoce como «muerte finita».

Un silencio se cierne sobre el lado de los de último curso. Hasta Rafe se tensa al lado de Dez.

—La muerte finita puede producirse al terminar de proyectar una película, cuando un alma entra en la luz blanca y, *aun así*, se las apaña para volver, convirtiéndose en un Verdugo de la Muerte —explica Moriah. Levanta la mirada y echa un vistazo a la sala, casi como si estuviese buscando los ojos de Dez—. La obstinación le corrompe el alma. En la tierra, a esa obstinación se la conoce como «maldad». Significa «Ir por el mal camino». La existencia de los Verdugos de la Muerte es una debacle sin fin, y su obstinación amenaza todo cuanto conocemos. Absolutamente todo.

Dez observa a Yael rellenarse la copa de champán, y luego se la bebe de un trago con la mano temblorosa.

—Para quedaros en la Aqueronte, debéis tener un historial impecable de películas buenas —indica la directora—. Nada de

Verdugos de la Muerte.

El doctor Zarlengo sale de las sombras para murmurarle algo al oído. Asiente, frunce el ceño y después vuelve a dirigir la vista al público.

—También he de explicaros algo que ha pasado hace poco —dice la directora Moriah a medida que la serpiente sube reptando y se le enrosca en el cuello.

Dez mira a Rafe y a los de último curso, que están en silencio. Parecen saber lo que está a punto de decir la directora.

—Los cadáveres que han aparecido en el campus estas últimas semanas no fueron suicidios.

Dez da un grito ahogado.

—Ni siquiera eran estudiantes de la Aqueronte —prosigue Moriah.

Dez se aferra al tallo de la copa de champán. Al otro lado de la sala, unos murmullos se desatan entre los de primero.

—¿Y qué pasó con Alice? —grita Esther.

—Alice Quinn está sana y salva —contesta la directora—. No obstante, era imposible que llegase a ser una cineasta de la Aqueronte. Nos quedó claro hace semanas, cuando echamos un vistazo a su trabajo. Se llevó un buen finiquito… al que llamamos «expulsión onírica».

—¿Qué demonios es una expulsión onírica?

—Es una poción especial para dormir diseñada por Eri —responde Moriah—. Alice se la tomó y, cuando se despertó, recordó el tiempo que había pasado en la Aqueronte como un sueño que se desvanece. Sé que erais amigos suyos, y lo lamento. Era lo único que nos permitiría seguir ocultando la verdad hasta esta noche. Hasta que estuviésemos preparados para contárosla.

—Lo sabía —masculla Dez.

—¿Y Charles Costella? —pregunta Simon.

—Nunca estudió aquí —explica la directora—. Para nosotros, era un desconocido.

—Para algunos —dice Rafe en voz tan baja que a Dez casi se le escapa.

—Lo que os contaron sobre los cadáveres que caían del cielo fue por vuestra seguridad.

Y para retenernos aquí, piensa Dez. ¿Quién iba a quedarse si supiese la verdad? ¿Por qué deberían hacerlo ahora?

—Esas pobres almas, esas criaturas apesadumbradas, son una señal de que el cielo está roto —dice Moriah—. El cielo se está viniendo abajo. —Levanta la vista al cielo, mira a través del árbol de cristal de colores con el rostro teñido por la adoración y el temor.

»Sin un Ángel de la Muerte, es inevitable cometer errores —prosigue—. Hemos tratado de compensar la ausencia de Samael, pero es imposible. Creemos que algunos mortales están muriendo sin una película. Si no ven su vida como una historia, entonces esta carece de sentido. Sin un sentido, son incapaces de atravesar el velo. Y por eso vuelven a caer a la tierra. Como un alma no puede tocar tierra sin la protección de un cuerpo, acaban buscando *otros* cuerpos durante la caída. —Hace una mueca—. Por decirlo de algún modo, se agarran a lo que pueden. Sacan un brazo de un cementerio. Una cabeza de una tumba poco profunda.

—Qué horror. —Dez tiembla al imaginarse el cadáver que vio el día del funeral falso en honor a Alice Quinn.

—Lo llamamos «resurrección fragmentada» —explica Moriah—. Estamos haciendo lo posible por ayudarlos. Son responsabilidad

nuestra.

Dez niega con la cabeza; se ha quedado sin palabras.

—Para terminar, no es un buen momento para asumir este trabajo —indica la directora—. La situación es más aciaga que nunca. No obstante, el futuro de la muerte tal y como lo conocemos está mayormente en vuestras manos. Ojalá os quedéis. —Hace una pausa y le acaricia la cola a la serpiente blanca—. Nos gustaría que nos comunicaseis vuestra decisión antes de que amanezca.

32

Cuando regresa a su *suite*, Simon la envuelve en un abrazo.

—¿Puedo hacer algo por ti? —pregunta.

Dez lo estrecha entre sus brazos a modo de respuesta. Ya no le quedan más lágrimas que derramar, pero el abrazo de su amigo la consuela. Relaja el cuerpo contra el suyo.

Es pasada la medianoche y la tarde la ha dejado vacía. Siente que, si alguien le sopla, va a quebrarse. Ojalá pasase y sus fragmentos se diseminasen con el viento.

Sigue sin soltar a Simon cuando Yael se une a ellos en la sala común y los abraza. Nunca hubiera dicho que a Yael le gustase el afecto físico, así que no puede evitar conmoverse. Pasado un rato, Yael le coloca algo en la mano.

Es su móvil.

—Ten —dice—. Llama a tu madre.

Dez se queda mirando el aparato. Se ha acostumbrado a una vida en la que no tiene el suyo pegado a ella. Ahora le resulta raro tener uno en la mano. Se desploma con fuerza en el sofá.

—No sé si va a querer hablar conmigo —responde Dez—. No estoy segura de si *yo* misma querría hacerlo.

—Es tu madre, Dez. Inténtalo —la anima Simon, que se sienta a su lado en el sofá y se lleva las rodillas al pecho.

Marca el número y luego se pega el móvil de Yael a la oreja con las

manos temblorosas. Le va el corazón a mil. No sabe, no se le ocurre qué decirle. A su propia madre. No se le viene a la cabeza ni una sola palabra.

El teléfono suena. Y suena. Y, al final, cuando se va al buzón de voz, Dez contiene el aliento y escucha la grabación con la voz conocida, alegre y de hace años de su madre. No le deja ningún mensaje. Baja el teléfono con lágrimas en los ojos. No sabe si está destrozada o aliviada.

Pero siente que esta noche está llorando la pérdida de dos personas en lugar de una sola.

—Voy a preparar mis famosos martinis de luto —dice Yael desde la cocina.

—¿Son distintos de los normales? —pregunta Simon.

—Son más grandes. —Yael aparece con una coctelera, una cubitera y tres copas. Deja todo en la mesita de café que Dez tiene delante, añade hielo a la coctelera y la agita—. Sé que estás conmocionada, pero como tu veterana…

—Hablando de eso, ¿cuántos años tienes? —pregunta Simon.

—Dejé de contar al llegar a los seis mil. —Yael sonríe y se pasa las puntas de los dedos por los pómulos.

—Genes de ángel —dice Dez, y su voz suena distante.

Sus compañeros de habitación la miran como si no supiesen que podía hablar.

—Ahí le has dado, Dez —contesta Yael con alegría—. Y, como tu vecina inmortal, tengo la obligación de tantear qué tal están los ánimos. Esta noche han pasado muchas cosas. Así que, si alguno de los dos necesita perder el control, qué menos que hacerlo emborrachándose. —Sirve los martinis en las copas, añade una

peladura en forma de espiral y le ofrece el primero a Dez.

Da un buen trago a la ginebra fría con aroma a limón y da vueltas a la peladura alrededor de la copa con un dedo.

—¿Tú primero? —pregunta Simon a Dez.

Ella cierra los ojos.

—Solía imaginar cómo iba a morir. He llorado muchas veces a mi hermano con el paso de los años. Era drogadicto, así que siento que siempre estaba aguardando esa llamada. Unos golpes en la puerta en mitad de la noche. Nunca me planteé, cuando por fin pasó, que sería por mi culpa.

—No fue culpa tuya —contesta Yael.

—Sí que lo fue. —Traga saliva—. No os lo he contado. Lo quemé. Maté a mi hermano.

—¿Qué? —pregunta Simon—. ¿Cómo?

—*Dez* —responde Yael con tanta calma que ella abre los ojos para mirarla—. Sé, sin ninguna clase de duda, que la muerte de tu hermano no fue culpa tuya. Con el tiempo, acabarás dándote cuenta.

—Ojalá sea verdad —afirma Dez.

—Es simple —dice Yael—. O complicado, dependiendo de cómo se mire. El caso es que, si te quedas, descubrirás varias cosas. La relación que tienes con la muerte cambiará por completo. Aprenderás a quererla, a necesitarla. Con una devoción que roza lo obsesivo.

—Entonces, ¿tienes un fetiche con la muerte? —pregunta Simon.

Yael hace oídos sordos.

—No conocía a tu hermano, Dez, pero vi tu película. Es evidente que lo quisiste cuando estaba vivo y que le diste lo que necesitaba al final…

—¿Sigue existiendo? —pregunta Dez—. ¿Sigue siendo Mo? ¿Volveré a verlo?

—Cuando abras la mente tanto como el corazón, lo verás en todas partes —contesta Yael.

—Malditos ángeles, siempre tan ambiguos —replica Dez, y aparta la vista.

—Voy a quedarme en la Aqueronte —anuncia Simon—. Lo he decidido.

—Pensaba que querías volverte a Oklahoma —contesta Dez.

—Eso era antes de esta noche. —Simon le da un buen trago al cóctel—. Esther y yo vamos a quedarnos.

—¿Te has revolcado con ella? —pregunta Yael—. Se te va a escapar el tren.

—Creo que no va a pasar —responde Simon. Parece feliz.

Si Mo estuviese vivo, ¿podría Dez ser feliz con todo lo que descubrió esa noche? Es imposible saberlo. Pero le da la mano a Simon y se la aprieta. Se alegra por él.

Simon le apoya la cabeza en el hombro.

—¿Y si te quedas?

Dez suelta el aire. No lo tiene claro.

—No sé si tengo una casa a la que volver —dice ella—. Pero tampoco sé si podré dar la talla. Incluso aunque no estuviese de luto…

—El luto forma parte de la existencia —declara Yael—. Y es una herramienta para el arte.

—¿Qué vas a saber tú del luto? —pregunta Simon—. Si eres un puto ángel.

—No siempre lo fui.

—¿Qué eras antes? —pregunta Dez.

—Eso no tiene importancia. Desde que Samael se fue, todo ha cambiado.

—¿Samael? ¿Te refieres al tipo del cuadro?

—No es solo «el tipo del cuadro» —contesta Yael—. Era nuestro líder. Era…

—El Ángel de la Muerte —termina Dez.

—Samael *inventó* la muerte —explica Yael.

—No me jodas —espeta Simon.

—Empezó con Adán y Eva. Después de que comiesen el fruto del árbol del conocimiento y de que los echasen del Paraíso, era inevitable que sufriesen. Pero la muerte, no. Aún no. Sam fue el primero en poner en práctica el sistema. El mundo lleva utilizándolo desde entonces. —Yael le da un buen trago al martini y se toca el pecho—. Todavía se me ponen los pelos de punta.

Simon y Dez intercambian una mirada.

—Entonces, ¿lo que ocurrió en el Génesis es cierto? —pregunta ella.

—Casi —contesta Yael—. No puedes esperar que el relato de un tercero acierte en todos los detalles. La Biblia no es más que un gran juego del teléfono roto. Además, un montón de censores penosos y machistas edulcoraron las mejores partes. No obstante, la verdad primordial todavía prevalece entre líneas.

—Y cuando dices que Samael se marchó… —dice Simon.

—Un buen día estaba aquí y al siguiente había desaparecido —explica Yael mientras baja la vista hacia la copa—. Al parecer, Rafe fue el último que lo vio.

—Suena siniestro —afirma Simon a la vez que le echa una ojeada a

Dez.

—Estoy segura de que lo fue —dice Yael.

Dez da un trago al martini y siente como si hubiesen añadido otro nudo a la pesada red que se cierne sobre ella.

—¿Y ahora qué? ¿Qué va a pasar con la muerte? ¿Alguien va a reemplazar a Samael?

—Sí, alguien lo hará —contesta Yael, asintiendo despacio.

—¿Cómo se elige a un nuevo Ángel de la Muerte? —pregunta Simon.

—No se elige. Tiene que conseguirla.

—¿Conseguir qué cosa?

Yael da un sorbo a la copa y los mira a los ojos.

—La Pluma Escarlata.

Simon y Dez cruzan una mirada.

—¿Una pluma roja? —pregunta Simon.

—No es solo una *pluma roja*, idiota. Es lo que convierte al Ángel de la Muerte en lo que es. Y, desde que Sam se fue, nadie ha sido capaz de encontrarla. Por eso, todo el mundo está compitiendo, más bien en guerra, por hacerse con ella.

—¿Y cómo se supone que es esa guerra? —pregunta Dez.

—No te rayes, los de último curso se están encargando del tema —dice Yael—. Yo no, pero los demás sí.

—¿Por qué tú no participas? —pregunta Simon.

—Porque perdí a mi pupila —contesta ella, exasperada—. ¿Y que un mentor se quede sin pupilo en los tiempos que corren? Más vale que me pongan en la copa de un árbol de Navidad.

—No puede ser verdad. ¿Qué pinta un pupilo en todo esto?

Yael no responde, sino que se limita a apurar el resto de la bebida y

echa un vistazo a la nieve por la ventana.

Dez piensa en todo el tiempo que ha pasado con Rafe durante este mes. En su relación como mentor y pupila. En lo que creía que era. En lo que es en realidad. Yael dice que se avecina una guerra y Dez no entiende contra quién ni por qué motivo. Pero antes, Rafe ha dicho que las cosas iban a cambiar entre ellos. Que, a partir de mañana, estarían en el mismo bando. Si decide quedarse, podrá formularle esas preguntas. Y puede confiar en que Rafe le dará respuestas.

Puede confiar en él.

Simon se aclara la garganta.

—Esther quiere poner en marcha una campaña para traer a Alice de vuelta a la Aqueronte.

—Ni os molestéis —contesta Yael, levantándose del sofá.

—¿Por qué no? —pregunta Dez—. Ahora que sabemos la verdad, no tiene sentido que la expulsasen para encubrir…

—No van a readmitirla —espeta Yael.

—Yael, ¿qué pintan los pupilos en esta guerra por la Pluma Escarlata…? —vuelve a preguntar Dez.

—Eso le corresponde a tu mentor explicártelo —contesta de forma sombría mientras se dirige hacia su cuarto—. Si te quedas.

—¿Tú le crees? —le pregunta a Simon.

—Dez, esta noche me he quedado con el culo torcido —responde Simon, repantigado en el sofá—. Ya no sé qué creer.

—Si te sirve de consuelo, Dez —dice Yael desde su cuarto—, ojalá te quedes con nosotros. Aunque sea para darle su merecido a Rafe.

33

Dez se desploma en la cama y hace un repaso mental de la noche. Nada tiene ningún sentido. Está dolida física y mentalmente.

Rafe le contó que había estado en el hospital con su hermano y que Mo había visto su película en la cabeza. Dijo que, al morir, Mo estaba en paz. Quiere creérselo. Ojalá pudiera.

Pero ella no es un ángel. No ve la muerte de la misma forma que Rafe y que Yael. No entiende cómo funcionan las cosas, solo que parece haberse topado con un mundo oculto y de lo más extraño en un momento de caos y peligro.

Además, tiene el corazón hecho añicos.

Recuerda a Mo un domingo por la mañana, tumbado en su cama, observando el cielo del desierto por la ventana sobre el cabecero. Su hermano no solía estar en paz, pero lo estaba cada vez que observaba las nubes.

Puede que lo que Rafe afirma sea cierto. Quizá su película lo ayudase.

Encuentra en el suelo los vaqueros que se ha quitado antes de la fiesta, hace una vida. Mete la mano en el bolsillo y saca el bote de pastillas que contiene el ojo. Lo ha llevado encima todo el mes, aunque se pregunta si lo sigue necesitando.

Mo se ha ido. Tampoco es como si pudiera volver a casa.

Y, ahora que su hermano ha muerto, no soporta tener el ojo tan cerca. Aun así, no se deshace de él. Esconde el bote debajo del colchón.

Se asusta al escuchar un golpeteo suave, aunque el ruido no proviene de la puerta.

Vuelve a escucharlo. Contra la ventana. Contra la ventana que está a veinte pisos de altura. Se apresura a descorrer las cortinas… y da un grito ahogado al ver a Rafe suspendido en la penumbra.

Se pelea con la ventana batiente. Ni siquiera sabe cómo funciona. Cuando por fin gira el manillar lo suficiente como para que el postigo abra el cristal, Rafe se está riendo de ella.

—¿Y si te caes? —pregunta, y lo agarra con fuerza por las solapas del traje. Qué raro es sentir cómo flota en el aire. Tira de él para que entre.

—Creí que necesitarías más pruebas —contesta al pasar por la ventana y sacudirse la nieve de los hombros. Su presencia inunda el ambiente y el aire se carga.

Si Mo siguiese con vida, Dez estaría entusiasmada por la visita de madrugada de Rafe. Un ángel ha venido a verla volando. Pero lo único que siente es apatía.

—¿Y tus alas? —pregunta. No las ve, pero se percata de que Rafe no lleva la bufanda dorada puesta.

Él echa un vistazo por encima del hombro.

—Dentro del *barbelo* son imperceptibles. Es por vuestro bien, para que los de primero no veáis nuestra verdadera naturaleza hasta que estéis listos para hacerlo.

Dez quiere verlas. Muy a su pesar y a lo mucho que está sufriendo, siente curiosidad por la divinidad de Rafe. No solo quiere *verle* las

alas. Quiere tocárselas, recorrerlas con las manos. Quiere perderse por completo en ellas para olvidar que tiene el corazón roto.

Ese deseo provoca que se le sonroje la piel y sube la temperatura de la habitación, por mucho que la ventana esté abierta y solo lleve un vestido negro de seda puesto.

—Me preguntaba si verme volar te espantaría o te pondría a cien —empieza a decir Rafe. Se le levanta la comisura del labio—. Creo que sé la respuesta.

Dez se aclara la garganta y se aleja de él. Esta noche no puede hacer esto. No puede ceder ante los anhelos de su cuerpo. Por mucho que la distrajesen del dolor.

—Antes, Yael nos ha contado que buscáis a un Ángel de la Muerte nuevo. Ha mencionado algo sobre una Pluma Escarlata y una guerra.

Rafe tensa la mandíbula.

—¿Ha dicho algo más?

Que ojalá me quede para darte tu merecido. Y, por el tono, no parecía que fuese a ser algo bueno para Rafe.

—Dijo que tú podrías explicármelo —contesta Dez.

—Puedo intentarlo. —Rafe espira—. Debería decirte que yo soy la opción más obvia para reemplazar a Samael.

—¿Por qué?

—Porque Sam era mi mentor.

—¿Tu mentor era el Ángel de la Muerte? —repite Dez, y recuerda una conversación que mantuvieron hace tiempo en el repositorio sobre sus cicatrices. Al principio, por la forma en la que Rafe dijo que la suya era que su mentor lo había abandonado, creyó que estaba enamorado. Pero ahora oye algo distinto, lo terriblemente

trascendental que fue ese abandono para Rafe y para los demás.

—¿Por qué no te dijo dónde está la Pluma Escarlata y ya?

—Porque tengo que ganármela —responde él en voz baja.

—¿Y eso cómo se hace?

—¿Recuerdas lo que viste en el kinetoscopio durante tu primer día? —pregunta, y Dez siente que está cambiando de tema.

—La película del hombre corriendo. —Dez vuelve a visualizarlo mentalmente—. La pared de cristal que rodeaba el jardín. La espada de diamante y el fuego…

—Fue la primera película de Sam. —Rafe hace una pausa—. La creó para Eva.

Dez se tapa la boca con la mano.

—Lo que vi aquel día… ¿era el Jardín del Edén?

—Eso creemos Zeke y yo. No lo hemos visto. Sam guardaba sus películas a muy buen recaudo. Sin embargo, el vínculo que nos une a Sam y a mí, y ahora a ti, es fuerte. Aquel día, a tu visión mental se le concedió un acceso extraordinario. ¿Que una mortal pueda ver lo que tú viste? —Niega con la cabeza—. Sam tenía razón sobre ti.

—Sam no me conoce.

—Fue el Ángel de la Muerte durante miles de años, Dez. Sabe un par de cosas. —Rafe se sienta en el borde de la cama—. ¿Recuerdas la servilleta que te di la noche en la que nos conocimos? La que llevaba el dibujo.

Dez se lo queda mirando. Pues claro que sí.

—Fue Sam quien la dibujó.

—¿Qué? —susurra Dez.

—La última vez que lo vi —explica Rafe—. Quedamos a tomar un café. Me contó que iba a marcharse. Y luego me dijo que fuese a

buscarte. Creyó que quizá tendrías un papel que desempeñar en lo que está por venir.

A Dez se le contrae el pecho. Tiró la servilleta junto con el delantal del Dairy Barn cuando ingresaron a su hermano en la UCI. Que existiese algo así la ponía demasiado nerviosa con todo lo que estaba pasando. No obstante, ahora teme las consecuencias de haber actuado de forma impulsiva.

Que el Ángel de la Muerte se fijase en ella, la eligiese y luego hiciese un boceto de ella…

—No quiero formar parte de una guerra —declara.

—Pues claro que no.

—Ni siquiera sé a quién tendríamos que enfrentarnos.

—Algunos son viejos amigos; otros, viejos enemigos —murmura Rafe—. A otros ni siquiera los conocemos.

—¿A qué te refieres?

—Cuando Sam se largó, hizo que se propagase una epidemia entre los ángeles sin quererlo. Durante un tiempo, solo había algún ángel aislado que renunciaba al cielo por amor, pero Sam demostró que también podía hacerse para ir en busca de aventuras. Así que otros siguieron su ejemplo.

—¿Cuántos se han ido?

—Todos los de último curso de la Aqueronte han perdido a sus mentores en las últimas seis semanas.

Dez se queda pasmada y piensa en los estudiantes de último curso. ¿Todos se sienten igual de rotos y abandonados que Rafe?

—Debe de haber sido un golpe muy duro —contesta ella.

—Sin ellos, somos vestigios de nuestro pasado —responde en voz baja—. Y, mientras tanto, la gente muere cada día. Nuestro trabajo

sigue siendo igual de esencial, pero no podemos mantener el ritmo. Cada uno de nosotros ha tenido que convertirse en mentor para sobrevivir. Para que la muerte tal y como el mundo la conoce sobreviva. Sin embargo, los antiguos sistemas se han desmoronado. Las estructuras que dimos por sentado han desaparecido. Puede pasar cualquier cosa.

—¿Por qué alguien querría dejar de ser un ángel?

—Para sobrevivir a la eternidad hace falta un tipo de alma en concreto. Tienes que vivir el día a día.

—Supongo que para sobrevivir a la mortalidad también hace falta un tipo de alma en concreto —responde Dez al pensar en el espíritu insaciable de su hermano, en su sed implacable.

Rafe la mira como si supiese precisamente a qué se refiere.

—Lo que intento decirte, Dez, es que el cielo se está quedando sin ángeles.

—¿Cómo?

Asiente.

—Ahí es donde entras tú.

—¿Qué puede tener que ver conmigo?

—No te admitieron para que asistieses este trimestre a la Aqueronte porque hicieses muy buenas pelis.

—Pero creía que dijiste que los cazatalentos vieron *Destellos* y pensaron que tenía futuro —responde Dez.

—Sí, pero no estás aquí *por eso*. —Rafe se muerde el labio y escoge lo que va a decir a continuación—. Es una crisis sin precedentes. Necesitamos la ayuda de almas poderosas como la tuya.

—¿Para qué me necesitáis?

—Para reponer nuestras filas…

—Cállate…

—Para asegurarnos de que el ángel adecuado sustituya a Sam como Ángel de la Muerte —dice Rafe mientras alarga la mano hacia la suya—. Dez, te han traído aquí para que asciendas.

34

—Cierra la boca —dice Dez, y lo aparta de un empujón.

—Sé que tu instinto te dice que dudes…

—¿Porque no tiene ni pies ni cabeza?

—Dez, si decides quedarte aquí hasta que amanezca, te comprometes a pasar el resto del trimestre preparándote.

—¿Para convertirme en un ángel? Es *imposible*. Soy de Death Valley. Trabajaba en el Dairy Barn, ¿lo recuerdas? Teníamos un plato que se llamaba «Patata asada con sorpresa», y no era una precisamente agradable.

—El arco de las vidas de los mortales es encantador. Podéis tener un origen muy humilde y un destino de lo más relevante.

—Si me quedo después de que haya amanecido, ¿a qué estaría comprometiéndome exactamente?

—A hacer mil quinientas películas en seis meses —contesta Rafe—. Nueve por día.

Es una cantidad ridícula. Una broma de mal gusto.

—Ya que estamos, ¿por qué no un millón?

—Mil quinientas es la cantidad *diaria* que se nos exige a los demás. A los ángeles.

—¿Hacéis mil quinientas películas al día?

—No nos queda otra para mantener el ritmo.

Se refiere al de los muertos.

—Tardé un mes en hacer *dos* —replica Dez.

—La primera siempre es la más difícil —afirma él—. Si te quedas, si quieres llegar a ser una Luz Blanca como nosotros, Dez, podemos conseguirlo. Yo estaré aquí para ayudarte. Cuando acabe esta noche, la fachada de la escuela de cine desaparecerá: se acabaron las clases, los clubes, los turnos de cocina y demás tonterías. Te limitarás a trabajar, Dez, al cine. A hacer lo que mejor se te da…

—¿Cómo sucede?

—¿Te refieres a la ascensión?

—Sí. —Le parece increíble planteárselo, pero es una forma de posponer el dolor.

—Tenemos prohibido compartir los detalles por adelantado —responde Rafe—. Pero lo que sí puedo decirte es que, cuando un ángel obtiene sus alas, es algo extraordinario.

Dez trata de imaginárselo. ¿Alas? Parece imposible, y aunque lo fuese…

—¿Te estás preguntando dónde está la trampa?

Ella asiente.

—La trampa es abandonar tu vida tal y como la conoces. Si vas a ascender, cortarás lazos con tu familia. Ya has perdido a tu hermano, claro, pero tu madre no podrá volver a verte. Literalmente.

—Dudo mucho que quiera hacerlo después de lo que pasó.

Rafe asiente como si pudiese ser cierto.

—Y lo mismo con todas las personas a las que conocías. Fuera del *barbelo*, los ángeles son invisibles a ojos de los mortales.

—Pero yo pude verte.

—Tú eres una excepción.

—¿Qué significa eso?

Rafe enarca una ceja.

—Significa que nunca he presenciado una visión mental como la tuya. Es increíblemente poderosa. Si seguimos juntos, Dez, tendremos ventaja.

—Si asciendo, ¿para mis seres queridos será como si hubiese muerto?

—Ese es el sacrificio —contesta él tras asentir—. Pero te aseguro que merece la pena.

Dez piensa en su hogar, en Death Valley. No se ve retomando la relación que tenía con todo el mundo después de lo que le hizo a Mo. Ni con su madre, ni con el tío Bob, ni con Silas. Ni siquiera se ve mirándose al espejo de su cuarto en casa, donde soñaba con convertirse en una clase de cineasta completamente distinta. Una en la que pudiese tomarse más licencias creativas.

Aunque con bastante menos libertad cósmica.

No, aquellos sueños murieron con Mo. No puede regresar.

Significa eso que va a quedarse… ¿aquí?

Dez siente una fría punzada de pérdida atravesarle el pecho. Se sorprende e intenta averiguar de dónde sale. ¿Qué es lo que más echaría de menos de su vida anterior como para sentir algo así?

Asher.

Es tan lamentable que casi se echa a reír. Es absurdo lamentarse por alguien que quizá ni siquiera se acuerde de ella. Pero, cuando piensa en cortar lazos con la vida que solía llevar, esto es lo único que la hace titubear de forma dolorosa. Y no sabe por qué, pero le escuece.

—¿Y si no soy capaz de hacerlo? —pregunta—. ¿Y si no puedo renunciar a mi antigua vida?

—Los alumnos de primero que quieran regresar deben ir a ver a Zeke antes de que amanezca —dice Rafe—. Él les administrará la expulsión onírica, que borrará todo lo que ha pasado de vuestro cerebro mortal. Si es eso lo que quieres, puedes estar de vuelta en casa y retomar tu vida esta misma noche. Tu hermano seguirá muerto y no puedo prometerte evitar la cárcel, pero ¿estas últimas semanas? ¿La Aqueronte? Todo parecerá un sueño que se desvanece con rapidez.

—¿Es eso lo que tomó Alice Quinn?

Rafe asiente.

—¿Y qué hay de lo que dijo Moriah sobre los cadáveres que llovían del cielo, lo de la resurrección…? —pregunta.

—La resurrección fragmentada. Frags, para acortar.

—Aquella noche, la última vez que estuviste en mi cuarto, me dijiste que Charles Costella era amigo tuyo. ¿Era mentira?

—Nunca te he mentido, Dez —responde él—. Como tu mentor, no puedo hacerlo. —Se sienta en el borde de la cama con pesadez—. Charles era mi amigo, de la misma forma que todos tus sujetos se convertirán en amigos tuyos. Si te quedas.

—¿Estabas trabajando en su película?

Él asiente.

—Moriah dijo que los frags eran responsabilidad de la Aqueronte. ¿Dónde están?

—En lo alto de la montaña, detrás del Villains, hay un río. Uno tan profundo que puedes bañarte en él. Los estamos manteniendo bajo un banco de agua helada. El hielo hace que estén más cómodos. No es permanente; es solo hasta que encontremos otra solución.

—¿Me lo enseñarás?

Se gira para mirarla.

—¿Vas a quedarte?

—No lo sé.

Recuerda lo que dijo Yael. *Para darle su merecido a Rafe.*

—Espero que te quedes —dice con tanta sinceridad que se queda sin aliento.

—Creía que me odiabas.

Rafe esboza una sonrisa y se levanta de la cama para ponerse delante de ella.

—¿Ahora entiendes por qué tenía que mantener las distancias contigo? —Estira el brazo y le coloca un mechón de pelo detrás de la oreja con una ternura inesperada—. Los ángeles y los mortales… no pueden…

—¿No pueden qué?

—No pueden mantener relaciones.

Dez suelta una carcajada; se ríe de veras en una noche que creía que jamás volvería a hacerlo. Y una llama de deseo prende en su interior.

—Lo digo en serio —prosigue Rafe. Casi parece dolido. Y Dez se percata de que así muestra él el deseo. La desea, pero está luchando contra ello.

De repente, lo único que quiere es que la arroje sobre la cama.

—¿Y por qué no podemos hacerlo? —pregunta con voz jadeante.

El calor de su mirada la estremece cuando responde.

—Porque… tu cuerpo no puede soportarlo. Por lo *placentero* que es. Y, si te matase…

—¿Crees que puedes echarme un polvo letal, Rafe? Te reto a hacerlo.

La observa con tanto anhelo e intensidad que Dez empieza a preguntarse si estos son sus últimos momentos. Eso explicaría por qué besarlo es el placer sexual más delicioso que haya sentido jamás.

—Las cosas empiezan a encajar, ¿verdad? —pregunta Rafe.

Recuerda la noche en la que Yael los sacó a rastras a Simon y a ella del Villains porque no confiaba en que Jet no fuese a llevar las cosas demasiado lejos con su pupilo. Porque, si tenían relaciones… ¿Su amigo habría muerto? ¿Por qué iba a arriesgarse Jet a perder a su pupilo por un arrebato de placer? ¿Era como su hermano, que ansiaba algo tan peligroso?

Piensa en la piel de serpiente que se encontró en la cama la primera noche que Rafe la besó. Moriah había estado mandándoles una señal, una advertencia sobre lo que sabía que querían hacer.

—Si es tan arriesgado, entonces, ¿por qué me besas? —susurra ella.

Rafe da un paso adelante y le rodea la cintura con el brazo.

—Porque no puedo evitarlo. —Clava la vista en sus labios, y la forma en la que se los mira con avidez la pone a cien—. Además, no tenemos diecisiete, Dez. Besarme no te matará.

—¿Qué es lo que me matará entonces? —jadea ella, ansiosa por tenerlo.

Rafe le sujeta el pelo y le levanta la cabeza con suavidad. La atraviesa con la mirada.

—Si llegase hasta el final —gruñe—. Si te hiciese lo que de verdad *quiero* hacerte. Si te llenase con toda mi gloria, sentirías tanto placer que morirías.

—Entonces, ¿cómo…?

—Para sobrevivir, tendrías que ser un ángel.

Dez presta atención a todas y cada una de las guarradas que

pronuncia. ¿Tendría que ser un ángel para sobrevivir a acostarse con él? ¿Es eso motivo suficiente para seguir en la Aqueronte? Se ríe de su propia absurdez. ¿Va a renunciar a su mortalidad, a su existencia tal y como la conoce, solo para descubrir qué se siente al tener a este hombre, a este ángel, dentro?

No está pensando con claridad. Está conmocionada, aturdida por todas las cosas inverosímiles que ha descubierto esta noche. Rafe ha dicho que su visión mental era increíblemente poderosa. Ni siquiera sabe lo que significa. Además, tampoco tiene que preocuparse lo más mínimo por el tema, porque es imposible que cree mil quinientas películas en seis meses. Es imposible que siga aquí. Es imposible que acabe convirtiéndose en un ángel.

Una pena para su cuerpo, que se estremece.

—¿Y qué hay del sexo oral? —pregunta sin poder contenerse. Eso no es lo que debería decir alguien cuando su hermano acaba de morir. O quizá sea lo único que pueda decir.

—¿Ahora mismo? —pregunta Rafe; parece dispuesto.

—Ahora mismo.

Enarca una ceja y esboza una amplia sonrisa.

—Estoy dispuesto a jugármela si tú también lo estás.

Entonces, Dez está en la cama. La ha levantado en brazos y empujado hacia atrás, de forma que su cabeza descansa contra la almohada. Empieza a quitarle los zapatos de tacón de aguja: le desabrocha las hebillas, le quita las tiras finas y negras con suavidad y se acerca el empeine del pie desnudo a la boca.

—Rafe —gime cuando él le recorre los dedos del pie con la boca.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —pregunta.

—Ni se te ocurra parar, maldición.

Rafe clava la vista en su rostro conforme le besa los pies, haciéndola retorcerse de placer.

—Me consumes, Desdemona.

—¿En serio?

—No te haces una idea de lo mucho que deseo esto. De lo mucho que lo he necesitado. —Le recorre la cara interna de la pierna con los labios, le besa la rodilla y después la carne suave del muslo. Le sube la falda del vestido de seda con los dientes, hasta dejar al descubierto la ropa interior negra que lleva.

—Arráncamela —le suplica.

—Estás ardiendo —dice mientras la besa a través de la tela fina—. Ahora te necesito empapada.

—A buenas horas.

Rafe mordisquea la tela y la aparta con los dientes. A Dez le da vueltas la cabeza por el dolor, la confusión y un deseo que consigue acabar con todo lo demás. Él sigue besándole la ingle. Pero ¿qué está haciendo? No debería…

—Oye —dice él en voz baja—. ¿Sigues aquí?

Sus miradas se cruzan y ella le tira de las solapas de la camisa para que la bese. Lo acerca y le succiona el labio inferior. Siente la misma oleada de placer que cada vez que se besan, que le inunda el cuerpo de la cabeza a los pies. Está desnuda de la cintura para abajo, lleva el vestido subido hasta las caderas y está peligrosamente cerca de lo que sabe que es una verga celestial en toda regla.

Por Dios, puede que no le importe acabar muerta. Tampoco sería la peor forma de morir.

—No pienso cometer una estupidez —declara como si estuviese leyéndole la mente—. Solo voy a hacer que te corras.

—Qué listo —jadea ella.

Entonces, por desgracia, sus labios la abandonan. Pero esta noche no es como el resto de las veces en las que se ha apartado y la ha dejado con ganas de más. Esta vez, su boca no tarda en dar con ella y en devorarla como si estuviese hambriento, como si llevase mil años en la cárcel y ella fuese lo mejor que ha probado nunca. El placer de sentir la lengua plana contra el clítoris, de que después se lo chupe y jueguetee con él suavemente con los dientes, la hace soltar un gemido. Hace que le rodee el cuello con las piernas para acercarlo más, para que llegue más dentro. Para que se la coma como solo un ángel sabría hacerlo.

El placer y el ansia se entrelazan en su interior. Arquea la espalda y levanta las caderas contra su boca. Le arranca un gemido al chico y la vibración de su garganta le retumba en el clítoris. Lo tiene tan caliente, tan húmedo contra su boca. Le coloca las palmas en las muescas huesudas que tiene en los hombros, de donde le salen las alas. Lo empuja hacia abajo para que se adentre más en ella.

—Quiero pasarme la eternidad entera devorándote —dice mientras le coloca la mano en la raja palpitante y le introduce tres dedos poco a poco, centímetro a jadeante centímetro. Sabe perfectamente lo que le está haciendo: le está dando una muestra de cómo sería estar dentro de ella.

—Métemela, Rafe, me da igual —suplica.

—Supuse que dirías algo así —susurra mientras le echa el aliento en sus partes más sensibles—. Pero el caso es que necesito que te quedes. Así que voy a hacer que te corras con la boca y te va a encantar. ¿Te parece bien?

—Por favor —jadea—. Con eso no basta.

—Ya lo veremos.

—¿Me la vas a meter algún día? —gime.

—Eso depende de ti —inspira él.

—¿Y si me convierto en un ángel? —jadea.

—Será justo entonces, ni un segundo más tarde —responde él mientras le traza unos círculos con la lengua.

Dez cierra los ojos a medida que él le acaricia los pliegues con la lengua, la chupa y presiona la boca con fuerza contra ella. Está atrapada en un placer tan profundo que no se imagina cómo podría acentuarse aún más.

Y entonces, lo hace.

Un abismo creciente de éxtasis total que la hace correrse con el nombre de él en los labios.

—¡Rafe!

—Córrete más fuerte —dice, y vuelve a chuparle el clítoris.

—No puedo. Es demasiado placer.

—No has terminado. Búscalo.

Se frota contra él a medida que un infierno de pasión se eleva en su interior y prende todas sus células. Tiene razón. Está pasando. No creía que pudiese disfrutarlo aún más, pero Rafe está consiguiendo que lo haga. Hasta sentir que su cuerpo entero flota, como si se estuviese precipitando hacia el confín del universo. Donde no existe nada más. No ha *dejado* de correrse. Lo hace con más fuerza, intensidad y durante más tiempo de lo que parece humanamente posible. Algo que solo tiene sentido porque los labios que la besan son de todo menos humanos. Le sujeta el pelo con fuerza para que no se mueva. Por si esa sensación no cesa, necesita que se quede ahí, justo donde debe estar.

Y entonces, poco a poco y sin darse cuenta, el orgasmo remite hasta convertirse en una calma profunda, aletargada y placentera. Como si estuviese a punto de dormirse. Pero no quiere, no antes de que Rafe la…

Bese.

—Me has leído la mente —murmura ella contra sus labios, rodeándole el cuello con los brazos.

—Esa era fácil —contesta él y, aunque Dez tiene los ojos cerrados, se da cuenta de que lo dice con una sonrisa. La estrecha entre sus brazos de forma que se quedan haciendo la cucharita. Y, por un segundo, se permite sentirse completamente bien.

El dolor está ahí, es real, y hay una guerra desconocida a la vuelta de la esquina, pero ahora mismo, en brazos de Rafe, nada importa salvo que no deje de abrazarla así.

35

—Tengo una duda —le dice a Rafe una fría mañana de enero al cruzar el patio iluminado por la luz de la luna —. Ese sitio al que caí en el repositorio, ¿qué es en realidad?

Han pasado dos meses desde la muerte de Mo, desde que Dez descubrió los secretos de la Aqueronte y decidió quedarse, y todo ha cambiado. Ahora, Rafe se toma sus preguntas en serio y las responde con franqueza. Siente que están en el mismo bando.

Su vida ha cambiado, aunque no es más fácil. Sigue llorando a su hermano cada día. Además, la carga de trabajo de los de primero es tan absurda que es como si estuviesen predispuestos al fracaso. Dez ya no trabaja en la cocina y ha dejado de asistir todas las mañanas a clase en el Kohenet, pero la facultad sigue vigilando a los de primero en los objetivos la mayor parte de las tardes para hacer inspecciones sorpresa. Cada vez que vienen a ver a Dez, le recuerdan que va rezagada.

—En realidad, es un centro de datos —responde Rafe. Le rodea la cintura con los brazos; así es como suelen andar ahora en público, a pesar de que no son pareja. Son solo un ángel y una mortal que todos saben que se están liando hasta casi rozar la muerte—. Aunque no como los que has visto. Es una sala de almacenamiento de almas.

Dez asiente. Suponía que iba a decir eso.

—Me dijiste que caí porque tropecé en una grieta de la plataforma…

—Y es cierto. Sospecho que fue porque estabas tan centrada en la escena de tu objetivo que quisiste formar parte de ella. Desde la primera vez que entraste al repositorio, supimos que tu mente era capaz de anular el sistema. Creo que el día que te caíste también destrozaste los cimientos de tu objetivo.

—Da igual las veces que el doctor Ezekiel la arregle, la grieta siempre vuelve.

—Hablaré con él —dice Rafe—. Daremos con una solución mejor.

—No. —Dez se gira para mirarlo. Está muy guapo conforme la nieve se amontona entre ambos: con el pelo oscuro enmarcándole el rostro, los copos que le quedan atrapados en las pestañas largas y espesas se derriten igual que hacen sus huesos cuando se la lleva a la cama—. Quiero volver a entrar.

—Dez. —Le da un repaso con la mirada de arriba abajo, hambriento como si no hubiese estado comiéndose su sexo durante una hora—. Ni de broma…

—Creo que me está frenando. Que me está ralentizando —contesta ella.

—¿El qué?

—El miedo de volver a caerme, de estar tan inmersa en una película y que se repita. Romperlo otra vez y atravesar la grieta. —Le apoya una mano en el pecho y se estremece al tocar los músculos que están debajo—. ¿Y si no estás ahí para atraparme?

Él le recorre el lateral de la cara con las puntas de los dedos y una oleada de calor la atraviesa.

—Siempre te atraparé.

—Si no estás presente, no. —Dez se aleja de él. Últimamente, Rafe ha estado más veces desaparecido en combate que en el repositorio cuando lo necesitaba—. ¿Dónde te has metido estas últimas semanas?

—En tu cama, con la cara entre tus piernas.

Eso le gusta. La mayoría de las noches se queda suspendido en el aire, fuera de la ventana hasta que ella lo deja pasar, y no se va hasta que Dez está hecha polvo y se duerme. Siempre ha fantaseado con estar con un hombre mayor, que tuviese confianza y experiencia, pero ¿un ángel de miles de años con el cuerpo musculoso de un hombre de veintiocho? Ha ganado la lotería sensual, unos sietes de la suerte que resuenan por todo el cosmos.

El misterio es qué estará haciendo Rafe cuando no está en su cama.

Nunca se queda a dormir. Y, últimamente, durante el día está desaparecido.

—Necesito que me eches una mano. Estoy hasta las cejas de trabajo. Y no me siento segura en el objetivo.

—Estás bien. No estás hasta las cejas de trabajo.

—¿Sabes cuántas películas se supone que tengo que crear cada día?

—Nueve.

—Pues tengo suerte si termino *una*. Necesito un Soma. Necesito mil quinientos Somas.

Rafe niega con la cabeza.

—Lo que necesitas es centrarte.

—Necesito volver ahí abajo. Necesito demostrarme a mí misma que puedo sacarme las castañas del fuego. Si tú estás demasiado ocupado para ayudarme, puedo pedírselo a Yael…

A Rafe se le ensombrece el rostro y adopta una expresión glacial en el aire helado.

—*Yo* soy tu mentor. Y nadie más.

—Lo siento —responde, sorprendida por la intensidad con la que lo dice—. No creía que fuese para tanto.

La inquietud se le retuerce en el interior. Rafe tiene mucho poder sobre ella. No quiere perderlo, no quiere que haya más distancia entre ambos. Cobra vida cuando viene a visitarla por las noches. Y, aunque la saque de quicio que no puedan hacerlo, que no la deje tocarlo por debajo del cinturón, el placer que él le provoca es lo que más le gusta de allí.

—*Yo* soy tu mentor —repite—. Si insistes en bajar por el repositorio, entonces nadie más va a llevarte.

—Gracias, Rafe —contesta.

Una sensación nauseabunda y repentina se apodera de ella. Echa un vistazo a Rafe y percibe… peligro. Un presentimiento oscuro.

Se avecina algo malo.

—¡Cuidado! —grita a la vez que agarra a Rafe por el cuello del abrigo y tira de él…

Justo cuando un cuerpo se estampa contra la nieve y no le acierta a Rafe en la cabeza por los pelos.

Una niebla rosa se desprende del frag. Este ha caído bocarriba; tiene la mandíbula torcida y las facciones ocultas tras una serie de cortes y moratones purulentos espantosos. Lleva un camisón de mujer. Tiene los brazos anchos de un hombre que terminan en unas manos de niño pequeño. Verlo es tan horrible, tan esperpéntico, que se marea.

Intenta recordarse que solo es un alma en un cuerpo grotesco que

no ha conseguido entrar en la luz blanca. No es culpa suya.

Rafe ni siquiera mira al frag; tiene la vista clavada en ella.

—¿Cómo sabías que iba a caer? Ni siquiera has mirado al cielo. Y, aun así, lo has percibido. ¿Cómo es posible?

—No lo sé. He tenido una corazonada de que iban a hacerte daño. Quiero decir, de que algo iba a caerte encima.

Entonces, Dez escucha un gruñido que parece provenir de las entrañas mismas de la tierra. Sale de los labios de la criatura.

—¿Qué ha sido eso? —susurra.

—No está muerto. —Entonces, Rafe se arrodilla junto al cuerpo y echa un vistazo a sus extremidades dispares.

—¿Cómo es posible? —pregunta Dez—. Esa caída mataría a cualquier cosa.

—Los mortales tienden a vivir hasta que ya no les dejamos otra opción —contesta Rafe—. En la travesía hacia la muerte nunca ha habido interrupciones. Aunque desde hace poco, existen vacíos. Huecos. Y eso hace que las almas sientan que *tienen* una alternativa: morir o… no hacerlo.

—¿Qué hacemos con él? —pregunta Dez, mareada—. ¿Cómo podemos ayudarlo?

—Dejad que nos ocupemos nosotros.

Se sobresalta al escuchar esa voz a su espalda. Se gira y ve a un miembro del equipo de mantenimiento con una máscara de gas y una bolsa echada al hombro del traje de protección.

Dez estira una mano hacia el frag.

—No está muerto…

—Ya nos encargamos nosotros a partir de aquí —dice el hombre de mantenimiento, y se pone manos a la obra.

Pero Dez sabe que tendrá pesadillas con los gemidos del frag durante meses. Dentro de esa criatura hay vida, un alma de lo más inquieta.



Dentro del objetivo, Rafe y ella se suben a la plataforma, que brilla con sutileza. Echa una ojeada al espacio agrietado y oscuro que separa la elevación de la base de la cúpula.

Tiene miedo, pero si no regresa al abismo debajo de la plataforma, si no aprende a salir por su cuenta, nunca llegará a concentrarse del todo en su trabajo.

—Hay tres reglas —indica Rafe—. La primera: si te caes, la has cagado. La velocidad va aumentando conforme caes. Es una de las razones por las que te precipitaste tan rápido la última vez.

—¿Qué puedo hacer?

—Echa el freno. Lo importante es no caerse nunca. Si notas que te vuelves a resbalar por el borde, *lánzate*.

Dez se asoma por el borde de la grieta a las profundidades infinitas y oscuras. Traga saliva.

—De acuerdo. Salto.

—Segunda regla —prosigue Rafe—. Las luces que están más abajo se llaman «halos». Cada una contiene la vida de un mortal actual. Agárrate a ellas para subir, pero hazlo con cuidado.

—¿Ahí abajo hay un halo por persona viva en el mundo?

—Están encerrados en unos campos de radiación electromagnética.

Se le vienen a la cabeza los deberes de ciencias del instituto.

—¿Cómo una llamarada estelar, esas llamas que despiden las estrellas?

—Muy bien. —Rafe sonríe.

—¿No queman mucho?

—Sí. Solo podrás tocarlas durante un periodo corto de tiempo.

Dez trata de comprender la inmensidad sobre la que está de pie.

—¿*Mi* vida está ahí abajo? —pregunta Dez—. ¿En un halo?

—No —contesta Rafe—. Moriah guarda los halos de los de primero en otra parte. Ahora bien, la tercera regla es la más complicada. Tienes que tener la mente completamente en blanco, no puedes pensar en nada que no sea trepar. Debes estar muy centrada.

—¿Cómo si estuviese meditando? —Nunca se le ha dado bien.

—Más bien como si estuvieses jugando a un videojuego —responde él—. Estás tratando de cumplir una tarea y no existe nada más. Si te distraes, seguirás cayendo. Así que olvídate de todo lo que no implique regresar a la plataforma.

Está de pie, con los dedos en el borde de la elevación. Baja la vista a la oscuridad infinita, salpicada con unos puntos de luz. Creía que se parecían a las estrellas. Suaviza la vista para dejar de ver su inmensidad vertiginosa y concreta. Para verlas de una forma más similar a la de cuando levanta la vista al cielo nocturno.

Rafe se gira para ponerse de espaldas a la plataforma.

—Ahora, lo único que queda por decidir es qué enfoque piensas darle.

Dobla las rodillas y después da un salto hacia atrás con los brazos detrás de la cabeza. A continuación, se agazapa para dar un mortal antes de poner el cuerpo recto en una plancha larga y bonita. Se zambulle.

Y cae.

A Dez se le contrae el pecho hasta que, unos quince metros más

abajo, Rafe alarga la mano y sujeta uno de los halos.

Y entonces ve algo de lo que no se había percatado la última vez. Es un aro.

El aro oscila bajo su peso, pero lo ancla y evita que siga cayendo. Sujeta otro, luego otro más y así sucesivamente, trepando gracias a las ardientes manifestaciones de cada vida mortal.

—Baja —le dice—. Lánzate.

Dez tiene las palmas mojadas por el sudor a medida que se acerca al extremo. Le parece una locura que esté a punto de hacer esto.

Intenta dejar la mente en blanco. *Sé como Mo jugando al Halo*, se dice a sí misma. Ninguna cita en el juzgado o trabajo a tiempo parcial lo perturbaba mientras jugaba a la Xbox.

—Que es para este milenio, Dez —la llama Rafe.

Levanta los brazos por encima de la cabeza.

Y se zambulle.

Al principio, se le corta la respiración. Siente una euforia tremenda, más en el alma que en el cuerpo, como si, por primera vez en su vida, el salto la hubiese arraigado a su alma del todo.

¿Esto es lo que se siente al morir? ¿Un silbido fuerte y maravilloso? ¿Una mezcla entre soltarse y ser incapaz de sujetarse?

—Es hora de desacelerar.

La voz de Rafe, su eco distante, la devuelve de golpe a la realidad. A la de verdad. No se está muriendo; simplemente está cayendo en picado, más rápido y más lejos de lo que pretendía.

El pánico se apodera de su cuerpo.

—¿¡Cómo!? —grita.

—¡Igual que en cualquier otra situación! —exclama él, aunque su voz se va desvaneciendo—. Decide que vas a hacerlo y ponte manos

a la obra.

Dez estira los brazos y las piernas e intenta hacerse todo lo grande que puede, pero así tampoco va a poder agarrar ninguno de los halos. Tiene que escoger uno, dirigirse hacia él y atraparlo con ambas manos.

Sus ojos se topan con una banda refulgente más abajo. Se acerca a ella a trompicones, estira más los brazos hasta que…

La sostiene en la mano. Arde y le hace cosquillas, como si estuviese hecha del fuego con el que se creó el universo. Afloja el agarre a medida que su cuerpo se balancea hasta quedarse quieto. Levanta la vista y Rafe se acerca a ella con una facilidad que no entiende.

—Pasa a otro halo —le indica al llegar junto a ella.

—*Auch*. —Dez suelta un grito ahogado—. No me parece justo que tú puedas bajar volando mientras que el resto tenemos que trepar.

—Algún día, volaremos juntos —afirma. Sus miradas se cruzan y ella vuelve a experimentar esa falta de aire que siente cuando están a solas en su cama. De todas formas, ahora no puede andarse con tonterías. Tiene que aprender a salir de ahí por su cuenta.

Encuentra otro halo y se agarra a él con suavidad. Y después otro. Su mente teje una cuerda invisible de halos para regresar a donde tiene que ir.

—Al principio, igual que pasaba con el objetivo, tendrás que tirar de cada halo con cuidado —indica Rafe—. Pero, con la práctica, aprenderás a hacerlo con la mente.

Dez está prestando atención. Se centra en las instrucciones de Rafe… hasta que, en un momento dado, deja de hacerle caso. Porque justo ahí, dentro del halo que está sujetando Rafe, el que está utilizando para ejemplificar el proceso, irradia una vida que logra

distinguir.

Ve a alguien a quien reconoce al instante.

La escena está encogida y dispuesta en un ángulo extraño, así que al principio le resulta imposible de discernir. Dez no está segura… hasta estarlo *completamente*.

Es Asher. Está subido a la rampa en forma de «U» en Ventura. La brisa del océano hace ondear su camiseta. Rafe está sujetando la vida de Asher.

Nota un dolor abrasador en la mano a medida que se le resbalan los dedos. No pretendía hacer eso; ni siquiera sabe lo que está pasando hasta que es demasiado tarde. Al soltarse, se precipita más rápido que nunca.

—¡Dez! —grita Rafe; su voz está a años luz de distancia.

Cae en picado. Es incapaz de disminuir la velocidad o de detenerse.

Parece que han pasado años cuando Rafe la atrapa. De nuevo en sus brazos, resuella para recobrar el aliento. La agarra con fuerza, con un brazo alrededor de la cintura y otro sujeto a un halo. No obstante, es uno distinto. El halo de un desconocido.

Asher ha desaparecido, perdido en un mar de estrellas ardientes.

—No me creo que haya tenido que volver a atraparte —espeta Rafe, no como si estuviese enfadado, sino más bien como si se alegrase de haberlo hecho.

Dez está temblando cuando le rodea el cuerpo con las extremidades flácidas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

Levanta la vista en busca del halo que había estado sujetando hasta hace nada. ¿Qué posibilidades había de que, de todos los halos del

mundo, haya agarrado ese? De todas formas, no piensa contarle nunca a Rafe a quién ha visto en el interior. Hace meses, cuando le preguntó por la audición de Asher para su película, creyó que se había puesto celoso. No tiene ni idea de cómo reaccionaría si supiese que Asher sigue teniendo poder sobre ella.

Y mucho menos teniendo en cuenta que, desde hace dos meses, desde que descubrió la verdad sobre la Aqueronte, Dez se ha sentido perdida día sí y día también. Así que empezó a vislumbrar fragmentos de la vida de Asher en el repositorio, un recordatorio de su antigua vida. Aprendió a anular el sistema con sus emociones y a dejar que prácticamente se le friese la mente por las ganas que tenía de verlo. Repasa su línea vital. Y eso la tranquiliza.

—Has pensado en tu hermano, ¿verdad? —pregunta Rafe.

Dez aparta la cara. No lo niega.

—Hazme un favor —dice Rafe a la vez que levanta el halo lo más alto que puede—. No entres aquí, por favor. Hasta que el dolor deje de ser tan reciente. No es seguro para ti.

Dez se queda callada, pero observa conforme los halos tiran de ellos hacia arriba y analiza la técnica de Rafe.

Odia este sitio.

Y, algún día, dentro de poco, volverá.

A solas.

36

Al día siguiente, Zarlengo irrumpe en el objetivo de Dez sin avisar. Odia que cualquiera que no sea Rafe se meta en su objetivo. Hay demasiada intimidad, demasiada cercanía. La mirada entornada de Zarlengo le provoca frío y claustrofobia.

Ha venido a supervisar el encargo que acaba de comenzar sobre su nuevo sujeto, una mujer llamada Iris que creció en una granja en Belfast durante el conflicto norirlandés.

—¿Cuánto lleva trabajando en este repaso vital?

—Tres días.

Zarlengo se da la vuelta para mirarla, cruza los brazos sobre el pecho y baja la vista de modo que el sombrero negro le oculta el rostro.

—Me pregunto si su languidez está relacionada con la crisis emocional que sufre, señorita Rae. Es posible que la muerte de su hermano en mitad de todo este proceso la haya sobrepasado. Por no hablar de la relación potencialmente letal que hemos descubierto entre usted y el señor De la Cruz.

—Se equivoca —contesta.

—¿Existe alguna otra deficiencia personal de la que deba estar al corriente? No previmos que fuese a tener tantas dificultades.

Dez se detiene. Sabe de sobra que Zarlengo no va a querer escuchar lo que tenga que decir. Sabe cómo va a reaccionar. No

obstante, no va a permitir que culpe a Rafe o a su hermano de su falta de progreso.

—Siento como si siempre estuviese persiguiendo una escena que no existe. Algo esencial, algo sin lo que no puedo terminar una película.

Es la misma sensación que tuvo con la escena del partido de *hockey* en la que su hermano estaba subido a hombros de su padre. Aunque, a estas alturas, por lo que todo el mundo le ha dicho, Dez se ha convencido de que puede que ese recuerdo estuviese distorsionado. Quería que esa escena fuese real, pero quizá estuviese equivocada.

Todos sus encargos le transmiten la misma sensación fantasma, como si faltase algo esencial.

—El repositorio contiene todo lo que pueda necesitar.

—Lo sé —se obliga a decir—. Es la misma respuesta que no dejan de darme.

—De hecho, contiene más de lo necesario. He conocido a cineastas capaces de crear una obra maestra con solo tres pequeños momentos.

Zarlengo repliega el objetivo para salir sin esperar respuesta y la pantalla se funde a negro.

Dez suelta un profundo suspiro cuando se queda sola y vuelve a encerrarse en el objetivo. Tiene que trabajar y centrarse en las almas que necesitan su atención.

El objetivo se llena otra vez de imágenes, de luz. El repaso vital, compuesto por escenas aisladas en las que en otro momento trabajó para la película de su hermano, ha quedado sustituido por una galería inmensa. Por todo este trabajo que esperan que haga de una sentada, en un solo día. ¿Estos seres humanos, de vidas plenas y maravillosas, la están esperando para morir?

Al igual que las hojas de un árbol, le abruma imaginarse acompañando a todos ellos, pero, si da un paso atrás y capta la visión de conjunto, ve la vida troncal que los une. De pronto, aparecen los patrones, las semejanzas y las coincidencias, las vidas vibran por el amor y el conflicto, la generosidad, el fracaso y el deseo.

Coloca a Iris en primer plano. Ve cómo la línea vital de la mujer inunda el objetivo y se adentra en ella. Va revisando escenas que van de la niñez a la vejez, momentos de ternura, de asombro y sacudidas repentinas de terror. Intenta acallar la sensación de que algo se le escapa, trata de sentirlo todo, la historia al completo que tiene frente a sí. Quiere ver la huella que ha dejado el paso de Iris en la tierra como el arco narrativo de una película, hasta conocer la esencia de su alma. Quiere sentir que es la única capaz de guiar a Iris para que pase página y encaminarla hacia la luz blanca.

Es justo lo que solía sentir cuando hacía películas en Death Valley: autonomía e inspiración. Lleva tiempo sin experimentar algo así. Puede que nunca lo haya hecho en la Aqueronte. Es una sensación que no tiene desde… desde que rodó *Destellos*.

Piensa en Asher. En el día que pasaron juntos en Ventura. Se permite recordar los detalles con tanta nitidez como si una parte de sí misma jamás se hubiese ido de allí. Nota la madera tosca del muelle, la arena entre los dedos de los pies, el peso de la cámara al hombro, el brillo carismático de la mirada de Asher.

Lo echa de menos. Al menos, a la idea que se ha formado de él. A la sensación de estar cerca de Asher aquel día. Sabe que es imposible, pero en ese momento, vuelve a anhelarla.

Cinco minutos, se dice a sí misma. Y después volverá a ponerse

manos a la obra. Cinco minutos para reconciliarse con la versión de ella que confiaba en su instinto, que tenía muchas menos herramientas de las que dispone ahora en la Aqueronte, pero que, aun así, siempre tuvo cuanto necesitaba.

Cinco minutos con Asher.

Aparta la línea vital de Iris con la mente; nota el calor en las sienes y le indica a la de Asher que pase a un primer plano.

Dez contiene el aliento. En la primera escena que extrae aparece un Asher de hace varios años, en clase, de pie detrás de un atril.

En la mano sostiene un mando para controlar la presentación en PowerPoint y está detrás de un portátil. Se dirige a una sala de estudiantes universitarios a medida que un profesor agotado lo observa en primera fila.

Dice:

—Aquí podemos comprobar que un diagnóstico temprano incrementa no solo la duración, sino también la calidad de vida.

Dez absorbe las palabras, el sonido que hace Asher al pronunciarlas y su expresión seria. Se empapa de los detalles de la sala, del semblante y la postura de Asher, del sonido de su respiración, de la camiseta arrugada que lleva y de los gestos que hace con las manos al hablar.

Se queda con algunas palabras: «reprogramación celular», «biogénesis mitocondrial» y «transfusiones de sangre de personas jóvenes» . Ojalá conociese esa faceta de Asher. Ojalá hubiesen mantenido el contacto. Se arrepiente de cómo ha seguido avanzando su vida sin él y viceversa.

Y entonces lamenta aquella noche de noviembre en la que le ofrecieron tomarse la expulsión onírica de la Aqueronte y retomar su

antigua vida en lugar de renunciar a todo cuanto conocía.

Aquella noche, Dez renunció a Asher. Y ahora su única forma de verlo es a través del objetivo.

Quiere ver el día en que se conocieron. Quizá sea una tortura, pero necesita recordar que fue real, a pesar de que no pueda repetirse. Recorre la vida fascinante de Asher con la mente mientras trata de no distraerse con cada instante.

Se detiene en uno, es incapaz de avanzar. Es de noche y hay una mesa de comedor común y corriente. Un plato de lasaña, guisantes y un trozo de pan de ajo. Una mano sostiene un tenedor para llevarse un trozo a la boca.

Conoce esa mano. Conoce el contorno fuerte y las uñas pulcras. Le ha tocado la piel. Ya no está viendo una grabación, sino que ha entrado en los recuerdos de Asher, en su punto de vista.

Dez baja la mirada hacia los pantalones de correr negros que lleva puestos. A los pies descalzos que descansan en la alfombra, bajo la silla. Tiene una complexión más menuda que el hombre que conoció. Es más joven, puede que tenga unos quince años.

Las ganas que tiene de ver todos los detalles de esa escena tan mundana la hacen parecer algo prohibido. Se percata de que hay otras personas sentadas a la mesa con Asher: dos chicas de ocho años, lo más probable es que se trate de sus hermanas, y dos adultos que serán sus padres. Su madre, que murió de alzhéimer unos años después de ese momento. Dez analiza a la familia como si estuviese empollando para un examen.

Su madre es preciosa, lleva la cara lavada y el pelo recogido en una coleta; está cansada, pero no tiene el mismo aspecto que la madre de Dez cuando está agotada. La madre de Asher parece tener ese

cansancio de cuando vuelves a casa después de un trabajo gratificante para cocinar una buena cena para tu maravillosa familia.

Se parece a Asher o, más bien, él es quien se parece a ella. Piel aceitunada. Pelo rubio. Mismo arco de cupido leve en el labio superior.

Su padre posee una tez más oscura, lleva gafas y una expresión intelectual. Las chicas tienen la nariz quemada por el sol y los ojos del mismo color que los de Asher. Una de ellas le está pasando los guisantes al perro de extranjis, que levanta la cola como un periscopio desde el extremo de la mesa a ver si le cae algo de comida.

Hay una silla vacía en la mesa. A medida que Dez se la queda mirando, un fuerte y evidente anhelo despierta en su interior. Quiere ocupar esa silla. Quiere llenar ese hueco libre. Quiere acariciar al perro, pasarles los guisantes, saber cómo se llaman las niñas, responder a las preguntas de los padres de Asher y asomarse a su habitación. Quiere estar muy lejos de aquí, pero sobre todo…

Quiere que él la mire. No a través del objetivo de una cámara, sino a los ojos. De la misma forma que haría si entrase en su casa, en su cocina, en su vida, en este mismo momento.

¿Querrá verla, después de que no le haya devuelto las llamadas?

¿Cómo podría explicarle lo que le ha ocurrido y las decisiones que ha tomado durante esos últimos meses?

Al no encontrar una respuesta, sigue buscando el momento en el que Asher y ella se conocieron. Busca escenas de playas, bares, rampas en forma de «U». Busca de forma más meticulosa que nunca. Sin embargo, no encuentra la tarde en la que se conocieron. Por mucho que se esfuerce, no distingue a ninguna chica con vestido

negro acercarse a Asher con una cámara al hombro.

Dez no está allí.

Es como si nunca hubiese estado.

37

—Cuánto tiempo —saluda Eri a Dez esa misma noche desde detrás de la barra. Levanta la coctelera y mezcla el contenido, lo que hace temblar el ruiseñor que lleva tatuado en el escote—. ¿Es por algo que te eché en la bebida?

—Qué va. —Dez sonríe—. Me gusta estar aquí.

—Lo mejor de zambullirse en un antro siempre es el ambiente —dice Eri para darle la razón.

Dez opina lo mismo. Lleva semanas sin dejarse caer por el chalé en las nubes. Tenía muchas ganas de terminar a una hora decente para volver y para pasar una noche de desenfreno en el bar con sus compañeros de habitación. Vuelve a echar un vistazo al espejo oscuro y extraño de Eri, donde ve su reflejo, pero sigue sin encontrar el de la camarera.

Igual que con la línea vital de Asher, falta algo. Algo que debería aparecer ahí.

—He estado… —empieza a decir.

—¿Ocupada? —pregunta Eri tras enarcar una ceja. Desliza una bandeja con cuatro bebidas que Dez no ha pedido, cada una de un color y en un vaso distinto—. Me alegra que hayas decidido quedarte, Desdemona. Rafe va a saber lo que se le viene encima cuando asciendas.

—*Si* es que lo acabo consiguiendo. —Dez no debería haberse pasado la mayor parte del día en la línea vital de Asher. Todavía le queda para terminar la peli de Iris, y no ha conseguido encontrar la escena del nacimiento de su hijo que quería incluir en la película. Mira a Eri con los ojos entornados—. ¿A qué te refieres con eso de que Rafe no va a saber lo que se le viene encima?

La camarera se inclina hacia delante y baja la voz.

—Si alguna vez te da la sensación de que tiene la sartén por el mango, es mentira. Rafe te necesita tanto como tú a él.

Se sostienen la mirada durante el tiempo suficiente como para que la intensidad le ponga los pelos como escarpias. ¿A qué se refiere la camarera? Antes de poder preguntárselo, Jet se sienta en el taburete que tiene al lado.

—Esperaba encontrarme contigo antes de que te fueras —dice—. No has asistido a ni una sola reunión del club.

—¿El club existe? —pregunta Dez—. Creía que, después de llegar a la mitad del trimestre, el resto de las actividades desaparecieron. Ya ni siquiera vamos a clase.

—¿Alguna vez has visto una película *dark academia*?

—Vi *El club de los poetas muertos* con mi hermano.

—Entonces, ya sabes que los estudiantes que más presión sufren necesitan entretenerse con las cosas más oscuras y decadentes —contesta Jet—. Nos reunimos todos los jueves para relajarnos y debatir dilemas estéticos. Te ayudará a ser mejor cineasta.

—Ya voy atrasada con los encargos. Creo que no me queda tiempo.

Jet se acerca.

—No tengas miedo de pedir ayuda.

—Ah, ya la he pedido.

De pronto, Jet parece superinteresado en la conversación y se gira para colocarse delante de ella en el taburete.

—¿Rafe te tiene abandonada?

Dez teme haber dicho demasiado, aunque en realidad no haya dicho nada.

—Solo ha estado ocupado.

—Por supuesto. Con los frags —responde Jet.

—Hablando del tema, ¿qué está haciendo la Aqueronte con ellos? —pregunta Dez, pero Jet está señalando a la camarera como si no la hubiese escuchado.

—¿Qué te pongo, Jet? —pregunta Eri.

—Tomaré lo mismo que ella —contesta Jet mientras señala con la cabeza las cuatro bebidas que tiene delante—. Oye, sé que debes de sentirte culpable…

—¿Culpable?

—Por todas las pelis que arrastras cada día. Ellos no van a dejar de morir, es evidente. Y entonces los demás tendremos que encargarnos de lo que no termines.

—Nadie me lo había dicho.

—Rafe no es el único que puede echarte un cable, Dez. —Jet le dedica una sonrisa y le brillan los ojos dicromáticos—. Solo tienes que pedirlo.

—¡Dez, trae las bebidas! —chilla Simon desde un reservado en la otra punta del bar—. ¡Anda, hola, Jet!

Dez saluda a Simon, a Esther y a Yael, que están en el reservado. Se gira hacia Jet.

—Pero tú ya estás trabajando con Simon.

—Las cosas pueden cambiar en un abrir y cerrar de ojos —declara,

tras encogerse de hombros y darle un trago a la bebida.

Ella asiente, le da las gracias a Eri, se apodera de las bebidas y se marcha al reservado a encontrarse con sus compañeros de habitación.

—Siéntate, Dez —indica Esther—. Estamos hablando de terror japonés. Simon y yo no conseguimos decidir qué tiene más potencial cinematográfico aterrador, los *bakemono* o los *yurei*…

—La cosa está entre los cambiaformas o los espíritus vengativos —le traduce Simon a Dez.

Dez lleva meses sin tener el tiempo o la energía para pensar en películas reales. Antes de la Aqueronte, le habría encantado hablar de frikadas. Ahora, niega con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Cuántos tantos te has marcado hoy en el objetivo? —le pregunta Yael.

Dez levanta un solo dedo.

—*Auch* —suelta Simon, rodeándole los hombros a Esther con el brazo—. ¿Alguna vez has escuchado eso de «Está bien, pero tampoco es la hostia»? Puede que tú vayas a tu ritmo.

—Lo conseguirás, Dez —responde Esther—. En algunos encargos simplemente se tarda más que en otros. Yo hoy he terminado solo dos.

—¿En serio? —pregunta Dez, animada por la solidaridad de Esther.

—Con el debido respeto, no —espeta Yael—. Dez tiene que darse vida. —Se gira hacia ella—. Si me necesitas, aquí me tienes.

—¿Por qué la gente no para de decirme lo mismo? —pregunta Dez.

—¿Quién más te lo ha dicho? —La voz de Yael suena como un látigo.

—Rafe prometió que estaría más presente —responde ella en un intento por evitar la pregunta, a sabiendas de que Simon no debería enterarse de la conversación que ha mantenido con Jet en la barra—. Creo que está ocupado con algo de los frags.

—Me he enterado de lo del último. —Simon arruga la cara—. El que estaba… ¿no demasiado muerto?

—Y he oído que lo *percibiste* antes de que se le cayese encima a Rafe —añade Esther, intrigada—. ¿Cómo lo hiciste?

—No lo sé —responde ella—. En realidad, sí que me vendría bien que me echaseis una mano con una cosa.

A Yael se le ilumina la cara y se inclina hacia delante en el reservado.

—Tú pide.

Dez se acerca a sus compañeros de habitación.

—Me está pasando lo mismo que con la película sobre mi hermano. Como si en el repositorio faltase una escena.

—¿Qué escena? —pregunta Simon, y lame la sal del borde de la copa.

Dez está pensando en el muelle de Ventura, en el día que pasó con Asher, pero ni de broma puede decirles que estaba echando un vistazo a una línea visual que ni siquiera le habían asignado.

—Un nacimiento —contesta con cautela mientras piensa en la película sobre Iris—. He buscado por todas partes. Está claro que mi sujeto tuvo un hijo. Dio a luz. La vi embarazada. La vi criar al niño.

—Ya encontrarás otra escena, Dez —dice Simon con amabilidad.

Esther alarga el brazo por la mesa y le da un apretón a Dez en la

mano.

Ella asiente y apura la bebida; no obstante, por dentro sabe que hay algo que no puede contarles a sus amigos. La escena que falta en la línea vital de Asher es única en su especie.

Necesita saber por qué el día que pasó con Asher se ha esfumado. Tiene que saber dónde ha ido a parar.

Yael señala las copas vacías.

—¿Quién va a por la próxima ronda?

Dez echa una ojeada hacia la barra; ve que Jet se ha ido y que Eri está sacándoles brillo a las copas a la vez que las sujeta con un trapo y les da vueltas para que los bordes de cristal atrapen la luz.

—Yo —contesta Dez, y se levanta de la mesa.

Coloca las copas vacías en la barra.

—¿Otra? —pregunta Eri.

—Y una cosa más —dice, armándose de valor.

Eri deja la copa que estaba limpiando y baja la voz.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Sabes algo sobre unas escenas perdidas?

Eri suelta un silbido en voz baja.

—Sí que lo sabes —afirma Dez.

—Ten cuidado, Desdemona. Estás jugando con fuego.

Ya lo sabía.

—Cuéntamelo.

—Pongámoslo de este modo —explica Eri—. Las pelis que creas permiten pasar página. Te venden la idea de que la vida tiene un comienzo, un nudo y un desenlace. A la gente le gusta. Es reconfortante. —Entorna los ojos y se acerca—. No obstante, todo mortal tiene por lo menos un momento en la vida en el que ocurre lo

contrario. Un momento que le hace cuestionárselo.

—¿Cuestionarse el qué?

—Si hay algo más… Algo distinto a la estructura en tres actos. Si hay algo después de pasar página. Algo que no ceda, que no tenga fin.

—¿Te refieres a una secuela? —pregunta Dez.

—Me refiero a lo opuesto a estar preparado para morir. Si mi trabajo fuese que la gente estuviese a gusto con estirar la pata, haría lo que pudiera para evitar que crean lo contrario.

Dez les da una vuelta a las palabras de Eri. Sigue sin tener sentido. ¿Es posible que, cuando conoció a Asher, le hiciese sentir lo opuesto a pasar página cuando le llegue la hora? ¿Por eso la escena no está?

¿A dónde habrá ido?

Recuerda la gala. Moriah había mencionado los riesgos del tipo de películas que hacen…

—¿Esto es sobre los Verdugos de la Muerte? —le pregunta a Eri.

Antes de que la camarera pueda contestar, se abre la puerta trasera. Jet vuelve al bar, pavoneándose. No se ha quitado el casco de esquí, pero le gotean las patillas, húmedas. Eri le echa un vistazo y después le desliza unas cuantas bebidas más a Dez.

—Eri —suplica Dez.

—Ahora no —susurra ella.

—¿Dónde están las escenas desaparecidas? —masculla Dez.

Eri saluda a Jet con la cabeza cuando él se sienta junto a la barra. Esboza una sonrisa misteriosa.

—Cuánta razón; lo mejor de zambullirse en un antro siempre es el ambiente.

En un cubículo al fondo del bar, Dez se topa con una ventanita en forma de estrella que no había visto hasta entonces. Pega la cara al cristal y ve el bosque de fuera, profundo y tentador a la luz de la luna.

Echa una ojeada a sus amigos, que no han dejado de beber y reírse y no se han percatado de la ausencia de Dez, así que se escabulle por la puerta trasera desvencijada del antro.

Es una noche fría y cortante, y Dez se ha dejado la parca en el reservado. Cuando se resbala con una plancha de hielo y cae rodando por la ladera hasta la linde del bosque, se le mete nieve en los calcetines y en el cuello de la camisa.

—Dez —la llama Yael desde la puerta trasera—. Si lo que buscas es el río, está a cinco kilómetros hacia el oeste.

Echa un vistazo hacia esa dirección, resollando, desde donde está, pero no ve nada salvo matorrales y ventisca.

—Te recomiendo que no toques el agua cuando llegues —sugiere Yael.

—¿Por qué no? —pregunta ella.

—Porque te freirá la puta mano —replica su compañera mientras baja la pendiente hacia Dez. Le tiende la mano para ayudarla a levantarse—. ¿Tú no tienes unos mil repasos vitales con los que ponerte al día?

—Sí.

—Hazme caso, ese río no te traerá nada bueno —afirma Yael conforme ella se levanta y las dos regresan al bar.

38

Durante las próximas semanas, las palabras de la camarera resuenan en la mente de Dez.

Lo mejor de zambullirse en un antro siempre es el ambiente…

Reproduce la noche una y otra vez en su cabeza. La retahíla de descubrimientos que estaba empezando a cobrar algo de sentido… hasta que le preguntó a Eri dónde guarda la escuela las escenas que faltan. La camarera tenía la respuesta en la punta de la lengua cuando Jet regresó al bar.

Entonces, Dez se había ido a buscar el río. Y Yael se lo impidió…

Si hubiese seguido adelante, ¿con qué se habría topado?

Espera descubrir qué pasa en realidad. ¿El bar, el río y las escenas que faltan están relacionados de algún modo?

Pero, aunque pudiese investigar el río y zambullirse en busca de algo bajo la superficie, ¿qué acabaría sacando en limpio? Aunque encontrase la escena que falta en la cronología de Asher, seguiría sin resolver el problema más gordo.

En los cuatro meses que lleva en la Aqueronte, solo ha hecho veintinueve de mil quinientas películas.

Entonces, ¿por qué es incapaz de olvidarse del tema?

Tiene que centrarse en su trabajo, en quienes están muriendo, no en lo que le falta o deja de faltar a la línea vital de Asher. Que Jet le contase que él y el resto de los ángeles iban a tener que comerse el

trabajo que no estaba entregando la ha estimulado. El trabajo no será más sencillo, pero Dez se siente más capaz, más segura. Esta noche, por primera vez, está a punto de terminar cuatro pelis en un día.

Su sujeto es una mujer joven, de solo treinta y seis años. Se llama Salwa y su vida ha estado marcada por el caos. Algunas veces, conforme repasa la línea vital de Salwa y ve una calamidad detrás de otra, la vida de la mujer se le hace demasiado cuesta arriba. Una lluvia de bombas asola el barrio de Salwa y la casa de su familia. Su hijo pequeño muere de polio a los cuatro años. Su marido se marcha una mañana a buscar comida y no regresa nunca.

Dez ha aprendido a comparar los recuerdos desde el punto de vista de un sujeto con las grabaciones recopiladas en la nube donde *aparece*. Ha visto vídeos que grabaron el marido y los hijos de Salwa con el iPhone y le resulta esclarecedor ver cómo ellos perciben a Salwa de forma distinta a la de ella misma. Según su familia, era un faro de serenidad y paz. Pero en sus propios recuerdos, Salwa suele estar muerta de miedo, inquieta, llena de arrepentimiento.

Dez rara vez tiene tiempo para llorar a sus sujetos; lleva sin llorar por nadie desde Mo, aunque no puede evitar derramar unas lágrimas por Salwa mientras intenta dar sentido a una vida tan dura. Y entonces, en las profundidades de la línea vital, lo encuentra.

Una amapola.

Roja e imperfecta, maltrecha y con los pétalos aplastados en el jarrón de cristal de la mesa del comedor. Cuando Salwa inspira, Dez huele los pétalos.

Toda película posee un tema, una metáfora central. Para Mo, eran las nubes. Para Iris, el mar. Dez decide que para Salwa es esa amapola. Retrocede por su línea vital para descubrir cómo llegó al

jarrón.

Encuentra escenas del marido de Salwa antes de que se casaran, de cuando trabajaba en una floristería de la calle Allymoun. ¿Así es como se conocieron? ¿Salwa fue a por rosas y se marchó con unas amapolas por recomendación del hombre con el que acabaría casándose? Dez visualiza con claridad en su mente cómo una única amapola roja se convirtió en todo un mundo: en una familia, en una vida de recuerdos, en amor; aun así, no consigue encontrar la escena en el repositorio. Retrocede en la línea vital de Salwa en busca de una flor. Están por todas partes. Pero ninguna es la amapola roja del jarrón.

La mayor parte de los días, Salwa solía llevar a sus hijos a la escuela a pie. Durante el trayecto siempre pasaban junto a unas laderas repletas de amapolas. Dez da con otro día soleado normal y corriente y basa una escena en la familia pasando al lado de las flores. Sube la saturación del dorado de las flores para resaltarlas más.

Se topa con unas amapolas salvajes en una mañana ventosa en la playa. Salta a una tarjeta de cumpleaños de la madre de Salwa con una foto de unos pétalos de un suave color morado. Amplía la imagen sobre el trozo de papel que la mujer lleva siempre en el bolsillo y que saca todas las noches cuando su familia se ha ido a dormir. No le sorprende darse cuenta de que se trata de un boceto desvaído de una amapola. Retrocede por la línea vital y descubre el día en el que su hija mayor la dibujó, un año antes de que se desatase la guerra. Era un dibujo grueso e impecable. Dez añade a la película de Salwa el momento en el que la niña le enseñó la tarjeta a su madre.

Quiere encontrar la escena de la amapola grande y roja, pero le da la sensación de que no va a poder ser. Siente como si hubiese un vacío enorme, pero no puede seguir buscándola a perpetuidad. Tiene que terminar la película sobre Salwa. Escoge la última toma con cuidado, la imagen que verá Salwa justo antes de morir. Se decanta por el dibujo desvaído y arrugado de la flor que la mujer contempla al final de cada día, incluyendo esa misma noche en la otra punta del mundo real. Dez sabe, aunque no conoce los detalles, que la guerra mandará el alma de Salwa a la luz blanca.

Ve la película después de terminarla. No le queda más tiempo. Entonces, se seca los ojos y enciende la cerilla, dejándola arder hasta que casi le quema las puntas de los dedos antes de apagarla de un soplido para enviar la película sobre Salwa al Departamento de Distribución.

Dez nunca ha sentido la clase de amor que Salwa compartía con su marido. Y, estando en la Aqueronte, no se imagina que vaya a hacerlo algún día.

¿Los ángeles se enamoran? ¿Tienen almas gemelas? ¿Pueden casarse y tener hijos?

Si Rafe estuviese ahí, le diría que está siendo muy corta de miras, igual que una mortal. Sin embargo, esas preguntas tienen un significado tan inmenso para ella que hasta duelen.

Lo más cerca que ha estado de enamorarse fue aquel día que pasó con Asher. La sonrisa que le dedicó cuando se conocieron le resultó familiar. No como si ya se hubiesen conocido antes, sino como si fuesen a hacerlo a partir de entonces. Era una sensación que carecía de principio o de fin, compuesta por ese único momento.

Y no volverá a verlo nunca más. La única vez que quedaron parece

haberse desvanecido de la futura película de Asher. Así que ni siquiera se llevará el recuerdo a la tumba cuando muera, lo que es casi como si nunca hubiera pasado. Como si Asher y ella no hubiesen compartido ese día. Como si no se hubiesen despedido en el aparcamiento con un mero apretón de dedos.

Dez no puede contenerse. Hace aparecer la línea vital de Asher y la coloca en primer plano. Con el corazón en la garganta, rebobina hasta una escena en la que él está andando solo por la playa, el día en el que se conocieron.

Va descalzo, con los pantalones remangados hasta los tobillos y un jersey gris holgado. Dez ve el océano, el mundo entero a través de sus ojos, aunque le encantaría saber lo que Asher *siente*. Le gustaría descubrir lo que él sintió aquel día y el resto de los días después de conocer a Dez. En esa época en la que ella se había esforzado tanto por no pensar en él.

Piensa en las innumerables escenas mundanas de la línea vital de Salwa en las que aparece con su marido. Una envidia frívola se cuece en su interior. No debería estar celosa de una mujer moribunda con una vida repleta de tragedias, pero le parece injusto que ella se preocupe tanto por Asher y no aparecer en ni una sola escena de su línea vital.

Piensa en cómo había analizado las escenas que otras personas grabaron sobre Salwa para compararlas con los recuerdos de la mujer…

Una vez, Rafe le dijo que su línea vital no estaba en el repositorio, que los cineastas no podían morir mientras estén en la Aqueronte. Aunque sabe que sí que hay otro lugar del repositorio que contiene grabaciones de ella.

En otra parte del objetivo, Dez anula el sistema para invocar la línea vital de su amigo Silas, de repente con el corazón afligido por lo mucho que lo echa de menos, por todo el tiempo que llevan sin hablar. Se habrá preocupado por ella; le gustaría decirle que está bien. Aunque sea mentira. Va recorriendo la línea vital de Silas poco a poco y, al contemplar todo el tiempo que llevan siendo amigos, nota una sensación agridulce que le encoge el corazón. Ve una escena en la que se está acercando a Silas en el Dairy Barn; va vestida con una sudadera azul Klein sobre el uniforme de trabajo y un brillo escapista en la mirada. No recuerda qué hicieron aquella noche, pero sí lo que sintió al salir del trabajo, al ver a su amigo. Estaba más animada que de costumbre. Así querría que la viese alguien que le gusta.

Así es como querría que la viese Asher.

Traza el contorno de su cuerpo con el dedo sin pensar. No tiene ni idea de si funcionará, pero nota que la grabación de sí misma se despega del fondo de la escena, del calor nocturno de Death Valley. Contiene la respiración y arrastra el recorte por la línea vital de Silas.

Después, lo saca.

Y luego lo mueve hasta la de Asher.

Dez coloca el vídeo donde aparece con cuidado en la playa de Asher, de la misma forma que se dejaría un barco de papel sobre un estanque.

El vídeo tiembla y parece estar a punto de encajar en la línea vital de Asher; sin embargo, antes de que eso ocurra, Dez se estampa con fuerza contra el suelo. Intenta levantarse, desorientada, pero la plataforma no es estable y se balancea como si estuviese en medio de un terremoto.

—¿Desdemona?

La voz sale de dentro del objetivo; *viene de la línea vital de Asher*.

La escena de la playa está exactamente igual que hace un momento…

Solo que Dez acaba de entrar en la toma. Y se dirige hacia él.

En el repositorio, la Dez real suelta un grito ahogado.

¿Acaba de *editar* la línea vital de Asher?

Va a dar marcha atrás. Se devolverá al lugar que le corresponde. En un momento… Después de ver qué pasa.

Asher la *mira*.

Se acuerda de ella. La *reconoce*. Y, cuando vuelve a pronunciar su nombre, parece contento. Sorprendido, pero más que nada, *contento*.

—¿Desdemona Rae?

Se observa a través de sus ojos, desde su punto de vista, a medida que se acerca a él, radiante como un destello.

—Creí que no volvería a verte —dice con los brazos abiertos.

39

—Por aquí, señorita Rae —indica el doctor Ezekiel, sujetándole la puerta del despacho de la directora en una tranquila noche de febrero.

Dez niega con la cabeza.

—Estoy buscando a mi compañero de habitación. Me dijo que nos veríamos aquí. —Echa un vistazo al repositorio oscuro y al retrato de Samael, donde Simon sugirió que se encontrasen. Al resquicio de luz que sale de la puerta de Moriah.

—Ha venido al lugar adecuado —contesta el doctor Ezekiel.

Dez traga saliva cuando la hace pasar. ¿En qué lío la ha metido Simon ahora?

Se asoma al pequeño despacho que contiene unas estanterías empotradas, un escritorio grande de cristal y cromo y dos sillas de terciopelo verde para invitados. La directora no está por ninguna parte, y la serpiente blanca tampoco. El doctor Ezekiel le señala la otra punta de la sala, donde un espejo grande cuelga de la pared del fondo. Está torcido, deslustrado y tiene los bordes resquebrajados; se parece al que está detrás de la barra en el Villains.

Dez se coloca frente al espejo, al lado del doctor Ezekiel, y ve el contorno de ambos reflejos. Lleva el vestido de seda negro que se puso en la gala, que ha combinado con unas Dr. Martens para darle un toque más informal y una chaqueta de punto verde oscuro. Aun

así, el espejo está demasiado ensombrecido como para ver el reflejo de sus caras con nitidez. Así que no logra vislumbrar la expresión del doctor Ezekiel cuando el cristal comienza a transformarse y a desvanecerse como el humo hasta no dejar rastro.

—¿A dónde ha ido? —pregunta en cuanto se disipa.

En su lugar ha aparecido una escalera tallada en la piedra, que desciende de forma pronunciada.

—El espejo regresará cuando vuelva a hacer falta —contesta el doctor Ezekiel a la vez que le tiende una linterna.

—¿Qué hay ahí abajo?

—Tu amigo. Te está esperando.

—Ya lo veré de vuelta en la *suite* —responde Dez mientras da media vuelta para marcharse.

El doctor Ezekiel niega con la cabeza.

—Si te ha pedido que vengas, es porque quiere que esta noche lo apoyes. —Señala las escaleras—. Por favor.

El frío la envuelve al empezar a bajar las escaleras, sola. El brillo de la linterna que le ha dado el doctor Ezekiel ilumina lo justo para que pueda dar el siguiente paso. La escalera parece tornarse cada vez más oscura, húmeda y empinada.

—¿Simon? —pregunta.

No se escucha ni un ruido durante el trayecto, salvo por el suave sonido de la respiración de Dez. Avanza despacio, con cautela. Pierde la noción de cuánto ha bajado.

Entonces, como si alguien hubiese encendido un altavoz por *bluetooth*, escucha una risa más abajo. Se detiene sobre los escalones para aguzar el oído.

Es la risa de Rafe.

Sube el ritmo hasta que distingue una luz tenue acumularse a lo lejos. Por fin, llega al final de las escaleras y se asoma por la esquina hacia una sala abarrotada.

Parece un búnker antiguo, con muros de piedra y techos bajos. Todos los ángeles están presentes, pero Dez no ve a Simon ni a nadie más de su clase. Al entrar a la habitación de forma cautelosa, se da cuenta de que la mayor parte del barullo gira alrededor de Jet. La gente lo rodea, le estrecha la mano y le da palmadas en la espalda. Sin embargo, pese a todas las sonrisas, hay un deje de oscuridad en los ojos de los ángeles. Y Dez quiere averiguar por qué.

Rafe está al lado de Jet, pero cuando echa un vistazo a la escalera y se percata de la presencia de Dez, se separa del grupo. Se acerca a ella sonriendo, como si acabase de llegar a una fiesta.

—¿Qué se celebra? —pregunta.

—¿No lo sabes? La ascensión de Simon. Está preparado.

—¿Simon va a ascender? —Dez se queda de piedra—. ¿Esta noche?

—En cualquier momento. Debes ser su acompañante.

—¿Yo? ¿Y por qué no Esther?

Rafe mueve la cabeza.

—Puede que sea mejor así.

—¿Por qué? —pregunta Dez conforme lo sigue para adentrarse más en la sala—. ¿Rafe?

Deja el tema cuando algo frío y terso se le enrosca en el tobillo. Se queda petrificada, baja la vista y suelta un grito ahogado al ver a la cobra blanca treparle por la pierna.

La directora aparece a su lado y baja la vista hacia su pierna.

—¿Le gustan las serpientes, señorita Rae?

—Mi hermano tuvo una serpiente del maíz como mascota —contesta ella, tensa. La presión alrededor de la pantorrilla aumenta conforme el reptil le sube por la pierna desnuda—. Nunca la alimentaba, así que yo me encargué de hacerlo.

La directora observa a Dez y después esboza una sonrisa poco a poco.

—Hannah lleva mucho tiempo en la familia. La de cosas que ha visto esta chica. —Chasquea los dedos. En cuanto escucha la orden, la serpiente se desenrosca y le suelta el muslo a Dez. En un abrir y cerrar de ojos, vuelve a estar a hombros de Moriah como de costumbre.

—*Ella también lo ha visto* —le sisea la cobra a Dez.

Dez abre la boca de par en par y mira a la serpiente que acaba de ponerse a hablar como si fuese lo más normal del mundo.

—¿El qué, querida? —arrulla Moriah.

La serpiente vuelve a hablar.

—*Mi jardín. En el kinetoscopio.*

—La… ¿La serpiente sabe hablar? —Dez traga saliva y da un paso atrás.

—Pues claro —responde Moriah—. Fue Hanachesh quien concedió el don de la palabra a la humanidad.

—*Fui yo la que le enseñó dicción a tu madre, Eva* —sisea la cobra—. *A hablar con palabras, con el cuerpo*.

—¿Eres… la serpiente del Paraíso? —pregunta Dez.

La cobra saca la lengua.

—Están listos —indica Rafe a la directora desde el otro lado de la sala.

—Acaba de llegar —anuncia Moriah con una sonrisa.

Dez se gira y se pone de puntillas para ver a Simon acercarse a ellos con una túnica blanca. Lleva el pelo empapado como si acabase de salir de la ducha. El doctor Zarlengo lo guía.

Se colocan delante de Jet, que le apoya las manos en los hombros a su pupilo, se acerca y le susurra algo al oído. Simon asiente.

Moriah se desliza hacia Simon y divide a la multitud de ángeles. La cobra Hanachesh mantiene la vista clavada en Dez conforme la directora se coloca entre Jet y su compañero, igual que haría un cura en una boda.

—Bienvenido a tu ascensión, Simon.

Los ángeles recitan al unísono:

—*Tibi gratulor in ascensionem tuam, Simeone.*

Se escuchan silbidos y aplausos en la sala. Dez se une a ellos con reticencia, aunque le gustaría cruzar la mirada con Simon. No sabe cómo se encuentra su amigo. Sonríe, pero tiene la cara pálida como un fantasma.

—Estáis a punto de participar en una ceremonia antigua —anuncia Moriah—. Fue mi antepasado Enoc quien la popularizó al ser la primera persona en ascender del plano mortal al de los ángeles. En el capítulo 5, versículo 21, del *Génesis,* se describe el momento en el que Enoc fue escogido por la divinidad y lo transmutó; por supuesto, no se detallan los pormenores, como solían hacer los hombres que recopilaron la Biblia. Sin embargo, gracias a unos textos clandestinos que se han ido transmitiendo durante milenios, hemos perfeccionado la experiencia de la ascensión hasta hacer de ella algo infalible. —Hace una pausa—. Además de inolvidable.

La mirada de Simon se topa con la de Dez. Abre los ojos de par en par durante un instante y pone una expresión de «Qué mierda está

pasando».

Dez niega con la cabeza. *Ni idea*.

—Simon, eres el primero de tu clase en ascender —anuncia Moriah —. Has completado tu primer paso como Luz Blanca guionista. Tu mentor, Jet, da fe de tus logros. ¿Quieres ascender?

Simon sonríe.

—Sí, quiero.

—¿Ángeles? —pregunta Moriah, al mismo tiempo que la multitud se separa y revela una estructura de hierro rectangular del tamaño de un contenedor. A medida que los ángeles tiran del armatoste gracias a unas ruedas, la temperatura de la sala sube de golpe.

—¿Qué es? —le pregunta Dez a Rafe.

—Hace tiempo, era un crematorio.

—Rafe —suelta con voz temblorosa—. ¿Qué van a hacer con él?

—Contiene las cenizas que pertenecieron a las alas de un exángel —explica la directora a la vez que da unas palmadas en el lateral de la estructura metálica—. Cuando estés listo, Simon, abriremos las puertas. Entrarás. Las cenizas te encontrarán y se fusionarán con tu alma. Jet se asegurará de que estés cómodo durante todo el proceso. Cuando acabe, saldrás por el otro lado.

—Acabará reducido a cenizas —susurra.

—Se transformará en un ángel —la corrige Rafe.

A Dez le martillea el corazón por culpa de todas las falsedades que ha visto y oído, pero Simon parece tranquilo, casi distraído. ¿Lo han drogado? ¿Por qué está tan tranquilo?

—Rafe, tengo miedo. ¿Y si…?

—Solo le dolerá un segundo —explica Rafe—, pero el dolor purifica. Desaparecerá en cuanto el cerebro de Simon se percate de

él. Y saldrá por el otro lado antes de que te des cuenta.

Se le desboca el corazón. Simon está a punto de abrazar la inmortalidad. Está a un paso de convertirse en ángel. Va a cumplir con el objetivo para el que se supone que están ahí, pero Dez no consigue entenderlo.

Es demasiado grande.

Demasiado imposible.

Las puertas del crematorio se abren con un fuerte ruido metálico. Una ráfaga de aire ardiendo le azota el rostro al contemplar el fuego del interior. Es blanco y abrasador, espantoso. Emite un rugido penetrante e ininterrumpido.

Simon trastabilla.

—No es más que un jueguecito mental, Simon —grita Jet por encima del ruido del fuego. Después, se adentra en el crematorio y desaparece en las llamas blancas.

Simon da un paso vacilante y se tapa la cara con las manos. Unas lágrimas resbalan por las mejillas de Dez. Se cubre la cara con un brazo y agarra a Rafe con el otro. Siente que los dedos están a punto de derretírsele. El calor la envuelve, rodea la sala entera y sube la temperatura.

Simon se acerca a la cámara de fuego, diseñada para incinerar huesos humanos. Se detiene. Toma aire. Y luego echa a correr.

La puerta se cierra de un portazo detrás de él.

Dez suelta un grito. Ahí dentro deben de hacer más de mil grados. El fuego va a calcinarle los huesos y acaban de encerrarlo. Pero ¿qué mierda pasa en este sitio? ¿Cómo puede quedarse ahí plantada y permitirles hacer esto?

Se escucha un profundo gemido en el interior. No es exactamente

un grito, sino un ruido inquietante y rítmico de una persona forcejeando. Suena como si a Simon le estuviesen dando una paliza.

Dez se gira rápidamente hacia Rafe.

—Algo no va bien.

—Ten paciencia —contesta Rafe con las mejillas tan sonrosadas que Dez se da cuenta de que él también está preocupado.

Entra en pánico. Lo que está sucediendo es cruel y está mal. Está a punto de perder a su amigo más cercano. Aparta al resto de un empujón y se le revuelven las tripas cuando ve a algunos ángeles besándose y restregándose con un extraño abandono que los hace parecer presa de un hechizo. Empuja a dos ángeles a los que les cuesta separarse porque uno tiene la mano en los pantalones del otro.

¿Se están *masturbando* con la incineración de Simon?

Todos los que la rodean parecen increíblemente excitados. Al mirar a Rafe, se percata de que el rubor en las mejillas no es de miedo.

A los ángeles les pone que alguien ascienda.

Y entonces cree que lo capta. Rafe lleva desde hace meses diciéndole, prometiéndole que, cuando ascienda, por fin podrán hacerlo. Ella podrá resistir su gloria. ¿Estará pasando lo mismo con Simon? Cuando acabe, ¿podrá acostarse con otros ángeles de esta sala?

Aunque él está saliendo con Esther. Aunque lo más probable es que no vaya a hacerlo con ningún ángel, al menos no hasta que su novia ascienda. Pero si lo hiciese, al menos sobreviviría.

Y los cuerpos celestiales de esta sala lo saben. Todos lo desean. Con tanta pasión que la habitación se convierte en una orgía ardiente.

Dez llega hasta las puertas del crematorio. Desde dentro, sale un

sonido ahogado y jadeante que la obliga a frenar en seco. El de algo acabando. ¿Ha llegado demasiado tarde?

De repente, el rugido del fuego se acalla y empiezan a pitarle los oídos. La puerta se abre y Simon y Jet salen dando tumbos; parecen aturdidos.

Suelta un grito ahogado al ver las *alas* de Simon. En realidad, las alas son invisibles, pero detrás de Jet y de Simon se distingue el contorno de unas alas *de ángel* enormes y majestuosas gracias a la fina capa de ceniza que las cubre. A pesar de todo, Dez no puede evitar observarlas, fascinada.

Moriah da un paso al frente, le susurra algo a Jet y le tiende una cajita. Él se gira para colocarse frente a Simon y le limpia la ceniza de los hombros con ternura.

Rafe le rodea la cintura a Dez con el brazo y tira de ella hacia él.

—Creo que esto te va a gustar.

Jet le tiende la caja a Simon. Su compañero de habitación la abre con las manos temblorosas y saca un anillo dorado grande y brillante.

—¿Eso es…?

—El halo de Simon —susurra Rafe—. Para él, la mortalidad ya ha llegado a su fin, *extra questionum*. Pero podemos darle otros usos.

—Quema —suelta Simon de forma placentera.

El halo titila entre sus manos. Dez vislumbra un destello de una escena en el interior: Simon cabalgando a campo abierto. En ese momento, el halo se hunde y se dobla hasta casi desaparecer para convertirse en algo suave y endeble.

Una bufanda dorada.

—A partir de ahora, lo llevará puesto para recordar a su antiguo yo

—explica Rafe.

Cuando Jet le coloca la bufanda a Simon sobre los hombros, alguien descorcha una botella de champán. Llenan las copas y después las distribuyen. Rafe le tiende una a Dez y ella brinda para celebrar la ascensión de su amigo un tanto aturdida. Bebe con los demás, pero observa a Simon y a su mentor darse un abrazo extrañamente íntimo.



Después de la fiesta, Dez se encuentra a Simon en su *suite* tocando una canción enérgica con el violín. Al escuchar las escalas rápidas y los *pizzicatos* y ver el arco desdibujarse como un ruiseñor, da la sensación de que está poseído.

—El *Capricho 24* de Paganini —indica Yael desde donde está sentada en el sofá—. Se lo conoce por ser la pieza para violín más compleja jamás compuesta.

Dez se quita los zapatos de una patada y se desploma al lado de Yael. Un fuego ruge en la chimenea como si fuese una noche más para tres estudiantes de grado normales y corrientes. No es así. Dez no ha dejado de temblar desde la ceremonia de ascensión, a pesar de que la bufanda dorada de Simon y la mejoría de sus dotes musicales sean lo único que indique que ha cambiado.

—Entonces, ¿ahora eres un virtuoso? —pregunta mientras observa a Simon tocar sin esfuerzo. Durante las últimas semanas, Dez se ha preguntado en varias ocasiones cómo sería su versión de ángel, qué cosas cambiarían y cuáles seguirían siendo iguales para ella.

—Creo que solo es felicidad poscoital —contesta Yael.

Dez observa a Simon. Tiene los ojos cerrados y sube y baja los

dedos por el mástil del instrumento de forma desenfrenada. Su expresión tranquila tiene ese brillo de alguien que acaba de echar un polvazo.

—¿Esther está aquí? —pregunta Dez, confusa—. Creía que los ángeles y los mortales no podían…

—Mira quién está *au courant* de los tabús sexuales interdimensionales —se burla Yael—. Por Dios, tiene que ser una mierda tener tantas ganas de tener sexo con Rafe y seguir igual de atrasada con tus películas.

Dez le suelta una patada a Yael.

—Cuando alguien se entera de que acostarse con un ángel es letal, no suele olvidarlo.

—En fin —contesta Yael—. No ha sido con Esther.

Entonces, ¿con quién? Dez piensa en la comitiva de ángeles excitados que antes rodeaba a Simon. Le cuesta pensar en esa ceremonia aterradora. En la forma en la que Simon desapareció dentro del crematorio. En Jet ahí dentro, con él. Piensa en el fuego devastador. En los ruidos que escuchó.

—¿Te has tirado a *Jet*? —exige saber Dez.

Por fin, Simon deja de tocar.

—Se llama «apoteosis»; es la culminación de la transición de un mortal a la inmortalidad, en la que mentor y pupilo se fusionan a través de un coito que los une para siempre —explica Yael.

Dez recuerda a Rafe prometiéndole que lo haría con ella si se convertía en un ángel.

«Será justo entonces, ni un segundo más tarde».

No lo dijo por los preliminares. *Así* es como se convertirá en un ángel.

—¿Estás diciendo que todos los de primero tienen sexo con su mentor en la ascensión? —pregunta Dez conforme el deseo se le desata entre las piernas.

—Es supersexi, ¿a que sí?

Simon deja el violín, se acerca al sofá y la mira a los ojos con una intensidad distinta. A Dez le da un pelín de miedo.

—No tenía ni idea de que Jet fuese tan generoso —confiesa Simon —. Me ha cambiado para siempre.

—Y por eso nos encanta el sexo con vosotros —suspira Yael. Dez no consigue descifrar si lo dice con tristeza o amargura—. No hay nada como un ángel puro. Después de un cuerpo mortal, o eso me han dicho.

—Tengo preguntas —responde Dez.

—Cuéntaselo todo —le pide Yael a Simon—. Con pelos y señales.

Simon se recuesta en el sofá como si estuviese soñando.

—Por un momento, pensé que iba a morir. Entonces, Jet me tocó y… creo que me resucitó. No sé si fui yo quien lo besó primero o si fue al revés, pero sentí como si estuviese *recordando* algo importante que había olvidado hacía mucho. Tampoco es que me haya acostado con tanta gente, pero nada había sido tan placentero. Es como si me hubiese pasado la vida comiendo serrín y, de pronto, alguien me ofreciese trufas blancas…

—Creo que ya lo entiendo —contesta Dez.

Simon se ríe.

—Con el debido respeto, creo que no. Ya me contarás cuando un ángel te la haya metido hasta el fondo, cuando haya poseído tu cuerpo y te haya ofrecido el suyo. Ya contarás qué opinas cuando hayas sentido la *gloria* a un nivel nuclear. Ya me contarás cuando te

hayas corrido de todas las…

—Porfa, para antes de que nuestra amiga humana explote —replica Yael con seriedad. Esta noche está sombría, y Dez se pregunta si eso tiene algo que ver con Alice Quinn. Su pupila que nunca regresará a la Aqueronte.

—Algún día, tú también recibirás tu dosis de polvo angelical, Dez —suspira Yael—. Pero no te pienses que es gratis. —Se gira hacia Simon—. Esta noche, Jet ha sacado tanto de ti como tú a él.

—Bueno, pues espero que lo haya disfrutado —dice Simon—. Era mi primera vez con un ser celestial.

—No me refiero a eso —responde Yael—. Es algo más profundo que el sexo.

—¡Já! —Simon se ríe.

—Va en serio —suelta Yael—. Ahora, estáis conectados, atados por un vínculo eterno.

—¿Atados? —repite Dez—. ¿Eso qué significa?

—Simon ya no puede hacer nada para librarse de Jet; estará con él para siempre.

—¿Nada salvo, no sé, disfrutar? —pregunta Simon.

—¿Estaría atada a Rafe para siempre?

Yael se la queda mirando sin decir nada.

—¿Y qué pasa con vuestros mentores? —pregunta Dez—. Los que teníais antes de que se marcharan. ¿Y Rafe y Samael…? ¿Siguen atados?

—He largado demasiado —contesta Yael mientras se levanta—. Tú solo… dale una vuelta.

Se dirige a su cuarto justo cuando el sonido de alguien llamando a la puerta asusta a Simon y a Dez en el sofá.

—¿Jet? —susurra Simon, esperanzado.

Dez lo mira con lástima, aunque ella hubiese estado deseando para sus adentros que fuese Rafe. Se levanta y va a abrir la puerta a la vez que Simon retoma las primeras notas del *Capricho 24*.

A través del ojo de la cerradura, la novia encantadora y mortal de Simon lleva una maceta con una orquídea. Dez alarga el brazo para abrir la puerta, pero se detiene.

—Es Esther.

—Dile que estoy durmiendo —responde. No deja de tocar.

—¿En serio? —pregunta ella—. Ha traído flores.

Simon echa un vistazo a Dez con una expresión distante que no le había visto poner hasta ahora.

—Hasta que no sea un ángel, ¿qué sentido tiene? —contesta.

40

—Y entonces Jet dijo: «Si quisiese un esclavo, habría llamado a Simon». —Le cuenta Simon una mañana oscura y tan cálida de marzo que hasta hay aguanieve cuando vuelven al repositorio después del desayuno.

A través del *barbelo*, el cielo no ha perdido su filtro cinematográfico oscuro habitual, aunque a Dez le da en la nariz que, si consiguiese atravesarlo de alguna forma, se toparía con un cielo soleado y despejado al otro lado. Y esa sensación, estar más o menos cerca de la luz, de la calidez, le transmite un anhelo de estar en cualquier otra parte menos aquí.

—Ahora eres un ángel —le dice a Simon—. ¿Por qué permites que te siga tratando de esa forma?

Simon se ríe.

—Entre los ángeles existe una jerarquía *descomunal*. Y, por ahora, yo estoy en lo más bajo del escalafón —contesta su amigo con alegría —. Sé que algunas de las cosas que dice Jet suenan mal, pero son bromas internas de las que por fin formo parte…

Dez frena en seco, agarra a su compañero de habitación y tira de él hacia atrás justo antes de que Simon pise un frag medio enterrado en la nieve. Se le corta la respiración al bajar la vista hacia la monstruosidad más nueva.

Es imposible saber cuánto tiempo lleva ahí. El frag va vestido con

una bata de andar por casa naranja y raída. Una fina capa de congelación le cubre los pies y tiene el pelo corto y canoso de una anciana. Su cuello está torcido en un ángulo espantoso y está con la frente pegada al barro; no obstante, Dez ve una boca abierta como en un grito. Le entra un escalofrío.

—*Puaj* —suelta Simon al pasar por encima del cuerpo.

—Oye —contesta Dez, todavía clavada en el sitio. Señala a la pobre criatura, alucinada por la indiferencia de su amigo.

—Ah, claro —suspira Simon a la vez que se saca un móvil del bolsillo—. Alguien debería ocuparse de limpiar esto.

—¿Ahora tienes un móvil? —pregunta Dez con algo de envidia. Ella habría dado lo que fuera por tener uno hace seis meses. Ahora ni siquiera sabe a quién llamaría.

—Me lo ha regalado Jet por la ascensión —explica Simon, y después se pone a hablar por el móvil—. Necesitamos que vengan a limpiar el patio triangular.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —suelta cuando su amigo cuelga —. Esto era una persona.

—Y yo también. Pero ya no, lo mismo que ella. La diferencia es que yo estoy vivo y soy eviterno. Y ella es solo una víctima.

Dez niega con la cabeza; se le revuelven las tripas. Últimamente, Simon se ha estado comportando de otra forma. Desde la noche en la que ascendió, tanto Jet como él parecen más sarcásticos, más sombríos. Cree que el cambio de Jet tiene sentido si asume que ha dejado caer la fachada amistosa que había construido para agradar a los de primero al principio de curso. Puede que Jet tan solo esté revelando su verdadera esencia angelical. De todos modos, creía que conocía mejor a Simon. Ha tratado de ver la evolución de su

compañero de habitación con la mente abierta; el humor negro tiene sentido cuando has tenido una experiencia tan cercana a la muerte como Simon, pero ¿esto? Ni siquiera lo reconoce.

—¿Qué es «eviterno»?

—Es el estado de ser un ángel. Nuestras vidas tienen un comienzo, pero no un fin. —Intenta darle el brazo a Dez, como si quisiese ayudarla a pasar por encima del frag—. Oye, si quieres un consejo…

—No te lo he pedido. —Se aleja de él.

—Estás aquí para convertirte en un ángel —declara su amigo—. Así que tienes que empezar a pensar como tal. Lo que implica destinar tu energía a lo que de verdad importa. —Mira al frag con una mueca desdeñosa—. No desperdiciarla en causas perdidas.

—Rafe no piensa que sean una causa perdida —murmura ella.

—Te aseguro que a Rafe solo van a importarle los frags hasta que deje de poder sacar provecho de ellos —afirma Simon—. En cuanto empiezas a formar parte de la jerarquía, lo único en lo que piensas es en seguir subiendo puestos. Ahora no te das cuenta, pero ya lo verás.

—Gracias, pero no —replica Dez.

Como siempre, el equipo de mantenimiento llega avanzando penosamente por la aguanieve. Es horrible la mundanidad con la que todo el mundo trata a estas almas perdidas. Dez observa con el corazón en un puño a los hombres lanzar el cadáver congelado a la bolsa y cerrarla de forma metódica.

—¿Cielo? —canturrea Jet desde la puerta del repositorio.

Dez entorna los ojos al ver que Simon se anima.

—Tengo que irme —dice, y le lanza un beso a Dez antes de salir corriendo hacia su mentor.

Suelta un suspiro a medida que se acomoda en el objetivo. Sabe que Simon tiene parte de razón: está ahí para convertirse en un ángel. Accedió a quedarse en la Aqueronte porque quería poder justificar el haber abandonado a su hermano como lo hizo.

Si lo logra, puede que merezca la pena. Quizá sí que necesite empezar a pensar más como ellos.

Aunque, desde hace poco, se da cuenta de que busca lo contrario cada vez más. Últimamente, prefiere lo humano. Puede que tenga que ver con cómo ha cambiado Simon desde que ascendió o con que las noches que pasa con Rafe distan mucho de ser comprensibles para un mortal; no obstante, donde más cómoda está ahora mismo es en el repositorio con los sujetos que le asignan y su vida humana y sencilla.

Con esos defectos y esa salud delicada. Con esa capacidad para sentir dolor. Con ese sentido del humor y el miedo a la muerte. Con esas limitaciones físicas. Con la fe que le profesan a un Dios distante y desconocido. En el objetivo, Dez no tiene que preocuparse por los ángeles. Puede rodearse de humanidad como si de una capa se tratase.

Cuando dan casi las doce de la noche, enciende la cerilla para mandar su última película al Departamento de Distribución. Por primera vez desde que llegó a la Aqueronte, ha conseguido llegar a la cantidad de trabajo diario. Nueve películas. Nueve almas mortales a las que ha ayudado a cruzar los hoscos límites terrestres.

Sigue yendo más atrasada que los otros alumnos de primero, pero quiere celebrar esa pequeña victoria. Y no quiere hacerlo a solas.

Abre el objetivo y saca la línea vital de Asher. Se transporta a aquel momento en la playa. El que creó para los dos. Lleva semanas sin verlo, no lo ha consultado desde que se insertó en él. Ahora, cuando la escena se reproduce, Dez se da cuenta de algo increíble. Donde antes se veían restos del corte en los que el fondo no estaba del todo sincronizado entre el aparcamiento viejo del Dairy Barn y la arena suave de Ventura, ahora es como si Dez se hubiese *fusionado* en la escena con Asher. Se ha quitado las botas militares. Tiene arena entre los dedos de los pies. El viento marino le azota el pelo como no había hecho nunca en Death Valley.

Es como si encajase allí, de camino a Asher. Como si hubiese estado allí desde el principio.

Cuando se encuentran, se dan un abrazo tan auténtico que Dez lo siente en sus propias carnes dentro del objetivo. Nota las manos de Asher. Lo bien que combinan con su cuerpo. Avanza todo lo que puede para acercarse más a él, pero sin caerse al abismo de más abajo. Y, cuando Asher la mira a los ojos, Dez percibe ese reconocimiento, lo cómodo que está con ella, y le recuerda al día que sí pasaron juntos al rodar la película.

Así no se abraza a alguien que no existe.

No estará presente en la línea vital de Asher, pero sí en su alma.

Necesita volver a ese día, revivirlo a través de los ojos del chico. *Necesita* dar con esa escena perdida, esté donde esté. Pausa la línea vital.

Asher está viendo un primer plano de su cara. Dez observa esa versión cortada y pegada de sí misma, que no pertenece a aquella playa, que ha roto las reglas, ha saltado una línea temporal y, de algún modo, por increíble que parezca ha conseguido que funcione.

¿Qué puede sacar en claro la Dez del repositorio?

¿Dónde está la escena original?

«Lo mejor de zambullirse en un antro siempre es el ambiente», le dijo Eri en el bar.

Zambullirse.

Y entonces, Dez escucha otra voz en su cabeza. La de Rafe hace meses y en el mismo sitio, diciéndole: «Lánzate».

Baja la vista. Menea los dedos de los pies en el borde resquebrajado de la plataforma. Lo había visto tirarse a ese abismo desde aquí.

Además, el halo de Asher *estaba* ahí abajo. Rafe lo sujetó. Y ella vio a Asher en la rampa.

¿Y si Eri se refería a *zambullirse* allí? No en el antro. Ni tampoco en el río profundo y helado que tenía detrás. Sino en el agujero que Dez tuvo delante de sus narices desde el principio.

La última vez que bajó con Rafe, creyó que el halo de Asher era igual a la línea vital de su objetivo.

Sin embargo, puede que no lo sea. Puede que una cosa esté censurada y la otra no.

Si baja, Rafe no estará allí para rescatarla. No puede permitir que se repita lo de la última vez. No puede caerse.

Se acerca unos centímetros más a la plataforma e intenta hacer memoria de todo lo que le contó Rafe. Tiene que saltar; no, que zambullirse. Debe dejar la mente en blanco y centrarse solo en eso. Cuando encuentre el halo de Asher, se apoderará de él y lo subirá con cuidado hasta la seguridad de la plataforma.

Dez se lanza antes de poder pensárselo dos veces.

Un viento oscuro le azota el pelo. El aire es tan ralo que casi no

puede respirar. Deja atrás unas torres negras de metal que albergan una cantidad inconmensurable de orbes de luz. Es incapaz de controlar la caída hacia la enorme esencia de la humanidad, aunque todavía le queda su intuición. Nota que tras meses trabajando con la mente en el repositorio ha podido reforzarla. Sabe lo que quiere y es consciente de que puede conseguirlo.

De los miles de millones de halos, Dez convoca uno.

Cae aún más, tanto que ya ni siquiera puede ver la plataforma. Sin embargo, no pierde la fe.

Cientos de halos se acercan a ella como si quisieran que les prestase atención. Dez los aparta con suavidad. Solo busca uno.

Al principio, nota un resplandor en el corazón que le hace saber que está cerca. Alarga los brazos en una dirección con los ojos cerrados. Su mano se topa con un halo. Lo rodea con los dedos. Sí. Solo con tocarlo, sabe que es el suyo. Esa calidez en concreto le resulta familiar. Siente como si hubiese dado con algo que llevaba buscando desde hace más de una vida.

Abre los ojos. Lo mira y sonríe. Soporta la quemazón y se sirve de la otra mano para sujetar el resto de los halos e impulsarse a ella y al halo de Asher para regresar a la plataforma.

No tarda en salir trepando del reino bajo el repositorio y se sienta en la plataforma resollando, con el halo de Asher en las manos.

Es como un objetivo portátil en miniatura. No puede controlarlo con la mente, pero basta con tocarlo para ojear el contenido. Está buscando una escena. Un día.

Y, tras varios instantes buscándola, la encuentra.

Al principio, Dez no la reconoce. Se trata de la misma playa, el mismo muelle, las mismas olas del Pacífico. No obstante, la forma

que tiene Asher de mirarla hace que todo le resulte desconocido. Como si sus facciones se hubiesen transformado, agrandándose ante sus ojos. Está guapísima… y rara. Es como si tuviese una sonrisa pegada al rostro constantemente, algo que ella misma sabe que no es cierto. Asher le observa las manos, los labios, las pecas que tiene su nariz. A Dez le gusta el aspecto que tiene, a pesar de que nunca se haya visto de esa forma al mirarse en un espejo. La Dez que ve Asher parece más despejada, magnética y profunda que la versión que tiene de sí misma.

Pero ¿de verdad es esa mujer? ¿Podría serlo si estuviese con él?

Hay tantos detalles nuevos, tantas cosas que a ella se le habían pasado por alto al rodar y en persona porque estaba demasiado ocupada fijándose en él. Los ojos de él, del mismo color que el océano que rompe más allá del muelle. El pintaúñas granate y agrietado que lleva ella cuando aprieta los botones del tocadiscos. El temblor en la voz de Asher cuando dijo: «Por ahora, todo lo que he visto de ti me gusta, Desdemona Rae. ¿Qué más tienes?».

No había escuchado ese nerviosismo, solo el martilleo de su corazón.

Asher se ríe con unos conocidos, parroquianos habituales, que se interesan por la mujer que ha traído. Entonces se encienden las luces intensas que indican que es hora de cerrar, lo que significa que Dez tiene que marcharse.

En el aparcamiento, Asher le coloca el pulgar sobre su palma. *Pum. Pum, pum. Pum.*

No me olvides.

Eso no fue lo que dijo, pero ahora lo escucha, lo percibe en sus pensamientos.

No te olvides de esto. Vuelve.

Eso fue lo que quiso decir en realidad.

La escena termina y Dez vuelve a reproducirla. Otra vez. Su belleza la desgarra. ¿Por qué no volvió con Asher al día siguiente? ¿Por qué pasaron semanas y ninguno llamó al otro? ¿Por qué ha dejado que pasasen seis meses antes de conocer su versión de los hechos?

Esto lo cambia todo.

41

Para cuando entra, ya están todos esperándola en el despacho de Moriah: Zarlengo, Ezekiel, Moriah y Hanachesh, la cobra. Hasta Rafe está sentado en la parte delantera del escritorio con una expresión inescrutable.

—Siéntese —ordena Moriah.

Dez se sienta en la esquina de una de las sillas verdes tapizadas. Se mira las manos que, hacía muy poco, sostenían el halo de Asher. La escena de cuando se conocieron brilla en su corazón como un arma secreta.

No le cabe duda de que van a castigarla. Podrán expulsarla y trastear con sus recuerdos, pero no van a poder arrebatarle a Asher la experiencia de aquel día. No pueden borrar la conexión que ahora ha visto con sus propios ojos. Así que, si al final acaban mandándola a casa, aunque todo termine esta noche, todavía puede encontrarlo. Y, cuando lo haga, volverá a tener un motivo para vivir.

—Empiece a hablar —espeta Moriah.

Dez coloca las manos en el brazo de la silla y clava la vista al frente. Se plantea hacerse la tonta, pero ¿qué sentido tiene? Ya sabe de qué va la reunión.

—Quiere que me disculpe. No pienso hacerlo.

—Qué comienzo tan poco auspicioso —contesta Moriah.

—Nos enseñan que todo está en el repositorio, pero no es cierto.

Nos ocultan momentos importantes. Sin justificación. Si se supone que debemos dar sentido a las vidas de los mortales, prepararlos para que entren en la luz blanca, ¿por qué censuran sus líneas vitales?

—La muerte no es una democracia —replica Moriah.

—¿Quieres que tu madre esté en conflicto en su lecho de muerte? —pregunta Rafe—. ¿Habrías querido eso para tu hermano?

—Pues claro que no —responde Dez—. Pero antes o después, cualquier cineasta al que le importen sus sujetos buscará la verdad que ocultáis ahí abajo.

—Cuando escoge qué tiene cabida en sus películas y qué no, ¿acaso no está *cortando* escenas importantes? ¿No está *censurando* las vidas de sus sujetos? —pregunta el doctor Ezekiel.

—Pero esas son mis decisiones como cineasta a cargo del sujeto —afirma Dez.

—Dez, la curiosidad que sientes por saber cómo funciona todo esto, la simpatía que profesas a tus semejantes… son comprensibles. Mierda, si todavía eres una de ellos —dice Rafe.

—No obstante, ya es hora de que asuma la posición privilegiada en la que está —replica la directora.

—¡Está en la Aqueronte! —exclama Zarlengo—. Demuéstrelo. Esta tarde, cuando ha bajado allí, ni siquiera estaba buscando una escena de uno de sus sujetos, ¿me equivoco?

—Yo… —Dez deja la frase en el aire; la han descubierto.

Se produce un silencio en la sala. Los integrantes de la dirección se miran como si estuviesen esperando a ver quién toma la iniciativa

—Doctor Zarlengo, ¿le importaría leernos las estadísticas de la señorita Rae? —indica Moriah.

—Hasta la fecha —lee Zarlengo en una tablet— ha completado doscientas doce películas desde que llegó.

—La mayoría de los de primero le sacan *mil películas* de ventaja —añade Moriah.

—El motivo por el que voy tan rezagada, el motivo de que tarde tanto en hacer una película, es que siento como si siempre faltase algo —replica Dez—. Que la vida de un sujeto contiene más cosas a las que no tengo acceso. Y esta tarde he corroborado mis sospechas. —Dez vuelve a pensar en el punto de vista de Asher de la escena. En cómo brillaba ella a ojos del chico—. ¿Por qué están censurando esas escenas?

—Quizá le resulte familiar el proverbio atribuido a Enoc: «Sin lo banal, los sueños no existen» —prosigue Moriah, haciendo una floritura con la mano—. Nuestro trabajo es dejar fuera lo banal para que el alma pueda acceder a la luz blanca con total libertad.

—Lo que encontré ahí abajo era de todo *menos* banal —dice Dez.

Moriah sonríe.

—Bueno, ahora sí que estamos llegando a alguna parte. —Acaricia a Hanachesh, que se gira hacia Dez y clava los ojos negros en los de ella—. Doctor Ezekiel, ¿podemos echarle un vistazo?

El doctor Ezekiel cierra los ojos y empieza a canturrear en voz grave y melódica. Dez nota un retumbar bajo los pies y, entonces, un instante después, algo irrumpe en la sala y hace añicos el panel de madera que está a la izquierda de Moriah. Zarlengo tiene el tiempo justo para agacharse y evitar el objeto volador dorado que entra a toda velocidad en el despacho y se queda flotando delante de Dez.

Un halo.

—¿No podrías haber usado la puerta? —Moriah niega con la

cabeza.

El doctor Ezekiel deja de tararear con una nota final intensa, haciendo caso omiso a la destrucción. Dez observa el halo conforme este deja de girar… y reconoce la escena que contiene.

Es el halo de Asher. Ve la escena del día en el que se conocieron.

—¿Quién es este hombre? —exige saber Moriah.

Dez echa un vistazo a Rafe, que tiene la vista clavada en el halo como si fuese a aporrearlo.

—Es… —empieza a decir Dez—. Es el sujeto de la película que rodé antes de venir a la Aqueronte. —Las palabras parecen tan escasas que suenan a una mentira—. Fue la película gracias a la que me admitieron.

Moriah y Zarlengo intercambian una mirada de perplejidad.

—¿Y por qué ha ido en su busca? —pregunta Moriah.

—Porque no aparecía en su línea vital —responde Dez.

—¿Está enamorada de él? —exige saber Moriah.

—¿Cómo? —susurra Dez, atónita.

—¿Está enamorada de Asher Ibrahim?

Dez niega con la cabeza.

—Apenas lo conozco.

—Eso jamás ha frenado a un mortal —responde Moriah.

—¿Qué tiene que ver lo que yo sienta por alguien que lo seguro es que no vuelva a ver con que ustedes estén censurando las líneas vitales? —pregunta Dez.

—Estamos tratando de averiguar *por qué* robó el halo de otra alma —contesta Moriah—. No es propio de una cineasta de la Aqueronte.

—Porque está a un suspiro de la expulsión onírica —dice Zarlengo.

—Porque el amor nos hace cometer estupideces —replica Rafe con

la vista clavada en Dez.

Traga saliva.

—Admito que he echado un vistazo al halo de otra persona, sí —dice, envalentonada porque al fin puede revelar sus intenciones—. Pero sé que ahí abajo hay algo más. Una de las escenas de mi hermano que yo debería haber podido ver también estaba censurada. Cada película que creo trata sobre una persona con una vida que censuran por motivos que imagino que a ustedes les benefician, pero no a ellos. Si el resto de los halos se parecen en algo a este, contienen momentos que merecen formar parte de las historias de la gente cuando mueren. Y creo que todos los cineastas de la Aqueronte deberían saber la verdad.

La serpiente sisea y Moriah vuelve a prestar atención a su escritorio. Mira fijamente a la serpiente a los ojos como si estuviese recibiendo un mensaje y luego dice:

—Señor Zarlengo, escolte a la señorita Rae al Sheol.

—¡No! —exclama Rafe, que se levanta de un salto.

Dez se aparta, sorprendida por la intensidad de Rafe. No sabe qué es el Sheol, pero, a juzgar por la reacción de Rafe, no es un sitio al que quiera ir.

—No puede hacerlo —contesta Rafe.

Dez se pone en pie.

—¿A qué se refiere? ¿Qué es el Sheol?

Moriah dobla las manos sobre el escritorio y le sostiene la mirada a Dez.

—Es un reino cubierto de una niebla densa donde no existen el libre albedrío ni el destino.

—No lo haga —murmura Rafe—. La culpa es mía, no de ella. Debí

haber estado ahí para detenerla. Aun así, el hecho de que pueda quebrar su objetivo, de ser capaz siquiera de encontrar los halos de ahí abajo, de saber que las líneas vitales contienen más cosas, basta para indicarles de lo que es capaz. Ha roto las reglas, pero… Dez ve cosas que el resto de los mortales ignoran.

—¿Como qué? —pregunta Moriah.

—A mí. Fuera del *barbelo* —contesta Rafe—. Me vio cuando fui a reclutarla.

Moriah ladea la cabeza en dirección a Rafe y luego a Dez.

—Ya veo.

—Merece otra oportunidad —afirma Rafe—. Por favor.

Moriah echa un vistazo a Rafe con diversión.

—Si el señor De la Cruz accede a vigilarla con más atención, ¿se alejará de los halos?

—Sigo sin entender por qué no podemos utilizar esas escenas…

—Acepta la oferta, Dez —masculla Rafe.

Presiente que puede cerrar el pico o ir al Sheol.

—Está bien —responde Dez.

—Fenomenal —dice Moriah—. Estará en periodo de prueba hasta que complete la película mil quinientos. No más pasos en falso. —Le acaricia el espacio entre los ojos a la cobra—. Doctor Ezekiel, repáreme la pared.

—¿Devuelvo el halo?

Moriah le echa un vistazo y lo atrae hacia sí con el dedo.

Dez reprime el impulso de arrancárselo de las manos.

—Déjelo aquí conmigo —responde Moriah.

—Acelera —suelta Rafe al salir con ella de la reunión.

—¿A dónde vamos? —pregunta Dez.

Rafe aprieta el paso como si estuviese intentando perderla de vista a medida que atraviesan los pasillos oscuros y vacíos fuera del repositorio.

—A un sitio donde pueda responder a tus preguntas —contesta él.

Dez trota para alcanzarlo.

—¿En serio?

Rafe se detiene y se da la vuelta para mirarla.

—Pero primero, quiero que tú contestes a una de las mías.

Ya sabe lo que va a preguntarle antes de que las palabras abandonen sus labios.

—¿Estás enamorada de él?

—Ya os lo he dicho, apenas lo conozco. No me he zambullido ahí abajo por amor. Iba en busca de la verdad.

—¿Estás mintiendo? Porque no puedo… No podemos hacer esto si no estás lista para renunciar a tu mundo mortal.

—Estoy aquí, ¿no? —responde Dez mientras levanta las manos.

—¿Estás aquí porque esto es lo que *quieres*? —pregunta Rafe—. ¿O porque crees que no tienes otra opción?

Dez tiene que pensárselo bien, sobre todo bajo esa mirada abrasadora de color cobalto. Ya tomó una decisión, así que quiere respetarla. Aunque eso era antes de haber visto el recuerdo de Asher del día en el que se conocieron en su halo.

Eso fue antes de haberse visto a sí misma a través de sus ojos.

—No sé si estoy enamorada de él, pero, si nada de esto hubiera pasado, si me hubiese quedado en el mismo punto de mi vida, creo que le habría dado una oportunidad —contesta con sinceridad.

—¿A enamorarte de Asher?

Dez cierra los ojos. Asiente.

—¿Te acostaste con él? —pregunta Rafe.

—¿Qué? No. Solo nos vimos una vez; además, tampoco es de tu incumbencia.

—Mierda —responde a la vez que niega con la cabeza.

—¿Te gustaría que me hubiese *acostado* con él?

—Pues claro, porque ahora una parte de ti siempre tendrá esa espinita clavada. Pero si, por el contrario, ya te lo hubieses quitado de encima, podría limitarme a borrarlo del mapa.

—Si tú y yo ni siquiera hemos…

Rafe avanza y la empotra contra el muro del Goliat. Le recorre las facciones de forma hambrienta con la mirada y ella inspira su aroma almizclado y a petricor. Ha conseguido que le preste atención.

—He de admitir que las cosas entre nosotros deben ser tan frustrantes para ti como lo son para mí —afirma Rafe—. De todas formas, hay un final a la vuelta de la esquina en el que te doy más de lo que nunca creíste posible.

Su intensidad hace que una oleada de placer le atraviese el cuerpo.

—Rafe…

—¿Quieres ver algo a lo que ningún otro alumno de primero tiene acceso? —pregunta Rafe—. ¿Quieres que te enseñe por qué estamos aquí y de qué va todo esto?

—Pues claro.

—Vamos —contesta a la vez que le tira de la mano.

Salen al exterior y se quedan de pie en la nieve, en el borde del laberinto. Dez se echa a temblar. Es el sitio en el que menos le apetece estar.

Algo se mueve dentro de los arbustos altos.

—No quiero entrar ahí —dice Dez.

—Qué pena. Es mi sitio favorito del campus. Me recuerda a mi hogar.

—¿A tu hogar? —repite Dez—. ¿Te refieres al cielo?

—No; me refiero a mi primer hogar en la Tierra.

Dez lo observa.

—¿De dónde eres, Rafe?

—Del mismo sitio que todas las Luces Blancas —responde—. Del Jardín.

—¿Del Jardín del Edén? —dice. Tiene sentido y, aun así, es una locura estar ahí plantados hablando de esas cosas. Como si acabase de decirle que es de Dayton, Ohio.

—¿Y dónde está exactamente?

—Se perdió —murmura Rafe—. Ya nadie lo sabe. Cayó en el olvido hace mucho, en una guerra que desdibujó los límites. Lo que te enseñaron a llamar Big Bang fue el estallido final de esa guerra. Y todos nosotros nos vimos arrastrados a ella. Muchos no sobrevivieron. Sin embargo, antes de huir del Jardín, Yael se llevó un esqueje de uno de los granados. —Rafe pasa la mano por los susurrantes bordes del laberinto de arbustos—. Lo trajo hasta aquí y creó esto. Por eso construimos la escuela aquí.

Dez toca las hojas y se le pone la carne de gallina de la emoción. Son hojas del Jardín del Edén. Desprenden *calor*. Una sensación rarísima en una noche helada.

—¿Qué hacemos aquí, Rafe?

—Una vez, me preguntaste cómo podían las películas adentrarse en la mente humana —dice Rafe—. ¿Te gustaría descubrirlo?

Piensa en su hermano, en cómo viajó Rafe hasta él cuando murió.

—Sí.

Él le tiende la mano. Y ella se la da.

La luna falsa que pende del cielo es la única fuente de luz. Las piedrecitas crujen bajo sus pies a medida que andan. Un búho joven ulula tres veces de forma estridente desde los pinos. Dez se siente perdida, con claustrofobia, como si los muros que la rodean se cerniesen sobre ella. Se aferra a la mano de Rafe conforme él la guía entre los pasillos estrechos, doblando esquinas de ramas y sombras.

—Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha —jadea Rafe mientras se adentra cada vez más en el laberinto. De pronto, se detiene y Dez se da cuenta de que han llegado al pequeño claro del centro—. Ahora, vamos a tener que volar.

—Vaya —susurra Dez.

—Dentro de poco, podrás hacerlo por tu cuenta. Pero, por ahora, tendré que llevarte. ¿Te parece bien?

—¿Me estás pidiendo permiso para que volemos con tus alas de ángel? —Dez se ríe—. Concedido.

Rafe sonríe, se quita la bufanda dorada de los hombros y la coloca alrededor de los de Dez con cautela. Cuando levanta el brazo para tocarla, titila entre sus dedos y le transmite un cosquilleo casi audible. Está caliente y es más flexible que cualquier cosa que haya tocado jamás.

Rafe se agacha para pasarle un brazo por debajo de las rodillas y el otro alrededor de la espalda y la levanta. Dez escucha un *shhh* estallar detrás de ella, pero antes de poder echar un vistazo por encima del hombro hacia las *alas* batientes de Rafe, nota una sensación repentina de vértigo en el estómago.

El mundo desaparece bajo sus pies a medida que se elevan, salen del laberinto de arbustos y entran en el laberinto más grande que es el cielo.

42

Están *volando*.

Dez era consciente de que Rafe sabía volar, pero no se había permitido soñar con cómo sería estar en el aire con él. Levanta la vista, pero no ve ni rastro de las alas que la elevan hacia los cielos. Aun así, sabe que están ahí, igual que los brazos fuertes de Rafe.

Los chapiteles de la Aqueronte van menguando. Contempla la simetría barroca del laberinto y luego la pista de aterrizaje atestada de *jets* modernos de obsidiana. Las montañas se extienden en todas direcciones y sus cimas frías y brillantes llenan el horizonte. Dez se siente demasiado viva y libre como para hace solo unos minutos haber estado arrinconada en el despacho de Moriah, recibiendo amenazas y siendo tratada como una cría.

¿Cómo puede existir otra cosa que no sea esto?

—Agárrate —indica Rafe—. Estamos atravesando el *barbelo.*

Se aferra al cuello de Rafe. De la misma forma que la noche que llegó a la Aqueronte, cruzar el *barbelo* sacude la gravedad. Primero, se produce un fogonazo de luz cegadora. Después, Rafe se precipita como un pájaro herido, igual que hizo el *jet*. Dez se tensa, aterrada, hasta que escucha el fuerte *shhh* detrás de ella y sabe que las alas de Rafe están volviendo a alzarla como la vela de un barco que se hincha con un soplo de vida.

Al otro lado del *barbelo*, el cielo se abre a su alrededor: todavía es de noche, pero todo parece distinto. Da un grito ahogado.

El cielo no es completamente oscuro, sino de un azul medianoche intenso y brillante. Es el cielo real que se alza sobre Colorado. Las constelaciones titilan y siguen sus viejas trayectorias, más cerca de lo que las ha visto nunca. Hay una luna creciente preciosa, que yace perezosamente de costado.

—Vaya —jadea Dez. Lo echaba de menos. Añoraba estar en el mundo real, sin más filtro que las nubes.

Se acuerda de que las alas de Rafe son visibles fuera del *barbelo*. Vuelve a girarse para echar un vistazo y esta vez capta su atención. Él la observa, satisfecho, como si quisiese que lo viese. Como si se pavonease frente a ella. Al mirar más allá de los cálidos ojos cobalto de Rafe, las *ve*.

Unas alas de ángel, que brillan contra una oscura extensión de nubes.

Son lo más extraordinario que ha visto en su vida. Gigantescas, doradas y con un contorno de luz, le salen de los hombros y se extienden nueve metros de longitud. Las plumas centellean y luego el brillo se desvanece en su superficie. Cambian constantemente de aspecto. Parecen estar compuestas por una sustancia iridiscente y radiante de otro mundo.

—¿Puedo tocarlas? —susurra.

Rafe cierra los ojos, como si la pregunta le provocase un placer intenso. Nunca ha estado tan imponente, tan atractivo como en este momento, surcando el cielo con ella.

—Cuando aterricemos —murmura.

—No. Ahora.

—Si me tocas las alas, no voy a poder volar.

—¿Por qué?

—Porque son sensibles.

—¿Falta mucho? —pregunta Dez, suplicante. No sabe a dónde están volando ni qué harán al llegar. Lo único que sabe es que necesita tocarle las alas a Rafe.

—Casi estamos —contesta él—. Intenta disfrutar del trayecto.

Así que obedece. El paisaje que la rodea es impresionante. Unos picos nevados coronan las dramáticas montañas rodeadas por desfiladeros. Los ríos titilan a la luz plateada de la luna. Todo huele a petricor y las nubes frías le bailan por la piel como unas sábanas de seda.

—¿Ves eso? —pregunta Rafe a la vez que señala con la cabeza una nube blanca y densa suspendida sobre la cima más alta.

—¿Te refieres a esa nube? —responde Dez, entornando los ojos a medida que bajan—. ¿Es el Departamento de Distribución?

—Ahora mismo, yo soy el departamento. Esa nube es el velo; o al menos, parte de él.

—El velo que separa la vida y…

—La muerte, sí —termina Rafe conforme se acercan—. El velo cambia de tamaño y forma. Recorre el cielo como una nube normal más, aunque es gracias a ella que los mortales pueden cruzar al otro lado. Pero, antes de eso, les permite a los ángeles llegar hasta los moribundos.

Poco después, los pies de Rafe se posan en un saliente de piedra en el punto más alto de la montaña, un diente clavado en la vetusta mandíbula del mundo.

Están lo bastante cerca del velo como para que casi pueda levantar

la mano y tocarlo. Desde arriba, emite un sonido suave y sinfónico. Dez ladea la cabeza y lo ve suspendido sobre ella mientras unos patrones, unas formas y luego unas *escenas* van parpadeando en la base nubosa del velo.

Parece una pantalla de cine brillante donde se proyectan miles de películas a la vez.

Un amanecer. Una inundación. Un brazo roto. Una boda. La sonrisa desdentada de un bebé. Un viaje cuesta abajo en bici hacia el mar. Sexo. Trofeos. Unas semillas germinando en la tierra. Las velas de una tarta de cumpleaños. Una mano que se aferra a otra.

—Son escenas de nuestras películas —explica Rafe.

Dez señala un trozo del velo, una escena en la que un actor hace una reverencia en mitad de un escenario. Pertenece a una película que ha creado esta tarde sobre un hombre de St. Louis llamado Odin Day.

—Esa es…

—¿Una de las tuyas? —pregunta Rafe a la vez que vuelve a levantarla en brazos—. Hagámosle una visita.

—¿A qué te refieres?

—Tu película está a punto de estrenarse. Es en Missouri, ¿verdad?

—¿Vamos a ir a Missouri? —espeta Dez, confusa.

—Si cruzamos el velo, podemos llegar hasta los moribundos en un santiamén —explica Rafe.

Bate las alas y se adentran en la fría niebla del velo. Dez ve un cegador fogonazo de luz cuando descienden en picado a una velocidad y profundidad pasmosas.

Entonces, aparecen en un dormitorio pequeño y oscuro, delante de un hombre que no conoce en persona, pero al que reconocería en

cualquier parte. Odin Day. Rafe la deja cerca de una ventana que da al bosque. Odin y su mujer, Penelope, cuya historia de amor Dez siguió como si del argumento de una buena novela se tratase, duermen el uno al lado de la otra bajo un edredón rojo. Rafe se lleva un dedo a los labios.

—No te muevas, y presta atención —indica—. Pero no interfieras con lo que estás a punto de ver. Yo para ellos soy invisible, pero si alguien se despierta y te descubre aquí, va a gritar. ¿Entendido?

Dez asiente cuando Rafe se acerca a la cabecera de la cama de Odin. Se agacha como si fuese a besarle la mejilla al hombre dormido. Pero en su lugar lo ve susurrarle algo al oído.

Luego, se desata el cinturón de la gabardina negra y se abre el lado izquierdo; ella clava la vista en el interior. Lleva lo que parecen ser cientos de jeringuillas diminutas cosidas en el forro interno del abrigo. Saca una del repertorio y la sostiene junto a la ventana. Le da un golpecito con el dedo corazón, igual que haría una enfermera.

Contiene un humo nacarado, que Rafe le inyecta con cuidado a Odin en la base del cuello.

Dez lo observa a medida que la piel del hombre emite un brillo iridiscente.

—Es su alma —explica Rafe—. Tendremos que irnos dentro de poco.

Rafe vuelve a levantarla en brazos, pero ella es incapaz de despegar la vista del hombre moribundo que está viendo el repaso vital que Dez ha creado para él.

Espera que esas escenas que ha juntado sean suficientes. Cuando estaba en el repaso, dentro del repositorio, Dez prácticamente podía sentir la blandura de la piel de recién nacido del hombre desgastarse

y volverse cancerosa veintisiete cortos años después. Hubo llamadas para audiciones y papeles como suplente. Baja autoestima galopante. Peleas como géiseres con Penelope, con risas y besos largos entre medias. La serenidad de sostener una caña de pescar en la mano. Traer a casa la captura de ese día para ver cómo a ella se le iluminaba el rostro al abrir la puerta.

Y entonces, Dez se da cuenta de una cosa.

De esto va todo. El trabajo que hace en la Aqueronte. Las vidas que llevan estas personas. Es lo más bonito y desgarrador que ha visto jamás: el amor mortal.

43

Las alas de Rafe los llevan de vuelta a la nube, al velo. Y entonces aterrizan otra vez en la cima donde estaban, a un mundo de distancia de Odin Day.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta Rafe.

—Has hecho que el proceso parezca muy sereno.

—Eso es porque has creado una peli perfecta —responde él.

—¿A dónde va a ir Odin ahora? —contesta Dez—. Después de la luz blanca, ¿qué hay al otro lado del velo?

—El más allá.

Dez lo mira con los ojos entornados.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

—Y tampoco me hace falta —replica Rafe—. Tengo un trabajo que hacer, y lo hago lo mejor que puedo.

Aun así, Dez quiere saberlo.

—Haces esto todos los días —dice—. Con todas esas jeringuillas.

—Es una tarea de la que suele encargarse un solo ángel —explica Rafe—. Solía ser la especialidad de Sam, pero ahora los demás lo hacemos por turnos. El proceso es más ágil cuando no llevo pasajeros, pero, de todas formas, nos apañamos.

—Gracias por mostrármelo.

—¿Quieres que te cuente la verdad sobre las escenas que no están en el repositorio? —pregunta Rafe.

—Sí —contesta ella con rapidez.

Rafe inspira y parece escoger las palabras con cautela.

—Como sabrás, ningún mortal puede vivir para siempre.

—Claro —responde Dez.

—Y, aun así, hay *una* escena en la vida de cada mortal que le hace pensar justo lo contrario. Puede que sea un destello de éxtasis, de esperanza por el futuro, lo que sea. —Frunce los labios y mira a Dez —. O quizá sea una oportunidad perdida. El famoso «¿y si?» que enloquece a los mortales.

A Dez le da vueltas la mente. Lo que Rafe está diciendo es que, para Asher, aquel día que se conocieron, que, de todas formas, pasó hace ya mucho tiempo, fue el momento que le hizo pensar que podía…

Vivir para siempre.

—Para Asher, tú eres ese momento —prosigue—. Creo que ya lo suponías. Creo que por eso fuiste a buscarlo. He de confesar que toda esta situación me pone superceloso.

—Rafe…

—Nunca me he sentido amenazado por un mortal. Pero desde que te conocí… —Su mirada se detiene en los labios de ella—. Quiero que seas mía, Dez. Por completo. Y yo quiero ser tuyo.

Dez contiene la respiración, indecisa. Siente una atracción muy fuerte por Rafe, y el futuro increíble que le aguarda si lo elige, si escoge todo esto… resulta abrumador.

Pero también está Asher y cómo se vio a sí misma a través de sus ojos. La intuición le dice que podría crear mil escenas con Asher que les hiciesen pensar a ambos que pueden vivir para siempre. No solo una. La Aqueronte no sería capaz ni de censurar la mitad. Eso hace

que se pregunte…

—Rafe —dice—. ¿Qué hay de malo en querer vivir para siempre?

—Nada —responde él mientras le echa una mirada penetrante—. Solo que es imposible.

Se escucha un ruido sibilante en las alturas y Dez levanta la vista hacia el velo para ver una masa oscura atravesar su superficie y desgarrar un agujero.

Grita cuando de pronto…

Rafe la aparta antes de que esa cosa caiga por el barranco y se despeñe montaña abajo.

—¿Eso era un frag? —jadea Dez.

—Sí —contesta Rafe, sin aliento.

—¿*Caen* del velo?

Rafe tensa la mandíbula mientras alza la vista hacia la nube.

—Las costuras se están deshilachando.

—Madre mía.

—No sabemos cómo están atravesando el *barbelo*. Pero la cosa está empeorando. —Hace una pausa—. No sé qué hacer.

Dez levanta la vista, preocupada. Nunca ha visto así a Rafe.

—¿Qué hay de Moriah? ¿Y del doctor Ezekiel? ¿No pueden echar una mano?

Él niega con la cabeza; apenas parece escuchar su pregunta.

—Si el bando equivocado descubre desde dónde están cayendo, lo perderíamos todo…

—¿Hablas de la guerra?

—Sí.

—¿Quién libra esta guerra, Rafe? ¿Tú?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De ti —responde tras mirarla a los ojos.

—¿Por qué?

—Sin un pupilo, no puedo pelear. Y te escogí a ti porque cuando peleo, gano. Te necesito, Dez. Necesito tu fuerza, tu gracia, tu alma. Te necesito a mi lado para salvar el velo.

—Yo no tengo ni la más remota idea sobre el velo ni tampoco sobre esta guerra.

—Por suerte, tienes un mentor estupendo para enseñártelo.

Rafe la mira como si solo viese sus puntos fuertes, y Dez los siente en su interior: su creatividad y valentía, la ferocidad que muestra frente a lo imposible.

Nota el respeto del ángel en su mirada.

—¿Cómo puedo ayudar? —pregunta.

Rafe suaviza la mirada y la clava en sus ojos.

—Quédate conmigo.

¿Se refiere a ahora mismo, a esta noche? ¿O a durante más tiempo? No se lo pregunta, sino que se limita a asentir.

Vuelve a levantarla en brazos y despliega las alas. Se elevan hasta el borde neblinoso del velo. Rafe alarga el brazo para tocar el velo y luego aparta la mano para taparse los ojos.

Dez echa un vistazo, pero no puede ver ningún haz de luz repentino, ningún motivo para que Rafe esté haciendo eso.

Y entonces… lo *nota*. No le ciega la vista, pero sí el alma. Oculta el rostro y aparta la mirada, temerosa de volver a enfrentarse a ese resplandor espantoso.

—No puedo… —Rafe coloca la mano sobre el destello que les ciega el alma y aprieta los dientes por el esfuerzo. Dez lo observa

conforme le causa el mismo efecto al velo con la mano que en otro momento a ella. La noche que Rafe le contó que era un ángel. La noche que descubrió que Mo había muerto. La noche en la que, por un instante, la había curado lo suficiente como para seguir adelante.

Dez no puede verlo, pero lo percibe. Está intentando reparar el desgarrón del velo.

Entonces, aparta la mano de golpe. Apoya los hombros contra ella y jadea en busca de aire.

—¡Rafe!

—Estoy bien. Pero necesito descansar.

Dez lo ayuda a tumbarse contra una roca plana. Trastabilla hasta caer de rodillas y desplomarse sobre las alas como si fuesen un manto glorioso. Ella se queda de rodillas y observa lo increíblemente hermoso que es mientras él cierra los ojos y trata de recobrar el aliento. Se ha olvidado por completo de la amenaza de mandarla al Sheol. Hasta Asher y su halo le parecen tan lejanos como un sueño.

Esta noche, estar en el velo con Rafe, su fuerza y su compromiso con la causa… la abruman, no puede ver más allá.

Se acerca a él. Rafe levanta un brazo como para abrazarla. Ella se tumba sobre la piedra a su lado y le rodea el cuerpo con el suyo.

Le da la mano y le traza la piel moteada de la cicatriz que lleva en la muñeca. Se la levanta para verla.

—¿Quién te hizo daño? —pregunta mientras le recorre la piel sensible con los labios—. Lo mataré.

—Fui yo —responde ella, que siente su mirada como si fuera una luz cálida y brillante—. Estaba intentando ayudar a mi madre. Pero era demasiado pequeña. No tenía la fuerza suficiente.

—Yo creo que siempre has tenido fuerza de sobra, Dez.

Aparta la muñeca y la pega al costado.

—¿Rafe?

—¿Hmm?

—¿Puedo tocarte ya? —pregunta en un susurro.

—Sí —murmura él.

—¿En serio? —Dez se incorpora y le recorre las alas ávidamente con la mirada—. ¿Hay… reglas?

—Para mí, sí. Pero no para ti.

—Entonces, ¿todo menos…?

Lo escucha sonreír en la oscuridad.

—Si eso es lo que quieres, entonces adelante.

Se sube encima de él con los muslos temblorosos por el deseo. Primero, le apoya las manos en los hombros y lo observa cerrar esos ojos tan preciosos, expectante. Después, le recorre la piel suave y lisa con los dedos hasta notar la emocionante envergadura de las alas de Rafe.

—Dez —gruñe cuando lo toca.

Le pone tanto escucharlo pronunciar su nombre que nota cómo se le escapa un chorro que le empapa los pantalones hasta llegar al vientre plano de Rafe. Ahora, mueve los dedos hacia arriba hasta toparse con la insultante suavidad de sus plumas. Dez nunca ha sentido nada parecido y, a juzgar por la reacción eufórica de Rafe, le está gustando.

—Eres increíble —resuella Dez mientras piensa que ojalá esas alas pudiesen saciar la necesidad devastadora que siente al estar con él.

—Nadie me había tocado así hasta ahora —jadea él.

—Déjame hacerlo cada noche. Déjame convertirme en una experta.

—Mierda, Dez —contesta—. Casi no puedo soportarlo.

Los jadeos de Rafe guían sus manos a medida que va descubriendo cada fibra de sus alas; los pliegues sensibles y las partes más blandas.

Dez nunca se lo ha pasado tan bien haciendo disfrutar a otra persona. Quiere devolverle todo el placer que la ha hecho sentir durante los últimos meses.

Aparta una mano de las alas y él suelta un grito ahogado; ya echa de menos su roce.

—No pares —suplica.

Ella suelta una risa por lo bajo.

—Tú espera. —Con la mano libre, le desabrocha el cinturón y los pantalones—. Ahora, voy a chupártela —le advierte con voz apremiante, autoritaria—. Ni se te ocurra impedírmelo.

—Me rindo —responde él.

Entonces, Dez sonríe. Puede que hubiese pensado que, en comparación con las alas de Rafe, poder por fin agarrársela la decepcionaría. Se habría equivocado. Mucho, muchísimo.

Ya había notado que la tenía grande. Sabe que, cuando están pegados, besándose y con ganas de más, se le pone como una piedra. Aun así, hasta ahora no había podido contemplar esa obra de arte. Hasta ahora, nunca había sentido la llamada para venerar la verga de un ángel.

Pero en ese momento, la cosa cambia. Se lame los labios y va bajándole por el cuerpo para meterse esa longitud celestial en la boca. Al principio, se toma su tiempo, le besa el glande hinchado y le recorre el borde con los labios. Él se retuerce de placer y luego levanta las caderas mientras ella se la mete hasta el fondo y nota la curva en la garganta. Cuando ya no puede abarcar más, levanta las

dos manos y le acaricia las alas.

—Desdemona —gruñe—. ¿Cómo se te puede dar tan bien? ¿Dónde has aprendido a tocarle las alas a un ángel?

He tenido mucho tiempo para practicar en mis pensamientos, quiere decirle, pero no piensa sacársela de la boca hasta que consiga hacer que este ángel se corra.

Algún día, se la tirará con ese vergón. Le hará guarradas con las alas. Y ella piensa disfrutar cada instante. Hasta entonces, va a provocarle el orgasmo más intenso que haya tenido en todos los milenios que lleva con vida.

El egoísmo y las pocas probabilidades de que se cumpla esa afirmación casi hacen que se eche a reír. Satisfacer a Rafe le sale solo, y no quiere dejar de escuchar sus gruñidos. Es como si estuviesen destinados a hacer esto juntos, como si estuviesen destinados a dejarse sin palabras.

—Me voy a correr, Dez —suelta Rafe jadeando mientras tiembla con su roce—. No es como te esperas.

Ella levanta la vista y lo mira a los ojos, ve el anhelo de su mirada, lo mucho que necesita esto, casi como si lo temiese.

¿Cómo *será*? ¿Cómo se corre un ángel?

—Estoy lista —contesta ella detrás de su glande enorme y liso.

—*Mierda* —gime a medida que todo su cuerpo, hasta las puntas de las alas, se arquea con unas oleadas de placer. Dez espera notar el sabor salado del semen en la boca. Está ansiosa por tragárselo, por sentirlo bajándole por la garganta.

No obstante, expulsa algo extraño y maravilloso, como la sensación del petricor, pero en la boca, un tornado de estrellas y lluvia, como probar el sexo de los albores del mundo. Nota un

cosquilleo en los labios al tragárselo y, de pronto, una profunda sensación de dicha carnal le recorre el cuerpo.

La había excitado mucho, pero no creía que fuese a correrse solo con chupársela.

Otro error.

Un orgasmo se apodera de ella cuando Rafe todavía no ha terminado, y se queda inmóvil contra el ángel a medida que unas oleadas largas y suaves la atraviesan.

Gime, incapaz de hacer nada salvo rendirse a la sensación mientras esta se desvanece poco a poco. Y, cuando por fin desaparece, Dez solo puede arrastrarse y acurrucarse en brazos de Rafe, agotada y acalorada, a la vez que él le tapa el cuerpo usando las alas como una manta.

—Nunca he disfrutado tanto como contigo, Desdemona —declara como si se estuviese quedando dormido.

—Repítemelo cuando por fin echemos un polvo —murmura ella a la vez que se relaja en el profundo y maravilloso abrazo de sus alas.

44

—Parece que has pasado una buena noche —la saluda Eri a las dos de la mañana cuando entra dando tumbos al bar, sobria de cuerpo, pero con el espíritu embriagado por las alas de Rafe. Todavía puede saborearlo, notarlo entre los dedos. Ese recuerdo le provoca un cosquilleo por todo el cuerpo.

Al volver del velo, Rafe llevó a Dez a la ventana de su torre. La besó en el aire, con esa boca tan maravillosa mientras la estrechaba en el cielo. Transmitía una sensación peligrosa y divina. Pero después, cuando entró por la ventana, le devolvió la bufanda dorada y lo invitó a pasar, Rafe le dijo que no tenía tiempo.

En los meses que llevan enrollándose, nunca ha aceptado la oferta de quedarse a pasar la noche. Está empezando a volverse loca. Daría lo que fuese por dar media vuelta, todavía dormida, y acercarlo a ella.

Aunque Rafe tiene sus propias prioridades, unas que no la incluyen.

Cuando se marchó, Dez no pudo conciliar el sueño y, como sus compañeros de habitación estaban desaparecidos en combate, se subió al telesilla y vino a buscarlos al bar. Y ahí están, en el reservado preferido de Yael, emborrachándose.

Nunca ha necesitado tanto una buena sesión de borrachera y cotilleo como esta noche, aunque la sonrisa de la camarera la hace

detenerse. Cruza la mirada con los ojos oscuros y cautivadores de Eri.

—Estoy en periodo de prueba —confiesa—. Han amenazado con mandarme a un sitio que se llama…

—Sheol.

—¿Qué es?

—Un lugar de paz y de calma.

—No parece tan malo —contesta Dez.

Eri sirve algo en una copa de martini; la parte inferior es rosa, la superior, violeta. Lo desliza hacia Dez.

—No dejes que te manden allí. Te quedan muchas cosas importantes por hacer.

—¿Te refieres a las películas?

—Mejor aún.

—¿De qué hablas?

Eri enarca una ceja.

—Los puntos que le ha dado tu novio al velo no resistirán para siempre.

—¿Sabes lo de los desgarros? Rafe dijo…

—¿Quieres un consejo? —pregunta Eri mientras limpia la barra—. Presta tanta atención a lo que Rafe calla como a lo que dice.

Y entonces, antes de que Dez pueda insistir, Eri saluda a un grupo de ángeles que se acerca a la barra.

—Ten —murmura Eri a la vez que deja una pastilla pequeña y blanca frente a ella.

—¿Qué es?

—Soma en pastilla —contesta, acercándose a Dez—. Si al final acaba pasando, tómatelo antes de que manden tu alma al Sheol. Te

dará tiempo para escapar.

Entonces, se da la vuelta para preparar las bebidas de los ángeles.

Dez se guarda la pastilla en el bolsillo, inquieta; inspira y se lleva el cóctel al reservado en el que están sus compañeros de habitación. Ve que están sentados en el mismo lado de la mesa, desternillándose. Delante de ellos hay una copa de vino blanco intacta.

—¿Hay alguien aquí? —pregunta.

—Sí, tú —responde Simon, y aparta la copa de vino—. El sitio era de Esther, pero estaba siendo un muermazo.

—Lo que quiere decir es que se ha echado a llorar cuando Simon ha roto con ella. —Yael suelta una risita y da un sorbo al vino.

—¿Por qué, Simon? —pregunta Dez, confundida—. Esther es estupenda. Hacéis buena pareja.

Él se encoge de hombros.

—No siento nada por ella. Es raro. Antes me gustaba.

—No estoy segura de que sea ella la que ha cambiado —responde Dez mientras mira con los ojos entornados a su compañero, que antes molaba—. ¿Jet te ha dicho que lo hicieras?

—Por favor. A él le gustaría que tuviese a alguien a quien llamar para un revolcón —suspira Simon—. Por desgracia para su culo, nada puede hacerle sombra.

—Oye, me alegro de que estés disfrutando del sexo… —empieza a decir Dez.

—No es solo disfrutar. Está a otro nivel, es espectacular. Es sexo entre dioses.

—Lo entiendo —contesta Dez y, esa noche, por primera vez después del viaje al velo con Rafe, cree que va en serio—. Pero Esther y tú tenéis un montón de cosas en común. ¿Es que a Jet le gusta el

terror japonés?

—¿Qué más da?

—¿No habláis?

—Nos comunicamos en nuestro propio idioma —replica Simon.

Yael se tapa la cara con una mano.

—Dez, haz el favor de cambiar de tema. Llevamos dos horas aquí y no puedo soportar otra metáfora sobre lo apretado que Jet tiene el…

—Esta noche le he tocado las alas a Rafe —confiesa Dez.

—No jodas —dice Yael con los ojos como platos—. Eso es fuerte.

—Lo es —concuerda Dez—. No tenía ni idea de que sería tan increíble.

—Ya me gustaría a mí tener a un mortal acariciándome las alas ahora mismo. —Yael se da unos golpecitos en la barbilla de forma pensativa—. Maldita Alice Quinn. Tomo malas decisiones. Se me da de pena elegir a las mujeres.

—Sé que es una mierda que Alice no esté aquí —responde Dez—. Pero ¿no puedes enrollarte con quien te dé la gana cuando te apetezca? ¿Con Esmeralda, Kitty o Felipe?

—Si no queda otra —contesta Yael—. Aunque no tiene ni punto de comparación a lo que habría tenido con Alice.

—Mmm… Quimerismo —suelta Simon a la vez que saca la cereza de su cóctel.

—¿Eso qué es? —pregunta Dez.

Yael le da un puñetazo a Simon.

—Algo que este neófito se suponía que no tenía que largar estando ebrio.

—Contádmelo. —Dez deja la bebida.

Yael entrelaza los dedos y los estira para crujirse los nudillos.

—Voy a intentar no destriparte nada por el bien de Rafe. Aunque tampoco se lo debo.

Presta la misma atención a lo que Rafe calla como a lo que dice. Dez oye las palabras de la camarera. Percibe algo gélido tras la expresión de Yael.

—El quimerismo se da cuando dos cuerpos comparten material genético. Suele producirse con más frecuencia en un embarazo mortal; el ADN fluye con facilidad entre el feto y la madre. A veces, también puede ocurrir entre gemelos en el útero. O tras un trasplante de médula. Sin embargo, en el caso de los ángeles, el quimerismo se da durante la ascensión. Por eso, esa primera vez es una experiencia tan gloriosa, tanto para el mentor como para el pupilo. Fluis el uno dentro del otro.

Dez está en el borde del asiento; se ha vuelto a humedecer.

—Y después… —prosigue Yael, que hace una pausa para mirar a Simon.

—Cuando acabó la ascensión de Simon, comentaste algo sobre que estaba atado a Jet —termina Dez.

Yael asiente.

—Eso es el quimerismo. Plantéatelo como… una línea de crédito de la que se puede tirar en ambas direcciones. No obstante, lo que se extrae no es ADN.

—¿Qué es lo que se intercambia entonces? —pregunta Dez.

—Poder. Tu mentor puede prestarte el poder divino y viceversa con tal de que ambos sigáis siendo ángeles.

—¿De dónde sale ese poder?

—Una parte es innata, y la otra hay que ganársela —contesta Yael

—. Al llegar aquí, el poder divino ya fluía en tu interior. Y todo lo que aprendes y haces en la Aqueronte aumenta o extrae un poco de ese poder. Algunos mentores escogen bien a sus protegidos, que terminan por convertirse en un manantial de poder. Otros, como yo, acabamos jodidos.

—Entonces, ¿una persona puede extraer ese poder cuando lo necesita y luego devolverlo cuando le sobra? —pregunta Dez.

No está mal. Suena a como deberían construirse las buenas relaciones. La intimidad en su máximo esplendor. A veces, puedes echar una mano, y otras necesitas que te ayuden.

—En principio, funciona así —responde Yael—. Aunque el equilibrio es delicado. La mayoría de los mentores sabe cómo manipular el flujo de poder para que vaya en una sola dirección.

—¿Cómo lo hacen? —pregunta Simon.

—Al principio, el sabotaje es algo normal —explica Yael—. Los mentores necesitan que les temáis un poco. Que les ofrezcáis vuestro poder con más libertad de la que vosotros se lo pediríais a ellos.

—¿*Por eso* estabas tan disgustada cuando Alice se largó? —pregunta Dez. Está mareada, aunque ni siquiera ha tocado la bebida —. No porque te importase, sino porque… ¿querías utilizarla?

—No culpes al jugador, culpa al juego —dice Yael, apurándose el vino de Esther.

—Y cuando te ofreciste a echarme una mano con mis películas… —continúa Dez, pensativa. Yael baja la vista hacia el cóctel—. No solo estabas siendo agradable, ¿verdad? —termina.

—Me había quedado sin pupila. Y a ti te faltaba un mentor. Puede que siga siendo cierto.

—No te importo —responde Dez, y por fin siente algo de alivio al

expresar sus sospechas. Recuerda a Jet ofreciéndose a ayudarla, pese a ser el mentor de Simon. De todas formas, no quiere hacerle daño a su amigo sacándolo a relucir ahora—. Os da igual todo el mundo.

—Mira, Dez —dice Yael con frialdad—. Seré franca. Si lo que quieres es ser inmortal, poder volar, tener unos orgasmos increíbles y ver lo que se cuece detrás de la divinidad, entonces la Aqueronte es el lugar adecuado. Pero si lo que buscas es que te quieran, entonces vuelve a casa.

Nop. Eso también está descartado.

Se le revuelven las tripas; ha escuchado demasiado, pero no lo suficiente.

No vino a la Aqueronte para que la quisieran. Ni por asomo. Vino para crear películas excepcionales, y lo está haciendo. Es algo que supera sus sueños más descabellados. Con creces. Pero la idea de darle igual a todo el mundo *por defecto*, de que *nadie* se preocupe por otra persona, le provoca una sensación de vacío y de vergüenza.

A diferencia de Yael y de Simon, Dez sigue siendo humana. Si renuncia a eso para ascender, ¿entonces también se desharía del instinto de querer conectar con los demás, de sentirse vista, de amar? Esa noche, en la montaña, Dez ha sentido una conexión con Rafe. No como si la amara, ella no lo hace, pero, cuando estaban volando, al enfrentarse juntos al velo y al tocarle las alas, creyó estar cerca de él. Parecía algo más que un simple calentón.

—¿Y por qué iba a necesitar Rafe que yo le diese poder? —pregunta Dez. Desde su punto de vista, parece fuerte y que no necesita nada de nadie. Y mucho menos, de ella.

Entonces, Dez recuerda el objetivo de su mentor. Recuerda que hay una cosa que sí que quiere de verdad.

—Todos lucháis por convertiros en el Ángel de la Muerte —responde, despacio.

—Yo no, ya no —responde Yael de forma sombría—. Pero los demás, sí.

—Y obtenéis poder de vuestros pupilos como parásitos —espeta Dez.

—Y tú has acabado con el parásito más sediento de todos —contesta Yael—. Rafe lleva con la espinita clavada desde el Jardín. Quiere vengarse o algo por el estilo. Y de pronto apareciste tú para convertir todos sus sueños en realidad.

—¿Qué poder tengo yo como para ayudar a Rafe a convertirse en el Ángel de la Muerte? Si apenas puedo hacer los repasos vitales…

—No te subestimes —dice Yael—. Rafe te necesita. ¿Por qué si no habría orquestado ese desastre tan elaborado en el Dairy Barn?

Dez clava la vista en su compañera de habitación; las palabras se han vuelto algodón en su boca.

—¿Qué acabas de decir?

Yael la observa como si llevase tiempo queriendo pronunciar esas palabras.

—¿No sabías que Rafe es quien estuvo detrás de esa noche inolvidable? ¿El que organizó todo para que traicionases a tu hermano? Y justo después aparece un desconocido atractivo y te dice que te han seleccionado para el misterioso programa de tus sueños, que no tienes nada que perder y que todo son ventajas. Si me lo permites, Dez, ¿cómo puedes ser tan imbécil? ¿Te parece una situación que ocurriría sin más?

—Calla —susurra Dez, llevándose las manos a la cabeza—. No te creo.

No obstante, la sangre le ruge en los oídos. Piensa en aquella noche, en lo confusa y traumatizada que estaba, en su vulnerabilidad inestable. Piensa en el torbellino de después: en el hospital, la policía, el rechazo absoluto de su madre, en todo lo que la llevó a subirse al *jet* de obsidiana de Rafe.

Dez le había dado la espalda *a todo*. Porque había estado desesperada. Y porque un desconocido le dijo que su película era especial, que una escuela de posgrado de primera le concedería una beca completa para estudiar allí. Le aseguró que la Aqueronte la protegería.

Entonces, recuerda la mirada que han intercambiado Moriah y Zarlengo cuando Dez mencionó *Destellos* en el despacho de la directora. Como si no tuviesen ni idea de la película que, según Rafe, consiguió que la admitieran en el programa. Como si no tuviese importancia.

—Adelante, pregúntaselo a Rafe —sugiere Yael mientras suelta una risita por lo bajo—. Dios sabe que no puede mentirte.

45

—¿Dónde está el río? —exige saber Dez, que se acerca a la barra dando pisotones a la vez que Eri coloca el cartel de CERRADO en la ventana. Cuando Rafe la ha dejado sola, le ha dicho que tenía cosas que hacer. Se imagina que estará en el río donde mantienen a los frags.

En ese río tan profundo que puedes zambullirte en él.

Eri asiente mientras limpia la barra, como si se alegrase de que Dez por fin se lo haya preguntado.

—Ve al este.

—¿Él está allí?

—Es donde tiene que estar —responde Eri—. Si vas a hacer esto, Dez, y lo necesitas, ten en cuenta que las reglas quizá cambien.

—¿Qué significa eso? —pregunta Dez con impaciencia.

—Más vale que lo descubras por tu cuenta.

Dez le da un empujón a la puerta trasera y sale a la nieve blanca e inmóvil. Está furiosa, le va a estallar la cabeza, y la noche es fría y oscura. Pone rumbo al este, hacia una arboleda de pinos gigantescos; se le va acostumbrando la vista a la oscuridad cuando el bosque la engulle. No hay ningún rastro de huellas que pueda seguir, aunque claro, Rafe habrá ido volando. Cruza el bosque con rapidez y aguza el oído para escuchar el discurso del agua. No oye nada.

De repente, lo huele: petricor. Rafe ha pasado por allí, está cerca.

Avanza dando tumbos entre los bancos nevados hasta divisar un brillo tenue y reflectante en el horizonte permanentemente oscuro. Lo sigue hasta llegar a la orilla del río.

Se arrodilla y escudriña la superficie congelada en la que ve…

Una docena de manos amputadas de todas las formas y tonos, atadas con una cuerda casi sin forma. Echa un vistazo a contracorriente y ve islotes sumergidos de pies, torsos y cabezas.

—Dez. —La voz de Rafe la asusta. Se gira y lo ve sosteniendo un antebrazo amputado con un reloj dorado cutre en la muñeca. La mira como si supiese justo por qué ha venido—. Seguro que esto tiene mala pinta.

—Rafe…

—Mantenemos aquí a los frags hasta que estén listos para…

—Me mentiste.

Levanta la cara hacia el cielo.

—¿Sabes lo mucho que me facilitaría la vida poder mentirte?

—¿Qué pasó aquella noche en el Dairy Barn?

—¿Así que vamos a sacar el tema? Está bien. —Rafe se agacha para dejar el brazo sobre el hielo. Dez lo observa, anonadada, a medida que el brazo atraviesa el hielo como si no fuese más que agua y luego se detiene a un par de centímetros bajo la superficie. Rafe cruza el río helado con una expresión peligrosamente hermosa en el rostro, y sus botas repiquetean contra el hielo. Dez se odia a sí misma por lo que han hecho antes, por la forma en la que su mirada sigue provocándole una oleada de hambre.

—¿Tuviste algo que ver? —se obliga a preguntar.

—Sí —responde él.

—Desembucha —masculla.

—Sé que querías a tu hermano, Dez. Pero ambos sabemos que era un imbécil.

—¿Qué *hiciste*, Rafe? —escupe Dez.

—Simplemente aproveché la oportunidad y le pedí ayuda a un amigo.

—¿Lo mandaste al Dairy Barn? —Dez entorna los ojos, confusa—. ¿Era el hombre con la máscara de esqueleto?

—Tú no lo sabes, es imposible que lo sepas, pero se suponía que otro hombre mucho más agresivo iba a asaltar el Dairy Barn aquella noche con Mo.

—¿Quién?

—Un vagabundo que tu hermano conoció una noche en el Badwater Saloon. Mo iba a robarle dinero a tu familia para pegarse un colocón barato. Pero iba a ir con alguien que te haría daño, igual que se lo ha hecho a otras mujeres. Por eso, mandé a Jet en su lugar.

—*¿A Jet?*

—Para tu hermano, Jet era invisible, claro. Solo un puñado de mortales pueden vernos fuera del *barbelo*. *Tú* lo viste, pero Mo creía que su compinche estaba borracho en una calle cualquiera y que tenía que ocuparse de la situación por su cuenta. Jet jamás llegó a interactuar con tu hermano, no hasta que *tú* lo quemaste y lo llevaste al borde de la muerte. Solo entonces pudo percibir al ángel que lo sostenía.

—Le saqué un ojo a ese hombre —contesta Dez con la vista clavada en su mano como si todavía sujetase el globo ocular gelatinoso.

—Tienes razón. Jet lo pasó fatal buscándolo. Aunque nunca lo encontró.

Yael le había dicho: «Sufrió un accidente durante las vacaciones. Antes de eso, era un visionario».

Al hilar todos los acontecimientos de esa noche tan espantosa, le da una arcada. La sensación de sacarle el ojo. El sonido que produjo. La cálida humedad de sostenerlo en la mano.

Esa pistola tan rara y antigua que había sujetado. ¿Era real? Y sus ojos. Uno, de un azul claro. El otro, negro como la tinta.

Uno es falso.

Dez aún conserva el de verdad en el bote de pastillas debajo de su colchón. Jet lo buscó, pero no lo encontró porque lleva con ella desde el principio.

En una escuela donde los ojos conceden permisos de seguridad para acceder al repositorio y más.

Por eso, este año pasó de ser visionario a escriba.

—Zeke le consiguió un repuesto de un frag, pero no ha vuelto a ser él mismo —explica Rafe.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunta.

Rafe suspira.

—Te molestarías mucho con Mo después de que intentase asaltar el Dairy Barn. Y alejarte de lo que más te ataba a casa me venía de maravilla. Pero si esa noche acababas muerta por defenderte de un drogadicto desquiciado… Te salvé la vida. Te protegí.

—La pistola que usó Jet…

—Es una pistola cronofotográfica. No dispara balas. Sirve para grabar. Es un invento fascinante, y tenemos la grabación de la noche entera…

—Entonces, tú simplemente te subiste a esa moto… —murmura Dez, aturdida.

—Y me presenté —contesta él sin ningún tipo de vergüenza—. Fue un momento de lo más oportuno. Aceptarías entrar a la Aqueronte, sin importar lo absurda que fuese la oferta.

—Pero Mo… —susurra ella, mareada, agarrándose a la rama de un pino.

—La intervención de Jet pretendía ser el detonante de esta saga inacabada, el giro argumental que cambiaría el rumbo de nuestra historia. Sin embargo, hubo algo que no tuve en cuenta: tu voluntad de proteger a tu hermano.

Dez está que echa humo. No sabe por dónde empezar.

—No había ningún comité —suelta. Le cuesta respirar—. Nadie vio *Destellos*. De lo contrario, les hubiese dado igual.

—Yo fui el comité —contesta Rafe—. Vi *Destellos*. Y me importó.

Levanta la vista y se lo queda mirando. Ve a un desconocido.

—No la valoraste tanto como a ti mismo —replica Dez.

—Tienes razón —admite—. Aunque… ¿Hay alguien que dé más valor a otra cosa que a sí mismo?

Dez traga saliva y contiene las lágrimas.

—A *mí* me importaba Mo. Lo quería. Y, si no lo hubieses echado todo a perder, él seguiría con vida.

—Sí. Pero tú habrías muerto. Te salvé de una vida corta y anodina. Y te convertí en cineasta, en narradora, en vez de en una simple receptora de un repaso vital prematuro con una historia trágica.

—Cállate. Cierra el pico un minuto.

—Somos artistas, Dez. Los demás están perdiendo el tiempo. Te salvé la vida. ¿Qué más importa?

—No deberías haberlo hecho. Preferiría estar muerta.

—Vamos, si te encanta este sitio. Quieres ser un ángel.

—No te sientes culpable por lo que hiciste —responde Dez, perpleja.

—¿Por qué iba a hacerlo? Tu hermano está en un lugar mejor. No estaba destinado a la grandeza. Pero ¿tú y yo? Sabes que formamos el equipo ideal.

—Eres un monstruo —escupe, asqueada, mientras se aleja de él—. *Mataste* a mi hermano.

—Fuiste *tú* quien lo mató —contesta él—. Yo solo intentaba salvarte la vida.

—Eliges las palabras con mucho cuidado —susurra—. Pero solo cuentas parte de la verdad. Y lo que te callas es mucho peor de lo que podría haber imaginado. Las mentiras por omisión son mucho más crueles.

—Estás enfadada, y lo entiendo. Pero obcecarte así en seguir llorando a tu hermano es no entender cómo funciona el sistema. La diferencia entre tú y yo, Dez, es que yo no le temo a la muerte.

—Creo que la diferencia entre tú y yo es que yo no le temo al amor.

Rafe sonríe. Asiente.

—*Auch*.

—No quiero volver a verte —dice Dez, que le da la espalda y sale corriendo de vuelta al bar.

—Pues yo tengo el presentimiento de que lo harás —grita Rafe detrás de ella, hacia la noche.

46

A la mañana siguiente, Dez llega temprano al repositorio. No ha pegado ojo y lleva sin hablar con nadie desde que Rafe la hizo añicos con la verdad. Está harta de su maldad y egoísmo. Y pensar que estaba empezando a confiar en él. Su mentor nunca se ha preocupado por Dez, solo por lo que podía sacar de ella.

Que le den a Rafe. Que le den a esta escuela, a este criadero de ángeles perversos. Que le den a la ascensión y a las Luces Blancas. Dez ya no quiere tener nada que ver con la Aqueronte. No piensa crear ni una sola película más para ellos. Preferiría que la mandasen derechita al Sheol antes que participar en un sistema que ensalza a alguien como Rafe. Un sistema que prioriza la muerte a la vida, a la humanidad y al amor.

No ha merecido la pena sacrificar la vida de su hermano por esto. Ojalá lo hubiese sabido cuando decidió quedarse.

Echa tanto de menos a Mo que apenas puede moverse. Siente una pena profunda, un enorme dolor. También añora Death Valley. Su casa. A su madre. A Silas. A la persona que era cuando estaba allí y a la persona con la que soñaba llegar a ser. Ahora está atrapada en este sitio sobrenatural, a medio camino entre una mortal y un ángel. No tiene forma de abandonar el campus.

Al no estar atada a lo que antaño conocía, Dez nota que su vida real se desvanece. Teme acabar creyéndose la historia que Rafe le

contó anoche.

Dijo que la salvó, que se suponía que debía haber muerto la noche en la que Mo asaltó el Dairy Barn. Que intervino y lo solucionó sacando a Jet a escena.

Durante toda su vida, quienes estaban en puestos de poder, como el gobierno, la escuela y la religión, la han manipulado del mismo modo. «Sabemos más que tú. Duda de ti misma y confía en nosotros».

Sabe lo que ocurrió realmente en el Dairy Barn. Recuerda el momento preciso en el que *creyó* que de verdad iba a morir, cuando Jet la apuntó con la pistola desde la caja registradora. Justo antes de levantar la freidora para tirársela y salvar a su hermano y a ella misma.

Recuerda lo que se le pasó por la cabeza en aquel momento.

Basta.

No esperaba plantearse algo así al tener que enfrentarse a la muerte a los veinticuatro. Pero pensó en Asher, en el día que pasaron juntos en el muelle. Estaba recordando cuando se despidieron en el aparcamiento del bar. En el pulgar de Asher contra su mano.

Pum. Pum, pum. Pum.

Se acordó de cómo la había mirado y viceversa. Se entendían. Es algo tan sencillo, pero tan inusual. Experimentó esa sensación de que alguien la comprendiese de verdad por una vez en la vida. En aquel momento, Dez creyó que con eso bastaba.

Pero ahora ha cambiado de opinión. Al menos, estos meses en la Aqueronte le han abierto el corazón y la han hecho capaz de desear más. Sabe que, si le administrasen un repaso vital ahora mismo, el momento que vivió con Asher en el aparcamiento estaría censurado.

Porque para Dez, ya no le *basta* con esa escena.

Sino que quiere *más*.

Deja de verlo como una escena, se dice a sí misma. *Lo viviste. Fue real.*

Fue ese tipo de cosa que tentaría a cualquier ser con alma a seguir con vida, a… *acabar con la muerte*. ¿Y qué tendría eso de malo? ¿Será peor el mal sobre el que les advirtió Moriah que la maldad de Rafe? ¿Acabar con la muerte perjudicaría a la humanidad o solo a la Aqueronte?

¿Cómo sale de aquí? ¿Qué puede hacer? ¿Qué le aconsejaría uno de sus seres queridos?

Sabe que Moriah todavía tiene el halo de Asher en su poder, porque tiene buenos motivos para sospechar que Dez bajaría a buscarlo a la menor oportunidad. Aunque la directora quizá no sepa lo de la línea vital de Asher y el momento oculto que Dez recortó.

Lo hace aparecer en pantalla. Ha pasado menos de un día desde la última vez que vio la escena que editó de los dos en la playa. Sin embargo, las cosas han cambiado. Ya no le da miedo que la descubran. Le da igual cargarse el repositorio de forma irreversible.

No tiene miedo. No le queda nada que perder.

Da con la escena y su belleza casi consigue que se desmorone. La forma en la que Asher la observa al acercarse. En su mirada, parece la heroína de una historia romántica vestida con el suéter azul del hibisco blanco bordado en la manga. Ojalá pudiera verlo, contemplarle la cara, no solo el mundo desde su perspectiva. Aun así, por ahora tendrá que conformarse.

Siente a Asher centrarse en ella, su aceptación y deseo. Nota que al chico se le acelera el corazón y la respiración al verla. Podría pasarse cada segundo de su vida visualizando este momento. Cuando abre

los brazos, Dez nota el abrazo. Cuando él apoya la cabeza sobre la suya, sabe que está a salvo. Puede que ahora no, pero sí en otro mundo. En un mundo tan real como este, en el que Asher y ella están juntos.

Ayer, la escena solo contenía el abrazo con Asher. Era precioso y natural, y después, nada. Su línea vital pasaba a otra escena.

Por extraño que parezca, hoy contiene algo más.

La escena ha cobrado vida propia.

Asher está hablando dentro del objetivo. Parece impresionado.

—Creí que no volvería a verte.

La Dez que aparece en pantalla está callada. La del repositorio se queda demasiado rato esperando a que la que está con Asher responda. Él también está expectante.

—Decidí tomar cartas en el asunto —acaba contestando desde el repositorio, como si estuviese leyendo la frase de un guion.

Y entonces, en pantalla…

Su gemela repite las palabras con el mismo tono, ritmo y coquetería. Contiene la respiración en el repositorio. Puede hablar con él. Puede hablar con él desde aquí.

¿Qué más puede hacer? ¿Puede besarlo? Se ríe. A pesar de todas las cosas malas que están ocurriendo allí, fuera de su objetivo, lo único que quiere es acortar la distancia que la separa del hombre que tiene delante. Obliga a la versión de sí misma en la playa a mirarlo a los ojos, a posar la mirada en sus labios, a acercarse y lanzarse.

Nada.

Avanza y trata de manipular físicamente su reflejo en pantalla. Ese beso que no ha ocurrido contiene algo esencial que necesita saber. No es solo físico, no se parece a lo que sintió con Rafe.

Es más bien *existencial*, como si, de algún modo, todo dependiese de si acaban besándose y de cómo es.

No obstante, no consigue hacer que la Dez de la playa se mueva de la misma forma en que puede hacerla hablar. Está prácticamente arañando la pantalla con el corazón desbocado por el agotamiento. Nada. No funciona.

Al final, dice:

—Asher, ¿me haces un favor?

Su reflejo de la playa repite la pregunta.

—Claro, lo que sea. —Asher sonríe.

—Bésame como si fuera lo último que fueses a hacer jamás.

Mira cómo la observa desde el objetivo. Es capaz de ver su propio rostro, el deseo y la vulnerabilidad sinceros que refleja. Lo nota dar un paso adelante, inspirar de forma entrecortada y abrazar a la Dez de la playa. La levanta y tira de ella para acercarla a él.

Entonces, los labios de Asher rompen contra los suyos como unas olas.

Cuando el chico cierra los ojos, Dez no pierde la habilidad de ver, sino que más bien comienza a sentir lo mismo que él. No se limita únicamente a la sensación física del beso. Es algo excepcional, el presentimiento de que nadie más en el mundo podría disfrutar de ese beso. Solo ellos. Y nadie más.

Cuando Asher abre los ojos, Dez se ve a través de ellos… Distingue cada destello de luz en sus iris azules, cada ápice de anhelo en sus labios. Se siente comprendida. Es como si, por fin, alguien la mirase justo como deseaba. Es una sensación que le ensancha el alma y le da esperanzas, capaz de desafiar a la muerte.

Un beso que la cambiará para siempre, pese a estar jadeando en el

repositorio a miles de kilómetros de distancia.

Dez nunca ha sentido nada igual. El beso de Asher lo abarca todo, *todo* lo que de verdad importa.

Ojalá pudiese repetirse en el mundo real. Ojalá pudiese dar con una forma de volver a verlo.

—¿Señorita Rae?

Se asusta tanto al escuchar la voz que suena dentro del objetivo que lo repliega sin cerrar la línea vital de Asher. Cuando se topa con el doctor Ezekiel al otro lado, retrocede de un salto.

—¿Cómo ha hecho eso? —pregunta—. ¿Cómo ha conseguido que su voz se cuele en mi objetivo?

—Cosa de efectos especiales —responde el doctor Ezekiel.

—Creía que esto era un espacio privado. Insonorizado.

—Está en periodo de prueba, ¿lo recuerda?

—Me ha asustado.

—Traigo buenas nuevas —contesta con una sonrisa cálida en la que ya no confía—. Las reglas han cambiado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Dez, preparándose. Tampoco es que en algún momento pretenda volver a seguir sus normas. Aunque entiende que, aun así, pueden seguir usándolas en su contra.

—Rafe nos ha hecho una visita esta mañana —declara el doctor Ezekiel.

—Me da igual.

—Pues debería importarle. Ha pedido que no se le exija cumplir con el requisito de las mil quinientas películas. Y hemos aceptado.

—¿Van a enviarme al Sheol?

—Al revés —responde Ezekiel—. Creemos que ya casi está lista

para ascender. Teniendo en cuenta la energía entrópica de nuestro mundo, las amenazas existenciales al sistema de las Luces Blancas, lo más conveniente es agilizar la ascensión.

—Ya no lo quiero. No quiero ascender.

—Pero lo hará —contesta Ezekiel—. Lo único que le pedimos es que lleve a cabo un repaso vital más.

Se vuelve hacia el objetivo replegado de Dez, en el que la pantalla sigue mostrando la imagen de Asher y ella en la playa. El anciano sonríe como si el corazón de la Aqueronte no albergase algo enfermizo y retorcido.

—Qué bien. Ya tiene su línea vital en pantalla y está lista para ponerse manos a la obra —indica.

47

—No —contesta Dez, interponiéndose entre la pantalla y el doctor Ezekiel.

—Su ascensión se celebrará en una hora —indica—. Enhorabuena.

—¿Van a matar a Asher? —pregunta Dez con el estómago revuelto. Le agarra los hombros al doctor Ezekiel—. ¡Por favor! Haré lo que me pidan. No le hagan daño.

Él le aparta las manos y la mira con calma.

—Yo que usted me pondría a trabajar.

Es imposible. Hacía unos instantes, estaba besando a Asher en la playa. No puede morir. ¿Cómo puede estar ocurriendo esto?

Porque Rafe la está castigando. Ha acelerado su ascensión en su propio beneficio.

Y la está obligando a hacer lo único que puede hacerla pedazos.

—Déjeme hablar con Rafe —exige. Solo necesita saber qué clase de peligro acecha a Asher.

—Todos tenemos un papel que desempeñar, señorita Rae. El suyo es ocuparse de la película del señor Ibrahim —responde él con serenidad.

Falta una hora para la ascensión. Lo que significa que a Asher le queda menos de una hora de vida. Dez tiene que ganar tiempo para averiguar cómo salvarlo.

—No puedo hacer una película en una hora.

—Nosotros no compartimos su opinión. Lleva meses trabajando en ella —apunta el doctor.

—No tengo un guion ni un escriba —contesta ella para entretenerlo.

—Ya ha demostrado que puede hacer las cosas por su cuenta, igual que hizo con la película sobre su hermano.

—¿Y si me niego?

—El Sheol no puede ser tan malo como lo pintan —reflexiona el doctor Ezekiel—. A veces, envidio su estética, la ausencia de todo. Si eso no es minimalismo…

Dez lo mira asqueada, atónita.

El doctor Ezekiel agacha la cabeza con discreción antes de irse.

Entonces, Dez vuelve a quedarse a solas en el objetivo, temblando de miedo y de rabia.

Ni de puta broma va a hacer esta película. Pero, si no es ella quien se encarga, entonces lo hará otra persona. Alguien que no conozca y a quien le dé igual Asher. Morirá de todas formas. Esa misma hora. Y a Dez la condenarán al Sheol para siempre.

A menos que…

Mete la mano en el bolsillo a toda velocidad y toquetea la pastilla de Soma que le ha dado Eri. ¿Y si puede ralentizar el tiempo lo suficiente como para salvarlo?

Pero está allí atrapada. No tiene forma de bajar esa montaña dejada de la mano de Dios. Y no tiene ni idea de dónde está. Ni de a qué se enfrenta.

El miedo y la ira le aceleran la mente a medida que vuelve a abrir el objetivo y retoma la línea vital de Asher. Necesita saber dónde está

en este momento.

Sus pensamientos se dispersan en un millón de direcciones. El objetivo es incapaz de seguirle el ritmo. La línea vital de Asher se descontrola en la pantalla que tiene delante y se difumina hasta que Dez no consigue ver nada con claridad. Se obliga a respirar, a tranquilizarse. Cuando el cuerpo de adolescente de Asher por fin aparece nítidamente en pantalla, atravesando el pasillo de un instituto, Dez pasa a la acción y va ojeando grandes periodos de tiempo en la película. Tiene que llegar al final de su línea vital, visualizar qué está a punto de acabar con él.

Logra llegar al final; la escena que tiene delante no le permite seguir avanzando. Así que ahí está. Es el presente.

Asher está en un dormitorio y saca una camiseta de un cajón. Es un momento tan corriente, tan seguro, que Dez no puede aceptar lo que le aguarda. Contempla las manos de Asher y se fija en cada detalle, ansiosa por descubrir más. El chico se mira el torso sin camiseta en el espejo y ella le echa un buen vistazo a su pecho desnudo. Traga saliva; quiere conocerlo aún más. El reloj de pared hace tic-tac como la cuenta atrás de una bomba. Los brazos flexibles y los hombros anchos de Asher hacen que se le encoja el corazón. Su rostro serio, apuesto y confiado en el espejo provoca que se le llenen los ojos de lágrimas.

No va a morir. No piensa permitírselo.

Se pasa la camiseta por la cabeza y levanta las llaves del coche de la cómoda. Y de repente, cuando se dirige hacia la puerta, algo imposible capta la atención de Dez.

Su suéter azul Klein. El que tiene un hibisco blanco bordado en la manga. El mismo que llevaba puesto aquel día en el Dairy Barn, en

la escena que recortó de la línea vital de Silas para luego pegarla en la de Asher.

Lo tenía puesto en ese momento atemporal de la playa cuando se besaron.

De algún modo, el suéter está doblado en la cómoda de Asher.

¿Significa eso que Dez se lo quitó en casa de Asher, en su cuarto? ¿Lo dejó allí? ¿Lo acompañó a casa después de aquel día en la playa?

Y, si se lo olvidó allí, ¿qué ocurrió después? ¿No volvieron a verse?

Han pasado menos de dos semanas desde el día en que Dez conoció a Asher y rodó *Destellos*, de la noche en la que hirió a Mo en el Dairy Barn. La misma en la que Jet le robó el coche y secuestró a su hermano y Rafe la detuvo en medio de la carretera cuando los perseguía. En la que Rafe le habló de la Aqueronte. Y Dez aceptó. Y renunció a la vida que conocía.

Si es cierto que al colocar ese fragmento de sí misma en la playa de Asher cambió sus recuerdos… ¿Significa eso que él cree que cuando se marchó a la Aqueronte lo dejó tirado?

Ella jamás habría hecho algo así.

Aunque puede que él lo piense.

Eso complica las cosas. No lo bastante como para que deje de intentar salvarle la vida, pero sí lo suficiente como para preocuparse de que no quiera volver a verla.

Son las cinco en punto en la Aqueronte, las cuatro en California. Morirá antes de la cena, antes de que atardezca, antes de que Dez pueda hacer algo al respecto.

En la pantalla, Asher está saliendo de casa para adentrarse en un día azul despejado.

—No salgas —dice Dez cuando él salta los tres escalones del

porche. Asher saca una tabla de surf de un hueco en el porche y se la echa al hombro. Se acerca a la entrada de su casa y desliza la tabla en el asiento trasero de su Jeep Wrangler verde. Va a salir a surfear. Y eso será lo que lo mate.

Se lo imagina: una ola repentina y descomunal y Rafe flotando en una tabla cercana. Entonces, el destello de la jeringuilla al vaciarse en el córtex cerebral de Asher.

Tiene que saber a dónde se dirige.

Cuando Asher enciende el coche, empieza a sonar «Live Forever», de Oasis, en la radio. A Dez le escuecen los ojos por las lágrimas.

El joven se aleja de la entrada y atraviesa una ciudad costera despacio. Dez busca indicios que le indiquen dónde está, y presta atención a la geografía. Unas hileras de casas anodinas. Una palmera alta con un tronco partido que señala una mediana. Sabe que está en algún punto de Ventura. Pero ¿a dónde va? Necesita más pistas; sin embargo, cada segundo que pasa ella ahí, viendo a Asher en el objetivo a miles de kilómetros de distancia, más cerca de morir está él.

En un semáforo, alarga los dedos al centro del salpicadero, hacia el GPS.

Dez contiene el aliento conforme él teclea el destino.

«Playa Point Mugu».

Clava la vista en la pantalla del salpicadero a la vez que aparece un mapa. Se fija en el marcador que señala la playa en la autopista de la Costa del Pacífico. Está a quince minutos en coche.

Tiene que salir de aquí. Tiene que llegar hasta Asher antes de que ocurra lo peor. Tiene que encontrar una forma para alejarlo del océano, de cualquier ángel. Pero ¿cómo?

La única vez que ha salido de la Aqueronte, la única vez que ha atravesado el *barbelo* en los meses que lleva ahí, ha sido volando. Gracias a las alas de Rafe.

¿Quién podría llevarla hasta Asher?

Yael se había ofrecido a echarle una mano, pero no para algo así. Jamás quebrantaría el código de los ángeles.

¿Y Simon?

Ha cambiado desde que ascendió, pero hace tiempo, cuando ese sitio les ponía los pelos de punta, eran amigos. Ella valoraba su amistad, y sabe que él también. Es cierto que últimamente tiene la cabeza en otra parte, pero Dez decide que no tiene más alternativa. Lo único que tiene que hacer Simon es llevarla hasta allí, dejarla y salir volando. Ella asumirá la responsabilidad de cualquier lío en el que se meta su amigo. Si consigue salvar a Asher, le da igual a qué tenga que enfrentarse.

Incluido el Sheol.

Corre hacia las torres y sube las escaleras de tres en tres. Para cuando entra a toda prisa en la *suite* e irrumpe en el cuarto de Simon, le arden los pulmones.

Lo ve en la cama, con la bufanda dorada a modo de venda mientras le hace una mamada a Jet.

—¿Es que no sabes llamar? —espeta Jet, que se deshace de la máscara de amabilidad que lleva puesta desde que llegó a la Aqueronte. Ve lo mucho que la desprecia.

—Tengo que hablar contigo, Simon —dice ella—. A solas.

—Ahora mismo estoy un poco ocupado —contesta su compañero de habitación con la boca llena.

—Por favor —ruega Dez—. Es importante.

—Y esto también —rebate Simon.

—*Simon* —suplica.

—Lárgate —suelta Jet sin siquiera levantar la cabeza de la almohada.

Dez clava la vista en los ojos de distinto color; en el negro que vio por primera vez en el Dairy Barn detrás de la máscara y en el azul, un ojo de cristal que le han dado después de que Dez le arrancase el otro.

Se le viene a la mente el que está en el bote de pastillas de su madre. Debajo del colchón.

Da media vuelta para marcharse y echa a correr hasta su cuarto. Hunde la mano bajo el colchón y lo encuentra. Abre la tapa y deja caer el ojo de Jet en su mano.

No llegó a descomponerse. Porque es eviterno. Lleva teniendo la misma consistencia desde el día que se lo sacó.

Tiene en la mano el pase de seguridad de Jet para *todo* en la Aqueronte. Incluido para uno de esos *jets* de obsidiana que están ahí fuera, en la pista de aterrizaje.

Es imposible que consiga salir impune de esta, piensa; sin embargo, por primera vez desde hace mucho, Dez sonríe. Jet, el culpable de que su hermano esté muerto, se las va a pagar. La ayudará a salvarle la vida a Asher.

Llegó a la Aqueronte sin tener ni idea de nada, en un *jet* de obsidiana. Saldrá de allí gracias a otro, más sabia y fuerte de lo que podría haber imaginado.

Se escucha a alguien aporrear la puerta principal de la *suite*.

—*¡Desdemona!* —Es Rafe. Suena molesto—. Sé que estás ahí dentro. ¡Abre la puerta! —grita.

—Mierda —masculla Dez.

Ya ha perdido demasiado tiempo en trazar el plan. Y Rafe está ahí y pretende detenerla sí o sí. Por un segundo, no sabe qué hacer.

«Si al final acaba pasando, tómatelo antes de que manden tu alma al Sheol. Te dará tiempo para escapar».

Dez saca la pastilla de Soma que le ha dado Eri y se la traga sin pensar. La sensación embriagadora le hace cosquillas en la mente y en la nuca. Trata de recobrar la compostura a pesar de ello y se recuerda que los efectos son breves.

Aguza el oído, pero ya no escucha a Rafe en la puerta.

¿Ha funcionado?

Trata de recordar lo que le dijo la primera vez que se tomó el Soma. Piensa en el expreso, que él insistió en que no se enfriaría, hasta el momento en el que lo levantó y el tiempo regresó a la normalidad.

Sigue sujetando el ojo de Jet, pero cuando llegue a Point Mugu tendrá que agarrar otra cosa para volver al tiempo real. Hasta entonces, no puede tocar nada salvo lo que sostiene en ese momento.

Utiliza las caderas para deslizarse por la puerta, sale de su cuarto a la sala común y entra a hurtadillas al cuarto abierto de Simon para confirmar lo que necesita que sea cierto.

Jet está bocarriba, con los ojos cerrados y la mano derecha en la coronilla de Simon, sin moverse. Ha funcionado. Están congelados en el tiempo. Dez ha conseguido doce horas para llegar hasta Asher y salvarle la vida.

Dez abre la puerta principal de la *suite* poco a poco, con el codo cubierto por el suéter. Entonces, retrocede de un salto y levanta las manos para protegerse cuando ve a Rafe cerrándole el paso.

Tarda un momento largo y aterrador en darse cuenta de que Rafe

también está congelado.

Retrocede y lo observa. Lleva el pelo oscuro revuelto, detenido en mitad de un movimiento en cuanto Dez se ha tragado el Soma. Tiene el puño levantado para aporrearle la puerta. El rostro completamente quieto. Sin embargo, su mirada es vivaz, feroz.

Sabe que ha huido del repositorio. ¿Habrá descubierto lo que planea?

Casi consigue detenerla, aunque ya no puede. Lo único que tiene que hacer ella es sortearlo, bajar las escaleras y salir rápidamente de este sitio.

No obstante…

Le falta algo.

El ojo de Jet. Dez tiene la mano vacía.

No.

Echa un vistazo hacia donde están Rafe y ella. Se arrodilla y está a punto de ponerse a tantear los tablones de madera cuando recuerda que no puede tocarlos. Escudriña el suelo en busca de su único billete de salida, la única oportunidad de salvarle la vida a Asher.

No está.

El pecho le sube y baja con rapidez y le dan ganas de vomitar. Ha mantenido el ojo a buen recaudo durante todos estos meses para acabar perdiéndolo cuando por fin lo necesitaba. Despega la vista del suelo para mirar a Rafe, congelado, que se alza sobre ella.

Y entonces lo ve, atrapado en el puño de Rafe mientras el ángel hace amago de llamar a la puerta.

Se levanta poco a poco, aterrada, y contiene la respiración. ¿Se ha acabado? ¿Su mentor por fin ha ganado? Si le arrebata el ojo, ¿tomará las riendas del tiempo y devolverá a Rafe al presente?

No tiene elección. Alarga la mano y la mete en el puño parcialmente cerrado de Rafe, con mucho cuidado de no tocarlo.

Ahí está. Jamás pensó que se alegraría tanto de tocar un globo ocular amputado. El ojo que forma parte del mismo tiempo ralentizado por el Soma que ella. El resto del mundo permanece inmóvil a medida que cierra los ojos y lo saca del puño de Rafe.

Lo aprieta y respira.

Está muy cerca de Rafe y todavía tiene que sortearlo sin devolverlo al momento presente. Tiene que largarse de aquí. Pero, antes de irse, vuelve a clavar la vista en los ojos cobalto del ángel.

Ha pasado muchas noches con él. Ha disfrutado de mucho placer y tranquilidad entre sus brazos.

No ha hecho más que mentirle; por mucho que no haya sido con palabras, sí con el cuerpo y el alma. Una mentira pronunciada de la misma forma que posaba los labios contra los suyos.

Lo odia. Y, en el reflejo paralizado de sus ojos, se da cuenta de que él a ella también. Que, si estuviese en su mano, haría *cualquier cosa* para detenerla.

No se lo va a permitir.

Pasa por debajo del brazo de Rafe y se le quedan los ojos a la altura de su entrepierna. Antes, solía desearlo. Ni siquiera ahora puede evitar el calor que le sonroja las mejillas.

Aun así, pasa a su lado y se zafa de él. Lo deja ahí, petrificado, a un suspiro perpetuo de tirarle la puerta abajo.

Baja las escaleras a la velocidad del rayo y por el camino deja atrás a Yael, que también está inmóvil, con la pierna levantada en el descansillo.

Qué raro ser lo único en movimiento. Puede hacer lo que le dé la

gana.

Sale al exterior a toda velocidad y entra en el laberinto oscuro y espeluznante. A su alrededor, nota las cálidas ramas de los granados ancestrales que extrajeron hace mucho del Jardín, en pleno apogeo de una guerra cósmica.

Esa guerra no le concierne. Esta noche, Dez es un ejército compuesto por una sola persona con un solo objetivo.

El apremio hace que recuerde la dirección que tomó con Rafe por instinto. Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda, derecha.

Cuando por fin sale por el otro lado del laberinto, baja un sinfín de escaleras hasta llegar a una pista de aterrizaje de piedra tallada en las montañas donde brillan cincuenta *jets* negros. Todos iguales. Al principio, se desanima. ¿Por qué necesitan todos esos aviones, si ellos pueden volar por su cuenta? ¿Cómo va a encontrar el de Jet? Entonces, recuerda el panel exterior del de Rafe. Seguramente le escaneó los ojos para abrir la puerta. Así es como manejaba todo el avión.

Dez va corriendo de un avión a otro con el ojo de Jet levantado. No pasa nada. Los paneles de acceso siguen sin iluminarse, imperturbables. El miedo crece en su interior. No tiene ni la más remota idea de lo que está haciendo, o siquiera si va a funcionar. Y, lo que es peor, no tiene un plan B.

Su confianza va menguando al llegar a la fila restante, al último avión.

Dez estampa el ojo contra el panel de control…

Y el avión emite un sonido esperanzador. Aun así, nada se abre, enciende o se pone en marcha.

Vuelve a intentarlo, pero esta vez coloca el ojo en mitad del panel.

Nada.

A punto de entrar en pánico, Dez mueve el ojo cercenado del ángel en un círculo y lo hace rodar con fuerza contra el panel de cristal.

Y entonces aparecen unas escaleras.

—Tenía que ser el último puto avión —jadea, al subir las escaleras a saltos y entrar en el *jet*.

48

Dez encuentra el panel oscuro y brillante a la izquierda de la pantalla de navegación. Levanta el ojo de Jet frente al panel.

«Hola, Jet», reza el panel con una tipografía similar a la de las biblias antiguas. «¿A dónde iremos hoy?».

—A la playa Point Mugu —contesta Dez con tanta calma como puede.

«Veo una zona al principio de la ruta Chumash donde se puede aterrizar», dice el texto en pantalla. «¿Te gustaría poner rumbo a la ruta Chumash, en Malibú?».

—Sí —contesta Dez, y después traga saliva, aliviada de que al menos alguien esté pensando en el aterrizaje. Estaba demasiado centrada en dar con Asher, en cómo salvarle la vida.

«Toma asiento, por favor», indica la pantalla.

Echa una ojeada a los cuatro asientos. Recuerda en cuál se sentó Rafe para pilotar el avión cuando la trajo a la Aqueronte. Levanta las manos y se sienta en el asiento frente al sistema de navegación con cuidado.

«Todo listo para despegar», reza la pantalla.

Pero el avión no se mueve.

Intenta acordarse de qué movimientos hizo Rafe aquella noche, de cómo los sacó del desierto de Death Valley y recorrió varios estados

por el aire sin que ella apenas se diese cuenta. Parecía resultarle tan fácil que Dez creyó que había alguien más pilotando el avión. Y Asher la había llamado justo antes de despegar y le había dejado un mensaje en el contestador que había acaparado toda su atención. Ni se había planteado los entresijos de pilotar el *jet*. Y, sin embargo, para cuando llegaron a la Aqueronte, Dez había empezado a comprender lo que estaba ocurriendo, si no de forma consciente, por instinto.

Levantar la vista hacía que el avión se elevase. Bajarla, que descendiera. Si mirabas a la izquierda o a la derecha, hacía un giro, igual que con el manillar de una bici.

En alguna parte del avión hay otro escáner que no consigue leer la retina de Jet. Dez tiene que encontrarlo y activarlo. Sujeta el globo ocular hacia adelante. Lo pasa por el techo. No ocurre nada.

Lo mueve de un lado a otro, igual que hace con el móvil cuando busca cobertura en el desierto. Le martillea el corazón a medida que se asoma para mirar las ventanas oscuras e imponentes de la Aqueronte.

Se imagina a Rafe, inmóvil delante de la puerta. ¿Qué estaría pensando cuando subió las escaleras gritando? ¿Qué iba a hacer cuando llegase hasta ella? Aunque esté congelado, ¿será consciente de lo que pasa? ¿Nota que se mueve a una velocidad distinta a la de ella?

¿Qué esperaba? Debería haber sabido que Dez jamás haría una película sobre Asher. Debería haber sabido que ella haría lo que fuera para salvarlo de la muerte.

Pero, si no encuentra un modo de salir de aquí antes de que se le pase el efecto del Soma, Rafe la encontrará. Ganará. Y entonces Asher morirá.

La ira la hace armarse de valor, pero no sabe cómo hacer esto sola. Está cansada y se ha quedado sin ideas.

Echa de menos a Mo. Él le diría que puede lograrlo. Le diría que, si ella no puede, entonces nadie más podrá. Habría creído en ella, sin importar lo descabellado que fuese su plan.

—Gracias, Mo —susurra en cuanto se le ocurre algo. Levanta el ojo de Jet para dejarlo a la altura del suyo. Clava la vista en la parte trasera, en la arteria gelatinosa.

Un haz de luz blanca ilumina la cabina oscura. Dez ha activado el escáner. Se queda muy quieta conforme recorre las paredes. Lo observa llegar por fin al ojo inmortal que está sujetando. Y entonces, igual de fácil que si hubiese arrancado un coche, el motor que está debajo de ella se enciende con un zumbido.

No va a estrellarse con nada. Va a conseguirlo.

Se le tensan las extremidades al inclinar el ojo de Jet hacia arriba. El *jet* da una sacudida hacia delante y luego sale disparado hacia el cielo.

—Mierda —suelta con un grito ahogado.

Demasiado fuerte y demasiado rápido.

No hay cinturones, y tampoco puede permitirse sujetarse a los reposabrazos o volverá al presente. Su única alternativa es enderezar el avión. Responder tal y como lo haría un ojo normal en la cabeza de un ángel normal.

Echa un vistazo a la pantalla de navegación y ve que tiene que dar media vuelta para poner rumbo al oeste, a la frontera. Mueve el ojo de Jet un poquito a la izquierda y el avión gira en esa dirección.

Esta vez, el movimiento es más suave. Y, cuando deja atrás la Aqueronte, Dez ni siquiera echa un vistazo a la luna falsa o a los

arcos coronados de nieve. Está de camino. Mira hacia el horizonte, en dirección a Asher y su vida nada banal.

Más adelante, el cielo está turbio. Parece una tormenta. Aunque es extraña y sobrenatural, moteada de negro y azul. No son nubes. Debe de estar acercándose al *barbelo*. El filtro del doctor Ezekiel, pensado para ocultar la escuela al resto del mundo, para hacerles creer que ahí no hay nada salvo un punto oscuro en una montaña.

Vuela directa hacia las nubes de tormenta y se prepara para el impacto del relámpago. Sin embargo, no está lista para lo que ocurre con el tiempo ralentizado.

Esta vez, cae sobre el avión con lo que parece una fuerza interminable que lo hace descender diez veces más despacio; Dez siente como si la atmósfera se estuviese comprimiendo en un solo átomo.

La fuerza del impacto provoca que salga volando de la silla. Va dando vueltas por el avión conforme este hace lo mismo por el cielo. Grita cuando su hombro se estrella contra el suelo y cae de cara contra uno de los reposapiés. Tiene que devolver el ojo al escáner, pero no puede usar las manos para sujetarse a nada. Utiliza los codos para incorporarse y gatea a trompicones con las rodillas mientras el avión cae en picado.

Unas luces rojas comienzan a parpadear en la cabina. Se escucha una voz apremiante a través de los altavoces.

«Vuelve al asiento. Vuelve al asiento».

Se disparan las alarmas a medida que Dez atisba una ladera acercándose con rapidez por la ventana. Aterrada, entrelaza el pie con el reposapiés de la silla del capitán, donde ve el rayo de luz blanca escudriñando la cabina, buscando la retina de Jet. Levanta el

globo ocular.

Justo antes de estrellarse contra las Montañas Rocosas, el escáner vuelve a dar con la retina de Jet y el avión sale disparado hacia arriba en vertical para dirigirse en espiral hacia un cielo impresionantemente azul. Dez jadea para recobrar el aliento y entorna los ojos después de haber pasado tanto tiempo sin ver la luz del sol.

Muy por encima de las montañas, el avión se endereza.

Es una preciosidad, tan brillante que hasta parece emitir ruido, un murmullo que Dez escucha en el alma.

Tarda un poco en que se le acostumbre la vista, pero, cuando lo hace, inspira hondo y se empapa de todo. Del sol dorado, de las nubes semejantes a un cordón. Del cielo dolorosamente brillante. De las montañas bañadas por el sol, los árboles verdes y los ríos deslumbrantes. El mundo real es de una belleza indescriptible.

Ahora, las montañas comienzan a alejarse. Unas luces titilan en las planicies que deben pertenecer a la parte este de Utah. Dez avanza a una velocidad que cuesta comprender, sobre todo teniendo en cuenta que el resto del mundo está inmóvil. Incluso el sol se quedará prácticamente clavado en el punto del cielo donde está suspendido hasta que el Soma desaparezca.

Observa el suelo al sobrevolar el recoveco de tierra marciano que reconoce como suyo. Death Valley. El lugar donde se había pasado toda la vida hasta hacía seis meses. Se le encoge el corazón por su hermano, su madre, Silas, su portátil de mierda y la palmera datilera en la ventana de su cuarto; en un abrir y cerrar de ojos, su hogar se convierte en una mota distante en el horizonte y no le queda más remedio que mirar hacia el futuro.

Atisba el océano. Inclina el ojo de Jet ligeramente hacia abajo y empieza a descender. Esas rocas afiladas a lo lejos deben de ser Point Mugu. A medida que se acerca, puede contemplar con más nitidez los extraños efectos del Soma. Primero, ve los coches parados en la autopista de la Costa del Pacífico.

Aunque no están quietos, sino que se mueven a una velocidad lentísima.

A efectos perceptibles, todo está en punto muerto.

Hasta el océano se ha quedado inmóvil. Las olas están suspendidas sobre el mar. Los pájaros del cielo dorado, el viento que hace ondear las hojas de las palmeras… Todo queda reducido al ritmo más ínfimo que permite la inercia. Es una sensación de lo más peculiar: tener libertad cuando todo está petrificado. Cuando, en algún lugar cercano, Asher también está congelado.

Vuelve a centrarse en la costa. El mapa del sistema de navegación indica que el aparcamiento donde puede aterrizar sin que se note está a quinientos metros subiendo por el litoral de Point Mugu. Ve la extensión larga y arenosa de la playa y, en un extremo donde la autopista vuelve a dar paso a las rocas, busca la zona de aterrizaje que le sugiere el avión.

Cuando la encuentra, inclina la mirada solitaria de Jet y el avión hace una bajada limpia cerca del aparcamiento donde comienza la ruta. Aterriza entre los árboles y se funde con el mundo natural. Se lleva la mano al pecho, agradecida. Dez se mueve a una frecuencia distinta que lo que la rodea, pero no es invisible. Se pregunta qué habrán visto las personas inmóviles que están aparcando, metiendo a los niños en los carritos o untándose protector solar cuando prácticamente ha caído del cielo. ¿Podrán verla por el rabillo del ojo?

¿Qué recordarán cuando regresen al tiempo presente?

De todas formas, ahora no puede preocuparse por eso. Ha salido del avión con el ojo de Jet en la mano. Echa a correr hacia Point Mugu.

Para cuando llega al aparcamiento junto a la playa, está resollando. Hay un par de coches, pero el Jeep verde no está por ninguna parte. Se apresura hasta el extremo para cerciorarse, para echar un vistazo al océano inmóvil. No lo ve en la playa ni en el agua. Ha llegado a tiempo. Y, aun así, el peligro está al acecho. Ahí hay algo que quiere acabar con Asher. Dez tiene que impedir que se meta en el agua.

Pero ¿dónde está? Da la espalda a la playa y divisa otra entrada al aparcamiento a unos noventa metros de distancia. Ve el parachoques de un Jeep verde, inmóvil, a punto de entrar al aparcamiento.

Asher.

Sale disparada a toda velocidad.

Dez deja de correr cuando llega al coche. Ha visto a Asher mil veces durante los últimos meses, aunque esta solo sea la segunda vez que lo ve en persona. La belleza de su versión real le arrebata el aliento.

Durante varios instantes, se limita a observarlo. A mirarle la piel preciosa y bronceada. El pelo rubio que le cae con suavidad sobre los ojos. Las manos fuertes y grandes sujetando el volante. El pulgar con el que le apretó la mano en el pasado para hablarle en una lengua secreta en un aparcamiento a las tantas de la madrugada.

El efecto que le provoca verlo, aunque sea a través del parabrisas, hace que se pregunte cómo reaccionará el muchacho al verla. Le sudan las manos al imaginárselo. Hacía un par de meses, Dez estaba segura de que Asher la había olvidado. Ahora, con lo que le hizo a su

línea vital, sabe con certeza que la reconocerá. O al menos a una versión de ella que forma parte de una línea vital alterada.

No obstante, ¿habrá sido real para él? Cuando estaba en su cuarto, clavó la mirada en su suéter durante más tiempo del necesario. *Siente* algo por ella después de esa incógnita de noche, así que Dez tendrá que enfrentarse a lo que quiera que sea eso. Ojalá pudiese sacarlo de esa playa sin tener que devolverlo al tiempo real, sin tener que explicarle que su vida corre peligro y que ella ha venido a salvarlo.

Pero no puede llevarlo a rastras hasta el *jet* sin tocarlo. Y, aunque pudiera, antes o después acabaría despertándose y tendría que explicarle cómo ha llegado hasta allí y por qué lo alejó de su vida.

No, tiene que hacer esto, debe enfrentarse a él y salvarlo.

Estampa las dos manos contra el capó del Jeep de Asher sin pensar. Nota la sacudida fuerte y estremecedora del tiempo, como si el suelo hubiese desaparecido bajo sus pies. El mundo vuelve a ponerse en marcha con un chirrido: los coches se convierten en un borrón en la autopista, el viento le azota el pelo, el océano rompe detrás de ella y Asher pisa el freno con fuerza.

Dez levanta la vista y sus miradas se topan a través del parabrisas. Los dos jadean para recobrar el aliento.

Acaba de salvarle la vida. Es hora de que le devuelva el favor.

Asher sale del Jeep medio segundo después.

—¿Se puede saber qué demonios…?

Y entonces deja la frase en el aire, porque está delante de ella con una expresión salvaje y desconcertada. Está tan cerca que puede escuchar su respiración. Lleva unos pantalones cortos anchos y blancos y una sudadera roja en la que pone «Instituto Marítimo de

Isla Catalina». Y sus ojos. Dez percibe el torbellino de emociones en sus ojos avellana. Podría dar un paso adelante, estirar el brazo y tocarlo. Estar tan cerca de su cuerpo real marca la diferencia.

—¿Desdemona? —susurra.

Como si hubiese visto un fantasma.

—Soy yo —murmura ella—. Asher.

Un destello de enfado le atraviesa la mirada y se aleja de ella. Como si pudiese hacerle daño. Como si ya se lo hubiese hecho.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

A Dez le duele. Por la forma en la que lo dice, se da cuenta de que cuando pegó ese fragmento de sí misma en su línea vital no solo se besaron en la playa. Salieron a tomar un café, a cenar, a dar un buen paseo en coche o al *skatepark*.

Durmieron juntos.

Y eso los cambió.

Toda una historia de amor que ocurrió entre el atardecer y el amanecer.

Y entonces, ella se esfumó. Se largó a la Aqueronte, pero él no podría haberlo sabido. No llegó a contárselo.

Ahí está toda la historia, clara como el agua, en el hermoso y atormentado rostro de Asher.

Dos lágrimas le bajan por las mejillas.

—Oye —dice Asher, de pronto con ternura—. No. No llores, Dez.

No puede creerse que esté aquí, con él. No puede creerse que le haya hecho daño. Y ahora, al mirar a su alrededor, a la playa, al cielo, no puede creerse a lo que tendrán que enfrentarse dentro de poco.

Ojalá hubiese aceptado la llamada aquel día, cuando estaba en el *jet* con Rafe. Entonces habría…

No; no habría podido advertirle que iba a desaparecer, porque en ese momento ella tampoco lo sabía.

—Solía ensayar lo que diría si alguna vez volvía a cruzarme contigo —dice Asher. Da un paso adelante y ladea la cabeza como si estuviese intentando entender lo que pasa. Su mirada le transmite una calidez que nota bajo la piel. Le recuerda a cuando se conocieron.

No tendría que haberlo dejado marchar.

—No digas nada —responde ella al abrir la puerta del copiloto de su Jeep—. Tú conduce.

49

—¿Estás huyendo de algo? —Asher echa una ojeada por el retrovisor conforme sale del aparcamiento y gira hacia la izquierda en dirección a Ventura.

Dez escoge las palabras con cautela. Se lo contará todo dentro de poco, pero debe tomárselo con calma; de lo contrario, lo espantará antes de poder salvarlo.

—No sé surfear —dice sin más—. Tú ibas de camino a hacerlo, ¿verdad?

—Ese era el plan.

—Pero entonces nos hemos cruzado…

—Y me has cambiado los planes. —Asher termina la frase—. Igual que haces siempre que nos cruzamos.

—Típico de nosotros. —Dez le sonríe.

Tarda un momento, pero Asher acaba devolviéndole la sonrisa.

—Entonces… ¿Vamos a conducir y ya? —pregunta.

—Vamos a conducir y ya.

Dez es superconsciente de lo que la rodea cuando entran en la Autopista 1 con el techo del Jeep bajado. Después de meses de oscuridad en la Aqueronte, la luz diurna y tecnicolor se abalanza sobre ella. El Pacífico se agita a su izquierda y, a la derecha, la luz moteada del sol atraviesa los árboles. Todo es demasiado bonito, como si la propia naturaleza estuviese intentando deslumbrarla para

que olvide el peligro que corren Asher y ella.

Que podría estar acechando en cualquier sitio.

Tras pasar un instante en silencio, Asher se frota la mandíbula.

—¿Dónde te habías metido, Dez?

—Sé que te debo una explicación…

—Cuando pasamos la noche juntos, pensé… *que eras la buena*. Y entonces, desapareciste.

—Lo sé. —Cierra los ojos, destrozada.

—Te llamé…

—Lo siento…

—Al principio, me molesté. Y luego me preocupé por ti. Después, fui pasando de una emoción a otra. Pero ahora que estás aquí y veo que sigues viva, creo que debería ponerme como una furia, pero… estoy contento. Es raro.

—Yo también lo estoy. —Dez se traga el nudo que tiene en la garganta—. Me alegro de que sigas vivo.

—No soy *yo* quien se esfumó. —Gira a la derecha y entra en un aparcamiento cerca de donde Dez ha aterrizado el avión de Jet. Para en un sitio cerca de una señal que indica una ruta.

—¿A dónde vamos? —pregunta Dez, nerviosa, a la vez que echa un vistazo a los árboles inocentes que la rodean.

—Me he dado cuenta de que iba de camino a casa —contesta él—. Pero, si te dejo entrar tal y como quiero hacer y entonces nosotros… y después desapareces por la mañana… —Niega con la cabeza—. No puedo volver a pasar por eso. —Señala por la ventana—. Ahí hay un camino. Podríamos dar un paseo.

Dez se plantea los peligros de hacer una caminata, a sabiendas de que los riesgos a los que se enfrentan podrían salir de cualquier parte

y lo harán. Se siente más tranquila desde que se han alejado de la costa, aunque no sabe si aquí, sentados en el coche, estarán o no más a salvo que en la ruta. No tiene ni idea. No obstante, decide que tendrá más posibilidades de explicarle la situación y de convencerlo si cede ahora.

—Demos un paseo —responde ella.

El sendero escarpado se aleja del aparcamiento haciendo zigzag y da la vuelta hacia el océano. Las aguas del Pacífico vuelven a cobrar vida con las olas, libres del embrujo del Soma. Dez las observa ondear hacia la orilla. Ha regresado al presente. Y no le queda mucho tiempo.

Mira a Asher por el rabillo del ojo conforme andan. Él está haciendo lo mismo. Se ríen. Es una sensación liviana. Pesada. Después de todo el tiempo que ha pasado queriendo volver a verlo y estar justo así, la realidad le resulta poco plausible. Había olvidado lo alto que es. La forma en la que no para de apartarse el pelo rubio de los ojos.

No puede morir hoy.

—Pareces distinta —comenta.

—¿A qué te refieres? —pregunta Dez, cohibida, a la vez que se aparta un mechón largo detrás de la oreja. ¿La recordaba de otra forma? ¿De una mejor a la que es?

—No me malinterpretes, estás preciosa —contesta—. Solo que pareces haber vivido algunas cosas desde la última vez que estuvimos juntos.

Dez no sabe qué responder. Durante todos esos meses, ha sentido que se acercaba a Asher, que estaba descubriendo más sobre su mundo. No quiere que la vea como una desconocida.

—Puede que sea por la ropa —declara a la vez que estira la mano para tocarle el nudo de la camisa de seda blanca y baja la vista hacia las botas de ante—. ¿Seguro que puedes andar con eso?

—Estoy bien —responde ella—. ¡Cuidado!

Le da la mano y tira de él hacia atrás al llegar al borde de un acantilado delimitado por unas amapolas californianas de un rojo intenso que señalan el final del camino. Asher dobla la esquina y le lanza una mirada de curiosidad a Dez. Le tiende la mano para ayudarla. Su roce es cálido y seguro; tiene una piel de una suavidad incomparable.

—¿Te encuentras bien? —pregunta.

—Sí, perdona.

—Supongo que solicitaste plaza en la escuela de cine —dice cuando retoman la marcha.

—Te has acordado.

—No podría olvidarlo —responde. No se han soltado las manos—. Saliste de mi cama antes de que amaneciera para preparar la solicitud.

—Ya. —Dez se muerde el labio inferior. Típico de una alternativa de sí misma renunciar a ver el amanecer en la cama con Asher para terminar la solicitud de una escuela de cine.

Ahora es más lista. Si ha sacado algo en limpio de hacer pelis en la Aqueronte, es que la vida que importa es aquella en la que te quedas con tus seres queridos.

Qué raro decir «seres queridos» para describir a un hombre al que ha visto una sola vez, pero es lo que se le viene a la mente.

—¿Tuviste noticias de la escuela? —pregunta Asher.

Dez solía pensar que su vida dependía de recibir una carta de

admisión del Instituto Estadounidense de Cine. Ahora, sabe que su vida depende de esta caminata, de los momentos que están ocurriendo ahora mismo con Asher.

No creía que fuese a preguntarle por la solicitud. Le conmueve que lo haya recordado.

Esas palabras le brindan la oportunidad de mantener la conversación que teme. Aunque sabe que es necesaria. Se aclara la garganta.

—En realidad, me admitieron en otro sitio.

—¡Enhorabuena! —Asher frena, se gira hacia ella y esboza una sonrisa radiante—. ¿Dónde?

Dez baja la vista y juguetea con una piedrecita del camino.

—En un programa al que no tenía pensado asistir.

—¿Sigue estando en Los Ángeles? —Por el tono de la pregunta, Dez se da cuenta de que le interesa saber dónde acabó.

¿Es porque le gustaría que estuviese cerca? El instituto está solo a una hora de Ventura. Dez lo buscó en cuanto conoció a Asher.

—Está en las Montañas Rocosas —responde en voz baja.

—Vaya. —Un instante de decepción le recorre la voz. Se recompone—. Me alegro por ti, Dez. Seguro que es una pasada estar allí arriba. ¿Vas a aceptarlo?

—Asher. —Dez levanta la vista y lo mira a los ojos—. Llevo seis meses en la escuela.

—Ah.

—Y no te he llamado porque…

—No tienes que darme explicaciones.

—Quería hacerlo, pero no pude.

—Podemos centrarnos en disfrutar el hoy, ¿lo sabes? —Vuelve a

echar a andar y se acerca a un terreno de flores verdes y brillantes con unos tallos moteados de rojo. Dez nunca ha visto unas como esas. Se le acelera el pulso en cuanto Asher estira el brazo y roza los pétalos con las puntas de los dedos.

Dez le agarra la mano y aparta la flor de un manotazo.

—Creo que es venenosa.

—¿En serio?

—Puede ser. No quiero arriesgarme. —Le sujeta los dedos a Asher y se los limpia en la chaqueta en un intento por serenarse el corazón desbocado.

Asher aparta la mano poco a poco.

—¿Siempre te pones así de nerviosa cuando sales a hacer una ruta?

—Solo cuando estoy con alguien a quien no quiero perder. —Dez suelta el aire—. Otra vez.

—Te repito que no me iré a ninguna parte.

¿Cómo le dices a alguien que su muerte ya está escrita? ¿Que, en los próximos diez minutos, si Dez no encuentra el modo de impedirlo, sucederá algo espantoso?

Y si lo *consigue*, ¿entonces qué?

¿Vendrán a buscarla? ¿Llegarán Rafe o Jet con una jeringuilla en mano y la alejarán de Asher? ¿Qué harán con ella entonces? Se dice a sí misma que puede soportar cualquier cosa con tal de que Asher siga con vida.

—¿Recuerdas la peli francesa que me enseñaste? —pregunta Asher —. Esa en la que un cohete se estrella contra el ojo de la luna.

—*Viaje a la Luna* —contesta Dez. Es su película favorita. Sin duda, una versión alternativa de ella se la habría puesto a Asher cuando estuvieron juntos en la cama.

—La vi una y otra vez —afirma Asher a la vez que se aparta el pelo rubio de la cara—. Como si tuviese pistas sobre quién eras. O dónde te habías metido.

—He vuelto —responde, dándose cuenta de que siempre iba a regresar con Asher, de que nada podría habérselo impedido.

Da un paso hacia él y levanta la vista. La entusiasma ver el deseo en la mirada del chico, y sabe que sus ojos reflejan lo mismo. Estira el brazo y le apoya una mano en la mejilla lisa y cálida.

Va a besarlo. Después de todo este tiempo, por fin va a besar a Asher Ibrahim.

Se pone de puntillas, se inclina hacia delante y…

Asher se aparta y deja caer los brazos de forma que se quedan dándose las manos.

¿Qué ha ocurrido?

¿Le ha llegado la hora?

No, Asher simplemente parece… sorprendido.

—¿Qué decías? —pregunta.

—Eh… pues… —Dez trata de recordarlo. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no se están besando?—. Creo que lo último que he dicho es que he vuelto. Tenía que hacerlo —añade—. Al fin y al cabo, todavía no me has devuelto mi suéter favorito.

Asher ladea la cabeza.

—¿Cómo?

—Es broma —lo tranquiliza—. No era solo por el suéter.

Pero entonces nota que Asher encoge la mano y afloja los dedos, obligándola a aferrarse a él con más fuerza de la que parece natural. Relaja un poco el agarre, desconcertada. Los dos bajan los brazos a los costados.

—¿Qué suéter? —pregunta Asher. Sonríe, pero ya no es una sonrisa cercana, sino una educada que hace que se le revuelvan las tripas. ¿Qué está pasando? ¿Ha sido demasiado directa?

¿Cómo es posible que él *no* tuviese tantas ganas de besarla como ella a él? Parece imposible y, aun así, algo ha cambiado.

A Dez le da vueltas la cabeza. ¿Se confundió al ver el suéter doblado en el cajón de Asher? Cree que no. Es una prenda inconfundible. ¿No estará quedando con alguien que tenga uno igual? No debería haber sacado conclusiones precipitadas. Ella no tiene ese recuerdo, no puede acceder a la noche que, según él, compartieron en su cama.

No obstante, por la forma en la que su línea vital se había centrado en el suéter al ver las imágenes en el repositorio, parecía importante. Como si hubiese estado pensando en ella.

—Da igual —contesta Dez.

—No, cuéntamelo.

—Es azul y lleva un hibisco blanco bordado en la manga. ¿No me lo dejé en tu casa? —pregunta.

Asher la mira fijamente.

—Me estás confundiendo con otra persona.

—No —responde ella—. Cuando pasamos la noche…

—Ahora *sí* que estás equivocada —replica con frialdad.

Dez está atónita. Unos minutos atrás, él ha sacado esa noche a colación. Con cariño.

Y entonces, ella ha intentado besarlo.

—Pero si estábamos hablando de esa noche —contesta—. ¿De que salí de tu cama al amanecer? ¿De que vimos *Viaje a la Luna*?

A medida que Asher la observa con la curiosidad que uno podría

sentir por un animal salvaje, Dez siente la espantosa sospecha de que no tiene ni idea de a qué se refiere. De todas formas, ¿cómo puede ser? Instantes atrás, lo recordaba.

—La última vez que te vi fue el día en el que nos conocimos, cuando rodamos el corto en el muelle —afirma Asher, despacio—. Tú y yo… nunca hemos pasado la noche juntos, Dez.

Ella se sonroja.

—Pero si nos cruzamos en la playa. Y… supongo que una cosa llevó a la otra… —Deja la frase en el aire, aterrada. Carece de los detalles necesarios para completar la historia. El que sabe lo que ocurrió es Asher. ¿Por qué de pronto finge que no recuerda esa noche?

Porque puede ser que, de repente, *no* la recuerde.

Una sensación de malestar se retuerce en su interior al darse cuenta de lo frágil que ha sido ese recuerdo desde siempre. Para empezar, ni siquiera sucedió. Y ahora parece haber desaparecido.

Asher le da la espalda y contempla el océano. Durante varios segundos, nadie dice nada. Dez no sabe qué hacer. Está avergonzada. Pero da igual lo rara que él la considere; ella está aquí para salvarle la vida. Quiere decirle que debería alejarse del borde, que es una caída pronunciada.

Pero la confianza relajada que tenían hace unos instantes se ha desvanecido.

Asher deja de mirar el océano, se vuelve hacia Dez… y se lleva un susto al verla detrás de él.

—Perdona —dice a la vez que la rodea como si fuese una desconocida y sigue andando.

Sin ella.

La sangre le ruge en los oídos. *¿Qué está pasando?* Lo ha espantado, de acuerdo. Tiene que aclarar las cosas.

Asher da diez pasos más antes de que ella recobre la compostura lo suficiente como para llamarlo.

—¿Asher?

Frena. Se da la vuelta y echa un vistazo a su alrededor, como si no supiese quién ha hablado.

La expresión confusa le provoca un miedo que la desgarra por dentro. Sea lo que sea lo que esté ocurriendo, está yendo a peor.

—Perdona —contesta—. ¿Nos conocemos?

—Venga ya, Asher —responde ella con voz temblorosa. Se lleva una mano al corazón—. Desdemona. Dez. Me conoces.

Le lanza una mirada extraña, lastimera, y niega con la cabeza.

—Te recordaría.

Entonces, Dez se da cuenta de una cosa…

Rafe.

Debe de estar en el objetivo de Dez, editando la línea vital de Asher para borrarla.

—¿Estás bien? —pregunta Asher.

Cuando regresó al presente, Rafe tuvo que darse cuenta de que no estaba en la *suite*. Se imaginó dónde estaría. Fue al repositorio…

Y borró la escena de la playa que ella había editado en la línea vital de Asher.

De acuerdo. Se lo merece.

Pero ahora…

—¿De verdad no sabes quién soy? —susurra.

Él niega con la cabeza.

—Ojalá lo supiera.

—Asher —dice con tanta intensidad que sus miradas se cruzan. Por un instante, es casi como si pudiese llegar hasta él—. ¿Conoces un aparcamiento en Ventura, a la salida de un pub irlandés que se llama Dargan's?

—Claro.

Se acerca a él y alarga el brazo.

—Me diste la mano. Así. —Se calma cuando la deja tocarlo. Coloca el pulgar contra la mano de Asher—. Me enseñaste un lenguaje secreto. Así.

Pum. Pum, pum. Pum.

Le sostiene la mano un instante más; después, niega con la cabeza y dice:

—Lo siento. Espero que encuentres a quien sea que estés buscando. —Baja la mano, se da la vuelta y empieza a recorrer el sendero a solas.

Maldito Rafe. Ha borrado todo rastro de Dez de la línea vital de Asher. ¿Habrá acabado también con la escena del halo donde aparecía ella?

Ha destruido su conexión. Los ha convertido en desconocidos.

Ay, Dios.

Está haciendo el repaso vital de Asher.

Porque Asher está a punto de morir.

—Escucha —espeta con valentía. Y, entonces, Asher se vuelve otra vez. Se está cansando de este juego—. Va a ocurrir una desgracia —afirma.

La mira con los ojos entornados.

—¿Quieres que llame a alguien?

—No. —Dez se sujeta la cabeza—. No. Asher. Al que va a pasarle

algo malo es *a ti*.

Parece asustado, retrocede un par de pasos más y se aleja de Dez.

—Oye, voy a terminar mi paseo —responde; a continuación, da media vuelta y masculla—: Sabía que tenía que haber ido a surfear.

—Por favor —suplica, desesperada. Puede que ella ya no signifique nada para él, pero todavía tiene gente a la que le importa. Dez las ha visto en su línea vital. Recuerda la escena del comedor que vio en el objetivo—. Si te importan tus hermanas, tus padres…

Asher frena en seco y se vuelve para mirarla, atónito.

—¿De qué hablas?

Se atraganta por culpa de las lágrimas, pero continúa.

—Si te importa tu investigación sobre el alzhéimer y vivir para siempre. Si quieres seguir con vida, tienes que escucharme.

—Déjame en paz, por favor —replica él.

—Estás en peligro.

—Si te alejas de mí, no —dice él por encima del hombro.

Entonces, Dez la ve. Una serpiente de cascabel blanca, agazapada en el borde del sendero, a unos centímetros del pie de Asher. Se incorpora agitando la cola y con las fauces abiertas. Dez grita y sale disparada hacia él.

Pero no lo bastante rápido como para evitar que el reptil le clave los colmillos en el tobillo.

50

—¡Asher!

El muchacho se desploma, retorciéndose de dolor a medida que la serpiente blanca repta hasta un arbusto y desaparece.

Dez va hacia él a toda velocidad y su mano busca un móvil que no tiene por instinto. Tiene que llamar al 911.

Asher está hiperventilando en el suelo, con el rostro contraído en una mueca de dolor y de miedo. Mete la mano en el bolsillo e intenta sacar el móvil. Dez se lo arrebata con las manos temblorosas. No hay cobertura.

—No —susurra—. No. No. —¿Cómo puede haber permitido que ocurriera? Ahora, morirá en este sendero—. ¡Socorro! —grita—. ¡Que alguien me ayude!

Asher da unas bocanadas cortas y jadeantes. Pone una mueca que le indica que está sintiendo un dolor espantoso. Dez se pone de rodillas y echa un vistazo a la mordedura. Dos puntos diminutos, dos gotas de sangre de Asher. El veneno se expande hacia su alma.

Baja la boca hasta el tobillo del chico y sorbe, extrayéndole lo que le hace daño con la boca. Escupe y el sabor la deja de piedra.

Petricor. Le cosquillean los labios… Igual que la noche en la que tuvo a un ángel en la boca.

La mordedura apesta a Rafe, lo que la convierte en más venenosa

que cualquier otra sustancia de la naturaleza. Y está empezando a surtir efecto en la sangre de Asher.

Quizá también en la de Dez. Vuelve a escupir y se limpia la boca con la mano.

No pueden hacerle frente. Dez no, y Asher mucho menos. Él nunca pidió esto. Lo que ha pasado es culpa suya.

El cuerpo de Asher ha pasado de retorcerse a quedarse flácido, inmóvil. Su piel palidece y da unos estertores tan débiles que Dez teme que deje de respirar.

—*¡Socorro!* —grita lo más fuerte que puede.

Se derrumba de rodillas a su lado y le apoya los dedos en la garganta. Su pulso es desgarradoramente débil. Se está quedando sin tiempo.

Las emociones se acumulan en su interior. Lleva meses desesperada por ver a Asher. Pero no así. Nunca quiso verlo de esta forma.

Unas lágrimas le bajan por las mejillas mientras se esfuerza por levantarlo. Tiene que llevarlo en brazos por el sendero hasta el Jeep. Sin embargo, él suelta un alarido de dolor tan intenso cuando lo intenta que vuelve a dejarlo en el suelo de inmediato y se limita a acurrucarlo entre sus brazos. El aparcamiento parece demasiado lejos, y el hospital aún más. Además, ¿qué remedio mortal podría salvar a Asher del veneno de un ángel?

Se da cuenta de que las poquísimas cosas que importan en realidad. De que apenas tendría qué salvar en un fuego. Todo lo que valora está allí. Apoya la cara contra la de Asher.

—Resiste, por favor —le suplica—. Si puedes oírme, si puedes hacer algo al respecto, no permitas que te lleve. Quédate conmigo.

Una sola lágrima cae en el pecho de Asher. Dez le apoya una mano encima, sobre el corazón.

Una ráfaga de viento hace que el pelo le tape la cara. Se escucha un ruido en el vendaval, semejante a una risa. La reconoce.

Rafe.

Alza la vista al cielo cuando lo que parece una nube oculta el sol. Pero no se trata de una nube.

Las alas doradas y descomunales de Rafe ocupan el cielo cuando atraviesa una franja de niebla y se posa en el camino delante de ella. Los arbustos que lo rodean entran en combustión espontánea y forman un círculo de llamas alrededor de Rafe, Asher y Dez.

—Siento llegar tarde —suelta Rafe—. Estaba dándole los últimos toques a un proyecto en la escuela.

Dez podría gritarle, podría tratar de embestirlo y pelear, pero es evidente que solo tiene unos segundos antes de que le arrebaten a Asher para siempre.

—Tiene mala pinta —dice Rafe y, a pesar del sarcasmo, Dez nota que está celoso.

—Cúralo —responde ella, que clava la vista en los ojos de su mentor, dentro del círculo de llamas—. Sé que tienes un antídoto.

—Es demasiado tarde. Tómale el pulso.

—*No.* —Dez coloca los dedos contra la garganta de Asher y luego apoya la cabeza contra su pecho. Aguza el oído. Sin embargo, conforme espera sin darse por vencida, lo sabe. El cuerpo de Asher está distinto, más frío y rígido que hacía un instante.

Un sollozo se le queda atascado en el pecho. Si lo suelta, entonces esto habrá pasado de verdad.

«Cuando un cuerpo humano muere, el proceso se asemeja al del

sueño: los músculos de la mente se relajan, la sangre se enfría», les había contado Moriah la noche de la gala. «La mente está más centrada de lo que lo ha estado desde su nacimiento. Eso convierte a los moribundos en el público perfecto, abierto y receptivo…».

No. Aún no. Esto no puede estar pasando.

—Resulta que aquí tengo la película sobre Asher —declara Rafe mientras se abre la gabardina y revela unas hileras de jeringuillas llenas de humo.

—Has *corrompido* su película —dice Dez con desprecio—. Me di cuenta incluso antes de lo de la serpiente.

—Y a pesar de eso, le *proporcionará* la paz necesaria para entrar en la luz blanca —responde Rafe—. Quieres que descanse en paz, ¿a que sí, Dez?

Dez se muerde el labio hasta que sangra y, entonces, la punzada de dolor profundo y abrasador que siente le recuerda el veneno que se tragó al intentar extraérselo a Asher. El miedo se apodera de ella. Teme por sí misma, pero, sobre todo, por Asher.

—¿Qué le pasará si no recibe un repaso vital? —pregunta.

—Se convertirá en un frag.

Dez cierra los ojos con fuerza. Es impensable.

—Dale la película.

—Con una condición.

Dez aparta la cabeza del pecho de Asher para mirar a los ojos cobalto de Rafe.

—Antes, bésame —dice.

Se aferra a Asher con más fuerza.

—Ni de broma.

Rafe se encoge de hombros y esboza una sonrisa burlona.

—Es cosa tuya. Ya sabes, siempre puedes venir al río detrás del Villains a hacerle una visita. Le daré un trato superespecial.

—Espera —contesta Dez con desesperación, y suelta a Asher—. Lo haré.

Se pone en pie de forma tambaleante y se le nubla la vista. Rafe tiene que sujetarla por el brazo para estabilizarla.

La observa.

—No habrás hecho una estupidez como intentar extraerle el veneno del tobillo a tu novio, ¿verdad?

No dice nada. Se lleva una mano a los ojos para intentar deshacerse del mareo.

—Dez —dice Rafe de repente, con apremio—. Hay que llevarte de vuelta a la Aqueronte, dentro del *barbelo*. *Ya*.

—No pienso ir contigo a ninguna parte. —Le quita el brazo de un tirón y trastabilla—. Y no voy a abandonarlo.

—Morirás, Dez. —Rafe parece asustado.

Ella niega con la cabeza y recuerda todo lo que ha descubierto sobre el objetivo de Rafe de convertirse en el Ángel de la Muerte, sobre la guerra entre ángeles y la Pluma Escarlata perdida, sobre su mentorazgo y por qué quiere que ascienda. Entonces, levanta la barbilla para mirarlo a los ojos y se arma de determinación.

—Tú me necesitas más de lo que yo a ti —afirma.

Rade se queda en silencio.

—Dale a Asher su película —espeta.

—¿De verdad vas a renunciar a todo? —exige saber Rafe—. ¿Aquí? ¿Por él? Tu película no está creada, Dez. Así que, si mueres por culpa del veneno, los dos os convertiréis en frags y seguirás estando a mi cargo. Para siempre. O… podrías besarme y, como añadido, te saco

el veneno de la boca y te salvo la vida. Todo por un beso.

—¿Y Asher recibe su película? —pregunta en voz baja; le falla la respiración—. ¿Me juras que lo dejarás ir en paz?

—Te lo juro.

Incluso en ese momento, Rafe es incapaz de mentirle.

El veneno palpita conforme se acerca a él, le sujeta la cara con las manos y coloca los labios contra los suyos como si su vida dependiera de ello. Ha besado a este ángel un montón de veces, así que no puede evitar que su boca le provoque la misma avalancha de siempre y le envíe unas oleadas de deseo físico al cerebro.

Se dice a sí misma que es culpa del calor del fuego, pero nada más lejos de la realidad. Es cosa suya, de la relación que tienen y que siempre estará ahí, a pesar de que lo odie. Él también lo sabe. Es consciente de lo que le provocan sus besos a Dez.

La abraza con una postura que, a esas alturas, ya tienen bastante practicada, y Dez echa la cabeza hacia atrás y le deja recorrerle la boca con la lengua, despacio. Entonces, la besa con fuerza, con pasión, como si esta fuese la última vez o como si intentara recordarle lo que solían tener.

A Dez le gustaría poder olvidarlo.

En cuanto se encuentra mejor y tiene la fuerza suficiente como para apartarlo de un empujón, lo hace.

Él jadea en busca de aire y le lanza una mirada acusadora.

—¿Por qué se te tiene que dar tan bien besar, mierda?

—La película de Asher. —Es lo único que logra decir; todavía se está recomponiendo. Se odia a sí misma por haberlo hecho. Su cuerpo ha sanado, pero tiene el corazón roto.

El fuego arde con más fuerza. Los dos están sudando. Tienen que

largarse de allí pronto.

Rafe mete la mano en la gabardina y saca una jeringuilla. A Dez empiezan a escocerle los ojos por culpa de las lágrimas al ver el torbellino de humo negro dando vueltas. Sabe que ella no está ahí, que no aparece en la película de Asher, y eso está mal y es cruel. Sin embargo, una peli sin ella es mejor que nada.

No permitirá que se convierta en otro de los frags de Rafe.

—Dámela —espeta de pronto a la vez que alarga la mano. No puede soportar ver a Rafe dándole el golpe de gracia a Asher—. Déjame que me encargue.

Rafe le tiende la jeringuilla con curiosidad. Se agacha en el suelo, donde Asher yace como si estuviese durmiendo. Repasa lo que observó hacer a su mentor cuando atravesaron el velo. Inspira.

—Siento no haber podido salvarte —le dice a Asher; entonces, le levanta la cabeza con una mano y, con la otra, le inyecta la película en el córtex cerebral.

Asher emite un sonido prácticamente imperceptible. Un ruido bajo y suave, como el de unas campanillas. Dez ve que emite un brillo.

«En un momento dado», les había dicho Moriah, «el alma comienza a resplandecer y sobrevuela el cuerpo…».

Dez está viendo el alma de Asher.

«Y, cuando las ondas cerebrales eléctricas se alzan por última vez, la vida pasa por delante de sus ojos».

Dez solloza y le sujeta las manos.

Los ojos de Asher se contraen rápidamente tras los párpados cerrados. El corazón ya no late, pero la mente sigue trabajando para recibir la película. Ojalá se hubiese encargado de crearla, pero la consuela que por lo menos vaya a poder pasar página, descansar en

paz y recibir la historia de una vida preciosa y demasiado corta.

Recuerda todas las escenas familiares de la línea vital de Asher. Su familia, el trabajo, su forma de volar en la pista, lo mucho que le gustaba observar el sol hundirse en el mar al atardecer.

—Te quiero, Asher —le dice mientras se aferra a su mano—. De haber podido, sé que te habría querido cada día más. —Se lleva la mano al pecho y se la sujeta con fuerza.

Y entonces…

Lo nota. Nota una presión en la palma que antes no estaba ahí.

Asher le aprieta la mano… Le envía una señal.

Pum. Pum, pum. Pum.

Abre los ojos color avellana. Se queda mirándola como si acabase de ver el cosmos. Como si hubiese descubierto la verdad existencial. Como si no hubiese nada más en el mundo salvo ella.

—Desdemona —dice con la misma convicción que un alma gemela.

Y, entonces, el mundo entero se vuelve negro.

Epílogo

Lo siguiente que ve es que está sentada en el reservado con panelado de madera de un restaurante que da al mar. Desde la ventana, ve la luna en lo alto del cielo, las estrellas brillantes y el rumor plateado de las olas contra la orilla. Está sosteniendo una taza de café humeante, y levanta la vista para toparse con un desconocido al otro lado de la mesa.

Parece tener un par de años más que ella, lleva una chaqueta de cuero sobre una camiseta blanca de manga corta y tiene el pelo castaño rojizo y rizado. Está garabateando algo en una servilleta y apenas parece reparar en su presencia.

—¿Cómo he llegado aquí? —Las palabras se precipitan de sus labios. Hace solo unos instantes estaba con Rafe y Asher, atrapada en un infame círculo de fuego.

—El cielo debe andar corto de ángeles si tú estás aquí abajo —suelta el hombre que tiene delante.

—¿Quién eres? —pregunta Dez.

—Esa frase nunca cuela. —Niega con la cabeza, consternado.

¿Y Asher? ¿Dónde está? ¿Dónde está *ella*? ¿Cómo es posible que se hayan separado cuando juró que nunca lo abandonaría? ¿Ha ocurrido de verdad? Desde aquí, en ese restaurante anodino, dondequiera que esté, lo que recuerda haber vivido en el sendero parece imposible.

Pero entonces, al bajar la vista, ve que tiene unas manchas de humo en la camisa, procedentes del anillo de fuego que prendió Rafe cuando aterrizó.

—Resulta que sí que quieres a ese tal Asher —dice el hombre con el pelo castaño rojizo.

—Yo… yo… —tartamudea Dez. El hombre la mira con extrañeza, con una curiosidad intensa, como si de verdad esperase una respuesta. ¿De qué conoce él a Asher? Dez cierra los ojos y espera sentirse avergonzada por haber besado a Rafe con Asher moribundo a su lado. Da un trago al café y se lo pasa por la boca en un intento por borrar todo rastro de ese beso.

Piensa en lo último que le dijo a Asher, justo después de que le arrebatasen los recuerdos de ella. No pudo evitar decirle que lo quería.

Y entonces… ese momento final tan impactante cuando abrió los ojos y pronunció su nombre.

—Estaba muerto… —susurra Dez.

—Así es —responde el hombre, y se echa a reír—. Entonces, ¿le contaste la verdad? Parecía un poco tarde.

Dez se da cuenta de que este hombre le resulta familiar. Ya lo ha visto antes. No a *él* en persona, sino a su retrato. Colgado en la pared del repositorio.

—Eres Samael.

Él asiente sin levantar la cabeza de lo que está garabateando en la servilleta.

Una camarera pasa junto a ellos a toda velocidad con una bandeja de platos hasta arriba de pescado con patatas. Los turistas cruzan la puerta de entrada y se sacuden la arena de las pantorrillas. En una

esquina suena «Learning to Fly», de Tom Petty, a través de un altavoz.

Y Dez está sentada frente al ángel que creó las películas de Adán y Eva.

—Eres el Ángel de la Muerte —afirma.

—*Ex*ángel de la Muerte —la corrige—. Ahora, un chico solitario al que han exiliado, pero me imagino que querrás que te lo cuente. —Mira por la ventana, pensativo—. El amor siempre me ha dado curiosidad. Como sabes, a los ángeles les está prohibido.

—¿Amar? —pregunta Dez—. ¿Lo tienen prohibido? —Primera noticia. ¿Por eso Rafe, Jet y el resto de las Luces Blancas no pueden dejar de ponerle las manos encima a los cuerpos humanos? ¿Desean lo que no pueden tener?

¿Por eso se fue Samael?

—¿Sabes dónde está Asher? —pregunta ella.

—Me temo que yo ahí ya ni pincho ni corto —contesta Sam—. Aunque me imagino que no tardará en dar a conocer su presencia.

—Está… ¿vivo?

—Y tanto que sí —declara Sam—. Has cambiado las reglas, Desdemona. Le has dado la vuelta a la tortilla.

—¿Cómo se supone que lo he hecho?

—Dándole fuerzas a Asher para acabar con la muerte. Gracias al amor. O, por lo menos, a la perspectiva de tenerlo.

—Solo intentaba salvarle la vida.

—Algunos seres simplemente tienen más capacidad para amar. Tú tienes una gran compasión, tal y como atestiguan los sujetos de las películas que has creado. Sin embargo, tu fuerza proviene de tu don para el amor romántico. Es una combinación que no había visto

hasta ahora.

—Tengo que encontrar a Asher.

Sin dejar de dibujar, Sam dice:

—Sospecho que estará con el otro bando.

—¿Qué otro bando? —pregunta Dez con impaciencia.

—El de los Ángeles de la Vida. Son viejos amigos… o enemigos míos. Pasado un tiempo, es difícil discernirlo.

—¿Asher está con *otra* secta de ángeles? ¿Cómo llego hasta él?

—Tienes que ascender.

—No puedo. Y, aunque quisiera, que no es así, no van a dejarme. No después de lo que hice.

—Solo tienes que hacer las paces con Rafe y…

—*No.*

—Lo entiendo, créeme, el tipo puede ser un imbécil. Me pasé la mitad del tiempo con él conteniéndome para no soltarle un puñetazo. De todos modos, solo podrás volver a ver a la persona que supuestamente quieres si asciendes.

—Pero, si me convierto en ángel, ya no podré querer a Asher —responde Dez, siguiendo su lógica—. ¿Cierto?

Sam le da un sorbo al café.

—Ese es un problema para más tarde. Además de uno bastante egoísta. Parece que no entiendes el caos cósmico que has desatado. Los Ángeles de la Vida se han fugado con un Verdugo de la Muerte… No se me ocurre nada más peligroso. —Sam suelta un silbido grave—. Las Luces Blancas van a perder la cabeza.

—En cuanto vuelva a poner un pie en la Aqueronte, me mandarán derechita al Sheol…

—A estas alturas, no se lo pueden permitir. La Aqueronte te

necesita demasiado. Todo el sistema de las Luces Blancas te necesita. Se avecina la gran guerra y tú eres la candidata favorita.

—Samael, ayúdame, por favor…

Él aporrea la mesa y un destello del ángel aterrador que era antaño hace que a Dez se le dispare el corazón. De repente, está aterrorizada.

—Encuentra a Rafe —dice en una voz espantosamente grave—. Besaos y haced las paces. Es la única forma.

Ella niega con la cabeza.

—No quiero volver a verlo. Y me imagino que él a mí tampoco.

—Bueno, eso a veces es sexi —afirma Sam mientras saca la cartera y deja veinte dólares en la mesa—. Tendrá que serlo. Lo creas o no, en este momento, Rafe es tu mayor aliado.

Entonces, Sam desliza la servilleta por la mesa hasta Dez.

—Aquí tienes mi dirección —prosigue cuando sale del reservado —. Escríbeme de vez en cuando para contarme qué tal te va.

—Espera —suelta Dez, pero Sam hace oídos sordos y ni siquiera se molesta en darse la vuelta o en despedirse. Se detiene solo para darle un beso apasionado a la camarera antes de salir, que se sonroja y se queda aturdida.

Y entonces, el antiguo Ángel de la Muerte desaparece.

Dez sostiene la servilleta y ve la dirección de un apartado postal de Champaign-Urbana en una cara. Le da la vuelta y se queda sin aliento.

El otro lado de la servilleta contiene un retrato suyo que ya ha visto. Es exactamente igual al que le dio Rafe hace unos meses, la noche en la que se conocieron.

La única diferencia es que, esta vez, Dez tiene alas.

Agradecimientos

Gracias a todos los lectores que llevan apoyando mis historias desde hace tantos años. Si he vuelto a escribir sobre ángeles es gracias a vosotros, así que os agradezco el apoyo. A mi agente, Laura Rennert, que rezó para que *Luces blancas* existiese. A mi editora, Kirsiah Depp, cuya sabiduría e indicaciones alentadoras le concedieron a Dez el espacio que necesitaba. A Albert Tang, por la preciosidad de diseño. A Carrie Andrews, por tu talento para ir siempre al grano. Al equipo divino de Grand Central Publishing: gracias por el trabajo que habéis hecho para llevar este libro hasta los lectores. Me muero de ganas de emprender este viaje con vosotros. A Chloe Gough y al equipo de Voyager, por vuestro increíble apoyo. A Susanne, de Van Goor; me alegra que nos hayamos reencontrado gracias a esta historia. A Olivia Burgher, de WME, gracias por tu tenacidad y tu percepción. A los escritores de teología cuyas palabras fueron un inmenso regalo a medida que escribía: Meggan Watterson, Harold Bloom, Elaine Pagels, Merlin Stone, Robert Fludd y Lisa Moriah. Al doctor Tom Hendrickson por ayudarme con el latín. A mis padres, Harriet y Vic, por el cariño. A mi mejor amiga, la más antigua, Megan Bloom. A Lhüwanda, por tu mirada benevolente. A Jason, Matilda y Venice; sois mi tesoro.

Sobre la autora

Lauren Kate obtuvo el primer puesto en la lista del *New York Times* y es autora *best seller* internacional de quince novelas, entre las que se incluye la saga *Oscuros*, que fue adaptada al cine y a serie de televisión. Sus libros se han traducido a más de treinta idiomas y han vendido más de once millones de ejemplares en todo el mundo. La autora vive en Los Ángeles con su familia.


¿Te ha gustado esta historia?
Escríbenos a...
umbriel@uranoworld.com
Y cuéntanos tu opinión.
Conoce más
sobre nuestros libros en...
UmbrielEditores
UmbrielEditores